



ESTER MONTESS

DE

URIBE



BX1756

PA

54

v. 1

005192



1080015980

EX LIBRIS

HEMETHERY VALVERDE TELLEZ

Escudo de Leopoldo



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

DIRIGIDA

11  
SERMONES  
DE JESUCRISTO,  
DE LA VÍRGEN,  
Y DE OTROS SANTOS,

SU AUTOR

EL DOCTOR DON JOSÉ PATRICIO  
FERNANDEZ DE URIBE,

*Canónigo penitenciario que fué de la iglesia  
catedral de Méjico.*

TOMO I.



UNIVERSIDAD DE LEÓN

DE LOSA VILLORIO Y PÓDOL  
MADRID

FOR IBARRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.  
1822.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1748-1796

SERMONES

DE FRANCISCO DE

EX 1756 NOMINA DNEVOTRON



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

FORMA DE VALOR DE Y TELLEZ

132831

ADVERTENCIA.

Salen á luz estos sermones á los veinte y cinco años de la muerte de su autor, que no habiendo pensado en imprimirlos solo dejó de ellos los borradores que hizo para predicarlos, sin trasladar tal vez al papel aquellas correcciones que hacen los oradores al tiempo de aprender sus discursos de memoria, ó al de pronunciarlos. De aquí, ó lo que es mas creible, del descuido é ignorancia de quien escribió la copia que ha servido de egemplar á esta impresion, resultaron en ella muchos defectos de ortografía, no pocos que alteran el sen-

A 2 005192

4  
tido de los períodos, ó que los de-  
tin sin él, y algunos que los ha-  
cen confusos ó les quitan su nú-  
mero ó su cadencia. Estos últimos  
han quedado sin enmendarse por no  
tener á la vista los borradores,  
ni otras copias mas exactas que  
hay en Méjico; y solo se han cor-  
regido, quanto ha sido dable, los  
defectos de las dos primeras cla-  
ses.

Adiviértese esto para que los  
deslices, en que tal vez tropezarán  
los lectores literatos, no se atribuyan  
al autor de estos sermones,  
que en tiempos en que ya el buen  
gusto reynaba en el mundo nuevo  
fué un sábio de los mas distingui-  
dos, y un orador de los mas céle-  
bres que florecieron en Méjico. Son

5  
prueba de esto, al mismo tiempo  
que elogio del autor, las espresio-  
nes del erudito europeo Doctor Don  
Fr. Ramon Casaus, hoy dignísimo  
Arzobispo de Goatemala, en el dic-  
támen que dió para la impresion  
de la disertacion guadalupana,  
obra tambien póstuma del mismo  
autor que vá comprehendida en  
esta ediccion: le compara en él  
á un Fleury, dice que por la supe-  
rioridad de sus talentos se miraba  
y oía en Méjico con respeto, y  
admiracion profunda, y se gloria  
de haber disfrutado en vida de su  
amistad y confianza, como parti-  
cipó del dolor que causó á toda la  
ciudad su temprana muerte. A esto  
se puede añadir que si el Ilustri-  
simo Casaus se dá por honrado con

la amistad y confianza del sábio y virtuoso Uribe, este no fué menos con la estimacion y confianza que de él hicieron los hombres mas grandes que en su tiempo gobernaron á Méjico con acierto, así en lo civil como en lo eclesiástico: á saber Bucareli, los Galvez y el gran Revillagigedo entre los Virreyes, y entre los Arzobispos el Eminentísimo Lorenzana, justo apreciador de los literatos americanos, que de Arzobispo de aquella ciudad distinguió mucho á Uribe en su aprecio, y trasladado á Toledo mantuvo con él correspondencia por cartas.



## SERMON

PREDICADO EN EL TEMPLO  
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD  
el dia de su dedicacion, año de 1784:  
dia de la cátedra de San Pedro.

*Tu es Christus Filius Dei vivi.*

MATH. c. 16. v. 16.

Solo esto le faltaba á la piadosa liberalidad mejicana para colmo de su religiosidad magnificencia, y para ser objeto el mas digno de la santa emulacion al mundo católico, que habiendo para gloria de Dios consagrado á honor de sus santos á costa de inmensas riquezas tantos templos y altares levantára esta Basilica suntuosa para especial culto de la adorable augusta incomprehensible Trinidad. Llegó por último este dia suspirado por cerca de treinta años; y el inefable nombre de Dios trino y uno que resonaba en el estrecho recinto de las paredes desaliñadas

la amistad y confianza del sábio y virtuoso Uribe, este no fué menos con la estimacion y confianza que de él hicieron los hombres mas grandes que en su tiempo gobernaron á Méjico con acierto, así en lo civil como en lo eclesiástico: á saber Bucareli, los Galvez y el gran Revillagigedo entre los Virreyes, y entre los Arzobispos el Eminentísimo Lorenzana, justo apreciador de los literatos americanos, que de Arzobispo de aquella ciudad distinguió mucho á Uribe en su aprecio, y trasladado á Toledo mantuvo con él correspondencia por cartas.



## SERMON

PREDICADO EN EL TEMPLO  
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD  
el dia de su dedicacion, año de 1784:  
dia de la cátedra de San Pedro.

*Tu es Christus Filius Dei vivi.*

MATH. c. 16. v. 16.

Solo esto le faltaba á la piadosa liberalidad mejicana para colmo de su religiosidad magnificencia, y para ser objeto el mas digno de la santa emulacion al mundo católico, que habiendo para gloria de Dios consagrado á honor de sus santos á costa de inmensas riquezas tantos templos y altares levantára esta Basilica suntuosa para especial culto de la adorable augusta incomprehensible Trinidad. Llegó por último este dia suspirado por cerca de treinta años; y el inefable nombre de Dios trino y uno que resonaba en el estrecho recinto de las paredes desaliñadas

de un humilde templo, vá á ser la insignia y distintivo de otro templo magioso, recomendable por su artificio y por los ricos adornos que le hermosean. Llegó finalmente á dedicarse el tabernáculo y casa de Dios bajo la advocacion de aquel misterio, que escondido antes á los siglos é inaccesible á la sabiduría carnal, es ya el fundamento y el primer objeto de la creencia de nuestra religion. Día verdaderamente grande para Méjico en el que dá el mas auténtico y público testimonio de la fé de la Trinidad, dedicando un templo á honor de este misterio, y glorifica á Dios de un modo semejante á aquel que le mereció en el día de hoy al príncipe de los apóstoles el supremo trono de grandeza á que jamas pudiera aspirar la humana ambicion. Porque ¿cuál fué, señores, el brillante fondo del mérito que formó á nuestro gran padre San Pedro piedra fundamental de la iglesia santa? ¿cuál otro sino la fé y la ilustre confesion de la divinidad de Jesucristo que iba á romper el velo al inaccesible arcano de la Trinidad enteramente oculto á la supersticiosa sabiduría del paganismo, y que apenas se dejaba entrever de los mas iluminados patriarcas y profetas cubierto de misterio-

sos enigmas? Pedro (dice el elocuente pontífice San Leon) Pedro confiesa un ser divino en distintas personas, y manifiesta con su confesion toda la gloria de la divinidad: *confesus est gloriam Deitatis*. ¿Y es otra cosa la dedicacion de este templo bajo el escelso nombre de Dios trino y uno, que una muda, pero elocuente y sensible confesion con que todos á una voz publicamos que Jesucristo es unigénito del padre, uno con él, y uno con el espíritu que procede de ambos: *Tu est Christus filius Dei verus?* Pasemos, señores, en silencio ciertos hermosos rasgos de semejanza entre la solemnidad de la cátedra de San Pedro, y la dedicacion de esta basilica que darian copiosa materia á las mas ingeniosas alusiones. Allí la fé de la divinidad de Jesucristo por donde se comienza á manifestar el sagrado enigma de la Trinidad exalta á Pedro á ser piedra fundamental del edificio místico de la iglesia: acá el nombre de la Trinidad es la insignia de una iglesia material en que despues de Dios uno y trino es Pedro el principal objeto de la veneracion y el culto. Allí todas las tres personas concurren de un modo singular á fundar la iglesia y á la eleccion de Pedro; el Padre revelándole la unidad de

la esencia en distintas personas; el Hijo destinándole para fundamento de la iglesia, y vicario suyo en la tierra; el Espíritu Santo honrándole con la apelacion de hijo suyo: *Beatus es Simon Bar-jona quia caro et sanguis non revelavit tibi sed pater meus qui in caelis est*: acá el día mismo en que hacemos memoria de esta eleccion, confesamos solemnemente el gran misterio dedicándole templo á las tres personas: allá la fé de la Trinidad es el fundamento de la iglesia que empieza á levantarse; acá el agosto nombre de la Trinidad es la insignia de un templo que se erige de nuevo.

Pero dejemos, vuelvo á decir, estas ingeniosas alusiones mas propias para entreteuer la curiosidad, que para instruirnos en los misterios que encierra esta dedicacion, y apliquemos nuestra atencion á considerar aquella gloria que le tributamos á Dios dedicándole un templo en que damos el mas illustre testimonio de la fé de la Trinidad. Es verdad que toda dedicacion de templos es un homenaje que privativamente se debe á Dios, y un acto de latria que solo puede dirigirse al supremo Sér; si erigimos, decia el gran padre San Agustin, y levantamos templos en memoria de los mártires, no

son ellos, sino Dios solo á quien los dedicamos. Pero como entre los actos de religion, aunque todos tengan por objeto el honor y culto de Dios, hay algunos de superior clase que inmediata y espresamente sin mezcla de otro respeto se dirigen á honrar á la divinidad, así en la dedicacion de los templos, aunque el principal fin de todos sea glorificar á Dios, hay algunos en quienes resplandece mas el tributo de honor y de gloria. Tal es el que en este día se consagra á la beatissima Trinidad, y esta debe ser principalmente la materia de nuestro regocijo y de nuestra instruccion. Por tanto despues de dar una breve idea de la gloria que en comun tributamos á Dios en la dedicacion de todo templo, procuraré mostraros que ya se considere el agosto misterio bajo cuya espresa advocacion se dedica esta iglesia, ó ya las circunstancias que han intervenido en su ereccion, uno y otras nos manifiestan, que Dios es glorificado de un modo singular en la dedicacion del templo de la Trinidad.

Si para hablar en otro tiempo de este misterio, envuelto aun entre sombras, fué necesario que se purificáran los labios de un profeta con carbones encendidos en

el sagrado fuego del templo, dignaos, Señor, purificar los mios, no con un fuego grosero, sino con aquel todo divino de vuestro espíritu, para que puedan con decoro tratar de este arcano incompreensible y sacrosanto manifiesto ya para gloria vuestra. Así os lo pido humildemente por la poderosa intercesion de la Virgen inmaculada, á quien escogistéis para madre, hija y esposa, y para templo vivo de vuestra augusta Trinidad. Ayudadme á saludarla llena de gracia. AVE MARIA.

### ILUSTRISIMO SEÑOR.

Los casas escogió para habitar en ellas de un modo singular, que manifestara todo el esplendor de su gloria, aquel Señor que no cabiendo en los anchurosos ámbitos del cielo y tierra los llena con la inmensidad de su Sér: el Empíreo en los cielos, y en la tierra los templos *Dominus in templo sancto suo, Dominus in caelo sedes ejus.* Preparó el cielo para glorificar y engrandecer al hombre, y quiso que los hombres lo preparasen sobre la tierra en los templos tabernáculos para glorificarle. *Afferie* (convidaba á los hombres todos el Santo Rey David) *Afferie Domino gloriam et honorem, ado-*

*rate Dominum in atrio sancto ejus.* Y si bien los cielos publican con elocuente lenguaje que se deja entender por los ojos de los pueblos mas bárbaros la gloria de su autor, y la anuncian en el firmamento las brillantes obras de su diestra todopoderosa; con increíbles ventajas manifiestan esta misma gloria en nuestros templos las obras del poder, de la sabiduría y del amor divino. No son aquí como en el cielo material el sol, la luna, y todo el aparato hermoso de luces, obras aunque grandes de un orden natural, los argumentos de la divina gloria; son otras obras superiores en que sin tener parte la naturaleza pierden por repetidos y comunes los milagros su admiracion, y en las que casi llega Dios á agotar los tesoros de su poder y sabiduría. En nuestros templos es en donde cada dia se renueva en cierto modo muchas veces el adorable misterio de la Encarnacion: aquí reside corporalmente entre nosotros la magestad suprema: en los templos se obran á cada paso en la reconciliacion de los pecadores, y en la santificacion de las almas portentos mas asombrosos que la fábrica del universo, y que la resurreccion de los yertos cadáveres: en los templos se forman como en su propio lugar para la

común instruccion aquellas voces intérpretes de la fé santa, cuya fuerza eficaz y poderosa, al par que dulce y suave, ya abate los cédros del Libano, ya corta la voracidad de las llamas, y ya hace resonar sus ecos hasta en los solitarios desiertos de Cades: finalmente aquel gran Dios que en otros tiempos ostentaba su gloria en el templo de su pueblo escogido por entre las oscuridades misteriosas de humos y nieblas infundiendo á todos un santo horror, llena los nuestros con su presencia corporal, establece en ellos un comercio familiar entre el Criador y la criatura, y esté tan íntimo que llega á dársenos como alimento. ¿Y en qué otro lugar sino en el templo tributa el hombre á Dios aquella gloria que con la solitud mas ardiente pedia Jesucristo á su padre *clarifica me pater*: que no era otra en comun sentir de padres é intérpretes que la manifestacion y reconocimiento de su divinidad? En los demás lugares, disfrazada y oculta la miserable condicion del hombre con el engañoso exterior de los honores y las riquezas, nos cubre los ojos para no ver la grandeza de Dios el grosero velo de nuestras pasiones y de los cuidados y atenciones mundanas; en ellos se confunde

de modo la idea de la divinidad entre el ruido y tumulto del siglo, que parece que los hombres, ó se olvidan de Dios, ó quieren ostentarse como otros tantos dioses independientes y absolutos. Pero ¿queréis, señores, formaros una idea cuanto cabe cabal y justa de la grandeza de Dios y de la miseria del hombre? ¿Queréis ver al mismo hombre protestando por mas que le pese á su orgullo, por mas que lo reclamen sus pasiones, que Dios es justo, sábio, juez terrible, padre misericordioso y amable, árbitro y señor absoluto distribuidor de todo: que el hombre por grande que parezca es miserable, vil, despreciable polvo, inmundado vaso de asquerosas pasiones, nada y menos que nada? Presentaos en el templo y allí entre la mezcla, mejor diré en la cristiana union con que todos dejan á esas puertas los vanos títulos de la sangre, de la riqueza y del empleo, veréis sensibilizada (si puedo explicarme de este modo) la gloria de Dios y la humana bageza. Aquí unos, trayendo al pie de los altares sus necesidades, sus aflicciones y sus cuidados, confiesan con fervorosos ruegos y oraciones que nada tiene y nada puede el hombre sino lo recibe de Dios. Otros, hiriéndose los pechos y aba-

tiendo hasta el suelo su frente y sus labios, publican en su arrepentimiento su iniquidad. Cual gime y en su llanto manifiesta la vileza de su origen y su ser: cual tiembla al considerarse merecedor de las formidables venganzas de un Dios irritado, y todos, ó casi todos los fieles á ciertos tiempos dan el mas ilustre y solemne testimonio de la sabiduria, del poder, de la justicia de aquel Señor, á cuyos ministros se postran hasta las testas coronadas, y á quienes se les confian los mas vergonzosos secretos que querrian ocultar aun de su propio corazon. En fin consagrando el hombre á Dios en el templo su espíritu y su cuerpo sin que haya potencia, sentido exterior ó miembro alguno que no emplee para sensibilizar su reconocimiento, viene á darle á su Dios aquella gloria que en los lugares profanos, ó le niega enteramente ó le escasea. *In templo ejus omnes dicunt gloriam.*

Yo, señores, he tomado estas hermosas expresiones del salmo 28 que compuso el santo profeta David para exhortar á los sacerdotes y levitas á glorificar al Señor despues que salieron del templo santo, como interpretan unos, ó para solemnizar el tabernáculo que se erigió á

la arca restituida del poder de los Filisteos, como vierten otros: pero sea el que fuere el objeto del psalmo yo me he valido de sus expresiones como las mas oportunas y acomodadas para hacerlos ver la gloria que tributamos á Dios en los templos. Pero lo que realza y singulariza esta misma gloria en la presente dedicacion es, que ella viene á ser un testimonio de nuestra fé y de nuestra religion: esto es, de aquella fé que es como la marca y el sello que caracteriza las obras todas con que engrandecemos á Dios en los demas templos. Luego que el Unigénito del Padre levantó su nueva iglesia sobre el sólido fundamento de Pedro, luego que empezó á hacerse oír por el ámbito del universo la clara confesion del príncipe de los apóstoles *Tu es Christus Filius Dei vivi*: comenzó á brillar aquella inefable luz desconocida de la Academia, y del Liceo, y oculta á los esfuerzos y conatos de la filosofia mas perspicaz. La manifestacion de la divinidad de Jesucristo, y la fundacion de su iglesia tenían por uno de sus principales fines el dar á conocer que era aquel Dios ignorado de la gentilidad, y á quien el mismo pueblo que se lisongeaba de ser el depositario de su fé *Notus in Judea Deus*, no conocia

sinó por sombras. Pero al mismo tiempo que resonó aquella voz, contra quien nunca prevalecerán los clamores y gritos del infierno, *Tu es Christus Filius Dei vivi*, vieron los hombres descubierta la gloria del Señor. Quiero decir: vieron con los ojos de la fé que este Dios siendo uno, es Padre, es Hijo, y es Espiritu Santo: uno sin confusion de las personas: tres sin division ni multiplicacion de su substancia. Que este Dios es Padre, que de ninguno recibe el sér, Hijo, que es engendrado del Padre, Espiritu Santo, que procede de ambos en virtud del amor del Padre y del Hijo, sin que este proceder, ni este orden de primera, segunda y tercera persona arguyan superioridad, desigualdad ó primacia en una respecto de las otras. Tres, pero un Dios: tres, pero un eterno, un inmenso, un sabio, un poderoso, un justo, un misericordioso; porque todo en los tres es uno, menos los respetos de Padre, Hijo y Espiritu Santo. Misterios inefables infinitamente superiores á toda esplicacion y á toda creada inteligencia; pero infalibles y fundamentales artículos de aquella fé, para cuya enseñanza fundó el Unigenito de Dios vivo su iglesia sobre Pedro, y que empezó á publicar gloriosamente el mismo: *Tu es Christus Filius Dei vivi*.

Esta fe, pues, es el caracter y la insignia de la gloria que da á Dios el hombre en los templos, ya sea con los sacrificios, ya en los sacramentos, ya en las respetables ceremonias de religion. Si renace el hombre en las saludables aguas del bautismo, si resucita muerto antes por la culpa con el bálsamo de la penitencia, si en los demas sacramentos se enriquece y adorna con la joya hermosa de la gracia; todo esto se obra con la espresa invocacion de la Trinidad. No hay exorcismo, no hay rito, no se practica ceremonia alguna jamas en la iglesia, que ó con las palabras ó con las acciones del ministro ó en su mística significacion no contenga la confesion de Dios uno y trino. El adorable incurso sacrificio de la misa, este compendio de los milagros, y el mas alto fin para que se consagran nuestros templos, desde el principio hasta que se concluye en cuanto se dice y hace en él es una repetida y casi continua protestacion de la Santisima Trinidad. Las oraciones públicas y privadas: ¿Mas en qué me detengo? No hay en la iglesia ejercicio ó funcion que no esté sellada con la marca de la Trinidad. ¿Y no es este un argumento el mas claro de que cuanta gloria tributa nuestra religion en los templos á

su autor soberano, tiene por sello y por insignia que la caracteriza la confesion de su ser uno y trino? Colegid ya, señores, si un templo que lleva en su nombre el carácter de nuestra religion, la divisa de su gloria, y cuya ereccion se dirige inmediatamente á su culto, sirve de un modo especial para glorificarle.

Asi es sin duda: y si quereis concebir toda la singularidad de esa gloria, examinadla por el exceso con que se aventaja en su mérito la fe de este misterio, ya por la arduidad y obscuridad santa de su objeto, ya por el heroico sacrificio con que sugetamos el orgullo de nuestro espíritu á creer lo que no podemos entender, ni explicar á la fe de aquellas otras perfecciones de nuestro Dios, que aunque invisibles se dejan ver por medio de las criaturas visibles, á la manera que el sol hace brillar su luz al través de las nubes que le rodean. Pues otro tanto excede la gloria que tributais á Dios con la dedicacion de este templo á la que le resulta de los demás. Los otros son un público testimonio que da el hombre de un Dios sabio, poderoso, benigno, absoluto Señor á quien erige casa en donde implore sus misericordias con ruegos, y aplaque su ira con sacrificios: el de la Trinidad es á mas de

todo esto un solemne monumento, una exterior espresa protestacion de aquel misterio, cuya manifestacion era el objeto de los ardientes deseos y solicitudes del hombre Dios; cuya fé fué uno de los principales fines de la fundacion de su iglesia con el precio de su vida y su sangre; cuya publicacion era el primer objeto de los viages, de los sudores, de las vigilijs de los apóstoles, y cuya confesion fué el insigne mérito que allanó á Pedro el camino ácia el trono y cátedra escelsa en que le veneramos: *tu es Christus Filius Dei vivi: tibi dabo claves regni caelorum.* ¡O templo de la Trinidad mil veces glorioso para Dios, para la religion y para Méjico!

Aun quando enmudeciendo nuestros labios no publicaran la fé de la beatissima Trinidad en dulces himnos, en deprecaciones, en elogios santos: aun quando cesando (¡oh y antes perezca nuestra vida, nuestro nombre y nuestra ciudad!), aun quando cesando los sacrificios, las ceremonias y los ritos no tuviéramos á la vista tantos poderosos recuerdos del gran misterio, este templo seria un respetable monumento de él. Sus paredes mudas é insensibles predicarian y anunciarian nuestra fé, su solo nombre acordaria

á la posteridad nuestra religion; conservando en sí un documento el mas illustre del honor y gloria que habeis ofrecido al Señor, dedicando un suntuoso tabernáculo á la inefable Trinidad.

A vista de esto cualquiera se persuadiera facilmente que un templo cuya dedicacion cede singularmente en gloria de Dios se ha fabricado bajo una especialissima proteccion de la mano todopoderosa, y que la misma aparente improporcion de los instrumentos y de los medios que han intervenido en su fábrica es argumento de que ella corria á cargo de una extraordinaria providencia. Y á la verdad si alguna vez ha manifestado Dios empeñada su providencia, y por decirlo así, cuidadosa y solícita, en que los hombres le fabricaran casa para ser adorado, fué en la fábrica de aquel primero suntuosísimo templo que se erigió á su nombre. Aun no habia nacido Salomon, y ya le destinaba el Señor para ejecutar los piadosos designios de su padre en la construccion del templo santo. A este fin pacifica su imperio, le colma de riquezas, y le infunde una sabiduría sin igual. ¿Con qué exactitud delincha el mismo Señor el templo y sus medidas, señalaba la materia, areglaba su construc-

cion, y daba leyes para su gobierno? Pero si en todas estas descripciones daba á conocer la providencia que aquel templo era obra singularmente suya, después de todo la dirigia por unos modos raros y grandes; pero tan propios y naturalmente conducentes al fin, que nadie se debia admirar de que un Rey pacífico el mas poderoso y sabio entre los hombres levantara un templo el mas rico y augusto que ha visto la tierra. Pero que á pesar de la escasez de socorros y auxilios, originada de las varias adversidades que nos afligen, sin otros fondos que la industriosa piedad de un zeloso ministro (el Bachiller Don Antonio José Narvaez, rector que fue del colegio de san Pedro 24 años; y que murió el de 1784, á los 77 de su edad), sin mas apoyo que sus solicitudes se levante un templo magnífico que aventaja ó iguala á los mas suntuosos de esta corte, ¿no es una prueba manifiesta de que su construccion ha corrido á cargo de una extraordinaria providencia? Parece que ésta, zelosa de su gloria para que se conociera mas claramente ser esta obra efecto de su singular proteccion, disponia ó permitia que se dificultaran aquellos auxilios, y se frustraran aquellos medios que mas naturalmente podian contribuir al logro

del designio. ¿Qué arbitrios no meditaba, qué rumbos no emprendia, qué diligencias no practicaba el infatigable zelo de aquel piadoso sacerdote, que oportuna é importunamente (como el mundo juzga) con la mayor constancia, y con una jamas alterada paciencia rogaba, pedia, solicitaba, buscaba limosnas y medios para la fábrica? Pero frustrados unos, inutilizados otros, todos insuficientes demoraban por largo tiempo su conclusion. Cuando los poderosos, inflamados de una emulacion santa, se empeñaban en ser los protectores del reedifício ó de la nueva fábrica de otros templos; cuando para todas las obras de piedad se derramaban en dones á manera de rios caudalosos que fertilizan los campos é inundan los valles; para el templo de la Trinidad, objeto el primero y mas digno de nuestras adoraciones, eran pequeñas fuentes de quienes solo se saca agua con escasez y con medida. No, no atribuyais esto á falta de piedad; era secreta disposicion de aquella Providencia que algunas veces se complace en llegar á sus fines por ocultos estraños rumbos, y en servirse de débiles y pequeños instrumentos para sus grandes obras. ¿Y no lo visteis como el artesano desdichado, el infeliz esclavo, y aun

el pobre que mendigaba el sustento, concurrían para esta fábrica con limosnas y con ofrendas tan despreciables algunas por su pequeñez, que hubieran sido materia de irrisión á no valorarlas la piedad de la mano, y á no ser tantas en número, que de ellas en fin ha resultado el quantioso caudal de los gastos? ¡Adorables designios de la Providencia! Un templo que se levantaba para solemne monumento de la pública fe de la Trinidad, de aquella fe que es el mas estrecho vinculo que ha unido á los diferentes pueblos y naciones del mundo, era forzoso que fuera por la mayor parte obra de las contribuciones del público, y que todos sin distincion de noble ó plebeyo, de rico ó de pobre, concurrieran á levantarle. Aquellos sorteos, á cuyo beneficio se adelantó tanto la fábrica en sus principios, y á los que debe su conclusion, ¿no han sido verdaderamente una contribucion de toda clase de personas, especialmente de las mas pobres y necesitadas? Acaso alguno al reflexionar sobre esto discurriria que aquella Providencia, que en las sagradas letras se nos da á conocer bajo una hermosa alegoria, jugando en todo tiempo, y jugando en el gobierno del universo, *ludens in orbe terrarum*, quiso

manifestar que no era obra de la humana industria la que se conducia por el arbitrio de un inocente juego, sino maravilla de su pr6vida mano. Pero sin detormos en esta congetura, mas ingeniosa que s6lida, y sin dejar de reconocer la gloria que justamente se debe en esta parte á una ilustre y venerable congregacion, y á una archicofradia ilustre y devota. ¿Quién, señores, al ver esta hermosa basilica, en quien compiten los primores del artificio con lo costoso de la construccion, qui6n al ver este espacioso templo, en cuya fabrica y adorno se han espendido con la mayor economia muchos miles de pesos, sin otro fondo que el de la providencia, no dirá lleno de admiracion: los demas templos son casa para Dios; mas este de la Trinidad es obra con especialidad del Señor, y edificio de su pr6vida mano: *Templum Domini Dei structura, Dei edificatio est?* Y yo no podré con razon esclamar de nuevo ¡ó templo de la Trinidad, glorioso singularmente para Dios! ¡ó dia el de su dedicacion, dia de júbilo y regocijo para México!

Mas ¿qué seria, señores, de esta gloria y de este júbilo si por una infelicidad, efecto de nuestra débil fe, quita-

rais al frecuentar este templo á Dios aquella gloria que le habeis dado dedicándolo? Si venis á él para confundir la silenciosa tranquilidad de Sion con el tumultuoso ruido de Babyloña, si quereis colocar la Arca al lado de Dagon, si os atreveis á levantar altar contra altar, si en el tabernáculo santo poneis de asiento la abominacion desolante: hablemos sin figuras, si frequentais y asistis al templo de la Trinidad profanándola con las irreverencias y sacrilegos desórdenes que vemos, no sin lágrimas, en los otros templos: yo me veo precisado á retratar cuanto hasta aqui he dicho, y aseguráros por el contrario, que dedicais á Dios un templo para deshonrarle, y para desmentir la religion misma que profesais. Esta virtud, como enseña el doctor de las escuelas santo Tomas, singularmente se dirige á protestar en los templos con todo el interior y el exterior que Dios es el dueño de nuestros cuerpos y de nuestras almas. Y una lengua libre que se desata dentro del templo en risas inmodestas, en conversaciones mundanas, y acaso torpes; unos ojos inquietos que se disipan en vistas curiosas, y quizá lascivas; unos ademanes y movimientos escandalosos, y valerse de su sagrado retiro para executar á

su salvo lo que no puede conseguirse en otro lugar, ¿son estos testimonios para protestar el dominio absoluto de Dios? ¿O son funestimas señales de un ateísmo práctico? Porque ¿qué se debe pensar de un hombre que en el excelso trono que Dios ha escogido para ser glorificado sobre la tierra viene á levantar en su corazón un teatro de pensamientos, de recuerdos, de deseos los mas criminales, y á valerse de su sagrado retiro para conseguir lo que no se ha podido alcanzar en lugares profanos? ¿Qué juicio nos hemos de formar de quien asiste al lugar santo en que se renuevan los misterios de la vida y muerte del hombre Dios con mas profandidad y desenvoltura que pudiera en un baile? Quien así se porta, ó no cree estas verdades, y es un impio sin religion, ó las cree, y su misma creencia le condena como un sacrilego detestable que desprecia y hace irrisión de la adorable presencia de Dios. Creedme, señores, la disolución de los teatros y de las asambleas de diversion, la infidelidad y usuras en los comercios, las injusticias y las lisonjas en los tribunales, y en los palacios son, aunque graves, á modo de aquellos recios y frios nortes que desnudan al arbol de flores y de hojas, pero de-

jan el tronco que despues reverdece: pero las irreverencias y desacatos en el templo, como aquellos gusanos que insensiblemente roen el corazón ó raiz de la planta hasta quitarle el jugo y ponerla en estado de no poder dar fruto, desarraigan poco á poco la fé y la religion de nuestros corazones.

Cotejad, señores, las religiosas demostraciones del pueblo de Israel en la dedicacion de un templo imperfecta semejanza de los nuestros con las sacrilegas profanaciones del pueblo católico, y os avergonzareis al reconocerlos menos fieles que aquella nacion tan inclinada á la idolatria. Alla los sacerdotes á la vista sola de una misteriosa figura de Dios sin atreverse primero á pisar los umbrales del templo entran despues con pasos timidos y reverentes tan sobrecogidos de un santo pavor que ni podian mantenerse en pie ni egercitar sus ministerios. Aca un hombre profano, y una muger mundana á vista de Dios no patente en figuras, sino en cuerpo sacrosanto entran libremente, pasean el templo, se mantienen en pie aun quando se celebran los mas grandes misterios, respirando en vez de temor un aire de orgullo y de lascivia. Alla aun quando se fabricaba el templo se observaba tan escrupulosa-

mente el silencio que no se oía ni el ruido del martillo, ni los golpes de la acha. Nuestros templos, las iglesias de Jesucristo no son ya casas de oracion y recogimiento; sino casas de comercio, gabinetes políticos, sitios de diversion en que se discurre sobre los intereses, se trata del estado actual de las Córtes, y se galantea libremente. Allá el Rey mas grande y mas sabio de los mortales hínca humildemente ambas rodillas en presencia de la arca material: y acá en presencia del sacramento un ruin hombrecillo, ó se incomoda, ó se desdeña de estar arrodillado sino es á medias.

Y ¿sufrireis, ángeles santos, á cuya custodia ha confiado el Señor este templo y la gloria que en él se le debe, sufrireis tan horrendas injurias sin descargar sobre estos profanadores furiosos golpes de venganza, ó sin detenerlos inmobiles en esos umbrales para que no pasen adelante? Mas ¿como no lo han de sufrir Dios uno y trino; Dios de misericordia, si vos mismo en ninguna cosa ostentais mas vuestra grandeza que en el indécible sufrimiento con que tolerais nuestras irreverencias en los templos! A este exceso de tolerancia vuestra solo puede compararse el exceso de nuestro abuso con que continuamos en ul-

trajaros en la iglesia; porque vos no cessais de sufriros. Pero en este dia en que tenemos no se que mayor derecho para que oigais nuestros humildes ruegos: en un dia en que el pastor de nuestras almas, y vuestro ungido ofrece la primera hostia solemne en este nuevo tabernáculo, os llamamos llenos de confianza presentandolos esta victima infinita, que inspiréis á todo el pueblo dignos sentimientos de religion, y la mas profunda interior reverencia en la iglesia. La victoria de nuestras armas, la fertilidad y abundancia en los campos, la salud del pueblo, el reposo de las familias son bienes que ya anticipadamente vinculasteis á las oraciones que se hacen en el templo. Estended hoy, Señor, vuestra diestra poderosa y bienhechora sobre la iglesia santa, y haced que conozca la impiedad que nada pueden sus fuerzas contra aquel edificio que fundasteis vos mismo sobre la invicta inalterable firmeza de Pedro. Santificad, Señor, vuestra casa de modo que su sola vista nos inspire un saludable horror que nos obligue á confesar con la mas devota frecuencia que el lugar en que Dios asiste es santo y terrible. Labrad en nuestros corazones al suave golpe de la gracia las preciosas piedras que os formen un digno y eterno taberná-

culo en el que os cantemos incesantemente en compañía de los espíritus que asisten al rededor de vuestro trono: santo, santo, santo Dios uno y trino, á quien se debe todo honor, toda alabanza y toda gloria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## SERMON

### DEL NACIMIENTO

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,  
Predicado en el convento de religiosos Bethemitas de Méjico.

*Transceamus usque Bethlem et videamus hoc verbum... et invenerunt Mariam et Joseph et infantem positum in presepio. Videntes autem cognoverunt de verbo quod dictum erat illis de Puero hoc.*

LUC. CAP. 2. V. 15. 16. 17.

La alegre prontitud con que unos rústicos pastores caminan á Belem en busca del Salvador que el ángel les anuncia: el regocijo santo con que despues de hallarle le adoran y confiesan, son unos de aquellos brillantes rasgos con que en medio de la humilde oscuridad de un pescibre, quiso Dios ilustrar su augusto nacimiento. Al comenzar el venturoso día veinte y cinco de Diciembre del año primero de la era cristiana, cuando toda la Judea descansaba en un quieto y profundo silencio, apareció el ángel del Señor vestido de claras resplandecientes luces á unos pobres pastores, que pasa-

Tom. I.

c

ban la noche desvelados guardando su ganado. No temáis, les dijo, que yo os vengo á traer la nueva mas alegre: hoy os ha nacido un Salvador que es Cristo Señor nuestro en la ciudad de David; y para que le conozcáis id allá, y hallaréis al niño puesto en un pesebre, y envuelto entre pobres pañales. Obedecieron sin demora y caminando á grande prisa hacia Belem hallaron allí á Maria y á José y al niño reclinado en un tosco establo; y al punto que le vieron conocieron ser verdad lo que de él se les había revelado. Esta sencilla narracion de una de las mas tiernas circunstancias del misterio que es hoy digno objeto de nuestro júbilo, excita desde luego en vuestros espíritus envuelta entre misteriosas dudas la admiracion. ¿Qué el ángel santo, queriendo autorizar su embajada y acreditar una noticia al par que rara interesante, no les dé por garante de su verdad, ni la música celestial que ya comenzaba á resonar en sus oídos, ni algun astro nuevo y brillante que les sirviera de guia como á los magos, ni otro desusado prodigio que confirmara este misterio, sino solo la humilde y despreciable señal de unos toscos pañales, y un vil pesebre? ¿Qué unos ignorantes pastores con-

vencidos de estas solas señas vayan en busca de un milagro el mayor que han visto los siglos? ¿Qué estos mismos luego que llegan á Belem confiesen y adoren por Salvador á un niño que ven reclinado en un establo, acompañado solo de una humilde muger, y de un hombre como ellos? ¿No es un arcano que encierra algun grande misterio? Y qué ¡las pajas y el pesebre, la oscuridad y el abatimiento han de ser los que manifiesten al mundo su glorioso libertador, la esperanza de los hombres, el hijo único y verdadero del padre Dios!

Así es señores: este era el magnifico designio del Altísimo, anunciado tanto tiempo antes por Isaias, que habia de ejecutarse en el nacimiento de Jesucristo por unos medios tan extraño que su misma desproporcion fuera el argumento mas convincente de la grandeza de su autor. Nació para nosotros (dice este gran profeta) un niño pequeñito que trayendo sobre sus hombros las insignias de su soberania, será proclamado admirable, consegere, Dios fuerte, padre de una nueva prole y principe de la paz. *Parvulus natus est nobis et vocabitur admirabilis, conciliarius, Deus fortis, pater futuri seculi, et princeps pacis.* Dilundira sus luces so-

bre un pueblo que andaba tropezando entre densas tinieblas, dilataráse su imperio hasta los últimos términos de la tierra, conocerá el mundo y atraído de su amor le rendirá los mas humildes y dulces homenajes: *multiplicabitur ejus imperium: ipsam gentes deprecabuntur*. Este dominio, esta ilustracion del universo, este amor y esta paz vinculados á la pequeñez de un tierno infante eran los gloriosos anuncios de un Dios que habia de manifestar al mundo su divinidad y su bondad, cuando apareciera bajo la forma de humilde y pequeño niño. Comenzáronse en efecto á cumplir en Belem estas grandes promesas dejándose ver en el pesebre todo el esplendor de un Dios grande, y ostentando allí toda su amabilidad. El darse á conocer al mundo y hacerse amar del hombre fueron, entre otros, los principales fines del nacimiento de Jesucristo; y ambos se cumplen en Belem por unos medios al parecer tan desproporcionados como ocultarse Dios y abatirse. Ved pues, señores, lo que caracteriza el nacimiento del hombre Dios de un misterio de sabiduría y de amor. En el nacimiento de Jesucristo Dios se dá á conocer al mundo cuanto mas se oculta: Dios se hace tanto mas digno de nues-

tro amor, cuanto mas se abate y se anonada. De suerte que el ocultarse fué el medio que tomó para ser adorado y conocido: y el abatirse para hacerse amar.

Yo os confieso que si entro sobrecoigido de un santo horror á tratar con mis inmundos labios misterios de que apenas es lícito hablar al hombre, crecen mis temores al contemplar que hablo delante de aquel soberano Señor que se ha dignado honrar la memoria que hacemos de sus cunas con su adorable presencia en el Sacramento. Pero ¿cuándo con mas justo título que en este día debías, Señor, hacerte presente en estas aras? Belem fué aquella casa mística de pan en que por la primera vez se mostró al mundo tu cuerpo sacrosanto, el mismo que ahora es nuestro sustento en la Eucaristia: Belem fué aquel lugar venturoso en donde, despues de una deshecha tempestad de trabajos, tomó puerto la rica nave del mercader María Purísima para descargar allí el precioso tesoro del pan divino que nos venia desde los cielos: *facta est quasi navis institoris de longe portans panem suum* (1).

Sea pues enhorabuena tu augusta presencia la que autorice estos cristianos cul-

(1) Prov. 31. 14.

tos; sea ella misma la que aliente mi confianza para hablar dignamente de tu nacimiento. Así lo espero de tu piedad fiado en la intercesion amable de Maria que debió á la dignidad de madre tuya toda su grandeza y toda su gracia. AVE MARIA.

El renombre de *Dios ignorado*, bajo cuyo misterioso titulo veneraba la supersticion de los Atenienses á una divinidad desconocida, pudo con toda propiedad aplicarse al verdadero Dios todo aquel tiempo que precedió al dichosísimo nacimiento de Jesucristo. Cuatro mil y mas años contaba el mundo de haber salido del oscuro caos de la nada, y otros tantos habia casi todo el vivo sepultado en una torpe culpable ignorancia del soberano autor de su ser. Sordo el hombre á las mudas, pero elocuentes voces de la naturaleza que le anunciaban la gloria de su hacedor, ciego á la luz de la divinidad que se dejaba conocer en sus obras; insensible á los poderosos estímulos de un corazón en cuyo fondo traía grabado el sello del divino ser, á pesar de su misma razón, ignoraba la mano bienhechora á quien debía la vida. Apenas comenzaba á poblarse la tierra, y ya empezaban los tristes anuncios de la

idolatría; y aún no bien respiraba el mundo de aquel fatal diluvio en que habia naufragado cuando, sin escarmentar con el castigo, buscó mentirosas divinidades, como si ellas pudieran consolarle de las penas con que le habia afligido un Dios justiciero. Redújose el número de los verdaderos adoradores de Dios á la descendencia bendita de Sem, en el linage de Abraham, y formando Dios de ella su familia escogida, este pequeño pueblo vagamundo por muchos años, errante de país en país, cautivo, perseguido, fué el único en quien se conservó el culto y el conocimiento de nuestro Dios. Estendia el Señor los ojos de su sabiduría por todas las partes del universo, y apenas descubria quien le reconociera y le confesara (1): *Dominiis de celo prospexit super filios hominum, ut videat si est intelligens aut requirens Deum*. Fabricábanse los hombres dioses á su arbitrio, y tributando adoraciones al leño inanimado y á la insensible piedra, no se avergonzaban de adorar como divinidades á criaturas inferiores á ellos mismos. Las naciones mas cultas, las repúblicas maestras del orbe, las mas sábias academias igno-

(1) Psalm. 75.

40  
rabán á Dios, tanto mas, quanto mas afectaban conocerle; y adonde el vil insecto, y el humilde hisopo aspiraban al grado de divinos, solo el Dios verdadero estaba desconocido é ignorado. Olvidado así Dios del mundo todo, solo era conocido en un oscuro y breve rincón de la Palestina, de manera que se tributaba al Señor por alabanza, el que su nombre era grande, y publicado en Israel: *Notus in Judea Deus, in Israel magnum nomen ejus.*

En esta negra noche yacia sepultado el universo, cuando se dejó ver en la plenitud de los tiempos cubierta de la naturaleza humana la luz y el esplendor de Dios. Apareció (dice el apóstol de las gentes) la gracia de nuestro Salvador para que desterrada la impiedad viviera el hombre conforme á la piedad y á la justicia: *Apparuit benignitas Salvatoris nostri ut abnegantes impietatem sobrie, juste et pie vivamus* (1). Nació (esplica en este lugar el gran padre San Bernardo) Dios hecho hombre para que substituyéndose á la idolatria ciega la verdadera adoracion, se manifestara al hombre la gloria de la divinidad. Descifre-

(1) Epist. ad Tit. cap. 1.

41  
mos, señores, lo que contiene esta sola espresion: *Dios nace hecho hombre para manifestar su divinidad*, y admirémoslos al contemplar como Dios se da á conocer por los mismos medios por donde mas oculta su grandeza. Viene Dios al mundo para dar al hombre la idea de un ser infinito, simplicísimo, puro y lleno de perfeccion; y aparece vestido de una carne debil, mortal, sujeta á los dolores y las penas: viene á manifestar su omnipotencia y su sabiduria; y se descubre bajo la forma de un pequeño infante atado con fajas, mudo y alimentándose de agenos pechos: le ha de adorar el mundo como á Hijo eterno del Padre, engendrado entre los resplandores de los santos; y le ve nacer en tiempo de la humilde Maria y abrigado entre groseras pajas.

Yo bien conozco que esta manifestacion de la divinidad en el nacimiento de Jesucristo; que los secretos rumbos por donde la infinita sabiduria dispuso darse á conocer al hombre cuando se unió á nuestra naturaleza, son un misterio inefable que ni vosotros podéis comprender, ni yo puedo explicar. Pero si tal vez se digna el Señor descubrirnos para nuestra enseñanza sus altos consejos, séanos licito esponer el admirable modo con que Dios egecutó en

su nacimiento, según la carne, el soberano designio de darse á conocer al hombre, y para esto atendedme.

Desde los primeros días de la creación empeñado Dios en conducir al hombre al conocimiento de su divinidad, sin glorioso de todas sus obras, á esfuerzos de su omnipotencia se lo manifestaba á cada paso con las demostraciones mas claras y sensibles. Cuando el Señor hacia nacer los mundos al arbitrio y al imperio de su voz sola; cuando estendia hermosamente los cielos como una piel; cuando comenzó á sostener con solo tres dedos la vasta mole de la tierra; cuando suspendia las aguas equilibradas en su mismo peso; cuando en la sucesion de los siglos multiplicando en cada momento los prodigios á favor de su pueblo, ya divide el mar en dos cristalinas murallas para abrirle el paso; y el sol ó se detiene en su carrera ó retrocede á los ruegos de Josué ó de Ezequias; ó ya el cielo llueve todos los días un maná sabrosísimo, ó ya las estériles rocas brotan dulces y puras aguas, ¿no se descubria y se dejaba ver por todas partes la gloria y la grandeza de Dios? Mas ¡oh! Que á pesar de tantos esfuerzos, interpuesta entre aquella brillante luz, y el espíritu humano su soberbia y su limita-

cion, mientras Dios se muestra mas grande; mas le desconoce el hombre, y mas le ignora. Traia este consigo, como funesta herencia, el desordenado apetito de la divinidad, y agitado de una oculta soberbia reusaba la sujecion y dependencia de un Dios superior á su ser. Creyó acercarse á un grado de divino, colocando otros hombres de su especie en la clase de dioses. Y así no hubo ficcion vana, transformacion impura, ni apoteosis ridicula que no adoptase el hombre para adorar por su Dios otro hombre. Por otra parte limitado su espíritu y obrando siempre con dependencia del cuerpo, no esforzándose á levantarse sobre sus sentidos para formar la idea de una divinidad purísima; como vil esclavo de sus mismos sentidos buscaba en las criaturas mas despreciables, y se complacia en tener en ellas unos groseros dioses que pudiera percibir con la vista, con el tacto, con el oido.

En esta perversidad y desorden tan profundamente arraigados en el humano corazón, ¿quién sino un Dios infinitamente sabio hubiera hallado el medio de hacerse adorar del hombre, al mismo tiempo que ocultaba su divinidad en el mayor abatimiento; y elevarle á un grado divino, condescendiendo en alguna ma-

nera con su misma limitación? Dios nace hombre, y el hombre limitado, como mortal y terreno, es desde entonces Dios, dice elocuentemente San Agustín (1): *Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus*. Dios nace hombre ocultándose bajo el velo de nuestra carne, y ya nuestros mismos sentidos, que eran antes el mas pesado estorbo para levantarse al conocimiento de la divinidad, nos sirven de instrumento por donde se nos manifiesta. Allí en la humilde cuna de un pesebre se me presenta en Belem un Dios que veo con los ojos, que percibo con los oídos, al oírle suspirar y gemir, y que puedo tocar reverentemente con mis propias manos. ¡Dignación infinita! ¡Sabiduría inescrutable de Dios! quién te comprende? El hombre ciego no conoce á su Dios porque aspira atrevidamente á un grado divino, y porque su espíritu atado á la carne busca un Dios que perciban sus sentidos, y Dios en su nacimiento se da á conocer, haciendo que el hombre sea Dios, y apareciendo y tomando por suyo un cuerpo material y visible. Ahora (decía el discípulo amado, depositario fiel de los secretos del Salvador) ahora que el

(1) Serm. 9. de Nativitate.

Verbo eterno se hizo carne y habitó entre nosotros, vimos ya manifestada la gloria y la grandeza del Unigénito del Padre (1): *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis, et vidimus gloriam ejus cuasi unigeniti á Patre*. Como suele el sol, al trasmontar por el oriente, dejar ver al través de los hermosos celages que le cubren, aquella misma luz, que no sufren los ojos en todo su brillo; así el sol de justicia en el oriente de su nacimiento se manifiesta cubierto de la humana naturaleza á aquellos mismos que, ó reusaban, ó no se atrevían á levantar sus débiles ojos al golpe de su luz.

En efecto este Dios antes ignorado, al punto que nace en Belem, comienza á ser conocido, y á recibir de toda clase de personas las venturosas primicias de aquella adoración con que ha de ser engrandecido en todo el universo. Los oráculos de los mentidos dioses callan y enmudecen: los pastores sencillos é ignorantes le glorifican y le adoran; tres orientales sabios y poderosos emprenden para verle un penoso viaje, y publican altamente su divinidad; una delicada multitud de inocentes víctimas confirman con

(1) Evang. cap. 1. 14

su sangre la grandeza del Dios que acaba de nacer, consagrándole pendientes del pesebre las verdes palmas y coronas con que cubrió sus tiernas sienes y sus manos la fiereza de los verdugos: tiemblan las testas coronadas, y su temor es una confesion, aunque forzada, irrefragable del dominio soberano de un Dios niño: dentro de pocos dias Egipto, el centro y el asilo de la idolatria, verá espantado como á la presencia de este recién nacido infante se estremecen y caen por tierra aquellos idolos colosos de la impiedad, para que sean sus ruinas perpetuo monumento de la divinidad de Jesucristo. Si, señores, ya no será de aquí adelante alabado el Señor con el corto y escaso elogio de conocido en la Judea, y de grande en Israel: será ya su alabanza la de un Dios grande y conocido en todo el universo: será adorado este Niño desde las orillas del Océano hasta el último rio de la tierra (1). *Dominabitur à mare usque ad mare: et à flumine usque ad terminos orbis terrarum.* Hincarán humildes las rodillas ante sus cunas desde el adusto etiope hasta el indio botal, y el industrioso chino: *Coram illo*

(1) Psalm. 71. 8.

*prociènt æthiopes: et inimici ejus terram lingent:* consagránle sus dones y sus votos la India opulenta, la Arabia feliz y la Sabea fragante: *Reges Tharsis et illustria munera offerent: reges arabum et saba dona adducunt* (1). Y al fin resonará con religiosa veneracion su nombre desde las mas célebres capitales del mundo hasta los últimos rincones de la nueva México y la California: *Et adorabunt eum omnes reges terra, omnes gentes servient ei.* Magníficos y felices anuncios del nacimiento del hombre Dios que publicaba en el transporte de su gozo el real profeta, según el sentir de nuestra madre la iglesia. Despues de todo, no son ellos sino un ligero bosquejo de aquella exterior grandeza á que la sabiduria de un Dios quiso exaltar su nombre, manifestando su divinidad cuando mas la oculaba entre las sombras de la humana carne. ¿Mas acaso intentaba, señores, este Dios grande un culto ciego, una esteril adoracion, una manifestacion con que protestara el hombre y confesara á su Dios con el testimonio de los labios, y el de una fé muerta, sin que le reconociera su corazon? Poco hubiera sido, según sus soberanos designios,

(1) Psalm. 71. 9. 10. 11.

manifestarse Dios al mundo cuando mas se ocultaba, sino se hubiera hecho tambien infinitamente amable, cuando se abatia. Supo su sabiduria darse á conocer Dios grande, cuando se mostraba hombre y niño; pero tambien su amor dispuso ganarse el corazon del hombre cuando parecia mas despreciable.

Y ¿quién, señores, si la santa fé no lo enseñara, pudiera jamas, no digo creer, pero ni imaginar, que un Dios infinito se valiera del amoroso arbitrio de hacerse hombre para que la semejanza con él fuera un poderoso estímulo que le obligara á amarle? Pero aun no es esto todo: sí, escitan naturalmente las desdichas y las miserias la compasion, no sé cómo se deja arrastrar el corazon humano de un tierno amor ácia aquellos á quienes ve que se le asemejan en ser desdichados y miserables; pero si alguna vez el que por su naturaleza es feliz y venturoso se abraza voluntariamente con la infelicidad y la miseria, por parecerse y asemejarse á otro, llega á tan alto punto la ternura, que casi se convierte en una dulce necesidad de amarle. Pareceme, señores, cuando uso de este language, que estoi hablando de criaturas viles y despreciables; pero no, Dios es mi objeto, Dios en su

nacimiento quiso asemejarse al hombre, no solo en la naturaleza, sino en todas sus bajezas y miserias (esceptas la de ignorancia y de culpa); de suerte, que haciendo fuera semejante á nosotros en aquello en que mas se demuestra la vileza y flaqueza de la humanidad. Y ¿qué otra cosa muestra mas claramente la abatida condicion del hombre que su nacimiento? Pudiera, decia un juicioso filósofo, pudiera el hombre con razon quejarse de la naturaleza al contemplar que habiendo concedido á los mas de los brutos medios para conservar la vida, poderosas armas para defenderse luego que salen á la luz, el hombre esté posturado muchos meses en una lastimosa impotencia y debilidad sin el dominio pronto y espedito de sus mas necesarios miembros: yace en la cuna impedido, y como atado de pies y manos sin otra señal de vida que las lágrimas y gemidos con que hace resonar el aire: *jacet manibus, pedibusque ligatus flexus animal imperaturum ceteris*. Ved ay, señores, el lamentable misero estado en que se presenta por la primera vez al mundo el Dios de infinita magestad. A excepcion de la ignorancia, y de los defectos de culpa, Dios estuvo en Belem reducido á este abatimiento. Nada se ve en

él, nada se percibe que no ofrezca á los ojos flaqueza; miseria, debilidad. ¡Ahl que si en el resto de su vida se verá su jefe al último desprecio; pero aun entonces dará no sé que gloriosas señas de su divinidad. En el impetuoso torrente de desdichas que le inundarán al tiempo de su pasión; su paciencia invicta, su humildad, la magestuosa tranquilidad de su semblante, superior á todas las penas, darán á conocer en él á sus mismos enemigos una grandeza más que humana. Pero en la cuna, en la rústica cueva de Balem ¿qué vemos? ¡un niño pequeño en un pesebre, rodeado de pajas, envuelto en pobres pañales, atadas con fajas las manos! ¿no habla, llora, tiembla de frio, estremecense sus miembros; y no percibimos allí sino lágrimas, suspiros, pobreza, desauidez y miseria!

¡O qué ideas tan diferentes de Dios me escitan estos objetos de las que ocupaban mi espíritu cuando registrando los santos libros del antiguo testamento recorría los tiempos anteriores al nacimiento de Jesucristo! Allí se me presenta á el alma un Dios con tales caracteres de grandeza, de soberanía y severidad que, sobrecogido de un santo respeto, tiemblo, me estremeczo, me lleno de pavor al con-

templarle. Pero al punto que Dios nace, como si el Señor mudara de estilo y de lenguaje, como si (dejádme explicarlo así) se olvidara de su grandeza ocupado únicamente de nuestro amor; todo es dulzura, benignidad, ternura, amabilidad. Allá se me representa un Dios fuerte y guerrero, á cuya vista sola se estremecen la tierra, y á cuyo ligero contacto vomitan humo y fuego los montes (1): *Qui respicit terram et facit eam tremere; qui tangit montes et fumigant*; en Belem veo un Dios manso, benigno que trae por insignia la paz, y á cuya presencia se pacificara el orbe todo (2): *Apparuit benignitas Salvatoris nostri: et in terra pax hominibus*. Allá se me deja ver un Dios que sentado sobre el severo trono de su justicia, cercado de obscuras nubes envía delante de sí un fuego devorador que consume á sus enemigos (3): *Nubes et caligo in circuitu ejus, justitia et judicium correctio sedis ejus. Ignis ante ipsum procedet, et inflammabit in circuitu inimicos ejus*; acá un Dios niño que reclinado en un humilde establo, como en trono de misericordia, rodeado de apacibles celestiales luces atrae con su

(1) Psalm. 103. 31. (2) Paul. ad Tit. epist. III. 4. Lucæ II. 14. (3) Psalm. 96. 2.

dulzura á los idólatras é ignorantes. Allá un Dios que con formidables truenos espanta, conmueve, aterra á los mortales, deshaciendo como blanda cera los mas robustos montes (1): *illuxerunt fulgura ejus orbi terrae, vilit et commota est terra. Montes sicut cera fluxerunt á facie Domini* acá un Dios que exalando dulces suspiros conquista con su afabilidad los mas duros pechos. Allá todo inspira pavor, temor, respeto; acá todo escita á amor, compasivo y ternura: *non accepistis spiritum servitutis sicut in timore: sed accepistis spiritum adoptionis filiorum* (2). Recoged, señores, cuantos titulos pueden concurrir al amor y los hallareis todos soberanamente vinculados al abatimiento y humillacion de las cunas de un Dios niño. Si os mueve la grandeza ¿cuándo se ostentó Dios mas grande en sus atributos, que cuando apareció el mas pequeño en un pesebre? Por que ¿qué mayor poder que abatirse un Dios infinito hasta el último término de la miseria? ¿Qué mayor sabiduria, que unir dos términos tan distantes como el ser divino y la nada de la criatura? ¿Cuándo mas gloriosa la inmensidad, que cuando se reduce á un pequeñito cuerpo

(1) Psalm. 96. 4 5. (2) Ad Roman. 8. 15.

el que no cabe en la vasta esfera del universo? Y ¿qué mayor argumento de un ser inmortal, purísimo y simplicísimo que unirse estrechamente á un cuerpo material sin padecer mudanza ó alteracion?

Si son los beneficios el lazo mas estrecho de los corazones, Belem fué el oriente del sol benéfico que habia de alumbrar al mundo. Allí nació la fuente inagotable de los divinos dones, en aquel suelo brotó el precioso renuevo que habia de producir frutos de vida eterna. Misterios adorables, milagros, muerte de Jesucristo, redencion, sacramentos, aquí comenzó á descubrirse vuestro autor. Al fin, si estais dotados de un corazon tierno, compasivo, susceptible de amorosas puras impresiones, id á Belem, y allí se os presentarán los objetos mas dulces; mirad al niño bello, delicado, hermoso sobre los hijos todos de los hombres. No descuella en los campos flor, no se levanta en los montes arbol lozano, no se esconde en las minas piedra tan preciosa, no hay en el mundo visible animal tan gallardo, tan noble, á que no le comparen las escrituras santas. Mira, vuelvo á decir, á este digno objeto de las divinas complacencias reclinado en un pesebre, que ya llora; ya, con una dulce sonrisa, vuelve los ojos

acia su pura Madre; ya la halaga á su modo con el semblante: gime unas veces atadas las manos con las fajas; otras sueltas estiendo graciosamente sus tiernecitos pies y brazos por aquella estrecha cama, y busca ansioso en los virginales pechos la leche que le alimenta. Maria hermosa, Maria Madre la mas amable ¿quáles eran entonces los afectos de tu corazón? Absorta, arrebatada, luchando entre el amor mas dulce, y el dolor mas agudo, fijos los ojos en tu hermoso niño contemplas en él toda la grandeza y amabilidad de un Dios: ya le tomas en tus brazos y ya en tu puro seno procuras calentarle y defenderle del rigor del frio: le envuelves, le desatas, le aprietas, le estrechas, le abrazas, le adoras, le besas dulcemente: lloras, te ries y poco falta para que á impulsos de un amor tan ardiente no exhales el espíritu.

Corazon mio, duro mas que las rocas y los mármoles, insensible eres sin duda, cuando á consideracion tan amable no te derrites por los ojos y labios en suspiros y lágrimas. A la verdad, señores, si nos ha quedado aun algun resto de fé, si las pasiones no han sofocado del todo en nosotros los sentimientos de humanidad ¿cómo podíamos, sin que se nos inflame el pecho en el amor mas puro, contemplar á un

Dios niño que nos ama tan á su costa, y que, para enseñarnos á amarle, quiso desde el pesebre egercitar el magisterio mas penoso? Las lágrimas de un Dios recién nacido (esclama absorto San Bernardo), su desnudez, su abatimiento, el pesebre, las pajas son mudas; pero elocuentes lecciones que condenan la vida placentera y delicada, el fausto y el orgullo, y que al mismo tiempo nos dicen, que la humildad, el desinterés, la mortificacion obligan indispensablemente á todo cristiano. Pero oponiendo el hombre á este misterio inefable de amor un abismo de ingratitud, como si el nacimiento de Jesucristo fuera solo materia de ingeniosas estériles especulaciones, no se avergüenza la criatura de contradecir atrevidamente la conducta de su Dios. El Unigénito del Padre revestido de los gloriosos títulos de admirable, de consejero, Dios fuerte, príncipe de la Paz nace en una gruta, mansion de bestias, abandonado y desconocido; y el hombre polvo y ceniza encaprichado de la sangre, del empleo, del puesto aspira orgulloso á la adoracion, al rendimiento, y poco falta para que quiera ser venerado como Dios. El delicado cuerpo de Jesus, depósito de la divinidad, yace en un establo sugeto á la desnudez, á la hambre, y al

frio; y el hombre voluptuoso corre sin escrúpulo de conciencia en pos de los placeres y deleytes que halagan la carne y los sentidos. Mas ¿qué mucho? si en estos mismos días, en este augusto templo en que se reñeva la memoria de la humillación; de la pobreza y las mortificaciones de un Dios que nace para nuestro maestro se atreve aquel joven mundano, aquella cortesana muger á presentarse delante del mismo Dios ostentando en su trage escandaloso, en sus vistas y risas lascivas, en sus conversaciones libres un espíritu de impiedad tan sacrilego que, levantando altar contra altar, parece que quieren derribar á Dios de esas aras, para ser ellos el ídolo de la adoración mas impura. ¡Impia, monstruosa, detestable ingratitud!

Mas ¿á donde iba yo á perturbar con mis severas reprensiones el regocijo santo de aquellas almas justas, que penetradas de los mas piadosos sentimientos de los beneficios de un Dios niño, aspiran incesantemente á formar en su vida una copia fiel de la humildad, de la pobreza y de la amorosa misericordia que nos enseñó el Salvador desde la cuna? Tales eran las heroicas ideas que ocupaban el grande espíritu del V. Pedro de S. José Betancur cuando sin poder contener den-

tro del pecho su amor: ácia el nacimiento de Jesucristo quiso dejar á la posteridad un inmortal monumento de su sólida generosa. Habia ya renunciado Pedro las mas halagueñas esperanzas con que podia lisonjearse un hombre que desde sus juveniles años habia sido gobernador y capitán general de Costa Rica; pero aspirando aquel gran corazón á mas nobles empresas meditó, arregló y puso por obra la fundacion de una compañía religiosa proponiéndole por modelo en su instituto á un Dios recién nacido á quien la consagró. Ya lo sabeis, señores, y no debo detenerme en repetiroslo: el cuidado y asistencia de los enfermos convalecientes, la educacion y enseñanza de los niños en los primeros rudimentos de leer y escribir, la frecuente meditacion de las eternas verdades, la aspereza y rigor de la penitencia forman el trabajoso vinculo de la vida activa y contemplativa en los hijos de Betancur. Son los tiernecitos niños el mas vivo retrato de la infancia del Salvador; son los enfermos la imagen mas cabal de las mortificaciones de Jesucristo, y ambos son el objeto del ministerio Bethlemítico. Ministerio glorioso; pero ¿quán rodeado de ásperas dificultades, y quán grandes virtudes no contiene su

cumplimiento? ¿Qué prudencia para tratar con niños en una edad en que sus pueriles diversiones, la inocente inquietud de su espíritu, y el amor á la libertad ni permiten un nimio rigor, ni sufren una demasiada condescendencia? ¿Qué pacífica dulzura, que constancia para enseñarlos casi á pronunciar las voces, empleado un hombre proveyo gran parte del día en repetir los primeros rudimentos del A. B. C; para sujetar sus inquietas manos á que formen las letras; y lo que es mas, para infundir en sus corazones las primeras semillas de la moral cristiana? Pasar despues de la escuela á la enfermería en donde los enfermos mas asquerosos, sucios y llagados son un objeto de horror á la carne y á la sangre; curar sus llagas, ministrarles el alimento, consolarlos, asearlos; y que el descanso de estas ocupaciones sea emplear despues las horas mas incomodas de la noche en oraciones santas, ved aquí en breve los destinos sobre humanos de la compañía de Belem.

Llenaste, religion venerable, los deseos de tu gran fundador: cumpliste sus deseos haciendo inmortal con tu santa práctica el amor y devocion del V. Beatañcur ácia el nacimiento de Jesucristo,

Humilde en tu ministerio, distante por tu profesion de los sagrados caracteres del orden eclesiástico, cuando pareces pequeña entre las demas familias religiosas, puedes con razon gloriarte de grande. Pequeña era sin duda la humilde habitacion de Belem; pero al contemplar el profeta Micheas que en ella habia de nacer el Salvador, le tributaba elogio de grande entre las mas célebres ciudades de Judea (1). Ciudades son del reino militante de la iglesia las familias religiosas: entre ellas unas como firmes fortalezas, ó plazas de armas la defienden con la pluma y los libros; fértiles otras y abundantes proveen al pueblo del sagrado alimento de la palabra divina y de los sacramentos: pero entre todas grande eres, ó humilde Belem, por tu misericordia, por tu aspereza, por tu contemplacion y por la utilissima educacion de la infancia: *Et tu Bethleem nequaquam minima es in principibus Juda.*

Dios niño, hermoso, y todo amable, recibe los respetuosos homenajes y obsequios que esta religion, por todos titulos tuya, consagra á tu memoria: recibe las

(1) Et tu Bethleem terra Juda nequaquam minima es in principibus Juda. Matthæi 2. 6. Micheæ 5. 2.

devotas demostraciones del cristiano pueblo: y allá entre las toscas sencillas expresiones con que te saludaron en Belem los pastores permite que se mezclen los rudos ecos de mi grosero elogio. La iglesia santa, la Monarquía Española, la nobilísima ciudad Mexicana postradas al rededor de tus cunas en el ademan mas humilde y reverente esperan con razon, que la pureza de la fé, la santidad de las costumbres, la felicidad de sus armas, y la abundancia de los bienes todos serán venturosos gages de tu nacimiento. Derrama pues desde el pesebre tus bendiciones sobre nosotros; y aquellos festivos anuncios con que los ángeles publicaron gloria al Señor, y paz á los hombres cumpláse felizmente gozando todos aquella paz verdadera y cristiana que es prenda de la eterna Gloria.

## SERMON

## DEL NIÑO JESUS

PERDIDO EN JERUSALEM.

Predicado en el convento de Jesus  
María de México.

*Non invenientes Jesum regressi sunt in Jerusalem.* Luc. cap. 2. v. 49.

Si alguna vez pudo parecer que el amabilísimo Jesus, desentendiéndose del tierno amor que profesaba á su santa Madre, se habia mostrado ó niniamente austero con ella, ó menos sensible á sus aflicciones, fue sin duda en la misteriosa pérdida de este Dios niño en Jerusalem. Habia subido desde Nazaret á la ciudad Santa (como lo habeis oido en el evangelio del día) acompañado de sus amantes padres, para cumplir con la religiosa ceremonia de la festividad de la Pascua. Pero á pesar del amoroso cuidado de María y de José cuando al regresarse, concluida la solemnidad, llegaron á alojarse en un

devotas demostraciones del cristiano pueblo: y allá entre las toscas sencillas expresiones con que te saludaron en Belem los pastores permite que se mezclen los rudos ecos de mi grosero elogio. La iglesia santa, la Monarquía Española, la nobilísima ciudad Mexicana postradas al rededor de tus cunas en el ademan mas humilde y reverente esperan con razon, que la pureza de la fé, la santidad de las costumbres, la felicidad de sus armas, y la abundancia de los bienes todos serán venturosos gages de tu nacimiento. Derrama pues desde el pesebre tus bendiciones sobre nosotros; y aquellos festivos anuncios con que los ángeles publicaron gloria al Señor, y paz á los hombres cumpláse felizmente gozando todos aquella paz verdadera y cristiana que es prenda de la eterna Gloria.

## SERMON

## DEL NIÑO JESUS

PERDIDO EN JERUSALEM.

Predicado en el convento de Jesus  
María de México.

*Non inveniētes Jesum regressi sunt in Jerusalem.* Luc. cap. 2. v. 49.

Si alguna vez pudo parecer que el amabilísimo Jesus, desentendiéndose del tierno amor que profesaba á su santa Madre, se habia mostrado ó niniamente austero con ella, ó menos sensible á sus aficciones, fue sin duda en la misteriosa pérdida de este Dios niño en Jerusalem. Habia subido desde Nazaret á la ciudad Santa (como lo habeis oido en el evangelio del día) acompañado de sus amantes padres, para cumplir con la religiosa ceremonia de la festividad de la Pascua. Pero á pesar del amoroso cuidado de María y de José quando al regresarse, concluida la solemnidad, llegaron á alojarse en un

hospicio destinado á los pasajeros, reconocieron que Jesus, de quien acaso creian que vendria en compañía de los parientes y paisanos; reconocieron, digo, que no habia llegado ni parecia entre los demas peregrinos. Volvieron apresurados á Jerusalem, y despues de solicitudes diligencias que practicaron inutilmente en su busca no le hallaron hasta el tercero dia en el santo templo disputando gloriosamente entre los doctores. No creo, señores, que la piedad menos instruida deje de confundirse humildemente al considerar las circunstancias misteriosas que intervinieron en esta pérdida así por parte de Maria, como de su hijo Jesucristo. Porque ¿qué causa pudo haber para que una madre tan amante no llevara en su compañía á su divino hijo al caminar de vuelta á Nazaret como le habia traído antes en su venida? Y en caso de deber caminar separados ¿quién se persuadiria á que la señora se hubiera satisfecho con sola la congetura de que le llevaria por otro rumbo el santo José; ni menos que le confiaran á la custodia de otro extraño? Y cuando esto no pudo ser efecto sino de una santa abstracción de Maria, cuyo noble espíritu quiso el Señor que se arrebatará por entonces á otros objetos para

el cumplimiento de este misterio, nos hace mas difícil su inteligencia la conducta que en su serie observó Jesucristo. Conocer el Señor que Maria, ejecutora fidelísima de las voluntades del padre celestial, hubiera sido la primera en conducirlo al templo á recibir entre los demas doctores su soberana doctrina; y no obstante esto separarse ocultamente de su lado sin darle parte de su resolución; no esperar su consentimiento, ni consultar á su voluntad en la tierna edad de doce años el mismo, que hasta la robusta de treinta se gloriaba de sujetarse en todo á su arbitrio; mantenerse por tres dias oculto á sus ojos comprendiendo bien el agudo y cruelísimo dolor que habia de padecer inconsolable su espíritu; no parece, señores, una severidad agena de un hijo el mas obediente, y el mas amante de su madre? Pero ¿qué puede concebir nuestro limitado entendimiento sino ideas groseras y engañosas cuando pretende discurrir sobre los altos misterios de la vida del hombre Dios por solas sus exteriores apariencias? Entremos por un breve rato al fondo de esta arcaica pérdida, y allí descubriremos no un Dios severo, sino un hijo amante empeñado en engrandecer á su madre por los mismos medios con que la aflige

quando se ausenta, y un maestro sabio que nos deja en las solicitudes con que Maria le busca una solida provechosa instrucción. Maria pierde corporalmente á Jesus para atesorar un rico caudal de virtudes, y le busca penetrada de dolor para enseñarnos como nos hemos de portar cuando le perdemos espiritualmente quanto gana Maria perdiendo á Jesus, y como nos instruye buscándole son los importantes puntos que deben ser el objeto de nuestra consideracion en este sagrado y tierno misterio.

Dios escondido en ese angusto sacramento, vuestro amor industrioso para con Maria os hizo separaros de ella por algunos dias para engrandecerla y glorificarla, y este mismo amor ácia nosotros os obliga á ocultar bajo las apariencias de un comun alimento vuestra hermosura y magestad para unirse mas intimamente á nuestras almas. Si yo, Señor, en esta mañana dirijo todo mi discurso á elogio de Maria es porque creo que vuestro designio en este misterio fue principalmente el aumento de las virtudes, y de la gloria de vuestra madre: disfundid pues, é inspirad desde ese excelso trono sobre mi corazon y mis labios luces y palabras que sean dignas de tan alto objeto, y

oportunas para la comun edificacion; asi os lo pido por medio de Maria saludándola llena de gracia. AVE MARIA.

Nada hay mas semejante á Dios que Maria. (S. S. S.) Es Dios aquella infinita y suma naturaleza en quien reside la idea soberana y exemplar de todo ser, y de quien todas las criaturas no son sino un pequeño destello, y una imperfecta semejanza: es aquel hermoso círculo todo centro, y nada circunferencia adonde concurren cuantas perfecciones hay imaginables: es aquel abismo portentoso en donde se hallan unidas con el lazo mas puro, y la armonia mas concorde las clases todas de ser, y de bondad que en si mismas parecen opuestas é irreconciliables. Unico é infinitamente fecundo y difusivo de su ser; misericordioso sin medida, y sumamente severo y justo: presente á todo tiempo y eterno sobre la duracion de los siglos: llena todo lugar: sin que algun espacio le comprenda: en él esta la fragancia de las flores, y el brillo de los astros: en él la vida de cuanto se anima, la virtud de todo ser inteligible, la hermosura y la bondad de cuanto es hermoso y es bueno: él es todas las cosas; y superior á todas: y siéndolo todo; nada hay fuera de él que sea Dios.

Es María con la debida proporcion el abismo potentoso de la santidad, y la idea que allá desde la eternidad se acomodaba Dios para formar en tiempo las diferentes gerarquias de los justos. Sin sujetarse á las comunes leyes de la naturaleza, ni ceñirse á la sabia economía que el mismo estableció en el orden superior de la gracia, para sacar en ella el retrato mas fiel del divino egemplar, unió en su persona todas las virtudes, gracias y privilegios que se hallan repartidos entre los demas santos, y forma su caracter aun de aquellas dotes que parecen entre si mismas las mas opuestas. Virgen intacta, y Madre fecunda: al paso que su dignidad la exalta sobre todo lo criado; su humildad la abate hasta el profundo de la limitacion de su ser: sabia y sencilla: magnánima y moderada: fervorosa y ardiente con toda la solitud de una vida activa; tranquila y sosegada en el reposo de la contemplacion. Hija de Adán y Reyna de los ángeles: Madre de su Dios y su Señor; y esclava de su hijo posee en grado heróyco como egemplo y modelo de los santos las diferentes virtudes que los caracterizan. Apóstoles, Patriarcas, Profetas, Virgenes, Mártires, á la manera que del vasto oceano los rios y las fuentes, todos reciben de ella el caudal de gracia

con que se enriquecen. Solo aquella noble y mas numerosa porcion de la iglesia santa, aquellos felices desventurados á quienes su misma desgracia sirve de ocasion para ser mas dichosos, los pecadores penitentes parece que no tienen en María la idea á quien conformarse, ni que ella pueda servirles de modelo. Purísima desde su primera respiracion, é inocentísima hasta el último momento de su vida, confirmada singularmente en gracia la poseia Dios como su herencia la mas escogida. Y ¿cómo aquella enemiga irreconciliable aun de la mas leve culpa daría lecciones de arrepentimiento cuando no supo delinquir? ¿Cómo sentiria las amarguras de la penitencia, la que nunca naufragó en el proceloso mar del pecado? ¿O cómo sufriria el agudo dolor de la pérdida del sumo bien, la que jamas experimentó este infeliz quebranto? Mas ved aquí, señores, la industria sabia del amor de un Dios empeñado en engrandecer á su Madre de un Hijo tanto mas tierno cuanto parece mas austero: Jesús oculta á María sus desiguños, y separandose de la que, por un don extraordinario de su gracia, nunca podia perderle en esta separacion la hace sentir con mayor nobleza los efectos mas amargos de la penitencia. Este solo rasgo

faltaba á la divina copia para que, entre tantas y tan varias gerarquias como componen el vasto reyno de la iglesia, no hubiera una de la que no fuese perfecto modelo; el dolor por un Hijo que cree haber perdido; las virtudes con que le busca, engrandecen y ensalzan á la Virgen mas inocente á ser el egemplar de los penitentes: ella tuvo todo el mérito de la penitencia del espíritu, sin padecer las desgracias que la ocasionan.

*Primer punto.*

Y á la verdad, ó sea que el gozo que se siente en la posesion de los puros bienes ocupe de tal modo el corazon que no nos deje reflexar sobre los mismos bienes que gozamos; ó que dominados de una falsa seguridad apreciamos tanto menos el bien poseido, quanto nos imaginamos mas seguros de no perderlo: es cierto, que no hay estímulo mas agudo para escitar el amor, ni ocasion mas á proposito para engrandecer el concepto de cualquier bien que su pérdida. ¡Desconsolada Madre de Tobias! ella había siado tranquilamente para un largo viage su hijo único á la direccion de un joven desconocido, y sufría su ausencia como sino conociese las amables pren-

das que le adornaban; pero apenas con la dilacion de su vuelta comienza á imaginarle perdido, cuando empieza tambien á avivarse su amor, y á hacer las consideraciones mas justas y dolorosas que al principio no había formado. Hijo mio (decia muchas veces penetrada del mas vivo dolor) ahora conozco mi imprudente resolucion en haber permitido que te ausentaras: yo no debí separarte de mi, esperanza única de tu casa, alegría de tus padres, consuelo de mi ancianidad: desaconsejada Madre que ahora (cuando acaso para siempre te pierdo) llego á conocer lo que antes, cuando gozaba de tu amable presencia, no conocia.

Mas para qué necesitamos de otros exemplares estando persuadidos á que la amorosa providencia de nuestro Dios suele permitir ciertas funestas caidas en aquellas almas que tibias en su amor ó descuidadas perezosamente se levantan mas fervorosas y amantes despues de haberle abandonado. Si, señores, el dolor de esta pérdida imponderable es el fuego que ha hecho romper aquellos volcanes de incendios amorosos en tantos ilustres penitentes, que son la admiracion de los siglos: él ha armado sus brazos santamente irritados para encruelecerse contra sí

mismos: y el florido campo de la iglesia no se hermosea tanto con las claras aguas de las fuentes puras de inocencia; cuanto con los caudalosos rios de sangre con que le riega la penitencia. Yo bien sé que estas comunes máximas no se pueden acomodar á Maria siempre fervorosa en su amor, y á quien la posesion de su Divino Hijo jamas la hizo disminuir un punto su aprecio; pero tambien sé que al considerar la Señora en este dia que la pérdida de Jesus no era efecto ni de su poca edad, ni de algun suceso adverso ó involuntario; al contemplar que el Señor se habia ocultado de su vista por una eleccion misteriosa ¡qué de reflexas desolantes y crueles no cargan de tropel sobre su espíritu para despedazarle! ¿Si se habrá mi amado Jesus vuelto á la diestra de su Padre cansado de las negras ingratitudes del hombre infiel? ¿Si habrá ido á visitar y hacer felices con su presencia otros países remotos y menos desagradecidos que los de Judea? Pero ¡ay de mí! ¿si mi poca correspondencia á sus beneficios, si alguna aunque involuntaria negligente omision en cuidarle y venerarle será la causa de su retiro? Yo esclava miserable del Altísimo, yo la mas indigna de la alta dignidad de Madre de Dios:

¡quán tibia y quán escasamente he satischo á tan soberanas obligaciones! ¡Dios mío! ¡Hijo mío! Si yo en tu servicio hubiera en cada momento derramado mi sangre y sacrificádote mi alma, aun no era este obsequio digno de tu personal; madre tuya y tu criatura, ni mi obediencia, ni mi amor han correspondido á estos títulos, y quizá por eso te pierdo.

Jamas, señores, llegó Maria en una vida llena de tribulaciones y de penas á experimentar dolor semejante al de esta pérdida: trátela su hijo con el exterior de la mayor aspereza en las bodas públicas de Caná; desdénese en otra ocasion, al parecer, de reconocerla por madre; vea Maria á Jesus humillado entre las bajezas de un pesebre; llórole perseguido del envidioso Herodes; véale espirar entre crueles tormentos y afrentas sobre un vil leño: siempre, con una moderacion que asombra, sufre, enmudece, sin que se escape de sus labios aun la mas leve queja: solo en esta mañana, como si su dolor excediera á su fortaleza, toda absorta en su pena, aun en medio del gozo de haber hallado á su hijo, no puede contenerse de manifestar su sentimiento con aquella amorosa querrela: hijo mío ¿por qué nos has ocasionado este imponderable dolor?

*Filii* ¿quid fecisti nobis sic? Misteriosa queja que nos da á conocer todo el peso é incomparable mérito de la aflicción de María en esta pérdida. Los trabajos y persecuciones, las penas y afrentas de la vida del Salvador, su misma muerte son para María motivo del dolor mas agudo; pero de un dolor con que siente las desgracias de su Hijo, instruida en los misterios que encierran y en los altos fines á que se dirigen; de un dolor en que tiene el consuelo, aunque triste, para ella el mas dulce de que acompaña á su hijo en el padecer sin haber dado ocasion á su desventura: pero en esta mañana María ignora el misterio, no sabe el designio de la ausencia de Jesus, y aunque su purísima conciencia ilustrada superiormente le atestigua que carece de toda culpa; su mismo amor y su humildad le inspiran mil crueles temores de si algun descuido ó negligencia, aunque involuntaria, habria sido causa de esta separación. En todos los otros misterios María padece y se duele como inocente madre; en este se aflige inconsolable como una esclava penitente.

Y ¿quién podrá explicar los melancólicos temores, las congojas mortales, la deshecha tempestad de afectos mas amar-

gos que la misma muerte, que escitaba en aquella alma inocentísima esta penitencia? ¿Hasta qué abismo de humillación no la abarita el dolor y la sospecha de haber sido la causa del retiro de su Hijo? Pero al mismo tiempo ¿hasta dónde no la exaltó, y hasta qué grado de virtud no la elebaba este mismo dolor? ¿Queréis señores, registrar á un solo golpe de vista la grandeza incomparable de María? ¿Queréis ver en solo este precioso rasgo de su vida una muger sosteniendo la alta dignidad de Madre de Dios con el brillante adorno de las virtudes mas relevantes? Entraos allá por un breve rato al seno de su insondable espíritu que al considerar esta pérdida de Jesus (de cuya posesion se reputa indigna, y cuya ausencia teme haber merecido) unas veces se eleva estática hasta el alto trono del Divino Ser, fija en la contemplación de su hermosura, de su bondad, de su sabiduría, del infinito cúmulo de sus perfecciones; y otras se deja caer hasta el profundo de la nada de la criatura, de la vileza de su origen, y de la bajeza de sus inclinaciones, infiriendo de este cotejo cuán indigna era de vivir en la compañía de su hijo Dios. ¿Qué fé tan viva? Pero ¿qué humildad tan sincera! Unas veces

se le presentan las grandezas que el omnipotente ha obrado en ella, su original pureza, su confirmacion en gracia, su plenitud de esta superior á las inteligencias mas altas, sus luces, su dignidad incomprehensible. Otras de uno en otro va repasando los dulces misterios obrados hasta aquella edad en su Dios niño: su graciosa magestad, sus nobles movimientos, sus palabras de vida; ya le parece que le vé titirando envuelto en groseros pañales en la pobre cuna de Belem, que vuelve á ella sus tiernos y dulces ojos, que ya llora al mirarla, y ya se sonríe que ya le lleva al templo santo y le ofrece ella misma al doloroso cuchillo de la circuncision; que estrechando al tierno niño entre sus brazos va huyendo por las desiertas plagas de Egipto de las furias de un rey impio sediento de la sangre pura del Mesias, que le abraza, que le oye hablar, y ¡oh! y cuántas veces vuelve al rededor de si, y entre dulces suspiros le llama su Hijo, su Dios, su Jesus, y le habla como si le tuviera presente. ¡Qué afectos de agradecimiento, de amor tierno, de caridad sólida. Y en medio de todo esto ¿qué dolor? ¿Pero qué moderacion! ¿Qué transportes de pena? ¿Pero qué fortaleza! ¿Qué violentas agitaciones?

¿Qué muerte en su espíritu? ¿Pero que incontrastable serenidad de todos sus movimientos y palabras! ¡Oh espectáculo nunca hasta entonces visto! ¿La virgen mas pura, la madre inocentísima de Dios penetrada de los mas crueles sentimientos que pudiera causar el arrepentimiento de los mayores crímenes? ¿Penitente, entregada á la desolacion del dolor, aquella en quien no ha tenido lugar el menor pecado? ¡Espectáculo oculto al mundo que no es digno de conocerle; pero asombroso á los ángeles que asisten al rededor de su Reina sin poder consolarla, y espectáculo el mas grato á Dios, que se complacia y deleitaba en las ansias y las amorosas sollicitudes con que le buscaba su afligidísima madre. Páreceme, señores, que en esta ocasion hizo Dios con María lo que no pocas veces vemos que una amante madre, por inocente diversion, y en desahogo de su ternura, hace con su pequeño hijuelo: le aparta de sus brazos y huyendo disimulada de su vista se esconde en algun lugar oculto desde donde pueda ser testigo de las ansias y diligencias con que el niño la busca. Corre inquieto ácia todas partes el tiernecito engañado; ya entra á una pieza de la casa, y ya á otra, registra los rincones, se queja, llora, y entre compasivas lá-

grimas y gemidos la llama con el dulce nombre de Madre. Ella entre tanto regocijada ríe y se complace de lo que el hijo padece hasta que no pudiendo sufrir su amante corazón, sale repentinamente, le acaricia, le aprieta entre sus brazos le besa, y enjuga su llanto con su mismo rostro.

Imagen tierna y agradable en que el mismo Dios nos dejó en los cantares, aun mas que pintados los amores del esposo y la esposa, profetizados los transportes amorosos con que María había de buscar á su perdido Hijo. Porque no de otro modo del que se nos describe la esposa en aquel santo libro corre María hasta Jerusalem, y en ella sus calles y plazas preguntando á todos (1): *Num quem diligis anima mea visitis?* ¿Y habeis visto por aquí á mi Hijo amado? Dádmelo por vida vuestra porque sus señas no permiten que se equivoque con otro alguno. El es un niño el mas hermoso y agraciado; pero cuya magestad y señorio hacen brillar mas su apacibilidad: en su frente está de asiento la gravedad mas dulce; sus ojos anuncian la serenidad de su corazón, y derraman un río de felicidades en cada mirada; por sus

(1) Cantic. 3. 3.

labios se destilan las gracias; sus palabras, sus acciones, sus movimientos todos son tales que es preciso si le habeis visto que le hayais tenido por mas que humano niño. Si le visteis, si sabeis de él, no me le ocultéis, así Dios os bendiga. Con estas amantes y dolorosas inquietudes corro desalada María ya ácia una, ya ácia otra parte de Jerusalem, y en cada momento se aumenta desmedidamente su dolor. Pero al mismo tiempo se aumentan sus virtudes, y crece de manera su amor, que podemos con razon decir que jamas en todos los otros altos misterios de su vida pareció María mas grande, ó mas amable á los ojos de Dios, que en los dias de esta inconsolable pérdida. Por eso el esposo, como sino hallara expresiones bastantes para dar á entender cuanto se había complacido en las amorosas inquietudes con que le buscaba la esposa, se sirve de aquellas hermosas comparaciones, que la iglesia aplica á otros misterios de María; pero que puntualmente se dirigieron al elogio de las virtudes con que se engrandeció en esta ausencia de Jesús: *¿quién es esta que sale* » en mi busca mas blanca en la pureza de » su amor que la aurora: mas hermosa que » la luna llena entre las sombras de la noche del pecado: resplandeciente como el

sol en todas las virtudes: y formidable para el infierno y sus potestades (1)?

Era menester, señores, una elocuencia sobrehumana, y mas que ella un corazón abrasado en la caridad para explicar ó concebir los excesos del mortal dolor, y el imponderable mérito del amor de Maria en esta pérdida de su Dios. Mi tibieza ignora el lenguaje propio de esta materia; pero lo entendéis bien vosotras almas justas cuando Dios os hace experimentar los mortales afectos de esta feliz pérdida en ciertas sequedades de espíritu, en ciertas desolaciones, y en ciertos tiempos de obscuridad y de tribulación. Así es, que agitas entonces de mil temores y sospechas de culpas que no tenéis, buscáis á Dios en la oración, y se os oculta; le buscáis en el sacramento, y os parece que no le halláis; le buscáis en el ejercicio de las otras virtudes, y os persuadís á que está muy lejos de vosotras. Pero consolaos: cuanto mas distante le imagináis, está mas cerca; cuanto mas se os retira, mas le poseéis; y ese vuestro padecer y amargura es para el Señor un objeto de complacencia, y para vosotras, como fué para Maria, materia de un mérito muy distinguido.

(1) Cantie. 6. 9.

Segundo punto.

— Mas si Dios ha dejado en Maria un perfecto egemplar para el constelo de aquellas almas de quienes por un efecto de su amor se retira; no menos puso en ella un modelo para que las infelices y desdichadas que han perdídole por su culpa, aprendan cómo, y á dónde han de buscarle. La primera leccion que les dejó Maria á los pecadores fué la de su dolor. Toda ocupada y penetrada de él esta amante Madre no come, no reposa hasta hallar á Jesus; no habla, no piensa, no se mueve sino para buscarle: *dolentes quarebamus*. Perder á Dios. ¿ Nos habemos hecho algún concepto de cuanto encierra esta breve cláusula *perder á Dios*? Honor, vida, riqueza, salud, padres, hijos, amigos cuando se pierdan, nada es todo en comparación de un Dios perdido. Padre, y el mas amante: amigo, y el único que lo es fiel; honor, y el solo que no depende de ageno capricho: vida, y la que no muere: salud, que no se acaba: todo se pierde: perdido Dios. Y á vista de esto ¿ cómo es creíble, que quien perdiendo á Dios lo ha perdido todo coma espléndidamente, brille lacido, duerma con tranquilidad, se goce, y se divierta? Verdaderamente quien así vi-

ve, ó no ha perdido á Dios, ó no sabe lo que es perderle. Mas ¡hay! cuando parecia que agitado el hombre por los estímulos de la fé y la razon, al experimentar esta pérdida habia de inquietarse como leon herido: que confunde las selvas, y estremece con sus bramidos los bosques; que no reposaria, que todo alimento se le haria amargo, y funesta toda diversion; que fuera de si andaria por las calles clamando: ¡pobre de mí que lo he perdido todo, porque he perdido á Dios! Por el contrario pasamos los dias y los años entre diversiones y banquetes, entre pretensiones de enriquecer y de subir, y cuando mas nos satisfacemos con una ú otra forzada lágrima y con retirarnos algunas horas para hacer penitencia por delitos de muchos meses. ¡Infelices de nosotros! á quienes un Dios sumo, amabilísimo, único bien perdido no nos merece ni aquellos sentimientos de dolor, que se tributan á la pérdida de una riqueza vil, de una salud perecedera, y tal vez de un placer criminal é indigno. Mas que mucho, si desordenadas nuestras ideas, y trastornado el orden de las cosas afectamos buscar á Dios á donde no se halla; y lo perdemos en el mismo lugar en que habiamos de hallarle.

Y veis aqui el otro importante docu-

mento que nos dá Maria en esta mañana. Ella: no se detiene en aquella posada en donde comenzó á conocer la falta de Jesus, no recurre á los lugares circunvecinos; sino que marcha derechamente á Jerusalem, ciudad de paz y de reposo. Es engaño pretender buscar á Dios perdido por la culpa en el tumulto inquieto de Babilonia; hacer el papel de penitentes, y vivir siempre distraidos: no ya en las ocupaciones á que nos obligan los destinos y empleos; sino en el bullicio peligroso de los teatros, en la disipación de los bailes y de las concurrencias mundanas: á Dios se busca en las moradas pacíficas de Jerusalem, en el retiro de algunas horas, que siempre permiten aún las mayores ocupaciones para meditar atentamente las eternas verdades; en la devota leccion de estas mismas, y en aquel lugar santo en que por último le halló Maria; en...

Iba á decir, señores, que en nuestros templos; pero temo que no me creais, y que con el apoyo de una triste cotidiana esperiencia me repliquéis, que yo ya no es el templo aquella casa de oracion, aquella ciudad de refugio y de asilo en donde se halla á Dios; antes por el contrario un lugar de escándalos y de tropia-

zos en donde se corre acaso mas peligro de perderle, que en medio del gran mundo. Tanta es la indecente profanidad y los impuros atractivos con que se presenta en ellos el otro sexo. ¡Abominable desolacion (para usar de la frase del mismo Jesucristo) que llegará á sentarse sobre el mismo santuario, si el católico brazo de las respetables magestades no se descarga sobre ella para arrojarla de los templos! Tanta es, vuelvo á decir, la indecente profanidad con que se presentan en ellos: tanta la libertad con que se rie y se conversa: tanta la sacrilega osadía con que á los mismos ojos de Dios sacramentado se corteja y se galantea; pero no quiera Dios que este abuso, aunque tan estendido, resirie la piedad de los verdaderos fieles para que á imitacion de Maria busquen y hallen á Dios en el templo santo. En esta parte podemos todos lisongearnos santamente de que para el logro de vuestras cristianas solicitudes se nos proporciona un hallazgo igual al que lleno de consuelo y regocijo á nuestra augusta reyna: la Señora halla á su divino Hijo como tábío maestro admirando á todos con su doctrina celestial, á nosotros se nos presenta en estas aras sacrosantas bajo cuantos amables titulos pue-

dan remediar nuestras pérdidas y compensarlas con increíbles ventajas. Maestro sábio, médico celestial, abogado para con su padre, sacerdote sumo, victima por nuestros delitos: ditélo todo en una expresion sola, alimento dulcísimo de nuestras almas para hacerse uno con nosotros: tanto como esto hallaremos en nuestros templos en Jesucristo sacramentado.

Y si estas grandes felicidades promete al comun de los fieles ¿cuántas y cuáles hallaréis, almas religiosas, en el que por un efecto de particular amor á vosotras os escogió para esposas suyas? Buscadle enhorabuena, como en otro tiempo la esposa de quien sois un retrato fiel, buscadle con las amargas solicitudes de una vida crucificada al mundo; convidadle para el florido huerto en donde cultivais las fragantes hermosas flores de la pureza, del retiro y de la abnegacion perfecta de vosotras mismas; todo lo vé tras de ese velo teniendo en vuestras oraciones sus delicias. Dichosas mil veces que consagrando vuestro templo y vuestro monasterio bajo la invocacion de los adorables nombres de Jesus y Maria, en un misterio lleno de ternuras, haceis una particular profe-

sion de buscar incesantemente á Jesús en la militante Jerusalem, para hallarle en la otra triunfante y gozarle entre los hermosos esplendores de su gloria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## SERMON

DE LA DOMINICA DE PALMAS,

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE MÉXICO.

*Hosanna filia David..... commota est universa  
ciuitas dicens: ¿quis est hic? Matthxi cap. 21.  
v. 9. et 10.*

¿Luego habla de ser la triunfante entrada del Hijo de Dios en Jerusalem triste preámbulo de su próxima muerte? ¿Luego habian de andar en la persona del Salvador tan cerca de las palmas las cruces; del triunfo la ignominia que casi se mezclaron las aclamaciones de Mesías con las maldiciones de criminal: los supremos honores del trono con las últimas deshonras del patíbulo: los alegres vivas con los sediciosos gritos de muerte: el Hosanna con el crucifige? ¿Mas qué mucho que en el corto espacio de cinco dias se represente una metamorfosis tan extraordinaria, si hoy mismo cuando Jesucristo se deja ver en Jerusalem con to-

do el magnifico aparato de un Rey pacifico es recibido con demostraciones tan contrarias? Una humilde porcion del pueblo enarbola palmas y olivas, forma de sí mismos vestidos tapetes á los pies de Jesus llenando el aire de vivas y de bendiciones, le rinde homenaje como á su Rey; pero todo este aunque sencillo magnifico aparato no produce en la pérfida Jerusalem otro efecto que inquietud y alboroto, y que conmovidos sus vecinos de varios afectos, ya de ira, ya de envidia, se preguntan afectando curiosidad unos á otros ¿quién es este? *Commota est universa civitas dicens: ¿quis est hic?*

No nos detengamos, señores, en la aplicacion de este misterio á los soberanos que hoy comenzamos á celebrar. El triunfo que alcanzó Jesucristo sobre la muerte y el pecado á costa de su dolorosa pasion: su triunfante entrada en la espiritual Sion de las almas por medio de una penitencia sincera y perfecta son el objeto de la iglesia, y deben ser el nuestro en la solemnidad de esta santa semana. Pero ¿cómo la celebramos, ó qué parte tomamos en este triunfo? ¿La de las turbas que lo aclaman, ó la de Jerusalem ingrata que agitada y conmovida no manifiesta sino una inquieta cu-

riosidad? La respuesta á esta pregunta será la materia de esta breve oracion. No he de ser yo el que responda: dejáse á vosotros que esponiéndoois fielmente lo que pasó hoy en Jerusalem, y lo que pasa en Méjico decidáis si la semana santa es semana de triunfo para Jesucristo: *Hosanna filio David?* ó de inquietud y conmocion escandalosa para las almas: *commota est universa civitas dicens: quis est hic?* Quiera Dios dar eficacia á mis palabras como se lo pido por la intercesion de su madre purísima: pedídselo conmigo saludándola llena de gracia. **AVE MARIA.**

### ESELENTÍSIMO SEÑOR.

Palmas ásperas y escabrosas al tacto que deben sus mas dulces frutos á los jugos de aguas salobres: olivas de oja y corteza amargas al gusto, fecundas en terrenos áridos y montuosos, simbolos amhas de la exterior mortificacion, y de la amarga compuncion del espíritu, eran las insignias mas acomodadas para el triunfo de un Rey que venia á conquistar muriendo, y á declarar una abierta guerra á los placeres de los sentidos y á la vana pompa del siglo. No fué pues sin

misterio el que las turbas en esta mañana estontasen ramos de palma y oliva, y que desandándose de sus vestiduras cubriesen con ellas el suelo por donde pasaba Jesucristo. Si, señores: la amarga penitencia en el corazón, la humilde modestia en el exterior, los sentidos negados á todo placer, aun el mas inocente, deben ser las insignias con que celebramos á un Dios que triunfa desde el leño en que muere en esta semana conocida con razon de los antiguos (como enseña el padre san Bernardo) por el nombre de la *semana penosa*. Yo bien sé que la palma y la oliva significan principalmente aquella paz interior del espíritu que debemos establecer en nosotros mismos por medio de un triunfo doloroso y amargo de las pasiones mas amables pero tambien sé que la memoria que solemnizamos de un Dios que espira destrozado, pobre, escarnecido; que la religión que consagra estos dias solo á la penitencia y á la iglesia, publicando en todas sus ceremonias un funebre luto, exigen de nosotros las exteriores señales de mortificación y de santa tristeza. Pues ¿qué? (decía el esforzado y fiel Utiás) (1)

(1) 2. Regum cap. 11.

cuando David con traidor artificio le persuadia que se retirara á descansar) ¿Qué? La arca de Dios vivo estará bajo de armados pabellones espuesta á los insultos del enemigo; Joab mi general apenas tomará un inquieto reposo sobre la dura tierra; ¿y yo he de ser tan vil que coma, y beba con alegría? ¿que duerman en blando lecho, y dé gusto á mis sentidos? *Arca Dei habitat in papilionibus, et Dominus meus Joab super faciem terra manet: et ego ingrediar domum meam, ut comedam, et bibam et dormiam?* Afectos dignos de estos dias venerables, y que necesariamente escitan la memoria de los misterios penosos de un Dios salvador en almas verdaderamente cristianas. La arca, no ya entre sombras, sino la que verdaderamente encierra á Dios vivo; sostiene el combate mas crudo contra el pecado y las pasiones; y yo al mismo tiempo ¿formaré una infame liga con estos mismos vicios para insultarle? Mi general, mi Rey, mi libertador no tendido sobre el duro suelo; sino clavado en un patibulo, y reducido á la última miseria no alcanza aun una poca de agua para aplacar la ardiente sed que le consume: y yo en estos mismos dias ¿comeré con abundancia? ¿beberé con regalo? ¿dormiré blandamente? El autor de

todo, el que viste á los lirios de fragante y hermosa pompa, al medio día, y á vista de un numeroso pueblo se deja ver vergonzosamente desnudo; y yo; buscaré en estos dias galas con que lucir, adornos con que distinguirme, y oponiendo desnudez á desnudez con la mia escandalosa arruinaré lo que pretende ganar Dios con la suya divina? Sentimientos, vuelvo á decir, que no solo inspira la religion, sino que dictan la naturaleza y el agradecimiento en un corazon racional.

Y ¿son estos, católicos, los nuestros? ¿Andamos á semejanza de las turbas cortando en estos dias ásperas palmas y amargas olivas de austera y rígida penitencia? ó por el contrario, convirtiéndolo en obgetos de una curiosa diversion, los que deben serlo de dolorosas reflexiones, nos coronamos de las rosas envenenadas del placer? ¿Nos desnudamos de los vanos adornos para ponerlos á los pies de Jesucristo, ó procuramos á competencia vestirnos con mas profanidad? Lo que practica la mayor parte de los christianos; presenta una idea de la sencilla aclamacion de las turbas: *Hosanna filio David*; ó de la desordenada inquietud de Jerusalem *commota est universa civitas*? Verdad ignominiosa digna de sepultarse en el olvido; pero tan

notoria que sin que la publique la lengua, la estan no sé si llorándola mas, que viendo-la los ojos. Adornarse con galas que inventan en los unos el lujo y la vanidad; en las otras el nocivo deseo de agradar; sostituir al silicio con que deberiamos estar cubiertos, ó al menos á las toscas bayetas con que manifestamos el dolor de la muerte de nuestros padres, ó allegados, vestidos ó costosos ó artificiosamente dispuestos, y que con una nomenclatura indecente se llaman *gala de semana santa*: hacer el ayuno tercero de la gula, comiendo y bebiendo con mas esplendidez y delicadeza al medio dia, por lo que no se come en las restantes horas: tomar ocasion de unas devotas procesiones para convites, visitas, refreicos en que suelen acabar la destemplanza, la murmuracion y el galanteo, lo que empezó la urbanidad: correr de iglesia en iglesia distraido el corazon, libre y desenvuelto el exterior, siendo el menor delito la curiosidad de ver, y ser vistos: si esto sucede en Méjico; no es Méjico un retrato de la conmovida Jerusalem? *Commota est universa civitas dicent: ¿quis est hic?*

El retrato es muy fiel para no conocer por el el original. Conmocion, inquietud, desorden en todos los lugares, y en todas

las clases de personas: *universa civitas*.  
 Conmocion en el pueblo bajo entregado á  
 la destemplanza, y á mil perniciosas liber-  
 tades: conmocion en personas de calidad  
 agitadas de inquietas pasiones de la vani-  
 dad y amor profano, que buscan su fo-  
 mento donde debian hallar su mas santo  
 freno; desorden en las calles donde todo es  
 confusion, tropelia y algazara: desorden  
 en las casas donde todo es convites y ocio-  
 sidad: desorden, y el mayor, en los tem-  
 plos donde las vistas inmodestas, las con-  
 versaciones, las risas, la disipacion parece  
 que estan desmintiendo aquellas ceremo-  
 nias con que venimos á protestar, que ha  
 muerto y ha muerto por nosotros todo tin  
 Dios. A vista de este no sé si lo llame fur-  
 or, locura, ó irreligioso escándalo ¿quién  
 no llorará las quiebras que padece nuestra  
 religion, especialmente en un siglo que  
 se ha abrogado el título del siglo del deco-  
 ro, y de la reforma de los abusos? Si se  
 promueven las bellas artes; si se cultiva el  
 lenguaje; si las costumbres se civilizan: se  
 observan con una especie de afectacion su-  
 persticiosa la propiedad, y la imitacion del  
 natural en tanto grado, que hasta en el  
 teatro se condenaria como barbarie no  
 guardar el decoro y la verisimilitud. Yo  
 por tanto no dudo que si la santa solemnidad

de esta semana no fuera otra cosa que  
 una representacion teatral, en que todos  
 nosotros apareciéramos como unos pér-  
 sonages fingidos para hacer el papel de  
 hijos compasivos de un padre desgraciada-  
 mente muerto: no dudo, repito, que obser-  
 varíamos en el traje, en las palabras, en  
 las acciones, y en todo el exterior un aire  
 melancólico bastante á escitar la compa-  
 sion.

Y ¡ó Dios Redentor! ¿no obrará en  
 nosotros tu verdadera muerte, por lo me-  
 nos, otro tanto de lo que obraria una repre-  
 sentacion fabulosa? Esclavos de un Señor  
 que muere por redimirnos: cijaturas de un  
 Dios que nos reforma con su sangre: hi-  
 jos de un padre que muere solo por nues-  
 tro amor: ¿qué títulos estos para reducir-  
 nos al estremo de la desolacion! Imágenes  
 funestas con que espesaba Jeremias el es-  
 tado de la iglesia doliente por la muerte de  
 Dios ¿cómo os habeis desaparecido de nues-  
 tros ojos? Nobles y grandes de Sion pos-  
 trados por la tierra observando un profun-  
 do silencio (1): *Sederrunt in terra, conticue-  
 runt senes filie Sion*: calles anegadas en  
 llanto; sacerdotes que gimen; virgenes sin  
 aliño; y toda la ciudad oprimida de amar-

(1) Jer. tren. cap. 2. *et quiescent in terra.*

gura: *Vie Sion lugent, Sacerdotes ejus gementes; virgines ejus squalide, et ipsa oppressa amaritudinis (1).* ¿Y será posible que al llanto y los suspiros, que al silencio y al desaliso hayan sucedido la pompa, la disipacion, las risas, el desorden, y una inquieta universal conmocion? *Com-mota est universa civitas.*

Ha concluido, señores, porque las muchas ocurrencias del dia no me permiten dilatarme; pero acabo animado de un deseo enteramente contrario al que traen á este santo lugar los oradores. Nada mas desean estos que predicaros la verdad, y entonces quedan mas satisfechos de haber cumplido su ministerio cuando conocen haber dejado convencido al auditorio de la verdad de su asunto; yo por el contrario deseo haberme engañado en lo que os he dicho, y quiero que vosotros tengais razon para censurarme de que un zelo imprudente me transporto á formar un retrato muy distante de la realidad: dichoso yo si á vista de un pueblo honesto y humilde en su traje, reverente y silencioso en el templo, modesto en las calles, mortificado en todos sus sentidos llego á condenar mi engaño, y á confesar que no desmienten

(1) Jer. tron. cap. 1.

nuestras obras las palmas que hoy pone la iglesia en nuestras manos. Quiera Dios que asi sea, que nuestro exterior edifique y nuestro corazon penitente nos hagan tener parte en las penas del Salvador, para tenerla en los gozos y triunfos de Jesucristo Rey de la gloria.

## SERMON

DE LA SANGRE

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Predicado en la catedral  
de Méjico.

*Unus militum lancea latus ejus aperuit, et  
continuò exiit sanguis et aqua. Joann.  
cap. 19. v. 34.*

Hasta aquí pudo llegar la bárbara é inhumana crueldad de un odio sangriento; y hasta este exceso de amor hubo también de llegar la ardentísima é infinita caridad del hijo de Dios para con el hombre! No satisfecha la fiera de los enemigos de Jesucristo con las injurias, con los oprobrios, con los tormentos mas crueles, y con la misma muerte del mas inocente entre los hombres; esplicó el último grado de su inhumanidad encruelciéndose contra un cadaver exangüe y destrozado moviendo una mano strevida á que penetrase con una aguda lanza su dilunto pecho, como si temieran que hubiese quedado en

él algunas reliquias de vida: *Unus militum lancea latus ejus aperuit.* Pero no bastando á apagar el incendio de aquel amante corazon la copiosísima sangre que por mil heridas habia derramado vivo, quiso aun despues de muerto derramar por una herida la mas cruel y la mas horrorosa á costa de un prodigio su sangre preciosísima, *et continuò exiit sanguis et aqua.* Este doloroso misterio, de que hace hoy tierna memoria la iglesia santa, presenta á vuestra humana piedad en el odio de aquella gente ingrata, y en el amor de Jesus objetos los mas dignos de execracion y de agradecimiento. Però como el espíritu de nuestra madre la iglesia en esta solemnidad no sea solamente recordarnos esta particular efusion de sangre, sino ponernos á la vista en la que derramó tan copiosamente nuestro Salvador en su vida su incomprehensible caridad, y el inestimable precio de nuestra redencion; este debe ser en el dia el objeto de nuestras atenciones, y de mi discurso. El desde luego ofrece dos misteriosas dudas, que acaso muchas veces habrán movido vuestra curiosidad. La primera es aquel empeño con que un Dios hombre que pudo redimirnos con un solo suspiro, escoge á este fin una muerte, y muerte sangrienta, tan prodigo (dejád-

melo decir así) de su sangre, que la derrama en todos tiempos, y por todas las partes de su cuerpo. Apenas nace, y ya comienza á derramarla destrozada su delicadísima carne. Muere, y aun despues de muerto la despide su pecho abierto con una enorme herida. Sangre en la Circuncision, sangre en el Huerto, sangre en todos sus tormentos y sangre copiosísima en la cruz. Derrama sangre su cabeza, la derraman sus pies y manos, sus espaldas y su costado, y no hay poro en su adorable cuerpo que no sea franca puerta para arrojarla. La segunda no menos misteriosa duda se funda en el modo con que se explican siempre las escrituras santas, la iglesia y sus doctores, atribuyendo particularmente á la sangre el precio de nuestra redencion, y reconociendo en ella con especialidad el augusto sacrificio de nuestra salud. A la verdad: si la sacrosanta carne de nuestro Salvador inhumanamente destrozada y atormentada de tantos modos; si todas las otras acciones y obras de Jesucristo fueron materia de un verdadero infinito sacrificio, y precio sobreabundante de nuestro rescate ¿por qué ha de ser la sangre la que goce singularmente este atributo y prerogativa? Os protesto sinceramente, señores, que meditando muchas veces á solas lo

que habia leído sobre este punto en los doctores é intérpretes sagrados, no se presentaba á la cortedad de mi espíritu una sencilla y clara explicacion de estas dos dudas. Mas al fin, recogiendo de las doctrinas de aquellos sabios maestros las que me parecieron mas oportunas para nuestra instruccion, descubro en ellas dos títulos por los cuales resplandece singularmente en la preciosa sangre de nuestro Redentor la materia de un infinito augusto sacrificio. Ofrecióle (¿quién puede dudarlo?) el Salvador á su eterno Padre completo y sobreabundante en todas sus acciones y en todos sus tormentos; pero nada era mas conducente y oportuno para hacer ver la propiedad y grandezza de este sacrificio que la efusion de sangre. El dominio de un Dios Señor supremo y absoluto de nuestra vida, su justicia que clamaba por la satisfaccion de su bondad injuriada con nuestras culpas, pedian un holocausto y una hostia de propiciacion que no solo satisficieran á ambos derechos; sino que hicieran sensible del modo mas perfecto como pagó Jesucristo lo que el hombre debe á Dios por criatura y por pecador: dos obligaciones de parte del hombre, y dos derechos de parte de Dios, que convenia satisficiera nuestro Redentor

con su sangre. Y ved aquí los dos puntos á que reduzco mi discurso.

La sangre de Jesucristo fué la materia mas propia y conducente para un sacrificio de holocausto, en que se reconociera la soberanía y dominio de Dios: y esta misma sangre fué la mas oportuna para un sacrificio de propiciación que diera á conocer los derechos de la justicia divina, y la gravedad del pecado.

La Madre purísima de este Dios Salvador, que le ministró la sangre que había de servir para tan altos fines, me ilustre para promover este asunto de un modo que conduzca á nuestra edificación: **AVE MARÍA.**

Aquella religion que sin el ministerio de la humana doctrina inspiró al hombre mas ignorante la muda, pero elocuente voz de la naturaleza: (S. S. S.) aquella luz que sin el trabajo del estudio imprimió altamente en nuestro espíritu la mano poderosa de su hacedor enseñaron á las mas incultas y estúpidas naciones, juntamente con el conocimiento de un Dios, autor supremo de la vida, la obligacion de reconocerle con sacrificios. No ha habido pais por remoto ó bárbaro en que se hayan dejado ver algunas señales de que Dios es conocido, en el cual no se vean tambien

algunos restos aunque groseros de sacrificio, correspondiendo siempre á la interior adoracion de la divinidad ciertas exteriores demostraciones para protestar su dominio. Convencido el hombre por su misma razon á que todas las cosas deben consagrarse á aquel de cuyas manos las recibió; que no hizo y que no discurrió para hacer con sensibles oblacones y victimas una manifiesta confesion de que es Dios el soberano autor de su vida? El oro y la plata, las preciosas perlas que ocultan la tierra y el mar en sus entrañas y en su seno; los incienensos y fragantes aromas que destilan los árboles; los frutos y flores de los campos, los brutos y las aves, ó perdiendo en las aras su ser, ó mejorando (separados de los profanos usos) de destino, eran materia de diferentes clases de sacrificios. Pero pareciéndole al mismo tiempo escasa y despreciable victima para la divinidad cualquiera que fuera inferior al hombre, y que no se pagaba justamente un don sino con el mismo, le ocurrió el bárbaro pensamiento de sacrificar al Señor la humana vida, no de cualquiera modo, sino derramándola con su sangre. No fueron, señores, solos los indios de los imperios de Méjico y del Perú (injustamente notados por plumas extranjeras, y aun por algunas de las nues-

tras de singularmente feroces) los que vinculando la religion á la crueldad, quisieron calificarse de religiosos manifestándose inhumanos. Los Fenicios y Egipcios, los Tiro y Cartaginenses, la culta Grecia y la sabia Roma, los antiguos Españoles y Galos cayeron muchas veces en la misma ferocidad. Casi toda la tierra se veia dominada de esta religiosa barbarie, creyendo ignorantemente los pueblos que no habia protestaacion mas justa del soberano dominio de Dios sobre la vida, que aquella que manchaba sus aras é inundaba los pavimentos de sus templos con la humana sangre. El mismo Dios (dice el angelico doctor santo Tomás) que abomina tanto estos sacrificios, y que tan severamente los prohibió á su pueblo, para apartarle de la idolatria, y tacer, permitaseme decirlo así, aquella religiosa sed de sangre, quiso que se le ofrecieran sangrientos sacrificios de brutos animales prescribiendo con la mayor exactitud sus ritos y usos de tal suerte que no habia espacion que no se consumara (como dice el apostol) rociando el tabernáculo, los vasos sagrados, y aun las vestiduras del pueblo con sangre: *Tabernaculum et omnia vasa ministravit sanguine aspersit Moyses, et sine sanguinis effusione non fit remissio.*

Mas ¿qué pretendo yo trayéndoos á la memoria aquella detestable supersticion de la idolatria, y las ceremonias ya inútiles de la desechada sinagoga? No otra cosa que sacar de la obscuridad de las sombras la luz de la verdad. Erraban es cierto, y erraban enormemente los hombres imaginando que podian protestar el dominio de Dios sobre la vida, ofreciéndole aquello de que no eran dueños, y pretendiendo satisfacer los justos derechos del Señor con la injusta efusion de la humana sangre. Pero este uniforme consentimiento de tantos pueblos y naciones de ofrecer al Señor victimas vivientes por medio de un sacrificio sangriento, prueba la intima persuasion en que está el hombre de que en la sangre se halla la materia mas propia para la entera oblation de la vida.

*Punto primero.*

Dejemos ahora aparte las particulares opiniones de médicos y filósofos que reconocen en este humor el nutrimento de la vida del cuerpo, y el principal origen y vehiculo de los espiritus animales; lo cierto es que la sangre es entre las demas partes del cuerpo la que singularmente manifiesta la maravillosa armonia que hay

entre el espíritu y la materia, correspondiendo casi siempre á los vehementes afectos de la alma extraordinarios movimientos en la sangre. Ella es la que en los afectos de pudor y vergüenza ocurre á cubrir las mejillas con un color que las hermosea; ella la que en los impetus de la ira esplica su violencia enardeciendo el rostro y los ojos; ella la que en los sobresaltos de un susto acude al corazón como para fortalecerle contra la debilidad: ni vemos otra cosa á cada paso en los libros santos que vivas espresiones con que se denota ser la sangre la mas noble porción de la vida del hombre. Si la del inocente Abel es acreedora á la justicia, su sangre es la que clama venganzas contra Cain; si pierden la vida los mártires perseguidos de los tiranos, los ecos de su sangre resuenan bajo el trono del Altísimo pidiendo la satisfaccion. En solo el cap. 17. del Levítico se repite tres veces que la alma de toda carne, y de todo viviente está en la sangre, leyéndose espresamente en el testo hebreo que la sangre se reputa por la alma para significar, dice el gran P. S. Agustin, no que la sangre sea verdaderamente la alma con que vivimos; sino que en ella mas que en ninguna otra cosa se esplica y manifiesta nuestra vida.

Ved pues, señores, al hombre reducido á la triste necesidad de no poder presentarle á Dios una digna protestacion y reconocimiento del ser que ha recibido. Las criaturas todas insensibles, y el holocausto de vivientes irracionales eran victima muy grosera comparada con el don de una vida racional; los sacrificios de sangre humana, sobre su ferocidad, eran injustos como ofrecidos por quien no tiene dominio alguno sobre la vida de los hombres; y que ¿los augustos derechos del señorío de Dios jamas tendrán un culto religioso con que se proteste y venero dignamente su soberania? Si, señores, Jesucristo va á presentar á su Padre en su sangre adorable el sacrificio voluntario y digno de una vida divina que sea paga sobreabundante de lo que el hombre debe á Dios por título de criatura. Aquel hombre Dios, dueño absoluto de todo; que sin violencia ó injusticia pudo disponer por solo su arbitrio de su vida, le ofreció un holocausto de sangre humana, pero de infinito valor; de sangre verdaderamente nuestra porque la recibió de una criatura de nuestra especie; y nuestra, porque nos la ha cedido en cierto modo, de suerte que ya puede gloriarse el hombre de que con ella satisface á Dios la vida que le debe.

Pero aun llegó á mas la amorosa industria de Jesucristo. Porque no contento con sacrificar por nosotros de una sola vez su vida en su muerte: quiso ofrecerla tantas veces cuantas fueron las que por modos extraordinarios, y á costa de esquisitos tormentos, derramó sangre. Los clavos, las espinas, los azotes, la lanza, y casi todos los instrumentos de la pasión de Jesus crucificaron á la efusion de sangre: la vierte el Salvador copiosamente por todas sus partes, y para manifestar que el menor insensible de nuestros poros es un don de la mano omnipotente por cada uno de los de su adorable cuerpo le consagra á Dios en su sangre el holocausto de su vida. ¡Oh y cuántas dulces reflexas escita esta consideracion sobre el amor de un Dios tan amante del hombre que le prohíbe derramar su sangre en su obsequio, y quiere que se derrame en tanta abundancia la de su Unigénito en recompensa de nuestra vida! Un Dios que justamente podia, como en otro tiempo á Abraham la de Isaac, pedir á todos un holocausto de su sangre ¿recibe para satisfacerse de este derecho la inocente de su hijo? Luego esta sangre que circula en mis venas, que alienta mis miembros, que ministra á todo mi cuerpo la fuerza, el sustento y el vigor es un don

de la preciosa sangre de Jesucristo: luego á ella le debo en cada momento que respiro la vida con que vivo: dad allá vosotros, señores, todo el peso que se merecen á estas tiernas consideraciones que el tiempo no me permite mas que apuntar ligeramente, é inferid de ellas la causa del misterioso empeño con que Dios se dignó derramar su sangre en tanta copia, mientras os hago ver como en la efusion de la sangre de Jesus, mas que en todas sus otras acciones, resplandece, no solo un holocausto por nuestra vida, mas tambien la materia de la hostia de propiciacion por nuestras culpas: y para hacerlo con la posible brevedad no nos detengamos en lo que ya sabeis.

*Segundo punto.*

Que la hostia de propiciacion que Jesucristo ofreció por nuestras culpas fue una satisfaccion igual, y aun sobredante por ellas; que por su medio pagó el hombre á Dios lo que debió como pecador quedando ileso y satisfecho los derechos de la divina justicia ofendida: por último que nuestro Redentor restableció aquel orden que habia trastornado el pecado: son todas verdades fundamentales de nuestra reli-

gion. Pero para haceros ver en que consiste singularmente el misterio de la eficacia de su adorable sangre, era necesario dar una idea cabal del monstruoso desorden é infinita malicia de la culpa. Preferir brutalmente un bien escaso y perecedero á un bien infinito y estable; despreciar á Dios por la criatura, apartarse de la bondad infinitamente amable por seguir una bondad caduca, es á la verdad un desorden que apenas cabe en la imaginacion. Pero aun no explica esto toda la malicia del pecado. Pasmaos cielos (dejadme que esclame de este modo) ¡el hombre abandona la fuente pura de aguas vivas para abrirse una cisterna inmunda vacía de todas aguas! ¡el pecador olvida, desprecia, atropella los derechos, los fueros de Dios, á Dios mismo; no ya por la criatura, sino por nada! Sí, por nada: y no creais que ésta sea una expresion figurada, ó hiperbólica; el deleite, la comodidad y el honor son esos grandes bienes á que anhela, y que solicita nuestro delincuente corazon: y ¿son los que consigue, no digó en comparacion de Dios, sino aun considerados en sí mismos otra cosa que nada? Corre el hombre por el camino de los placeres; y ¿qué encuentra? amarguras, pesares, desazones, hastio; y nada de deleite. Busca

y procura la comodidad en las riquezas; y solo halla afanes para adquirir, fatigas en conservar, sustos de perder ¿de comodidad? Nada. Sube anhelando por la áspera senda de la ambicion, por llegar á la cumbre del honor: y ¿qué alcanza? envidias y emulaciones, lisonjas que encubren el desprecio, y adulacion que oculta el aborrecimiento: y ¿de estimacion verdadera? Nada. ¡Ah y cuán cierto es que nuestro pobre corazon busca en sus afectos criminales un bien vano; y no encuentran sino la mentira y la nada: (1) *vere mendacium possiderunt*. Ya, señores, me formo algun concepto por que el unigenito de Dios para ofrecer á su padre el sacrificio de propiciacion por la culpa no solo quiso hacerse hombre tomando nuestra carne; sino que se reduxo en algun verdadero sentido á la nada segun la misteriosa expresion del apóstol (2) *exinanivit semetipsum*. Pero este anonadamiento de un Dios, digna recompensa del mismo Dios, tenido por nada en la estimacion del pecador, es el que á mi juicio se manifiesta mas que en los otros tormentos y obras de Jesucristo en el precioso derramamiento de su sangre. Atendedme.

(\*) Jerem. esp. 16. (\*) Philip. segunda.

Todos los tormentos, injurias y desprecios del Salvador, cruellísimos é injustos nacieron del odio y de la envidia con que sus enemigos ó le reputaban ó intentaban que pareciera un hombre malo, perverso é inícuo. La deshonra, la calumnia, los golpes y los oprobrios, la cruz y la misma muerte se dirigian á atormentar y despreciar á un hombre de tal modo que en la estimacion de aquella gente pífida Jenero, en su pasion fué degradado de su divinidad, de su santidad, de su sabiduria; pero no del concepto de hombre. Yo (asi se quejaba el mismo Salvador) entre las mayores calumnias me he portado como un hombre convencido, y que no puede repelirlas: (1) *sicut homo non habens in ore suo redargutiones*: en medio de mis tormentos soy como un hombre que no halla amparo ni auxilio alguno: (2) *factus sicut homo sine adiutorio*. Entre tanto si le injurian sus enemigos; no faltan agradedidos que interiormente le disculpen: si unos le atormentan; halla en otros al menos aquella compasion que se tiene con los malhechores: y aun despues de su afrentosa muerte se le hacen á su cues-

(1) Psalm. 37. (2) Psalm. 87.

po aquellos oficios compasivos y humanos con que se trata el cadaver de un hombre. Pero ¿quereis ver, señores, á vuestro Dios despreciado como la nada? ¿Anonadado como si no fuera hombre en el olvido, y borrado aun de la memoria de los hombres? Pasad en espíritu á las calles de la infelice Jerusalem, y registrad uno por uno los lugares en que se ha derramado su inestimable sangre: ¿qué veis en ellas? polvo, ó (por mejor decir) lodo que se ha formado de la mezcla de esta sangre y del polvo de la tierra: manchas que ha dejado en otras partes: rios de sangre caliente aun en que nadan los pies inmundos de carniceros verdugos; grumos de la sangre cuajada que se arroja por los sucios rincones de un atrio, y se confunde con el cieno de las calles públicas: unos la pisan; otros la apartan con los pies por no mancharse; muchos no se atreven á mirarla llenos de fastidioso horror; la innumerable tropa de gente que corre la ciudad, la pisa y tropieza en ella á cada paso sin saberlo; y hasta los animales mas viles (me horrorizo al pronunciarlo) hollandola con la boca y los pies buscan en ella pasto á su voracidad. Este mas que aborrecimiento es el último desprecio: mas que desprecio, es profundo olvido: es, direlo

en una palabra, ser ya nada en la estimación de los hombres la sangre de Jesús. ¡É divina! ¿de qué me sirven tus santas luces? ¡Piedad humana! si acaso ha quedado algún resto tuyo en mi corazón ¿cómo no me arrebatas hasta aquellas calles? y ¿cómo yo abortito, pasmado, y fuera de mí por la grandeza del dolor, no me postro en el suelo, é imprimiendo en aquella tierra reverentes osculos procuro con mis indignos labios y lengua separar del polvo esta sangre preciosa unida estrechamente á la divinidad?

¿Mas de qué aprovechan estos fantásticos transportes de un tierno dolor? El odio del pecado es el término á donde debe dirigirse la consideración del lastimoso incomparable abatimiento de Jesucristo en su sangre derramada. Si habeis, señores, alguna vez reflexado lo que sucede con aquellos pequeños vilísimos insectos que se arrastran sobre la tierra, podreis de hay colegir cuánta fué la anonadación de esta sangre divina en el concepto de los hombres. Arrástrase bajo de nuestros pies un miserable gusanillo, y sin que nos merezca ni el ligero afecto de un positivo desprecio, ni una sola mirada, le pisamos aun sin reflexar lo que pisamos. ¿Y no es esto puntualmente lo

que experimentó nuestro Salvador en su sangre, y de lo que tan amargamente se quejaba por un profeta? ¡Yo no soy hombre, sino un gusano, oprobio de los hombres, pisado por la gente mas despreciable (1)! *vermis sum et non homo, opprobrium hominum et abjectio plebis.* Pasa el pueblo sobre la purísima sangre de Jesús corriendo confusamente por las calles de Jerusalem sin advertirlo: hóllanla los hombres con sus inmundos pies, y, para que llegue al último grado su desprecio, ni atienden, ni aun miran lo que pisan. Ahora si podremos decir que hemos llegado á conocer la infinita malicia del pecado, y porque se atribuye con singularidad á la sangre de Jesucristo el ser un sacrificio por nuestras culpas, y el precio de nuestra libertad. Que los ángeles rebeldes sean arrojados á una eterna cárcel; que el hombre y toda su posteridad, perdidos sus primeros derechos, hayan caído en un abismo de miserias; que la tierra por la primera culpa sea un teatro de desdichas y calamidades; que el mismo Dios sople con su aliento divino aquel voraz fuego en que se abrasan eternamente los condenados; que ellos gimán rabiosamen-

(1) Psalm. 11.  
Tom. I.

te, y el Señor se ría de sus penas: todo esto es poco en comparacion de un Dios que en la estimacion del pecador es tenido y reputado en nada. Un Dios hecho hombre que nace en un portal; un Dios preso, azotado, coronado de espinas, crucificado y muerto; esta es la regla con que debemos medir la desmedida malicia del pecador; pero su sangre preciosa derramada, unida estrecha y perfectamente á la divinidad, me da aun mayor idea del pecado y humildad á que se reduxo el hombre Dios para salvarme. ¿Dios arrojado y pisado por los pies del hombre? ¿Dios confundido entre el polvo y el cieno? ¿Dios tratado no solo como hombre malhechor ó inícuo, sino olvidado y desechado como un poco de lodo? ¡miserables de nosotros que teniendo oídos para oír esto, y lengua para hablarlo, no tenemos corazón y ojos para sentirlo y llorarlo dignamente! Pero ¿no os parece, señores, que yo he tenido razon para decir que en la amable sangre de Jesucristo resplandece con mas excelencia la materia de un sacrificio infinito de propiciacion, y que derramándola se anonadó Dios por recompensar aquel anonadamiento que sufre en la estimacion del pecador? ¿y al contemplar esto qué nombre ó qué espresion hallaremos

que pueda explicar la monstruosa fealdad de la culpa? ¿la llamaremos ingratitud? ¿ceguedad? ¿locura? ¿brutalidad? Mas ¡ay! que todos estos nombres no llenah la malicia de quien desprecia y abandona á Dios por nada á vista de un Dios que quiere ser tenido en nada por redimirle.

Jóvenes licenciosos, gloriaos en hora buena de vuestras lascivas costumbres; mugeres profanas y escandalosas, haced gala de ganáros los corazones con vuestra desenvoltura y torpe donaire; avarientos, gozaos de que atesorais riquezas á costa de vuestra miseria y de la agena; alegraos, ambiciosos, de que habeis triunfado del competidor con la calumnia: vuestro triunfo es esa sangre preciosa, adorable, divina, arrojada, vilipendiada y hollada: pisadla de nuevo en hora buena, hartaos con sus oprobrios, saciad á costa de la sangre de Dios esa sed de deleytes, de comodidades y de honores. Pero ¡qué digo yo, sangre amabilísima de mi Dios! otra sed nos abrasa, y es la de saciarnos en ti recibiéndonos en ese angusto Sacramento. Dios había prohibido á su pueblo beber la sangre de las victimas para apartarle de la idolatria, é inspirarle afectos de humanidad; mas para dar la última perfec-

cion al sangriento sacrificio de su Hijo, nos dejó en ese sacramento su sangre para que alimentados con ella participáramos de un modo mas excelente del mismo sacrificio. ¡Oh! y como, no ya rociados exteriormente con la sangre de gresas víctimas, sino nutridos con la mas pura del inmaculado Cordero, podemos presentarnos en el divino acatamiento, sin temer las iras del ángel exterminador, libres de la cólera de un Dios irritado, y seguros de que, justificados por su sangre, tenemos un derecho incontestable á la eterna gloria.

## SERMON DEL SEÑOR

DE LA HUMILDAD Y PACIENCIA.

Predicado en el convento de religiosas de Regina Cœli de México, en la fiesta con que el dia de la Invenzion de la Santa Cruz se celebra allí bajo el titulo de *ECCE HOMO*.

*Ita exaltari oportet Filium hominis... ECCE HOMO.* Joann cap. 3. v. 14. et cap. 19. v. 5.

¡Qué juntas estan siempre, y cuán maravillosamente enlazadas en los misterios del Salvador del mundo la gloria y la ignominia, la humillacion y la grandeza, el abatimiento y la exaltacion! Unidas estas inseparablemente, según correspondia á la soberana obra de nuestra Redencion, no podemos escitar en nuestros corazones la dulce memoria de la gloriosa grandeza de Jesucristo, sin que al mismo tiempo se nos recuerde el exceso de humillacion y abatimiento á que se vió reducido, y como anonadado este hombre Dios. Si,

cion al sangriento sacrificio de su Hijo, nos dejó en ese sacramento su sangre para que alimentados con ella participáramos de un modo mas excelente del mismo sacrificio. ¡Oh! y como, no ya rociados exteriormente con la sangre de gresas víctimas, sino nutridos con la mas pura del immaculado Cordero, podemos presentarnos en el divino acatamiento, sin temer las iras del ángel exterminador, libres de la cólera de un Dios irritado, y seguros de que, justificados por su sangre, tenemos un derecho incontestable á la eterna gloria.

## SERMON DEL SEÑOR

DE LA HUMILDAD Y PACIENCIA.

Predicado en el convento de religiosas de Regina Cœli de México, en la fiesta con que el dia de la Invenzion de la Santa Cruz se celebra allí bajo el titulo de *ECCE HOMO*.

*Ita exaltari oportet Filium hominis... ecce homo.* Joann cap. 3. v. 14. et cap. 19. v. 5.

¡Qué juntas estan siempre, y cuán maravillosamente enlazadas en los misterios del Salvador del mundo la gloria y la ignominia, la humillacion y la grandeza, el abatimiento y la exaltacion! Unidas estas inseparablemente, según correspondia á la soberana obra de nuestra Redencion, no podemos escitar en nuestros corazones la dulce memoria de la gloriosa grandeza de Jesucristo, sin que al mismo tiempo se nos recuerde el exceso de humillacion y abatimiento á que se vió reducido, y como anonadado este hombre Dios. Si,

señores, la tribulación, los oprobrios y los desprecios eran el camino por donde Jesucristo había de remontarse al escelso trono de su gloria; y siendo conveniente, como el soberano maestro lo enseñaba en el presente evangelio, que de este modo fuera exaltado el hijo del hombre no quiso el Señor dar á conocer al mundo la grandeza de su dignidad, y los gloriosos títulos de su ministerio sino acompañados de otros tantos títulos de abatimiento y de desprecio. Y ¿qué otra cosa quiso significarnos en la milagrosa Invenccion de la Santa Cruz acompañada de tantos prodigios sino esta misteriosa concordie armonia que resplandece entre el abatimiento y la exaltacion, queriendo que aquel infame tronco, lugar de la deshonra y del castigo, oprobrio de los delinquentes, y suplicio de los mas infames malhechores fuera el asiento del honor, el blanco de las adoraciones, el instrumento de la vida, y que, el antes horrorosa afrenta de los delinquentes, é injuria de los mas atroces delitos, se viera brillar y lucir sobre las testas coronadas como caracter y divisa del pueblo amado y escogido de Dios? No bastaron los cuidadosos desvelos con que unida á la perfidia judaica la ceguedad de los Gentiles procuró bor-

rar de la memoria de los hombres, y ocultar ignominiosamente bajo los inicuos fundamentos del templo erigido á la impura Venus la Santa Cruz: no bastaron, digo, para que la santa Elena, madre del grande Constantino, no emprendiera un dilatado viage en la abanzada edad de ochenta años para descubrir este celestial tesoro. Interesóse el cielo á costa de milagros en su descubrimiento, distinguiéndose de las otras cruces la de nuestro Salvador dando á su contacto repentina salud á un enfermo; levantó en honor suyo de preciosos mármoles Constantino un suntuoso templo y enriquecidas las dos Córtes del mundo Roma y Constantinopla de las reliquias santas de la cruz, el instrumento de afrentas, de dolores y de suplicios se vió transformado en la mas adorable y preciosa prenda de nuestra felicidad. Asi convenia, vuelvo á decir, segun la doctrina de Jesucristo en el presente evangelio que fuera exaltado y glorificado el hijo del hombre, *Ita exaltari oportet filium hominis*, uniendo misteriosamente en su abatimiento y su gloria los títulos al parecer tan opuestos de un Dios humillado y engrandecido. Y siendo esta union, aunque tan distante de las falsas ideas del mundo, tan conforme á los altos designios

del Altísimo, ¿qué hay que admirarnos si en el día, que esta ilustre devota junta consagra á las glorias y cultos de nuestro amable Redentor, no nos pone á la vista sino una imagen deforme, dolorosa, cubierta de llagas, vestida de una andrajosa púrpura, empuñando por cetro una debil caña, cubierta su cabeza con una corona de agudas espinas, tan desfigurado el semblante, tan despreciable el abatido que no aparece en ella ni semejanza de hombre?

Pero, por mas que absorta y arrebatada la idea no puedan percibir los sentidos quién es este tan despreciable objeto, oigamos la católica doctrina que nos dice que Jesucristo, el Hijo unigénito del Padre Dios, eterno, omnipotente, inmenso, sabio, señor absoluto y árbitro del universo, que tomando carne en el virginal vientre de Maria es juntamente hombre mortal y pasible, es el que nos representa esa imagen, y el que, presentado al impio judaismo por el presidente romano, necesita para que en tan afrentosa y dolorosa situacion fuera reputado por hombre del testimonio del mismo presidente, *Ecce Homo*. Veis hay á ese hombre, les dice, reducido al mas triste y lamentable estado: á ese hombre el mas infeliz de cuantos han visto

las edades, blanco de vuestras iras, y tan desfigurado y abatido, que á ignorar que vosotros así le habeis transformado, no creeriais que era hombre, sino una insensible estatua. Esta es, señores, la energia de aquel titulo *Ecce Homo* bajo el cual adorais á vuestro Redentor en este día: titulo á la verdad de abatimiento y de desprecio para los hombres. Pero si el Señor ha dispuesto convertir en titulos de grandeza, aun á los ojos de los mismos hombres, los que antes fueron en su persona de ignominia y afrenta, *ita exaltari oportet Filium Hominis*; veis hay en ese mismo titulo un titulo en que Dios es glorificado, engrandecido y exaltado entre los hombres: *Ecce Homo*. Valliöse Dios del ser y titulo de hombre singularmente en esta ocasion para ser abatido; pero al mismo tiempo él le destinaba para medio de su glorificacion entre los hombres. Al ver al mismo Dios tan abatido y humillado en este hombre se escita en nuestros corazones ácia él el mas tierno y compasivo afecto; *Ecce Homo!* pero al verle en ese mismo ser y titulo de hombre glorificado y engrandecido entre los hombres esclamemos llenos de regocijo; *Ecce Homo!* Este es, señores, el singular misterio de estas palabras y

será la materia de este discurso: Dios en el título y ser de hombre humillado y engrandecido.

Justo era, adorable Señor oculto en las aras sacrosantas del Sacramento, que en el día en que veneramos la misteriosa union de la ignominia y de la gloria dieras, espuesto á la pública veneracion de los fieles, el colmo á esta festividad. En este Sacramento te reconoce especialmente nuestra fé en un exceso de humillacion quando en él no solo ocultas tu divinidad, sino aun tambien bajo las apariencias de un comun manjar no le descubres á los sentidos ni aun el ser de hombre. Pero en esto mismo adoramos tu grandeza y tu gloria confesando que nunca te muestras mas alto y exaltado que quando mas procuras ocultarte y humillarte. Sirva pues tu misma adorable presencia á alentar mi corazón y esforzar mis palabras por intercesion de aquella Virgen Inmaculada que mereció, abatiéndose, ser exaltada á la soberana dignidad de madre tuya oyendo de boca de un ángel aquella celestial embajada AVE MARÍA GRACIA PLENA.

Entre los ilustres y brillantes nombres con que antes de tu venida al mundo (S. S. S.) quisiste darte á conocer á

los hombres bajo las sombras y velos de las profecias y figuras ninguno halló mas repetido y mas glorioso que el título de Rey Soberano y Principe dominador del universo. Si registramos con atencion aquellos lugares de los profetas santos en que se anuncia la venida de Jesucristo, no encontramos sino ideas magnificas de gloria y de grandeza en un Rey poderoso y conquistador fuerte, principe de la paz, libertador de su pueblo que estenderá hasta los últimos términos del mundo sus gloriosas conquistas y su soberano dominio. Allá se nos representa en Micheas como un esforzado capitán que conduce felizmente á su escogido pueblo Israel. En Malachias como un principe conquistador. En Isaias como un prudente consejero, padre de los siglos y principe absoluto de la paz. En los salmos como un señor universal de quien no es menor la herencia que los pueblos todos y la vasta capacidad de la tierra. Llegó por último el tiempo destinado al cumplimiento de estos oráculos tomando el mismo Dios en su persona el nombre y ser de hombre mortal, y cuando ansioso aguardaba el mundo ver entrar cortejado de lucidos numerosos egércitos, sugetando los mas poderosos reyes á su imperio, coro-

nadas sus sienes con los victoriosos laureles de las conquistas del mundo todo, empuñando el cetro vencedor del universo: cuando así esperaba el engañado judaísmo ver entrar triunfante al Mesías anunciado á colocar su asiento en Jerusalem, vuelve los ojos y no vé en Jesucristo sino un hombre abatido, llagado cruelmente, espuesto á la irrisión de la infima plebe con las despreciables insignias de una andrajosa púrpura, una caña y una corona, no de triunfantes luareles, sino de dolorosas espinas. ¿A dónde están aquellas ideas brillantes, aquellas magníficas imágenes? En esto han parado aquellos caracteres de grandeza, aquellas representaciones de gloria bajo las cuales se dejó ver el Señor á sus iluminados profetas? ¿Transformado aquel Rey poderoso, aquel conquistador soberano en un Rey de farsa y en un hombre reducido al extremo de la ignominia; *Eccé Homo*? Sí, dice el mismo Jesucristo, así convenia que fuera engrandecido el hijo del hombre: *Ita exaltari oportet Filium hominis*; y era preciso que habiendo de ser el título de hombre título en que diérase á conocer su grandeza, fuera antes este mismo medio de su mayor abatimiento.

No pretendo, señores, el dejar cor-

rer el discurso por aquellos escesos de humillacion á que en la série de toda su vida quiso abatirse este hombre Dios. Basta solo la presencia de aquella imagen, y la enérgica significacion de aquellas palabras *Eccé Homo* en la boca del impio presidente, para que comprendáis cuanto es Dios abatido y despreciado en el hombre. Yo creo que ningun abatimiento es mas ignominioso que aquel en que cayendo el hombre de su elevacion sirve de medio para humillarle lo mismo que debia serlo de su exaltacion. Caer de un trono sublime á un estado abatido, pasar de la gloria y el honor á la ignominia y la deshonra es en la realidad de aquellas miserias que mas hierren un corazon noble; pero cuando el desprecio se vale de los mismos títulos que deberian dar honor y gloria, entonces llega á ser el abatimiento mas injurioso. Yo no me admiro tanto al ver á un Bitelo, á un Valeriano, á un Ballazeto, á un Carlos de Inglaterra pasar desde el trono hasta las cárceles, hasta las prisiones y hasta el suplicio; como cuando me acuerdo de Andrónico conducido públicamente por las calles de Roma raida la cabeza, afeado el rostro, vestido de un andrajo, con una sogá al cuello, tratado

por la insolencia de la plebe como un Rey de burlas. ¡Qué abatimiento para un Emperador del oriente que aquellas mismas calles por donde solia caminar triunfante entre los aplausos y adoraciones, le vierán conducir entre las burlas y oprobios convertidas la real diadema y el cetro en instrumentos de mofa: que aquel mismo titulo de Emperador que era para los pueblos nombre de asilo, de respeto y de aliento para impetrar las gracias, fuera despues nombre de ignominia y escarnio, y de que se valia industriosa la malicia para hacerle obgeto de la irrision! Dulces sin duda le parecerian los golpes y las espadas, dulce la misma muerte por dejar de oirse llamar con voces de irrision Emperador: y hubiera querido que la malicia se valiese antes de las viles representaciones de infamia que del titulo de Rey para su deshonra. Pero ¿qué proporcion tiene la injuria de este monarca con el abatimiento á que es reducido Dios en aquel hombre que con las ridiculas insignias de Rey cubierto de llagas, hecho el blanco de las afrentas es presentado por el presidente romano al ingrato judaismo. El Señor, como antes deciamos, habia sido anunciado de sus profetas como un Rey poderoso. Los nom-

bres de Príncipe, Salvador y Restaurador, habian sido los caracteres por donde mas habia querido hacerse respetar y desear de los siglos. El cielo, la tierra y los abismos eran aun pequeño limite de su señorío, y ya mucho antes habia mandado, por boca de David, que se anunciara por todas las naciones la soberania de su dominio (1): *Discite in Nationibus quia Dominus regnavit*. No podia ciertamente haber hallado el amor de Dios industria mas oportuna para su abatimiento en el hombre que haber permitido sirvieran estos mismos soberanos renombres para su ignominia. Ser reputado por engañoso, por sedicioso y malhechor era injuria y afrenta que envilecia su dignidad: valerse la malicia para abatirle del soberano titulo de Rey, servirse de los nombres de Libertador, Redentor de su pueblo y Príncipe de la paz para una insolente irrision es sin duda el mayor exceso á donde pudo llegar el abatimiento. Aquellos mismos que consultando á los oráculos sagrados debian entre alegres reverentes vivas abrir sus labios para pronunciar el nombre de su libertador, solo los mueven para burlar-

(1) Salmo 95. v. 10.

se de este nombre; los que debían humildemente postrados venerar las huellas de sus pies se hincan en su presencia para injuríarle, y el prometido como Rey triunfante, que tuviera bajo sus pies los despojos del orbe todo, solo se descubre bajo la imagen de un hombre llagado, abatido, y reputado como Rey de farsa: *Ecce Homo*. Este es, señores, el único renombre que en medio de tantas injurias y deshonras, de tantos baldones é improperios le ha quedado á este Dios humillado: véis ay al hombre. A este humilde nombre se ha sujetado aquel Señor que antiguamente celoso de su soberana dignidad había querido hacerse característicos los nombres mas soberanos. Ya se llama el Señor de los egércitos y las batallas; ya el Dios fuerte; ya torre incontrastable, llegando á tanto la reverencia del pueblo judaico al sacrosanto nombre Jehova que solo los sacerdotes, al tiempo que bendecían solemnemente al pueblo dentro del templo, le pronunciaban; mas ya humillada su sabiduría, abatida su dignidad, anonadada su grandeza solo se ha reservado el nombre de hombre tanto mas ignominioso en aquellas tristes circunstancias que no contenta la furiosa ingrata rabia de

su pueblo con negarle el título de Rey soberano con que poco antes le aclamaban, no quiere al parecer reconocerle ni coryo hombre.

A la verdad que no carece de misterio que al presentar á aquella plebe enfermada el Principe este miserable espectáculo no se valga, ó ya del nombre de Jesus por el que era generalmente conocido, ó de otros titulos de compasion y lástima bastantes á escitar la conmiseración. Aquí tenéis (podría haberles dicho) á este infeliz que agotada la sangre de sus venas, despedazado cruelmente el cuerpo, atravesada con agudas puntas la cabeza, apenas le resta otro espíritu de vida que el que basta á hacerle mas infeliz haciendo mas largo su dolor. ¿Qué aliento, qué vigor, qué esfuerzo tendrá ya para querer ser venerado vuestro Rey? Dejadle ya cubierto de dolores y sirvale aquel corto espacio que puede vivir entre amargos tormentos de castigo mas eemplar que la misma muerte. Pero por mas que elocuente la compasion hubiera sugerido las esprohiones mas vivas y patéticas para mover á la piedad; nunca hallaria título ni mas humilde, ni mas propio á templar la ira encendida de aquel pueblo que el título de hombre. Tiene la seme-

janza no sé que oculta fuerza, y que soberano dominio sobre los corazones que templados en una concorde armonía, tocados con unos mismos afectos logran un reciproco derecho al amor y la compasión. La naturaleza, que puso en la semejanza un lazo estrecho que sirviera á la sociedad civil, y á la comunicacion de los hombres, hace aun á los mismos brutos partícipes de los mismos sentimientos desiguales en su especie en sus ciegas inclinaciones. Ella es la que da vigor á los egemplos, ella escita á la imitacion, ella es madre fecunda del amor, y finalmente ella es poderoso motivo á la compasión. Así parecia que en tanto abatimiento á que se veia el Señor reducido en el hombre fuera la semejanza con los demas hombres una poderosa razon á templar su furia y escitar en ellos la piedad. A la verdad que cuando habia Dios en el ser de hombre humilládose hasta el exceso, parece que en este mismo titulo habria de hallar para con los hombres un estímulo á la compasión, sirviendo él de motivo á que templada su furia, y amansado el rigor se portaran aun en el mismo castigo con aquellos sentimientos de humanidad que demanda la semejanza. Pero no hay que pensar que en aquel

medio de que se vale el amor divino para ser abatido encuentre á lo menos la compasión á que escita la misma miseria. Porque al oír aquellas voces *Ece Homo* veis ay al hombre, cual fiera hambrienta que sin detenerla las mas estrechas prisiones corre enfurecida á la presa, gritan, claman que sea condenado á la cruz, y llevado al último suplicio: convirtiéndose así en el abatimiento de este Dios hombre, no solo en titulos de ignominia, los que debian ser de su gloria; sino aun en motivos de encender contra él la furia de los hombres, los que debian serlo de compasión. Con razon se quejaba el Señor por el profeta que no era hombre sino despreciable gusano oprobio de los hombres (1): *Vermis sum et non homo*. Y con razon os decia yo que en el titulo de *Ece Homo* se dió el Señor á conocer: El Dios humillado en el hombre. Pero ¿ó desígnios soberanos del amor de Dios! ¿ó sabia providencia! que uniendo el abatimiento con la gloria, supo valerse de este mismo titulo de ignominia para ser engrandecido y glorificado entre los hombres.

(1) Psalm. 22. v. 7.

Hasta aquí, señores, no os ha descubierto aquel sagrado título *Ecce Homo* sino un Dios humillado en el hombre entre oprobrios y afrentas; pero escitad un poco vuestra atención á las ideas mas gloriosas y grandes para ver en este mismo título á este mismo Dios engrandecido en el hombre. Y cierto es que aquella gloria esencial del ser divino que aun antes de los siglos fué ilustre caracter de Dios, y lo será sin término, independiente, absoluta é infinita, no pudo aumentarse ni crecer en el título y ser de hombre que se dignó el Señor tomar en los tiempos. Pero tambien es cierto que aquella gloria con que Dios es engrandecido entre los hombres por medio del culto y la adoracion, puede ser mayor ó menor, segun las sabias disposiciones de su consejo. Este culto, esta adoracion, este respeto con que es Dios engrandecido entre los hombres parece quiso el Señor reservarle á aquel tiempo en que dignándose ser llamado hombre, fuera este título el medio mas poderoso á su gloria. ¿Quién pudiera recorrer ligeramente aquellos cuatro mil años antes que Dios humildemente quisiese tomar para sí el hu-

milde título de hombre, y poner á la vista en la idolatria, ceguedad y disolucion del mundo cuan poco era Dios adorado y engrandecido entre los hombres? Casi desde sus primeras cunas no tuvo este Señor otros fieles adoradores que la familia bendita de Sem. Creció el mundo aumentándose el número de sus habitantes, y no por eso fué Dios en él mas engrandecido. La sola familia de Noe, libre de la corrupcion, y esenta por tanto de la universal ruina del diluvio, era en la que Dios se veia glorificado; pero dilatándose ésta por el mundo quedó en sola la familia de Heber el número de los verdaderos adoradores; propágase éste en la de Abraham hasta llegarse á formar en el escogido pueblo de Israel el pueblo fiel, el reconocido, y el que solo glorificaba en su culto al Dios verdadero. Pero, á excepcion de esta pequeña grey, olvidado en lo restante del mundo el Dios verdadero se tributaban á intias, mentirosas deidades el culto y adoracion que á él solo se debe. La Europa, toda la mayor parte de Asia, la Africa no eran sino asiento de la mas torpe idolatria, estaba en todas ellas ignorado el Dios verdadero, y solo esclavos de sus vicios se veian por todas partes erigidos templos á las

mas detestables pasiones de la impureza, de la avaricia, de la ambicion y la embriaguez con los fingidos nombres de Venus, de Mercurio, de Minerva y de Baco. Grecia, emporio de las letras, Roma, Roma digo, cabeza y señora del universo, que daba ley á las demas naciones, era tambien la maestra del error hasta llegar á tributar adoraciones á los hongos despreciables e inmundas sabandijas. Mas que hay que detenernos en pasages tan comunes cuando el real profeta, queriendo dar á conocer cuanto era Dios engrandecido, no le da otro epíteto que el de Dios conocido en Judea, y engrandecido en Israel (1): *Notus in Judæa Deus, in Israel magnum nomen ejus*. ¿Mas cuando este Dios, por coatro mil y mas años casi del todo ignorado entre los hombres, comienza á ser engrandecido? Luego que toma para sí el humilde título de hombre. Del pequeño rincón de la Palestina comienza el hijo del hombre á avasallar la idolatria, y acometiendo en sus mismas trincheras al paganismo, convocadas al oír el nombre de este hombre las naciones todas, llega á ser glorificado en toda la tierra. Es en-

(1) Paul. 75. v. 2.

grandecido este Dios humillado desde las orillas del Oceano hasta el último rio de la tierra, y entre las abominaciones de la idolatria despóticamente dominante engrandecen y adoran á Dios con el título de hombre desde el Egipto hasta las últimas regiones de la Africa, de la América y de la Asia, glorificándole los Indios, los Chinos y los Etiopes. ¿Quién no admira, señores, que aun á costa de los mas ruidosos milagros, de los prodigios mas estupendos, no llegara á dilatarse por el mundo, y á ser Dios glorificado en todo él? ¿Quién creeria cuando el mar dividido en dos cristalinas murallas dió paso al pueblo escogido, ó cuando calmado el movimiento constante de los cielos paró el sol á la voz de Jostué, y retrocedió á los ruegos de Ezechiel? ¿Quién creeria cuando el cielo llovía cada dia un maná sabrosísimo, cuando para proveer de puras aguas á los Israelitas seguian su marcha las inmobiles rocas; y cuando los robustos gigantes volcian la espalda á la vista sola de la arca? ¿quién no creeria, digo, que á la fama de tantas maravillas asombradas las naciones no adoraran, no veneraran, y no engrandecieran con sus cultos al Dios verdadero? ¿Pero quién no lo creeria cuando

sabe que el mismo Dios no escogia para ser engrandecido sino los medios mas despreciables de la deshonra, de los tormentos, de las injurias? *Ita exaltari oportet filium hominis*; y que no habia de ser glorificado de los hombres sino hasta tomar titulo de hombre? Ya no me admira ver á Dios tan empeñado en darse á conocer por hombre, que parece hace glorioso alarde del limitado y corto ser de nuestra naturaleza. El Señor venia al mundo á darse á conocer y habia elegido esta union inefable entre Dios y el hombre para que fuera adorado, reconocido y glorificado Dios entre los hombres. Y cuando era este el principal designio de su venida, cuando el era Dios verdadero, consubstancial al padre y de su mismo ser, en cuantas ocasiones, ó ya dá celestiales doctrinas á sus discipulos, ó ya les enseña los mas profundos misterios el titulo de hombre es por el que quiere darse á conocer. Si quiere enseñarles su divinidad, misterio capital de nuestra religion, pregunta á sus discipulos qual es el juicio que los hombres se han formado de él? caracterizándose así con el renombre de Hijo del hombre (1): *quem dicunt ho-*

(1) Matthæi 16, 13.

*minis esse filium hominis*? Si les explica el soberano motivo de su abundante redencion para libertarnos de la infeliz esclavitud de la culpa, dice que el hijo del hombre vino á salvar lo que estaba perdido (1): *Veniit filius hominis querere et salvum facere quod perierat*. Si les anuncia su resurreccion en el Tabor; si la necesidad que tuvimos de un Dios Redentor para nuestro remedio, siempre se caracteriza con este titulo, *el hijo del hombre*. Tanto que apenas se halla cláusula en los Sagrados Evangelios de aquellas en que para instruir á sus apóstoles les enseña Jesucristo, y les descubria los misterios mas soberanos en que no se llama asimismo con este titulo. ¿Qué misterioso empeño es este? ¿Qué desvelo tan singular de aquel Señor que no necesitaba para su gloria de nuestro limitado ser, valerse para ser exaltado y glorificado entre los hombres de un titulo tan humilde! Parece que siendo el fin soberano de su venida el que Dios antes desconocido fuera exaltado y reverenciado por el mundo: parece, digo, que habia de hacer en todas ocasiones gloriosa ostentacion de su divinidad dándose á

(1) Luc. 19, 10.

conocer por el título de Hijo de Dios, Pero ¡cuán distantes estan los juicios de los hombres de aquellos inefables consejos de la Providencia que valiéndose de los instrumentos mas despreciables para las mas altas empresas, quiso dar á conocer su gloria, y establecer su imperio adorado entre los hombres haciendo propio suyo el título de hombre! Y que mucho que estirpada la idolatría, difundida por el orbe todo la gloria de Dios haya llegado á ser venerado y glorificado en los países mas bárbaros y remotos este hombre Dios, si en el dia en que singularmente hará brillar su grandeza, dejándose ver al mundo todo con aquel esplendor de gloria que es debido á su soberanía; en ese dia hará tambien glorioso alarde del título de hombre. El dia último de los tiempos, dia, segun la frase de la escritura del Señor; dia, en que, como dice el Evangelio, aparecerá en el asiento magestuoso de su grandeza, este dia será en el que dará el mas relevante testimonio de cuanto quiere ser glorificado en el hombre. Bien pudiera su Magestad hacer brillar en aquel dia aquel soberano esplendor de su divinidad, que haciendo parecer á la vista del mundo todo un Dios justiciero, fuera luz soberana que

alentara á los escogidos, y rayo fulminante que aterrara á los réprobos! Pero queriendo vea el mundo en el mayor grado de exaltacion á aquel mismo hombre que fué el oprobio y la ignominia de su pueblo, se dejará ver bajo el título y ser de hombre como juez absoluto de vivos y muertos. Por eso queriendo el Padre celestial que Jesucristo en cuanto hombre, como señor absoluto de todo, egecute esta potestad, siempre que en su evangelio anuncia á los hombres el dia del tremendo juicio, se explica con la frase de la venida del hombre (1). *Cum venerit filius hominis in sede Majestatis sue.* Dejarse pues ver el hombre Dios corporalmente visible sobre un glorioso asiento á la vista del mundo congregado con toda aquella magestad, que otras veces habreis ya oido pintar con los mas vivos colores. Yo por ahora al considerar la admiracion que se derrama sobre todos, al presentarse juntos en este gran teatro ángeles y hombres, predestinados y prescitos, me parece que en aquella mezcla de vivas y gemidos de que llenaran el ayre los justos y condenados: me parece que oigo resonar las voces de los hijos de Dios,

(1) Matthæi 19. 28.

que llenos de júbilo al ver lleno de gloria á este hombre Dios esclaman *Ecce Homo* veis aquí al hombre. Veis ay al hombre, exclamarán los ángeles, que elevando á la humana naturaleza por otra parte inferior á nosotros á un grado sublime, es nuestra cabeza, nuestro príncipe, es nuestro rey: *Ecce Homo*. Veis ay al hombre, gritarán los profetas y patriarcas santos, á quien en otro tiempo anunciabamos blanco de la ignominia y del oprobio, de quien fuimos sombra y figura; el dia de hoy centro de la magestad y asiento de la gloria: *Ecce Homo*. Veis aquí al hombre, se dirán unos á otros los mártires, las vírgenes y los confesores, cuya humillacion y abatimiento fué la senda de nuestros pasos, cuya mortificacion fué el aliento de nuestra pereza, y sus dolores el exemplar para nuestra penitencia: veisle aquí triunfante de las injurias é ignominias, convertida aquella corona de espinas penetrantes en la inmortal diadema de honor y gloria, y la vil caña en el cetro dominante no ya de Judea, sino del mundo todo. ¿Y os parece que harán menos glorioso este triunfo de un Dios que quiere ser glorificado en el hombre, las tristes voces que envueltas en profundos gemidos se oían

de boca de los infelices prescitos *Ecce Homo*? Veis aquí al hombre, se dirán unos á otros, cuyo abatimiento fué para nosotros irrisión: nosotros al verle afeado, abatido, lleno de dolores; reputabamos la vida cristiana por insensata necedad agena del hombre. Le veíamos burlado y deshonrado, y no aspirábamos sino á los honores; pobre, vestido de una andrajosa púrpura y empleábamos nuestros anhelos en atesorar riquezas: le veíamos azotado, afeado y adolorido; y consumiamos nuestros dias en placeres criminales, en deleytes, en pasatiempos y en cuanto podia conducir á pasar una vida mole y delicada. ¡O cuántas veces, semejantes á aquellos impios que burlándose de él como de rey de farsa hincaban la rodilla para mojarle, llegamos al mismo templo, y en ademan de quien oraba empleado el corazon en aquel ídolo de hermosura con las vistas, con las risas, con las conversaciones hacíamos con las obras irrisión impia de los mas tremendos misterios! Pero ahora este mismo hombre lleno de gloria y magestad nos convence, aunque tarde, que no hay otro camino para llegar á la verdadera gloria que el de la mortificacion y el de la penitencia, viendo que el mismo Dios quiso valerse de la humillacion

para ser exaltado en el hombre. *Ua exaltari oportet:: Ecce Homo.*

Glorioso triunfo de un Dios hombre valerse de la humillacion para la gloria, del abatimiento para la exaltacion, y convertir en titulo de honor glorioso el titulo de *Ecce Homo*, que fué para los hombres de abyeccion y desprecio. Pero glorioso timbre tambien de aquella ilustre junta que, conociendo quanto fué el empeño del Señor en glorificarse en el hombre, ha escogido este titulo para objeto de sus cultos, para blanco de sus adoraciones, y para divisa de su cofradia. Dichoso año el de 1698 en que alentados de la piedad determinaron fundar una devota congregacion que tomando á su cargo glorificar á Dios bajo este titulo *Ecce Homo*, desagraviara en cierto modo con sus repetidos solemnes cultos al Señor de aquellas ofensas que bajo este titulo mismo recibió de un ingrato pueblo. Yo bien sé que si las riquezas, aquel resorte que mueve ocultamente las acciones del hombre, son el ídolo á que se sacrifican los intereses mas sagrados, son tambien, si se emplean en honor de la deidad, sacrificio agradable al Señor. ¿Y qué sacrificio no habeis hecho, señores, de vuestros haberes cuando en solos trescientos pesos que fueron el primer

fondo de vuestra cofradia, habeis siempre con vuestro personal trabajo, y muchas veces con costosas espensas adelantado tanto sus fondos, que excede la suma de cien mil pesos la de las fincas que se emplean en honor del Dios hombre? Diganlo los cultos anuales que solemnemente le tributais, diganlo las preciosas alhajas con que habeis adornado este templo, dígalo el edificio reedificado á vuestra costa: decidlo vosotras desvalidas amparadas; vosotras huérfanas socorridas; vosotras principalmente decidlo las que atadas con el santo yugo del matrimonio, ó gozosas en los virginales claustros habeis hallado en los dotes anuales que os ministra esta junta una ayuda que os facilitara tan santos estados.

¿Y acaso ha dejado este Dios hombre de corresponder á vuestros gloriosos anhelos, el titulo que con razon le dais de guarda mayor de vuestras mercaderias no le ha desempeñado abundantemente, guardándolas siempre de los insultos y robos á que arroja, ó una delincuente avaricia, ó una necesidad ociosa y mal aconsejada? No pueden tanto para vuestro resguardo las fuertes cerraduras del hierro quanto la mano poderosa de este hombre Dios empleada en vuestra seguridad. En vano, en

vano, dice el profeta David, se emplean en continua vela los hombres, si el Señor no es custodio y guarda de la ciudad: *Nisi Dominus custodierit civitatem frustra vigilat qui custodit eam* (1): él os guarda, él os asegura, y esto pone á los que actualmente componen esta ilustre cofradía en la mas estrecha obligacion de imitar á los que tan gloriosamente antes se emplearon en adelantar los cultos del Redentor. Emplead en hora buena vuestros trabajos, vuestras fatigas, vuestros intereses, seguros de que fincaís en ellos la felicidad de vuestras familias.

Y vosotras, religiosas vírgenes, que guardando esta imagen hecha como se cree por mano de ángeles, olvidadas de los placeres con que convida el siglo, tenéis en este hombre divino, como en amado esposo, colocados vuestros afectos, lavad continuamente en la sangre que brota por tantas heridas de su cuerpo las blancas estolas de la pureza: sed en hora buena ya blancos lirios de castidad, ya rojos claveles de mortificacion descollando en el jardín fragante de la iglesia como flores que se consagran á vuestro esposo: lirio hermoso de los valles, rogad incesantemente

(1) Psalm. 126. v. 1.

al Señor que imitando todos sus ensangrentadas huellas semejantes en una vida humilde y cristiana al Dios hombre humillado logremos poder decir al verle casga cara sentado á la diestra del Padre: *Ecce Homo*. Este es el hombre que con sus ignominias y abatimientos supo merecerse á sí y colmarnos de honor, de grandezza y de gloria.

## SERMON

DE LA CONCEPCION INMACULADA

## DE MARÍA.

Predicado en el convento de religiosas de la Concepcion de Méjico.

*Beatus venter qui te portavit: quinimo  
Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud. Luc. cap. 11. vv. 27. 28.*

La respuesta que el Salvador del mundo dió á esta piadosa muger, que admirada de su celestial doctrina prorumpió en alabanzas de María, es un irrefragable testimonio de que no hay á los ojos de Dios titulo que nos haga dignos de alabanza y aprecio sino el de la gracia y buenas obras. Porque, como si Jesucristo oyera con indiferencia un elogio que publicaba á su Madre bienaventurada, no dió otra respuesta que canonizar por venturosos á los que

obedientes y fieles hacen en toda su voluntad. Asi es, señores, que los dones de naturaleza y fortunas; la hermosura y firmezas; los titulos triunfantes y magnificos de grandeza y soberanía pueden si deslumbrar los débiles ojos del mundo; pero todos desaparecen como humo ligero en presencia de aquel ante quien sola es verdadera grandeza la de la santidad. Aun en el mismo orden de la gracia no son las que engrandecen al hombre aquellas exteriores prerogativas que tanto nos sorprenden y arrebatan la admiracion. Ni el que obrando frecuentes milagros parece que dispone de la naturaleza á su arbitrio; ni el que penetra los secretos arcanos del corazon; ni el que descubre con superiores lucas lo por venir es por esto grande á los divinos ojos: estas gracias por si solas son un esplendor que quedándose afuera no forman el verdadero precio de aquella hermosura que toda está en el interior fondo del alma santa. Sin el brillo de todas ellas aquel solo es grande, aun con la mas humilde y despreciable apariencia, que hace la voluntad divina; aquel mayor, que atesorando mas y mas santidad, aun en las obras comunes y vulgares, aspira á la caridad mas activa. Porque sin escepcion alguna será ante Dios el mayor y mas santo

el que tuviere mayor caridad sea quien fuere.

Pero que mucho, ¿si el mismo escelso y soberano titulo de Madre de Dios hubiera sido miserable objeto del divino desprecio sin el esplendor de la santidad, y sin el verdadero precio de la caridad? Esta es la misteriosa y útil doctrina que quiso enseñarnos Jesucristo en el evangelio del día, dice San Agustin. Nada hubiera aprovechado á Maria dar el ser á Jesucristo segun la carne, sino le hubiera alimentado en su corazón por medio de la fé y la caridad: fué feliz por haberle concebido; pero mas feliz por haberle amado. Y ved aqui, señores, sacado de esta misma doctrina, el poderoso argumento con que convencidos los fieles de la original pureza de Maria la veneran con una concorde piadosa creencia libre, y exenta del universal contagio del pecado en el primero dichosimo instante de su concepcion. Porque ¿cómo hubiera aquel Señor, á cuya presencia no hay sólida grandeza sino la de la santidad, elevado al alto honor de Madre suya á la que en algun tiempo hubiera sido por la culpa infeliz objeto de su indignacion? ¿Y habia de permitir que la venenosa agua del pecado turbara en su origen la fuente mas pura? ¿Qué la arca

saludable, en que habian de salvarse las miserables reliquias del linage humano, se anegara en el torrente corrompido de aquel diluvio? ¿que la asquerosa serpiente se abrigara en el hermosissimo cerrado hueco de las virtudes? ¿Que la Madre de la santidad hubiera sido hija y esclava de la ira y del pecado? Asi desde los primeros siglos discurrían muchos antiguos Padres sobre la primera gracia de Maria: sobre estos fundamentos trabajaron despues para defenderla los mas sabios doctores: la sostuvo con privilegios y decretos solemnes la iglesia santa, y por último (singular dicha de nuestro siglo) el unanime consentimiento de las naciones y los pueblos la ha puesto casi fuera de la raya de la opinion.

Yo ciertamente haria injuria á vuestra piedad si, valiéndome de lo que se ha discurrido sabiamente en favor de esta gracia original, me empeñara en querer demostraros un privilegio del que os preciais gloriosamente ser los mas fieles adoradores. Por tanto, aplicando la consideracion ácia el interes y la gloria que nos resulta á todos de la concepcion en gracia de Maria, séame lícito levantar el discurso hasta aquellos últimos designios que tuvo Dios en preservar á su Madre de la original

culpa: porque ó ya se considere el infame borron y deshonor que la primera culpa echó sobre la naturaleza toda, ó ya aquellos gloriosos destinos de la Providencia en la creacion de la naturaleza inocente impedidos por la caída de nuestro primer padre; en la concepcion en gracia de Maria veremos un medio el mas oportuno para reparar aquel deshonor, y para restaurar esta gloria. De suerte que, señalando Dios á Maria entre el resto todo del linage de Adán con la pureza del primer instante, no solo atendió á enriquecerla, y distinguirla singularmente entre las demas criaturas; sino que, con un designio mas universal, quiso por este medio exaltar la humana naturaleza abarida, y restaurar la divina gloria.

La grandeza (Jesus soberano) de una Madre que desde sus primeros alientos aspiró á glorificante, disponiéndose así para ministrarle la carne y sangre que veneramos en este augusto Sacramento, interesa mucho á tu honor, para dudar que te fuera agradable el publicarla en tu presencia. Sea, pues, ella misma la que me aliente; ella la que me inspire una noble confianza, para hablar de este primero felicísimo instante en que derramaste sobre Maria raudales de gracia. AVE MARIA.

Hacer al hombre feliz: levantar del

confuso caos de la nada y del tosco polvo de la tierra hasta la cumbre del honor y la gloria la humana naturaleza fué el soberano designio de Dios en la creacion del universo. El hombre (que segun el sabio pensamiento de San Ambrosio) fué criado despues de las cosas todas, como señor y principe de ellas, era el término á cuya exaltacion destinaba el omnipotente las bellas obras de sus manos. El cielo con toda la brillante copia de luces que le adornan; el regular jamas interrumpido curso de sus astros: la lucida alternativa con que preside el mayor al dia llenándole de hermosa claridad, y el resto de los demas á la obscura noche para ilustrarla; la tierra con tanta variedad de seres casi innumerables; los unos útiles al sustento y servicio, los otros al regalo y comodidad; unos que sirven á la necesidad, otros al gusto, todos segun su primer destino no eran sino un instrumento proporcionado á la felicidad y grandeza del hombre. El en sí mismo gozaba quanto podia conducir á esta exaltacion; compuesto de cuerpo y alma, aunque de tan diferente condicion uno y otra, se unian con lazo tan estrecho, y con una amistad tan fiel que podia al mismo tiempo lograr los puros gozos del espíritu en la contemplacion y conocimiento, y los

placres inocentes del cuerpo en el gozo de los sentidos. Nada podía turbar esta dicha: sus humores se templaban con equilibrio tan perfecto que no sugetos á alteracion estaban exentos del dolor, de la enfermedad y de la jurisdiccion de la muerte; de ninguna criatura podia temer estar protegido á ese fin con una especial providencia, y proveido de un fruto maravilloso que restaurara sus fuerzas y mantuviera en la debida armonia todas sus partes. Sujetabase el cuerpo al espiritu, y el apetito á la razon con una subordinacion tan perfecta, que jamas se movieran las máquinas de las pasiones sino obedeciendo al resorte de la razon. Pero que mucho si le habia Dios formado á imagen y semejanza suya, destinando los mismos soberanos espiritus, superiores á él en naturaleza, para compañeros y custodios: el empero para casa de su eterna morada, y jo dignacion inexplicable de Dios, y grandeza casi incomprehensible del hombre! ya que Dios no podia formarse á sí mismo para el hombre, formó al hombre para el mismo Dios. Esto era el hombre en aquel brevisimo estado de su inocencia, y esta misma incomparable dicha se destinaba á todos nosotros segun las altas disposiciones de Dios en la creacion.

¿Pero qué hago yo con traer á la memoria una felicidad y gloria que sin haber llegado hasta nosotros, perdida antes que gozada, solo sirve de penetrarnos de inconsolables sentimientos? Nuestro primer padre desconocido á tanto beneficio á pocos instantes de criado con la mas funesta desobediencia perdió para sí, y para su descendencia toda aquella elevacion y grandeza á que habia sido destinada. Al mismo punto, con la transformacion mas violenta, las criaturas todas, formadas para engrandecer al hombre, conspiraron á abatirle, y aumentar su infelicidad. El cielo y la tierra con sus diversas estaciones: los elementos luchando con una implacable contienda á cada paso lo incomodan y afligen: sacudieron los animales el yugo de su imperio: turbóse la interior armonia de los humores, y abierta la puerta á la muerte trajo ésta en su compañía la melancólica tropa de dolores y enfermedades; encendiéndose con el ardor mas vivo una intestina guerra entre la razon y las pasiones; roto por el pecado el freno que las contenia, y rebosando ácia fuera los funestos efectos de esta rebellion pelea el hombre contra sí mismo despedazados los estrechos vinculos de la naturaleza. De aqui en lo interior deseco ambiciosos; iras vengativas;

afectos abominables que tienen á turnos el imperio sobre la razon: en lo exterior guerras sangrientas, pleitos, injusticias, robos, engaños que rompen y destrozan la sociedad. ¿Y para que os fatigo con tristes imágenes de males y desdichas de que una diaria experiencia nos convence? Digámoslo en una palabra: la naturaleza humana criada para la alta cumbre de grandeza y de gloria cayó en el abismo mas profundo de miseria y abatimiento, la imagen de Dios apareció feamente borrada y deslucida, el príncipe del universo, el fin de las obras del omnipotente se lloró esclavo del demonio, y los gloriosos fines del Altísimo en la creacion del hombre se vieron frustrados por su abuso.

Apartad, señores, los ojos cansados de un espectáculo tan triste y lastimoso, para mirar los derechos de Dios ofendidos enormemente y casi rota (dejádmelo explicar así) la trama inefable de la Providencia en los altos designios de la exaltacion á que destinaba al hombre. Un Dios omnipotente empeñado en ensalzar nuestra naturaleza, sacando á este fin de los tesoros de su poder la obra magnífica del mundo, ver abatida al profundo de la miseria la que preparaba elevar á la cumbre de la grandeza ¿no os parece que esto demandaba

que el mismo Dios se empeñara de nuevo en restablecer y restaurar la gloria de sus altos fines? Yo bien sé que Dios infinitamente grande y feliz en si mismo sin disminuirse un punto su soberana felicidad por la cuida del hombre se ostentaria igualmente poderoso, dejándole en su humilde abatimiento, cuanto lo hubiera sido en su exaltacion: se tambien que su misericordia inefable dispuso, que tomando nuestra carne su mismo hijo elevara de nuevo al hombre caido libertándole de su desdichada esclavitud. Pero este mismo amor, esta misericordia que obligó á Dios á humillarse para ensalzar al hombre, me convence que el Señor no habia de dejar sin restablecer aquella primera exaltacion que hubiera gozado el linage de Adán en el estado de la inocencia. Su encarnacion incomprendible engrandece al hombre, pero levantando el humano ser hasta un orden divino quiso que el oscuro horizon de nuestro origen sirviera siempre de recuerdo que humillara nuestra soberbia. Su redencion abundante y copiosa nos colma aún de mayores bienes de los que hubiéramos gozado inocentes: cura la herida del pecado, limpia la mancha; pero (pidiéndolo así los derechos de su justicia) corrompida la naturaleza en su primer ori-

gen, miserable y desdichada en su principio no puede aspirar á aquella primera exaltacion que gozaria segun el destino de la creacion de nuestro primer padre. Y un Dios infinitamente celoso de su honor y su gloria, cuyos tesoros de sabiduria y poder son inagotables, ¿no hallará medio con que se cumplan los primeros designios de su consejo en la creacion á pesar de la original culpa, y sin ofender los derechos de su justicia? Si señores, si: Maria Santisima pura desde su origen, su concepcion inmaculada será el desempeño de la omnipotencia cumpliéndose en ella los otros fines á que Dios preparaba al hombre inocente, y exaltándose en ella misma toda la humana naturaleza para restaurar la divina gloria: ella preservada del comun contagio, siempre inocente, siempre pura, dará á Dios toda aquella gloria que hubiera dado al Señor el cúmulo de criaturas inocentes, si Adán con su desleal ingratitude no hubiera manchado á toda su descendencia. Contemplad, señores, en aquel primero venturoso momento de la animacion de Maria, una pureza inmaculada, un origen sin mancha, una integridad y maravillosa concordia entre el cuerpo y el espíritu, en que sujeta y obediente la altanera tropa de las pasiones al imperio de

la razon, será siempre la alma la señora y la criada obediente la carne tributando desde sus primeros alientos á Dios el debido vasallage de las mas heroicas virtudes, adornada de una hermosura de alma que jamas marchitará la culpa: de una limpieza de cuerpo que nunca contagiara el veneno del pecado. En una palabra una criatura humana que, á pesar del foscó barro á que debió su primer ser, goce el principado sobre las demas criaturas, y en quien resplandezca desde entonces sin mancha la imagen del Criador. ¿No era esto, señores, puntualmente el soberano designio de Dios en la creacion del hombre, la grandeza que preparaba á toda la humana naturaleza y lo que ventajosamente se vió cumplido en Maria concebida en pureza original? ¿Porfeso Dios en este sabio arbitrio como suelen los soberanos del mundo, que deseando ennoblecer una familia oscura y plebeya, ó no pudiendo ó no siendo oportuno ensalzar á cuantos la componen á la nobleza y los honores, eligen uno entre ellos cuya exaltacion redunde en los demas ennobleciendo á los mismos que se han quedado en el despreciable puesto en que los colocó el nacimiento ó la suerte. Sacó así Dios á Maria de la vil é inmundada raza de Adán, levánt

to del tierno asqueroso de la humana carne esta humilde margarita, y haciendo que del esteril tronco de nuestra naturaleza, que no destilaba sino veneno, brotara esta fecunda purisima rama llegó el humano ser á levantarse en Maria á la cumbra de la santidad ennoblecida y honrada la naturaleza, que en su origen y principio lloraba el oscuro borron que la deslucia. Borron tan negro, mancha tan universal, que cayendo sobre la obra mas lucida y preciosa de Dios, ella sola parece iba á consolar al demonio de su pérdida, y á poner sobre su altiva frente unos laureles que no marchitaran los demas humos de las negras llamas del infierno. Porque entremos por un breve rato á considerar las ideas soberbias, los desvanecidos y presuntuosos pensamientos en que se negaria lucifer en aquel punto en que, victorioso de nuestro primer padre, consideraba ya bajo sus pies como despojo de su triunfo á toda la humana naturaleza; que importa, discurriria entre sí este espíritu igualmente activo que infeliz: que importa que, confundidos y malogrados los deseos con que aspiraba á levantarme hasta el escelso trono del Altísimo, me viera abatido, perdido mi primer esplendor, á un abismo eterno de tormentos, si al fin he hallado medio

con que consolarme de mi pérdida, y reparar en algun modo mi deshonra. El hombre, objeto de las delicias de Dios, centro y término de sus hermosas obras: el hombre á quien Dios ha querido levantar sobre mis mismas ruinas ensalzando un grosero barro sobre las espirituales inteligencias, y preparándole las sillas que yo y los míos habiamos de ocupar en el empirio: el hombre por último es ya miserable esclavo mio, cautivo de mi imperio, y logro ver convertidas en cadenas que le arrastren la corona que iba á ceñir sus sienes. Estorbé los designios del Altísimo en su creacion: manché su imagen: entré en posesion de su mas apreciable obra, y ya nadie me quitará el timbre de ser despojos míos sus primeros alientos. Qué importa (segun conjeturo) que el hijo de Dios, vistiéndose de la humana carne redimiendo al hombre de su esclavitud, repare su caída, rompa las cadenas de su cautiverio, y le restituya á la gracia; si él á pesar de todo esto primero será mi esclavo que su hijo, antes mi vasallo que su heredero, y el pecado propagando mi universal dominio hará á la naturaleza toda en sus primeras cunas mi tributaria. Estos altaneros discursos de lucifer tan tristes y funestos para el hombre, cuanto injuriosos á la di-

vna gloria, ocuparían sin duda su desvanecido espíritu, cuando Dios mismo tomando la palabra para confundir su orgullo, para consuelo del hombre, por desagravio de su grandeza en una magnífica profecía, la primera que se halla en los libros sagrados, quiso comunicar anticipadamente al mundo la dichosa concepcion en gracia de Maria. No penséis, católicos, que con figuras estudiadas pretendo divertir vuestra atencion introduciendolos como en una representacion ó fingida escena personajes que inveta la imaginacion, ó la verisimilitud. No: Dios mismo al cap. 3.<sup>o</sup> del Génesis quiso ser el autor que publicara esta profecía cuando, maldiciendo en persona de la serpiente á lucifer, nos dió el mas poderoso testimonio de la original pureza de su Madre. Yo, le decia el Señor, levantaré de esta misma desdichada raza de Adan, de cuya esclavitud te envanece, una doncella pura é inmaculada en quien verás cumplirse los gloriosos fines que el pecado ha impedido, y en cuya inocencia contemplarás triunfante la humana naturaleza. Saldrá del diluvio rompido del pecado sin que la infesten sus aguas; brotará una flor hermosa del esteril tronco de Adan y exenta de tu imperio, enemiga irreconciliable tuya: jamas hará

treguas con la culpa (1): *inimicitias ponam inter te et mulierem*. Te glorias en vano de tener el linage del hombre esclavizado, él en esta graciosísima hija suya va á domar tu cerviz, su planta tierna y delicada pisará tu orgullosa frente gimiendo enfurecido al ver vencida tu soberbia donde procuraste establecer tu imperio puesta tu cabeza bajo sus pies (2): *ipsa conteret caput tuum*. No habrá astucia que la burle, ó engaño en que caiga su inocencia triunfando siempre de tus asechanzas: *et tu insidiaveris calcaneo jus*. ¿Y quién no reconoce en estas divinas cláusulas, que he explicado segun la mas comun inteligencia de sabios doctores, quién no confesará que el Señor eligió á Maria en su concepcion purísima para exaltar la humana naturaleza, para desempeño de su gloria, y para hablar en la frase del Crisostomo, para que ella restaurara lo que nuestra madre comun habia perdido? *Maria restauravit quod Eva perdidit*.

Ya no me admira al considerar á Maria concebida en gracia para fines tan altos que su vida fuese una serie de privilegios casi incomprehenibles, de gracias sin

(1) Genesis cap. 3. v. 15. (2) Gen. cap. 3. v. 15.

egemplar, y que Dios se empeñara tanto en engrandecerla que parece agotó en ella los tesoros de su poder. Una virgen escogida desde el primer punto de su animacion para glorioso instrumento, que de empeño las sabias ideas de la Providencia, separada para esto, y señalada entre el resto de las criaturas era preciso fuera anchuroso vaso en que se derramaran á manos llenas los dones del Altísimo. Discurrían cuanto quisieren los iluminados doctores Marianos acerca de la grandeza de Maria, trabajen infatigables sus plumas en descubrirla al mundo adornada de prerogativas ilustres, de singulares exenciones, de gracias casi inefables; al fin, que han hecho ó que harán sino elogiar á medida de las limitadas luces de la humana comprension á aquella cuya gloria solo se mide dignamente por el poder y amor sin limite de Dios. Perfecto uso de la razon desde el primer momento que respira, continuo elevado egercicio de las mas perfectas virtudes, no interrumpido ni aun en el descanso del sueño: confirmacion en gracia, milagroso enlace de una maternidad fecunda con una intacta virginidad: asuncion gloriosa á los cielos en cuerpo y alma (digamoslo en breve): dispensar Dios en Maria las ordinarias leyes de la

naturaleza, y establecer en ella un nuevo orden y gerarquia de gracia es para mí una forzosa consecuencia de su concepcion inmaculada. Ni de otra suerte hubiera sido Maria, no solo glorioso honor de la humana naturaleza, sino tambien término feliz en cuya formacion aventajase Dios, y reformase en cierto modo las demas obras de su diestra deslucidas en alguna manera por la original culpa. El delito del hombre (dice el gran Padre San Gregorio) trastornando uno de los principales destinos para que se habian criado las cosas todas, que era engrandecerle en su inocencia, hizo trascendencia á ellas su contagio. El cielo, la tierra, las demas criaturas insensibles participes de su maldicion, alterado el curso de la naturaleza, lo fueron tambien de su desdicha. Habia Dios resuelto renovar el cielo y la tierra antiguos prometiendo por Isaias criar un nuevo cielo y una nueva tierra en quienes se vieran restituidos á su primer esplendor, y primero destino: *Ecce ego creo calum novum, et terram novam.* ¿Y cuándo se vió cumplida tan ilustre promesa sino en la dichosa concepcion de Maria que recuperó por su inocencia los derechos del dominio y principado que perdió Adán por su delito?

Fue María (dice San Bernardo) no solo el amable centro de la creación del mundo, sino que quiso Dios en ella formar para sí un mundo nuevo y singular: *Mariam Deus tanquam mundum specialissimum sibi condidit*. Este sin duda fue el poderoso motivo de aquel empeño con que Dios desde el principio de sus obras, ó como si se ensayara en ellas para la producción de María, ó como que había de juntar en esta Virgen las perfecciones todas que se hallan repartidas en el universo, puso en cada una de ellas un símbolo, una sombra de la grandeza de su Madre. Los brillos del sol, la apacible luz que refleja la luna, la innumerable variedad de estrellas refulgentes, los hermosos crepúsculos de la aurora parece no fueron criados sino para servir de una perfecta semejanza de María. Ni hallaréis criatura, entre cuantas vivientes vegetales é insensibles componen las diversas clases del mundo visible, en cuya característica perfeccion no se descubra un símbolo de las que adornan á María. Si en las entrañas de las minas oculta la tierra tesoros de oro y plata, riquísimas preciosas piedras: ellas son un geroglífico de los inestimables tesoros que depositó Dios en su Madre. Si cuaja la aurora en

el mar perlas finísimas, son semejanza de la pureza de esta Virgen. El cedro encumbrado, el elevado cipres, la palma fertil, el fragante bálsamo son unas divinas aunque imperfectas de su elevacion y virtudes. No se corona en los jardines entre las espinas la fresca rosa: no descolla en los valles el hermoso lirio: no producen los árboles sabrosos frutos que no sean geroglíficos empleados en los sagrados Libros para elogiar la hermosura y perfeccion de María. Pero adonde voy ni que podré deciros á vista de aquellas enfáticas espresiones con que Dios mismo en las escrituras santas se nos representa, ya arrebatado dulcemente de la hermosura de María, ya corriendo solícito en pos de su belleza, ya herido su corazon de sus ojos purísimos: al ver esto asombraos, señores, y decidme ¿sino he tenido razon para persuadiros que en la concepcion de esta Virgen se halla renovada la perfeccion del universo, y exaltada la humana naturaleza, y esto en grado tan sublime que lo que el humano ser no hubiera conseguido en el estado feliz de la inocencia, la grandeza á que entonces no debía aspirar, logró elevándose en María aun sobre los supremos coros de los ángeles. Hubiera (es verdad) el hombre inocente gozado

los inestimables dones á que según las leyes establecidas le daba derecho su felicidad; mas de tal suerte que guardándose siempre aquella armoniosa correspondencia que piden las diferentes gerarquias de los puros espíritus, y del hombre compuesto de carne y sangre, era conforme que reconociera por superiores en la gracia á los ángeles como lo son por su naturaleza. Pero Dios que, á la manera de oficiosa abeja que saca dulce miel de las mismas flores de donde estrae veneno la ponzoñosa araña, sabe hacer servir á sus gloriosos fines los mismos medios que el abuso ó la culpa puede oponer para impedirlos, sabiamente dispuso que cuando el demonio pensaba sujetar á sí á toda la naturaleza esclava suya por la culpa, la viera en María encumbrada sobre las mas altas inteligencias. Levantad la consideracion hasta aquel primero venturoso instante en que se concibe esta Virgen, y gozaos al ver el tosco barro de nuestro ser superior á los soberanos espíritus. Contemplad la alma de María unida á su pequenísimo delicado cuerpo pura mas que los ángeles, profundamente humilde mas que los arcángeles, descansando en ella la Magestad divina con mas regocijo, que en los tronos, mas obediente que las dominaciones, mas ce-

losa de la gloria de Dios, mas estrechamente unida á el que las potestades y principados: poderosa sobre las virtudes, mas sabia y mas amante que los serafines y querubines. ¿Y qué seria ver ya humildemente postradas en el cielo, ya bajando en tropas hasta la tierra las celestiales escuadras á reverenciar obsequiosas en aquel punto á una virgencita encerrada aun en el materno claustro que comenzaba apenas sus primeras respiraciones? Y si á vista de cuanto disponia Dios engrandecer al hombre inocente en los dones de la integridad original deberiamos esclamar con el profeta: ¡O inefable dignacion de Dios, que casi ha igualado al hombre con el ángel (1): *minuisti eum paulo minus ab angelis*: al contemplar como se engrandece el humano ser en Maria sobre los santos ángeles, clamemos llenos de regocijo. ¿O cómo se ha exaltado la humana naturaleza sobre los coros celestiales (2): *Ecce exaltata est super choros angelorum*. Feliz culpa (esclamaré yo), dichoso pecado que dió ocasion á que elegida Maria para Madre del Verbo la destinara Dios para que concebida en gracia exaltara al linage del hombre glorificando á su mismo Hacedor.

(1) Psalm. 8. v. 6. (2) Eccles. in offic.

Enjuaguemos ya, católicos, las lágrimas, que justamente derramamos al acordarnos del feo y abominable borron de nuestro origen, á vista de la immaculada pureza de una Madre que ha reparado nuestro deshonor. Ella es la gloria de la triunfante y de la militante Jerusalem, ella la alegría del verdadero Israel, ella la honra y honor de toda nuestra naturaleza. Confortóla á beneficio del hombre la mano omnipotente del Señor para cortar la cabeza soberbia de Luzbel merecedora por esto de alabanzas eternas: *Manus Dei confortavit te et ideo eris benedicta in eternum.* Pero ¡clega ingratitude nuestra! cuan poco apreciamos esta gloria cuando degenerando de la pureza de nuestra Madre abrigando en el corazón el monstruo del pecado nos sujetamos de nuevo al demonio, nos rendimos voluntarios á la asquerosa planta de aquel mismo que se postra vencido á los pies de María. Hijos suyos y adoradores con esteriores apariencias somos en el fondo sus irreconciliables enemigos por la culpa. No, no son solos los reverentes cultos del cuerpo digno tributo de la concepcion purísima de María; elogios estériles, muertas devociones, obsequios infructuosos serán todos si no están animados con el aborrecimiento

del pecado. Ni se celebra dignamente la original gracia de María sino con la pureza de costumbres, y con aspirar continuamente á imitarla.

Dichosos, Virgen tierna é immaculada, los que así celebran tu primera gracia empleados en reformatar en sí con los vivos colores de las santas obras, con el pincel de la penitencia la imagen de Dios afeada por el pecado. Y ya que no alcanzan los votos mas ardientes, las mas humildes adoraciones á dar á Dios debidas gracias por el incomparable beneficio que recibimos de tu Concepcion, presenta ante el trono del immaculado Cordero los encendidos afectos, el abrasado amor de estas virgenes religiosas cuya pureza, cuya penitencia y cuya piedad ácia ti las caracterizan verdaderas devotas de tu Concepcion, fieles hijas tuyas, y sinceras adoradoras de tu gloria.

DE LA NATIVIDAD

## DE MARÍA SANTÍSIMA,

Predicado en el convento de la Encarnacion el día 8 de Setiembre en que profesó una religiosa.

*De qua nativitate est Jesus. Matthæi cap. 1. v. 16.*

El misterioso, silencioso y respetable laconismo con que los evangelistas santos, ó callaron ó refirieron sencillamente las mayores acciones y sucesos de la vida de María madre de Dios, ha dado siempre fecunda materia à los oradores para formar ingeniosos al par que devotos discursos en su alabanza. Pero si en otros misterios de María es preciso ó admirar reverentemente este silencio, ó discurrir sobre las causas de lo poco que dejaron escrito los sagrados historiadores, en el de su adorable natividad debemos confesar que digeron cuanto podia dar la mas

ajustada idea de su grandeza. En vano (perdonadme señores, si me tomo la licencia de hablar de esta suerte) en vano se fatigan el día de hoy los oradores con sùtiles discursos para averiguar curiosamente, porque cuando parecia la ocasion mas oportuna de señalar el tiempo y lugar del nacimiento de María, de hacer mencion de sus dichosos padres, y de los nobles vínculos que la enlazaban con la familia real y sacerdotal, nada de esto espesara el evangelista. Pues cuando hubiera dicho que el año de 4183 de la creacion del mundo, y el 26 del imperio de Octaviano Augusto habia nacido en Nazareth el día 8 de Setiembre de los novísimos Joaquín y Ana, descendientes legitimos de patriarcas, profetas y reyes la hermosísima niña María: cuando así se explicara ¿qué hubiera hecho sino elogiar en ella una nobleza heredada de sus ilustres ascendientes? Alabanza en la realidad hueca y poco digna de María. Porque por mas que resuenen en los Genetliacos de los grandes Principes de la tierra los nombres, las glorias y las proezas de sus mayores: ¿qué es todo esto sino una ilustre quimera, y cuando mas un elogio de los ascendientes, que solo deriba en el recién nacido

una nobleza de sangre caduca y terrena de que se sirve la lisonja para formar engañosos pronósticos, que desmientan tal vez las viles acciones de un sucesor? Con razon pues calló el evangelista los nombres de los padres de María, y las circunstancias de su nacimiento para darnos á entender que la gloria de éste no está vinculada á la nobleza heredada de sus padres, sino á otra superior nobleza de alma que tiene su origen en su mismo hijo: *María de qua natus est Jesus*. Ni podía decir mas el evangelista para manifestar la soberana prerogativa de este nacimiento, ni á mi me queda libertad para escoger otra materia de su elogio, que esta nobleza de alma con que nace María.

Si en otros asuntos necesita el orador de todas las gracias y violencia del arte para engrandecer su objeto, en este grande por si mismo, escelso y casi incompreensible es preciso trabajar para abatir en cierta manera su elevación, y acomodarla á las groseras y limitadas ideas que podemos formarnos de él. Y puesto que no puede el hombre ni entender ni explicar esta nobleza, verdaderamente de un orden divino, sino á proporcion y semejanza de lo humano; ya que en

los nacimientos de los grandes hombres no ha hallado la elocuencia otro rumbo para solemnizarlos que alabar la nobleza del recién nacido, yo acomodándome á esta costumbre para hablarlos hoy, no de una nobleza vana y aparente, sino de otra sólida y verdadera del alma de María, la consideraré bajo de dos respectos: el primero de una nobleza heredada fundada en los dones y escelencias de que la mano poderosa la enriqueció graciosamente como madre de Dios: el segundo de una nobleza adquirida por los relevantes méritos que exercitó María desde su nacimiento; y de una y otra consideracion concluiréis que la nobleza de la alma de María es la verdadera gloria de su natividad. Jesus soberano, si yo en vuestra augusta presencia me atrevo á hablar de este dulce misterio, lo hago con la confianza de que los elogios aunque rudos de la madre son siempre aceptos y agradables á los hijos. A vos, Señor, debió María su nobleza, sus virtudes son vuestro beneficio, su gloria es toda vuestra; haced pues que de ese Sacramento, fecundo manantial de gracias se difundan á mi espíritu, y á mis labios las que necesito para el elogio de la que nace para madre vuestra y fuente de la gracia. AVE MARIA.

Quando considero el miserable estado á que se halla reducida la alma del hombre en su nacimiento, descubro en él una nota tan oscura de humilde bageza, que á pesar de la dignidad de su ser puede avergonzarse de haber nacido inferior en cierto modo al resto todo de los vivientes. Ni el llanto con que al nacer el hombre dá la primera melancólica señal de que vive, ni la desnudez y la debilidad impotente de sus miembros desarmados, indefensos y casi inútiles, ni el conjunto de miserias y calamidades á que vá á sugetarse dan una idea tan justa de la humana vileza, como la abatida suerte de su espíritu. El bruto mas estólido, el insecto mas vil, la planta mas despreciable comienzan á gozar desde el momento mismo en que nacen de aquella vida que es propia de su ser y de su naturaleza. Pero el hombre, ya sea por la natural dependencia que la alma unida al cuerpo tiene de él para obrar, ya sea por un efecto de la primera culpa, nació privado de aquella noble, racional y espiritual vida que le distingue de los brutos. Mil veces desdichada y digna de llorarse la condicion de la alma en el nacimiento, bastante á confundir nuestro orgullo y nuestra soberbia. ¡Qué un es-

piritu noble semejante á su divino autor en las soberanas facultades de entender y amar se confunda, privado de toda racional accion en la masa tosca y grosera de la carne! ¡Qué no entienda, que no ame, y que aun sin saber de si mismo no sirva por muchos dias de otra cosa sino de animar un cuerpo que apenas parece poco mas que un tronco, ó algo menos que un bruto! Mejor, si, mejor es para el alma del hombre atendida su natural condicion el dia de la muerte en que desatada de las prisiones del cuerpo comienza á vivir una vida todo espiritual que el dia del nacimiento en que careciendo de esta vida no tiene ni aun el triste consuelo de conocer y de sentir su infeliz situacion: *melius est dies mortis die nativitatís*. No sufrió Dios tal oprobio en Maria, ni permitió que la que nació destinada para madre suya, y esposa suya, se hallara aun por un solo instante privada de la noble prerogativa de la razon, ni que ésta, aprisionada con los lazos de la infancia, estuviera vergonzosamente inútil por algun tiempo. Porque el Señor, sin quebrantar las leyes establecidas de la union y dependencia del cuerpo y del espíritu, destinó á esta alma, la mas perfecta de cuantas ha-

bían de salir de sus manos, un cuerpo de estructura tan fina, de partes tan proporcionadas, de órganos tan sutiles y delicados, que, á pesar de su pequeñez, sirviera de instrumento y oficina correspondiente á todas las funciones del espíritu. Quiero decir: nace María y en aquellos mismos momentos en que su tiernecito cuerpo envuelto en humildes pañales se sujeta á los achaques é inacción de la infancia, ya su alma espedita y dotada de superiores luces vuela por los espacios inmensos de los cielos, recorre la vasta estension de la tierra, registra los secretos de la naturaleza, y levantándose á conocer la grandeza de su Hacedor aun no sabe hablar y ya sabe amar y entender la hermosura y bondad de su Dios.

No es esta vana congetura dictada por una indiscreta devocion, sino pensamiento sólido apoyado en la respetable autoridad de doctores sabios y sostenida sobre fundamentos del mayor peso. Cuando no hubiera otro, bastaría para convencernos, que Dios no había de negar á la alma de María el noble privilegio de vivir desde su nacimiento una vida espiritual con el goce anticipado de la razon, y de unas facultades naturales

perfectísimas. Bastara, digo, aquella primicia y excelencia que allá desde la eternidad hizo á Maria objeto digno de las complacencias de un Dios, y fin de todas sus obras. ¿Qué entendimiento tan sublime, qué voluntad tan recta, qué dones, qué sobrenatural hermosura, y qué perfeccion debían ser los de aquella alma, que un artífice infinitamente sabio y poderoso destinaba en su idea para egemplar á que se habia de conformar él mismo en todas las bellas producciones, no digo ya del órden natural, sino aun del de la gracia? Acaso condenaríais de atrevida la expresion, sino la hubierais oido esta mañana pronunciada por el mismo Dios en el lib. de los Proverbios: *Cum eo eram cuncta componens*. Si señores, esta grande alma presente, y como divinamente delineada en la idea del soberano autor desde el principio de los cielos, presenciaba en un verdadero sentido, y concurría á la formacion de cuantas almas grandes habian de señalarse en las virtudes: ó ya haya la mano poderosa de formar collados escelsos de santidad, ó hayan de descubrirse en los oráculos de los profetas abismos profundos de misterios, ó broten del seno de la divinidad en los doctores fuentes perennes de sabiduria, ó se hayan de levantar en los

patriarcas encumbrados montes de esperanza: María es el fin, y en cierto modo la autora y criadora de todo: *Nondum erant abyssi, necdum fontes aquarum eruperant, nondum montes gravi molle constituerant:: cum eo erant cuncta componens.* Como el diestro pintor que habiendo de sacar un retrato para el gabinete de un príncipe forma antes en su espíritu la imagen mas perfecta del original, y dirigiendo éste la mano y el pincel ya dibuja una, y ya otra copia, rompiendo estas, y desechando aquellas hasta sacar alguna que desempeñe toda la idea: así Dios en la serie de los siglos formaba grandes almas, las engrandecía con dones, las enriquecía de prerogativas; pero todas no eran sino un diseño en que se ensayaba la mano omnipotente para la formación de María. Sacaba á luz una Estér benigna y agradable; pero habrá de ser aun mayor la benignidad de María: dibujaba su diestra mano una prudente Abigail; pero no igualaba aun esta prudencia á la de María. Una Judith hermosa; pero habia de ser mas hermosa María. Formaba una Ruth diligente, una Ana religiosa, una valiente Débora; en una palabra formaba eminentes almas en todo género de virtudes; pero no descubriendo en ellas sino un imperfecto bosquejo

y un tosco borron de María, las desechaba todas hasta dar á luz en la alma de esta Señora la copia perfecta y acabada de aquella idea divina. Incomprehensible es, yo lo confieso, á nuestra limitacion esta nobleza, ni cabe en humanos labios explicar como en la infinita distancia que hay del hombre á Dios pudo una pura criatura ser escogida para compañera del divino poder en la creación de las cosas, y como imagen á cuya semejanza se hubieran de conformar sus obras. Pues así como, para perpetuar su gloria, y para dejar á la posteridad un monumento del lustre y de las hazañas que ennoblecen á los grandes héroes, se valen los hombres de ciertos simbolos y geroglíficos que sirven de blason y escudo de armas de sus familias; así Dios en todas las edades quiso levantar un blason y escudo que manifestara en algun modo aquella sobrenatural nobleza de su Madre que jamas podriamos comprender dignamente. ¿Pero qué blason y qué escudo?

Si á mí, señores, se me preguntara qué cosa es este mundo visible, no dudaria decir que todo él no es mas que un escudo ó blason de la nobilísima alma de María. Porque ¿qué astro resplandece en los cielos, qué flor, qué planta, qué arbol

brota, nace y crece en los campos y en las selvas? ¿qué riquezas encierran el mar y la tierra en sus senos y en sus entrañas, qué criatura hay en el universo recomendable por cualquier titulo, que Dios no haya empleado en los libros santos para explicar con ella como con un oportuno simbolo algunas de las perfecciones de María? He dicho poco: para una alma tan noble no eran bastantes geroglificos las obras todas de la naturaleza. La omnipotencia se reservaba, aun quebrantando las comunes leyes, formar con toda clase de prodigios los espresivos símbolos de la nobilissima escelencia de esta grande alma. ¿Y no habreis reflexado con asombro, y pismo de vuestro espiritu que no obraba Dios en los siglos anteriores al nacimiento de María maravilla ó portento que no fuera figura y semejanza de alguno de sus privilegios y prerogativas? Si una dichosa arca nada triunfante sobre las aguas del universal diluvio para conservar las reliquias del mundo, ella anunció á María libre del comun contagio que nace para resatratadora de su linage: si el Egipto se asombra y se asusta á vista de una vara obradora de milagros, esta vara nos pronosticaba á María instrumento de las maravillas del sumo poder: si la arca del tes-

tamento encierra, entre otros sagrados tesoros, el maná prodigioso que llovía del cielo para sustento de los israelitas, ella no era sino una sombra de María que no solo encierra, sino que distribuye el mas sabroso y divino maná. Mas para que me detengo en cosas al par que grandes comunes y sabidas de todos: las milagrosas columnas que guian al pueblo peregrino, la vara que florece repentinamente, el vellocino de Gedeon, el sagrado propiciatorio; todo era un feliz anuncio del venturoso nacimiento de María: *Nativitatem ejus*, dice el Padre San Ambrosio, *magna quedam series atque miranda divinorum signorum praecurrisset.*

Discurrán en hora buena los mayores ingenios elevados y sutiles argumentos para manifestar esta escelencia; invente la elocuencia brillantes imágenes; válgase de comparaciones hermosas; use de las mas vivas figuras que cuando estas parezcan haber tocado en los términos de hipérbolo, siempre quedarán inferiores á la nobleza de aquella alma que no tiene otra medida que el poder de Dios. Yo, señores, de intento he escogido este sencillo rumbo de dárosla á conocer por sombras, y como cubierta con un velo sagrado, sin atreverme aun á tocar ligeramente aquel

tesoro, ni pretender con conatos inútiles daros alguna idea de cual fuese, y cuanta aquella gracia con que la enriqueció Dios en su nacimiento. Pensaba tal vez en acercarme reverentemente á tomar algunas medidas á esta agigantada, inmensurable santidad que hizo todo el fondo de la nobleza de la alma de Maria, y para esto meditando á mis solas lo que habia leído en los padres y doctores solo sirvieron mis conceptos para concluir que el que mas ha entendido de la gracia de Maria solo ha sabido que ignora lo que fué, y cuanta fué. Subia hasta lo mas alto del cielo, y me abatia hasta lo mas profundo del abismo, y oia al gran Padre San Agustin que me decia: que la alteza y profundidad de esta gracia escede á los cielos y al abismo: contemplaba la santidad de los querubines y serafines, y aprendia de los santos padres Efen, Damian y Gregorio que la santidad de Maria se aventajaba á todos los espíritus celestiales: ponía la consideracion en el conjunto de los santos todos, ángeles y hombres, y hallaba que afirman casi uniformes los doctores Marianos que tuvo mas gracia en su nacimiento que cuanta tuvieron, tienen, y tendrán en algun tiempo todos los justos de tierra y cielo. Tomé al fin la regla sin medida del poder

divino y oi á los grandes doctores Tomas y Buenaventura que el omnipotente, que lo puede todo, no puede hacer Madre mayor ni mas santa que Maria. Absorto al meditar estas doctrinas, y fuera de mí por la admiracion á la manera del que observando desde una roca la vasta estension y profundidad del mar que no pudiendo ni medir, ni sondearle, le mira una y muchas veces, y al fin esclama ¡qué vasto, y qué profundo es el oceano! yo desde el abatimiento de mi miseria exclamaba ¡qué grande, qué soberana, qué incomprendible es la nobleza de alma de que Dios dotó á Maria en su nacimiento!

Convendreis ya, señores, conmigo en que esta nobleza que por un puro titulo de herencia convenia á Maria, como madre del mismo Dios, fué el principal distintivo de su nacimiento. Pero tambien debeis confesar que para mayor gloria de su Madre quiso el Señor que ella se debiera en parte á sus méritos, de suerte que no fuera Maria menós grande por la nobleza heredada, que por la adquirida con sus virtudes. Mas qué hago yo sino pasar de un abismo á otro abismo insondable: del abismo de la gracia y los dones de Maria al abismo de sus merecimientos, de lo que Dios obró en su alma á lo que su

alma obró por Dios desde su nacimiento? Y quien no ve que distando tanto las virtudes de Maria de las del resto de los santos, quanto esceden las obras de la madre natural de Dios á las operaciones de los hijos adoptivos del mismo, no hay espresiones ni language de que poder usar para el elogio de aquellas, quando apenas tenemos ideas de las comunes virtudes de los santos. Fé viva de los misterios, sólida esperanza, ardiente amor de Dios, prudencia, fortaleza, pureza, humildad, vigilancia, y todas las virtudes son en Maria de un orden tan superior, de una calidad tan sublime, y sobre eminentes á las de los otros justos, que solo pueden esplicarse con aquella valiente espresion del gran Padre San Gregorio: Maria con sus méritos adquirió una nobleza de tan alto grado, que solo tiene semejanza con aquella grandeza que caracteriza al mismo Dios: *Meritorium verticem usque ad solium deitatis erexit*. Dichoso yo si para gloria de Maria acertara á descifraros lo que encierra este elevado pensamiento, pero si no lo consiguere vuestra instruccion y vuestra piedad suplirá lo que faltare á mi discurso.

Es Dios un ser nobilísimo, infinito que, gozando de cuantas perfecciones se hallan en las criaturas sin mezcla alguna

de imperfeccion, tiene por su propio y distintivo caracter unir en si con admirable enlace aquellas soberanas escelencias y prerogativas, que parecen opuestas ó irreconciliables, ó efectivamente lo son en la limitada participacion de nuestro ser. El es infinitamente justo y severo, no menos que dulce, manso y misericordioso: él lo puede todo, y no puede hacer mal, es el mas antiguo de los dias, y su ser es siempre nuevo: perfectamente libre en sus determinaciones, y firmemente inmóvil en lo que resuelve: está en todo lugar, y ningun lugar le contiene; su independencia es suma, y su comunicabilidad sin limites: su luz es inaccesible, y su claridad brilla por todas partes: es terriblemente magestuoso, y es hermosísimamente amable: es uno, y es todas las cosas. De este océano inmenso de perfecciones salen como pequeños rios las escelencias de los santos que, siendo por la gracia hijos de Dios, y dioses por participacion, tienen en cada una de sus virtudes una semejanza del divino ser. Pero como el limitado seno de nuestro espíritu es muy estrecho vaso para el inmenso caudal de todas las virtudes, como estas en su práctica y egercicio demandan circunstancias diferentes y muchas veces opues-

tas; jamas el hombre llega á poseerlas todas en un grado excelente. Las solicitudes laboriosas de la vida activa de Marta no se conforman con el retiro y dulce abstraccion de la contemplativa de Maria; distan mucho los transportes fogosos del zelo de Elias del suave sufrimiento del manso Moyses; y en el cielo de la iglesia, como enseña divinamente el Apostol Pablo, todos los astros tienen su particular claridad sin que las activas luces del sol gozen del brillo hermoso de las estrellas, ni de los apacibles reflexos de la luna. De aquí es aquella diferencia y semejanza de caracteres que distinguen á unos santos de otros, y á una de las otras gerarquias. Apóstoles, Profetas, Mártires, Virgenes son santos con una limitada santidad de hombres sin que la grandeza de uno abraze á la de todos. A Maria solo se reservaba ser santa como madre de Dios, y tener de tal suerte todas las virtudes, aun las que parecen opuestas, en un grado tan excelente y semejante del modo inefable con que Dios posee todas las perfecciones que se señalan con un caracter el mas semejante á la divinidad: *Mertiorum verticem usque ad solium deitatis exoritur*. Sabiduria universal y sublime con la simplicidad mas sencilla, incontrastable

firmeza de esperanza con toda la vigilancia del temor, viveza, solicitud, ardor y transportes del amor mas impetuoso con la pureza, serenidad y desinterés de la caridad mas sólida, inocencia purísima acompañada de la penitencia mas sangrienta; zelo y dulzura, movimiento y retiro, oracion y accion; unidos los caracteres de patriarca y de profeta, de martir y de ángel, gloria de madres é integridad de virgenes, criatura pura esclava del Señor, y madre de Dios que alimenta á su criador; tierna infanta recién nacida que yace en una cuna, y al mismo tiempo reina de la gloria. Cielos, tierra, ángeles, hombres pasmasos y ayudadme á tributar humildes veneraciones á esta alma á quien no alcanzamos á elogiar. Señores, yo, como si me hubieran transportado á una region desconocida, ni entiendo lo que digo, ni puedo decir lo que confusamente entiendo: no hay en Maria instante sin virtud, no hay en cada instante virtud que no sea suma y eminente, y como en Dios todas las perfecciones son una misma, Maria egercira sin intermision las virtudes todas, que parece que en ella no hay diferencia entre amar y esperar, entre la confianza y el temor, entre la humildad y la magananimidad, entre la quie-

tud del sueño y el desvelo de la vigilia, entre las mas ligeras respiraciones y los mas insignes morecimientos. Y que ¿necesitó Maria para esto el discurso del tiempo, é ir subiendo de grado en grado como los demas santos á la cumbre de la virtud? Crecia si, y crecia por instantes á una agigantada grandeza; pero sus aumentos no conocieron pequenez: desde que nace, nace como cedro que se levanta á las alturas del Libano, como palma fecunda de Cadés, ó como ciprés que hermosea con la frondosidad de sus ramas las frescas espesuras de Sion. Direlo en breve: Maria desde que nace es cuanto os he dicho, y cuanto yo no alcanzo á deciros. ¿Quién hubiera podido registrar aquellos altísimos misterios que en el instante mismo de su nacimiento se obraron en la alma de Maria cubiertos con el velo de su tiernecito pequeño cuerpo! ¡Oh y qué ageno y cuán ignorado estaba el mundo en el venturoso dia 8 de setiembre de que en la oscura y desconocida casa de Joaquin y Ana se manifestaban en aquel mismo dia las dichas primicias de su redencion; y que la pobre cuna de la recién nacida Maria era el hermoso oriente en que rayaba la aurora despues de la horrorosa noche de tantos siglos! Lo ignoraba el mun-

do; pero no se ocultaba al cielo no menos interesado que la tierra en este feliz nacimiento. Descendian en aquel dichoso punto del cielo hasta la humilde recámara de Ana en lucidas numerosas tropas desde los serafines mas excelsos hasta los ángeles mas inferiores, y rodeando reverentemente la cuna, postrados con humildad delante de Maria se preguntaban unos á otros: *¿quæ est ista que progreditur?* ¿Quién es esta niña incomparable que naciendo en cuerpo mortal y terreno con toda la debilidad penosa de la infancia une allá en su alma lo mas heroico del mérito y de la virtud? ¿qué amor el suyo tan puro y tan ardiente ácia Dios que brilla y abraza á manera de un sol en la mitad del dia, qué humildad, qué perfecto sacrificio de todas sus potencias al Altísimo, qué conformidad y obediencia á su voluntad aun en sus mas pequeños movimientos como otra luna sujeta en sus aspectos á las luces del sol? ¿Qué número y qué hermosura de virtudes que resplandecen como otras tantas estrellas del firmamento, ellas parecen un ordenado formidable ejército que llenando de terror á los infernales espíritus los ha puesto en una vergonzosa fuga! Alma que une tan diferentes caracteres, alma en quien se enlaza todo lo

grande de la santidad, alma tan singularmente señalada con el sello de Dios ó es Dios, ó madre del mismo Dios: *Quæ est ista que progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata*. Humildes y desalinadas paredes de la casa de Nazareth: mejor diré, magníficos y ricos muros de la casa de Loreto, digna envidia del mismo cielo, vosotros fuisteis testigos de la solemnidad de los humildes cultos con que toda la corte celestial celebraba el nacimiento de su Reyna. Día verdaderamente grande para el cielo, afortunado para la tierra; pero día de oprobrio, de vergüenza y de confusion para los mundanos. A la verdad si la nobleza de los mayores es ignominia ó infamia para los hijos que la desmienten y obscurecen con la ruin bajeza de sus acciones; la nobleza de Maria en su nacimiento es un padron vergonzoso de eterna deshonra para la mayor parte de los cristianos. Porque ¿de qué sirve lisonjearnos con el titulo de hijos de Maria, y que la invoquen nuestros labios con el dulce nombre de madre, cuando vivimos de manera que o nos avergonzamos de ser sus hijos, ó damos á entender que nos pesa que ella sea nuestra madre? Na-

ce Maria en una cuna pobre y despreciable, destinada á una vida oscura cuya serie es un tejido de abatimientos, de pobreza, de crueles mortificaciones y de amargos dolores. Si este destino es glorioso, si es el objeto de nuestros cultos y veneraciones, si la madre del gran Dios no tuvo otro sobre la tierra ¿qué significa este continuo anhelar por las riquezas, esa vida regalada y placentera en que hemos colocado nuestra felicidad? O imaginamos impiamente que Dios se portó como cruel hijo con su madre, ó temerariamente discurrimos que Dios ha abierto para nosotros un nuevo camino para el cielo. Diversiones mundanas en que no se respira sino un ayre contagioso de disolucion, en que no agradan sino los incentivos de la torpeza, profanidad, lascivia de nuestros usos, orgullo y soberbia, vanidad de los nobles del siglo: Maria os condena desde sus cunas; y por mas que nosotros queramos concordar la severa religion de Jesucristo con la delicadeza de nuestras pasiones, el nacimiento de Maria (tiemblo al decirlo ¿pero como podré callarlo)? el nacimiento de Maria es un funesto pronóstico de nuestra eterna condenacion.

Si yo no temiera, vírgenes religiosas,

perturbar vuestros sólidos regocijos con mis tristes y melancólicas amenazas, vuestra profesion y amor á Maria seria ahora la materia mas propia para dar á conocer que no puede consolarse con el título de hijo de esta Señora, quien no procura imitar la vida que practicó desde sus primeras respiraciones: gloriosas vosotras en el Señor que renunciando la engañosa felicidad del siglo, aspirais con las mortificaciones y asperezas de la religion á adquirir aquella nobleza de alma que caracterizó á Maria en su natiuidad. Gloriosas de que señaladas con el renombre de la Encarnacion del hijo de Dios le desempeñais celebrando el nacimiento de la que debió á ser su Madre toda su grandeza.

Y vos, señora, que comenzais hoy el mas heroico sacrificio, y que de un solo golpe vais á cortar los amables vinculos de la sangre, los dulces atractivos del placer, y las risueñas esperanzas de la fortuna no podiais haber escogido mas propio para morir al siglo que el dia en que hacemos recuerdo de que Maria nace al mundo. Cruces os esperan en esa region de virtud, penosas y crueles sendas sembradas de agudas espinas en que vereis estampadas y aun frescas las sangrientas huellas de las que os precedieron. Vuestra he-

rencia ha de ser la pobreza, vuestros placeres el retiro y la mortificacion, vuestra vida una abnegacion tan perfecta de vos misma que sujetando á arbitrio ageoño vuestro entendimiento y vuestra voluntad ya no sois dueña ni de vuestra propia alma. Pero aliento: que si esa es la suerte de las esposas de Jesucristo, este fué tambien el destino de su verdadera natural Madre: aliento, vuelvo á decir, que esa pobreza, esa mortificacion y ese retiro son el verdadero vinculo de aquella nobleza del alma que ella sola encierra los gozos mas puros, la mas segura libertad, y una riqueza que no se acaba. Ofreced, pues, al Señor y á su Madre, unidas con vuestro generoso sacrificio, las oraciones humildes con que celebramos el nacimiento que anuncia al mundo el mayor gozo; presentadle vos con vuestras castas manos nuestros homenajes y nuestros tributos á la que naciendo reyna de cielos y tierra, destinada para madre de Dios y de los hombres, es nuestra vida y nuestra esperanza, nuestro dulce refugio y nuestra poderosa intercesora para alcanzar la gloria.

## SERMON

DE LA ASUNCION

## DE MARÍA SANTÍSIMA.

Predicado en la catedral  
de Méjico.*Maria optimam partem elegit.* Luc. c. 10.

No podía darnos la iglesia santa una idea ni mas sucinta, ni mas elevada del grande misterio de este dia que la que encierra la cláusula que habéis oido del santo evangelio en la que Jesucristo canonizó la conducta de Magdalena, y que la misma iglesia aplica al glorioso triunfo de la madre de Dios. Mientras que Marta activa y solícita se ocupaba en los ministerios del hospedage de Jesucristo, María sentada á los pies del Señor en el silencio de una aparente inacción merece oír de la boca del divino huésped el elogio de que supo elegir un partido, no solo ventajoso, sino óptimo: *Maria optimam partem elegit.* Elogio verdaderamente magnífico que

si esplica las ventajas de la vida contemplativa de Magdalena sobre la activa de su hermana Marta, se pudo justamente aplicar para dar á entender el incomparable exceso de los méritos y de la gloria que María Santísima adquirió sobre el resto todo de los santos en una vida oscura pasada en el centro de la humillacion y del dolor, y privada de los honores que se debian á su alta dignidad. Si el impio Bucero hubiera buscado el misterioso sentido de esta cláusula en la doctrina de los padres: si él y los demas ignorantes al par que atrevidos discípulos de Lutero hubieran oido antes la voz sensible de la tradicion y de la iglesia que el fantasma de aquella misteriosa voz con que hablan la incredulidad y la soberbia; ni hubieran despreciado esta solemnidad, ni censurarian como violenta la aplicacion que hizo á ella la iglesia del presente evangelio. Pero, sin detenernos ahora en rebatir unos delirios indignos aun de la memoria, unamos nuestro espíritu al de la iglesia para contemplar y aplaudir la *optima parte* que escogió en este dia la augusta Madre del Señor.

Su santa muerte y su imponderable gloria fueron desde los primeros siglos del cristianismo los objetos de una solemnidad,

que los fieles apellidaban con los nombres del sueño, del tránsito, de la Asuncion y de la coronacion de Maria. Mas no imaginéis que yo en esta mañana pretenda sondear aquel abismo profundo de felicidad, ni entrar á registrar aquel santuario de gloria á donde solo puede penetrar el Altísimo. Porque ¿qué podría discurrir aun el entendimiento mas elevado en un punto que pareció al glorioso Bernardo tan superior á toda comprehension, que le obligó á esclamar: ¿Quién podría entender la generacion de un Dios hombre, ni la Asuncion de su madre Maria! Por tanto yo he pensado valarme del ingenioso arbitrio que usan los pintores que, no pudiendo trasladar al lienzo ni la distancia, ni los tamaños de un grande edificio, se sirven de unas oscuras sombras y de tales lejos que con una artificiosa apariencia nos presentan los objetos abultados y distantes: pienso, digo, representaros la inmensa gloria de Maria por entre las sombras de su muerte. Quiero decir, que el mayor argumento de la *optima* muerte que escogió Maria en la vida unitiva, es la *optima* parte que eligió en su temporal muerte. La muerte, señores, ese formidable término de nuestro ser y miseria humana en lo natural: la muerte, triste reliquia del

pecado, y monumento infame de nuestra primera desdicha, fue para Maria, no solo por ser tránsito á la gloria, sino aun considerada en sí misma, una *optima* suerte. Sujetóse heroicamente la Madre de Dios á morir como los infelices hijos de Adán y esta eleccion hizo que fuera en ella una *optima* parte de su grandeza la que en los demas hombres es pésima y última suerte de su miseria: *Maria optimam partem elegit*. Esto es lo que pretendo demostraros para que de aqui podais colegir la excelencia de su *optima* gloria. Virgen immaculada, si yo por un camino al parecer extraño pretendo elogiar vuestra Asuncion gloriosa, sé muy bien que ningun elogio es exorbitante cuando sobre las huellas de la iglesia se emprenden nuevos rumbos para descubrir vuestros privilegios, que no tienen otra medida que la sabiduria y el poder del que os ama como que es vuestro hijo y vuestro Dios. Dirigid, pues, Señora un discurso consagrado á la grandora de aquellos últimos instantes en que consumasteis la gracia de que estuvisteis llena desde el primero de vuestro purísimo ser. Así os lo pido humildemente saludándoos con el arcángel. AVE MARIA.

Todo hombre muere, y muere por una triste pero inevitable necesidad de su

fragil naturaleza. El mismo vil polvo que cubre la fresada y el grosero sayal consume los cetros y las púrpuras siendo la nada, á que en cada instante nos precipitamos, una funesta consecuencia de la limitacion de nuestro ser. Soberanos, árbitros de la suerte de los pueblos, príncipes poderosos, políticos diestros, deidades del siglo morireis como los demas hombres: y el polvo, la corrupcion, la nada, que necesariamente sereis en algun tiempo, es el argumento mas sensible de lo poco que desde ahora sois. ¿Luego aquella incomparable muger, luego aquella sacrosanta Virgen que aunque debió á la tierra su origen fue exaltada á un órden divino y á una infinita dignidad estaria exenta de la muerte? El padre S. Epifanio con otros antiguos doctores sin dar una respuesta positiva á esta pregunta explicaron claramente su incertidumbre no atreviéndose á decidir si Maria habia muerto, ó si habia vivido una vida inmortal. Y aunque esta duda no debe debilitar la firme universal creencia con que apoyados en la tradicion confesamos que Maria Santisima murió; despues de todo prueba que en concepto de aquellos padres no se acordaban las ideas de madre de un Dios infinito con la baxeza de la muerte. Mas como (esclama absorto el

P. S. Juan Damasceno en una de sus eloquentes oraciones sobre este misterio) ¿cómo pudo sujetarse á la muerte la que dió á luz la verdadera vida de todos? ¿cómo aquel animado incorruptible cielo puó padecer un mortal eclipse, anegarse en el comun diluvio la mejor arca, y experimentar la mayor miseria de la naturaleza aquella para cuyo honor se quebrantaron sus mas comunes leyes? *Ex qua enim omnibus vita manavit ¿quomodo illa mortem gustaret?* La solucion que el mismo devoto santo Padre dió á esta dificultad es el fondo todo de mi discurso. Maria aunque digna por la prerogativa de madre de Dios del privilegio de la inmortalidad, se sujetó voluntariamente á la ley de la muerte, y á semejanza de Jesucristo eligió morir como aquel Señor que, siendo inmortal por su naturaleza, murió solamente porque quiso: *Sed cedit legi late ab eo quem genuit; nam et ejus filius qui vita ipsa est eam non recusavit.* Y veis aquí el primer escelente titulo por donde se califica de optima la muerte de Maria aun considerada en sí misma. Morir por necesidad es en lo natural el último término de la miseria; morir por eleccion es el mas alto grado de la heroicidad y la virtud. Cuando yo considero el empeño con

que los hombres á toda costa y sin perdonar arbitrio alguno han procurado que vivan inmortales en la memoria de la posteridad los que han muerto gloriosamente por la patria; cuando contemplo que el mismo Dios señala por la última prueba del amor de sus fieles amadores el sacrificio de su vida: no puedo menos que reflexionar conmigo mismo ¿y qué es en suma lo que hicieron aquellas almas grandes y estos heroes de la religion? nada mas que dar una vida que necesariamente habian de perder; anticipar sus terminos por algunos dias y estos inciertos, y, en una palabra, sacrificar la esperanza dudosa de vivir algun breve tiempo. Y si este sacrificio merece justamente el elogio del mas árduo y heroico en el concepto de los hombres, y en el aprecio del mismo Dios, ¿qué nombre daríamos á la resolucion de quien teniendo en su arbitrio el goze de la inmortalidad se sujetara á perder una vida, no ya percedera é incierta, sino estable y segura?

Sacrificio imponderable, prueba de la santidad mas elevada que despues del hijo de Dios se reservaba á su santissima Madre. Mortal por la condicion de su naturaleza podia gozar escepciones sobre la muerte por la dignidad infinita de Madre

de un Dios inmortal; pero prefirió á este illustre privilegio la humilde semejanza de su hijo. La muerte, que con pesada planta igualmente pisa y derriba las firmes torres de los palacios reales que los débiles techos de las chozas humildes, tímida y llena de respeto se detuvo á los umbrales de la habitacion de Maria, y (permitidme usar de la valiente y noble expresion del Damasceno) huyó acobardada de la preseneia de una muger, que con la magnanimidad mas noble la busca, la solicita y se abraza con ella: *Ip-sius enim aspectum mors quoque pertimuit: ac sine metu ad eam illa accedit que ipsius profligatorem pepererat.* En electo, señores, con una resolucion no menos heroica que humilde eligió morir la que es fuente de toda vida; pero de un modo tan singular que le fué la muerte mas gloriosa que la misma inmortalidad.

En toda clase de vivientes es la muerte un desorden de la disposicion de las partes, ó una alteracion de los humores que corrompe la deleznable fábrica de sus cuerpos. Por eso decía el santo apóstol de las gentes: yo cada dia muero; porque en cada instante se gastan y consumen con el uso mismo de vivir los instrumentos de la vida. Ni es esta otra cosa, como se

lamentaba el Padre San Gregorio, que una continuada y prolija muerte: *Ipsæ enim quotidianus defectus corruptionis: et quid est aliud quam quedam prolixitas mortis?* Pero si quereis concebir qual fué la muerte de Maria, apartad de vuestra imaginacion todas esas ideas de espanto y de horror que estan como vinculadas al nombre de muerte. La adorable Madre de Dios no muere (enseñan San Bernardo y el gran Alberto), ni á la violencia del dolor, ni por la corrupcion del cuerpo; muere sí por el excelente ejercicio de la alma, por la vehemencia del amor. Seria necesario, señores, que en mi lugar os hablara un serafin sabio en el idioma del amor, y que conduciéndoos al lugar venturoso en que Maria duerme tranquilamente el sueño del Señor os diera á entender este nuevo género de muerte, este transporte amoroso que, sin alterar ni cotromper el cuerpo, rompe los lazos con que estaba unido el espíritu. Un amor ardiente, tierno, sólido, purísimo, perfecto desde el instante primero de su Concepcion, aumentado con indecibles ventajas en cada uno de los momentos de setenta y mas años de vida arrebatada violentamente aquel abrasado espíritu á su Dios, é imprimiéndole un dulce, pero impetuoso y rápido movimien-

to ácia el cielo le arranca por último de su terrena habitacion. Dulcísimos amorosos deliquios, transportes violentos, éxtasis y ardores divinos que tal vez levantasteis á pesar de su natural gravedad los cuerpos de las personas santas por los aires; que los habeis consumido, y hecho caer en mortales desmayos; por mas que esciteis nuestras admiraciones, no podeis ser ni aun sombra imperfecta del amor de Maria: de aquel amor que si en otras circunstancias se asemejaba, en estas es con verdad la misma muerte: *fortis est ut mors dilectio*. Perdonadme, señores, que yo no me empeñe en explicar lo que no entiendo, ni es capaz de entender alguna creada inteligencia; pero inferid de aquí que, quando todos los demas mueren por la miserable corrupcion de un cuerpo que se acaba, Maria Santísima muere por la escelerencia de su amante espíritu. ¿Y habrá quien estrañe que el elocuente Damasceno estudiado nombres para explicar este divino tránsito sin atreverse á llamarle muerte, al fin inventé unos epitetos que en su misma contradiccion dan bien á entender la inefable dignidad de su objeto? Muere Maria (dice este Padre transportado en la contemplacion de tan gran misterio) si acaso puede darse este nombre á un aca-

bamiento vital. Muere y no sé cómo me atreva á decir que este tesoro de la vida se encubre con una nueva muerte, que la ánima y la vivifica. Llámese en hora buena muerte, pero muerte que no indujo la necesidad sino la elección; muerte que es una consecuencia, no de la miseria del cuerpo corruptible, sino de la escelencia de una alma purísima: muerte mas gloriosa que la inmortalidad misma cuanto es mayor gloria ceder heroicamente que usar de un extraordinario privilegio. En una palabra muerte que merece llamarse la optima parte de Maria: *Maria optimam partem elegit.*

Asi parece que debiera concluirse, atendidas todas las calidades que eximien el tránsito de la Virgen santa de la común miseria, á no hallarse en la muerte cierta nota de infamia verdaderamente indeleble. El hombre (se dice en un hermoso pasage de San Gregorio) fué dotado en el principio de los tiempos por su Criador de una vida tan imperturbable y constante que en la mudanza de los siglos ni el mudará, ni se avencindará al fin de sus días. Pero luego que por su desobediencia perdió la original justicia, perdió con ella el dote de su inmortalidad, que á no haber sido infiel hubiera pasado á sus

descendientes. No es la muerte hechura de aquella mano toda amorosa; sino una pena vinculada á la culpa, y como el primero tristísimo efecto del pecado que abrió la puerta á este monstruo horrible: *In quantumque die contederis ex eo morte morieris: per peccatum mors.* Verdad es esta tan irrefragable y universal que si el Unigénito del Padre Dios quiso sujetarse á morir, lo hizo en calidad de fiador nuestro cargando sobre sí nuestras culpas, y dignándose llevar la semejanza de pecador: *qui peccatum non noverat pro nobis peccatum fecit.* ¿Y qué aquel Dios amantísimo que para libertar á su Madre de la culpa comun establece para ella sola un nuevo orden de providencia: que para eximirle de la pena que impuso por el pecado á la muger primera de parir á costa de dolores deroga las leyes de la naturaleza, que no permite en ella ni aun ligera sombra de delito, sufrirá que lleve sobre sí la nota de la infamia del linage de Adan y la marca de pecador? Nada menos, señores; porque (¡ó designios admirables de un Dios empeñado en honrar á su Madre!) por un rumbo enteramente contrario la muerte que infama á los hijos todos de Adan, ennoblece á Maria, siendo en ella un relevante mérito lo que para nosotros es un

justo castigo. Bien sabéis que en comun sentir de los padres y doctores de la iglesia en la obra de la redencion manifestó Dios de un modo extraordinario su sabiduria, valiéndose para exaltar y redimir á nuestra naturaleza de unos instrumentos semejantes á los que habian concurrido á nuestra pérdida. Por una muger empezé nuestra ruina, y en otra tuvo principio nuestra exaltacion; un hombre introdujo el pecado y la muerte, y otro hombre abrió las puertas á la gracia y la vida. En un árbol encontramos el mortal veneno, y en otro árbol hallamos el saludable antidoto. Con el mismo adorable designio nuestro amoroso padre Dios al ver infamado el humano linage con el vil reato de la mortalidad, no contento con haber triunfado de la muerte con la muerte de su unigénito, quiso que una pura criatura (para confusion de Lucifer y para gloria suya) lavara muriendo aquel universal borron.

A la verdad, señores, si cabe consuelo en la suma infelicidad, yo he llegado á pensar que el demonio quando vió malogrados con la redencion los frutos de aquella funesta victoria que logró en el paraíso, se consolaba, lisongeando su orgullo, al considerar que aun libres los

hombres y redimidos de la culpa, eran esclavos de la muerte. A la manera de aquellos generales que, volviendo rechazados de una plaza que no pudieron rendir á sus armas, se satisfacen con talar todos los campos, destruir los ganados é incendiar los lugares vecinos dejando en ellos unas tristes reliquias de su furor; así el demonio se consolaba desvanecido al ver que, aun despues de destruido su imperio, quedaba el mundo reducido y sujeto al polvo por el primer pecado. Correria los siglos todos, y dando vuelta á la tierra y fijando los ojos, no ya en los soberbios sepulcros de hombres pecadores, sino en los adorables de los mayores santos hallaria en cada uno levantado un padron infame para perpetua memoria de nuestra primera esclavitud, y escrito en él con el mismo polvo el melancólico epigrafe: *per percatum mors*. Como si digera: este polvo, esta corrupcion ha de ser hasta el fin un trofeo de mi antigua victoria. Mas ó y como se llenaria de un mortal despecho, confundido y avergonzado, quando acercándose al sepulcro de Maria ve una muger muerta, no por la culpa sino por el imponderable mérito de su voluntaria sujecion: una hija de Adan que acaba sus dias, no por el reato de la desobediencia

del padre comun, sino por imitar la obediencia de su hijo Dios, cuando ve una muerte, no ya padron infame, sino glorioso monumento en donde en lugar de aquella sentencia *per peccatum mors*, está escrito con letras de oro el epiteto con que ensalza S. Juan Damasceno la muerte de Maria: *Fons resurrectionis*. Fuente pura de resurreccion. O qué antitesis este de tan grande gloria para Dios, tan honroso para Maria y tan triste para Lucifer! La muerte, que no tuvo otra puerta para entrar al mundo que la melancólica de la culpa, entra ahora festiva y alegre por la de la gracia y del mérito: el instrumento de nuestra deshonra se ha convertido en materia de honor, y (no me atreviera á proferirlo sino autorizado de un grande padre) no solo se ennoblece Maria muriendo, sino que honra y glorifica á la misma muerte: *Mors que execrationi et odio olim erat, commendatur et Beata predicatur*. Ya no es mucho que siendo la muerte para todos los hombres castigo de la culpa, fuese respecto de Maria una excelente gloria la recompensa de haber elegido una muerte optima: *Maria optimam partem elegit*. ¿Pero qué gloria? Esto es, señores, lo que os protestaba desde el principio que debía celebrarse mas

que con las palabras con respetuoso silencio.

Yo bien sé que si para describiros el glorioso triunfo con que Maria sube á los cielos me valiera de los asuntos en que puede el orador cristiano dejarse arrebatar de un entusiasmo poético; y aun cuando estendiera el discurso por la vasta esfera de lo posible, hallaria sólido apoyo en la Escritura y en los padres. Si para pintaros la hermosa ostentacion con que hoy triunfa la Madre de Dios fuera á buscar agradables semejanzas en los albores de la aurora, en los apacibles reflejos de la luna ó en los resplandores de todo un sol; no haria mas que hablar el mismo language con que se esplicaban los ángeles absortos y fuera de sí en este dia. *¿Que est ista que progreditur quasi aurora consurgens pulchra ut luna electa ut sol?* Si os pusiera á la vista un lucido ejército formado de todos los diferentes escuadrones de ángeles, de virgenes, de mártires y de cuantos habitan la venturosa Jerusalem ricamente adornados, ceñidos de inmarcesibles inmortales laureles, ostentando en sus manos las hermosas insignias de sus distintos órdenes; si despues de esta illustre tropa os representara un triunfal carro formado no de vistosas nubes, sino de los

mas encumbrados espíritus, de profetas iluminados, de los fidelísimos patriarcas, de los celosos apóstoles, de invictos mártires, de vírgenes puras, de los santos todos sirviendo de escabel á la Madre de Dios, que con la magestad mas dulce sube sostenida en la diestra de su divino hijo Dios; no sería esto sino traducir fielmente las preguntas que estáticos los ángeles se hacian unos á otros: *¿Que est ista, que ascendit de deserto iuvixa super dilectum suum?* Yo os podría decir con San Pedro Damiano que la pompa de esta asuacion fué mayor (prescindiendo de la divinidad) que la de la Ascension del Señor. Y por último si subiera con la consideracion hasta el mismo Empíreo, allá donde María á vista de toda la corte celestial con un comercio intimo é inesplicable trasformada en Dios y en cierto modo divinizada, entra en un inagotable océano de gloria, no dudaría decir, con el grande Agustin, que levantada hasta el trono de Dios ocupa un lugar tan inmediato á él que parece como el mismo: *Non enim fas est alibi te esse quam ubi est, qui á te genitus est.* Pero todas estas expresiones serian mas que conatos inútiles de quien,

queriendo registrar con débiles ojos el brillo de una luz infinita, mientras mas se esfuerza para ver tanto mas se ciega?

Convenid pues, señores, en que no sin grave fundamento he prometido yo en esta mañana que solo entrevais la gloria de María, valiéndoos del velo y las sombras de su óptima muerte. Porque, ¿cuál será la vida inmortal de aquella Virgen cuya muerte temporal fué tan gloriosa? Si lo que es para todos la mayor miseria en lo natural y una nota de infamia, fué un golpe de heroicidad inesplicable y efecto de la excelencia de su alma, ¿qué será respecto de esta misma Señora la suerte que es en los demas suma felicidad? Digámoslo en breve: si la parte pésima de nuestra vida fué óptima en María: *Maria optimam partem elegit*: la que es óptima para todos no tiene cuando se habla de la reyna del cielo en idioma usado nombre superlativo con que explicarse. Yo para reducirlo todo á una cláusula, no hallo mas que aplicarle á la madre Virgen la soberana doctrina con que predicaba el Apóstol de las gentes la gloria de su hijo Jesucristo: *factus est obediens usque ad mortem*

*propter quod Deus exaltavit illum et dedit illi nomen quod est super omne nomen.* María escogió por una obediencia voluntaria la muerte, y por eso fué exaltada á una óptima gloria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

## SERMON

### DE SAN MIGUEL,

Predicado en el convento de religiosas de la Encarnacion de Méjico.

*Angeli eorum semper vident faciem Patris mei qui in Caelis est. Matthæi cap. 18. v. 10.*

No es la condicion de los infelices hijos de Adan, sugetos á sufrir un penoso destierro léjos de la celestial patria, tan miserable y dura que en el tiempo mismo de su triste peregrinacion no mantenga un comercio intimo con el cielo. El Señor que por un efecto de su infinito amor los crió para que le gozaran en aquella mansion de delicias, quiso en fuerza del mismo amor que los soberanos espíritus, que habian de ser algun dia sus compañeros en el cielo, fueran desde la tierra sus fieles custodios y sus tutores. Admirémos con razon la correspondencia y armonía que el Supremo Hacedor estableció entre la tierra y el

*propter quod Deus exaltavit illum et dedit illi nomen quod est super omne nomen.* María escogió por una obediencia voluntaria la muerte, y por eso fué exaltada á una óptima gloria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## SERMON

### DE SAN MIGUEL,

Predicado en el convento de religiosas de la Encarnacion de Méjico.

*Angeli eorum semper vident faciem Patris mei qui in Caelis est. Matthæi cap. 18. v. 10.*

No es la condicion de los infelices hijos de Adan, sugetos á sufrir un penoso destierro léjos de la celestial patria, tan miserable y dura que en el tiempo mismo de su triste peregrinacion no mantenga un comercio intimo con el cielo. El Señor que por un efecto de su infinito amor los crió para que le gozaran en aquella mansion de delicias, quiso en fuerza del mismo amor que los soberanos espíritus, que habian de ser algun dia sus compañeros en el cielo, fueran desde la tierra sus fieles custodios y sus tutores. Admirémos con razon la correspondencia y armonía que el Supremo Hacedor estableció entre la tierra y el

cielo, sin que la impidan ó la alteren la casi infinita distancia que hay entre algunos de sus cuerpos, ni su diferente naturaleza, ni la grande desproporcion y semejanza que se observa entre ellos. Unos de los cuerpos celestes con sus influjos, otros con sus luces se comunican con la tierra correspondiendo á los varios movimientos, aspectos y situaciones de los planetas la alternativa de dias y noches, la mutacion de las estaciones y muchos fenómenos del mundo terrestre. ¡Pero quanto mas nos debe admirar que unas puras inteligencias sin mezcla de materia, que los inmortales moradores de la Santa Sion, cortesanos del Empíreo, empleados felizmente en ver, en amar, en tributar dulces cánticos de alabanza al Santo de los Santos, mantengan un trato, un comercio el mas familiar é intimo con hombres compuestos de fragil barro, cautivos entre las cadenas de Babilonia que peregrinan por un valle de lágrimas ocupados en llorar y sugetos á las mayores miserias: *Angeli eorum semper vident faciem Patris mei*. Los príncipes del cielo cuidan á los hombres de la tierra, les asisten dia y noche y en calidad de criados los llevan sobre las palmas de sus puras manos. ¡Qué ve-

neracion tan profunda y humildad (escalma aquí atónito San Bernardo)! Que agradecimiento y que amor no corresponde en nosotros á aquellos espíritus tan elevados por su ser y tan bienhechores por sus oficios! Mas si tanto exigen de los hombres la dignidad y beneñencia del comun de los ángeles ¿hasta qué grado no llegará esta deuda para con el mayor de todos en la nobleza de su ser, y superior á los demas en beneficiarles? Estos dos títulos, fundamentos de nuestra sólida amorosa devocion al gloriosísimo arcángel Miguel, son tambien la principal materia de su justa alabanza. Pero habiendo de medirse la veneracion y amor que debemos á este amable Príncipe por su dignidad y por sus dones ¿qué ingenio humano por elocuente y sábio que sea podrá explicar jamas las virtudes y escelsos destinos de Miguel respecto de Dios y del hombre, para colegir de ellos su dignidad y sus beneficios? Los demas ángeles (decia el grande Apóstol de las gentes) son ministros que el Señor destina, ya para guarda de los hombres, ya para una ú otra particular empresa dirigida en los eternos consejos para la salvacion de los mortales: *Omnes sunt administratores in ministerium missi propter*

*eos qui hereditatem capiunt salutis.* Miguel fue escogido para custodio del mismo Dios, y ministro protector de su mayor obra, que es la glorificación de los hombres. Dos destinos los mas altos que os han de dar á conocer la escelsa dignidad de Miguel para venerarle, y la grandeza de sus beneficios para amarle.

Yo me prometiera daros en esta mañana una noble idea de este arcángel supremo si el caudal de mis luces fuera igual al tierno afecto que profeso á los ángeles santos, y á Miguel entre todos como su Príncipe y su jefe; pero á pesar de mi ignorancia confío que me sostendrá é ilustrará para promover un asunto tan de su agrado la Reyna Purísima de los ángeles María Madre de Dios. Ayudadme á pedirselo saludándola llena de gracia. AVE MARIA.

Para daros alguna idea de las excelentes virtudes de Miguel, no será extraño que yo me valga de las brillantes imágenes con las cuales se nos describe en los libros santos, bajo la alegoría de una batalla, el triunfo de la gloria de Dios que alcanzó este arcángel supremo. Acababan de salir, antes que las demas criaturas, de las manos omnipotentes de su Hacedor las inteligencias angélicas, en quie-

nes como en su obra primera habia depositado con singular esmero los últimos primores de la naturaleza y la gracia. Todas cuantas luces resplandecen en nuestro cielo material; cuantas perlas y piedras preciosas, cuanto producen de singular y raro el mar y la tierra no pueden ser figura aun tosca de aquellos espíritus puros por su condicion, inmortales, sábios, poderosos y adornados por beneficio de la gracia de cuantas virtudes y dones correspondian á los que iban á ser en breve cortesanos de Dios y sus compañeros en la gloria; pero apenas contaban dos momentos de vida cuando discordes los ánimos se trabó entre ellos una grande y peligrosa batalla: *factum est praelium magnum in caelo.* Batalla verdaderamente grande por el lugar que les sirvió de campo, por la calidad y poder de los combatientes y por los intereses que en ella se habian de decidir. Luzbel, espíritu hermosísimo y perfectísimo, seguido de otros innumerables ángeles sus partidarios, haciendo al cielo teatro de su sacrilego atentado concibió el soberbio desigño de ser semejante á Dios y subir á sentarse sobre su trono. No es fácil, señores, concebir y menos explicar cómo unas inteligencias tan sábias pudieran aspirar á un

término que sabian bien serles imposibles pero ya sea que pretendieran una primacía de dominio sobre las otras criaturas inferiores, ó que apetecieran los honores que solo se deben á la divinidad, ó que engreídos con su escelencia y hermosura les pesara no poder ser aquello mismo, en que desordenadamente se complacian; lo cierto es que queriendo ser semejantes á Dios, rebeldes á su Señor pretendieron sediciosamente atraer á su partido á toda la república de los ángeles. ¡ Ingratitud la mas negra é infame! ¡ sedicion la mas injuriosa á la gloria de un Dios, de un Criador y de un Padre! ¿Hacer teatro de su rebelion el palacio y corte del soberano? ¿Qué casi el primer egercicio de su voluntad libre y racional sea la infidelidad mas brutal? ¿servirse de sus mismos dones como de armas, para negarle el vasallage? ¿desear quitarle, si fuera posible, de las sienas la corona al mismo que los acaba de criar para herederos y principes de su reyno? ¿pretender que en todo él no quede un solo vasallo que le alabe, que le obedezca y reconozca como á Señor? ¿Dios poderoso y fuerte! para destruir á estos atrevidos, y volver por el honor de tu gloria bastaria una sola ojeada, ó un leve soplo de tu indignacion; pero cuando te

valiste para tu gloriosa defensa, y para mayor oprobrio de Luzbel de una criatura de su misma naturaleza! ¡cuán grande! ¡cuán hermosa! ¡cuán escelente debió ser esta!

Asi fué, señores, para confundir el orgullo de un ángel envanecido con su perfeccion nada era mas á propósito que otro ángel, que adornado de la misma ó de mayor hermosura se humillara hasta lo profundo, y le hiciera ver que los mas grandes dones y gracias son materia no de una gloria vana, sino de los sentimientos mas humildes. Bastaria esto cuando no tuvieramos otros testimonios decisivos para persuadirnos á que Miguel, escogido de Dios para hacer frente á los ambiciosos designios de los rebeldes, fué el mas perfecto y el mas hermoso de todos los ángeles: *Michael unus de principibus primis.* ¿Mas de qué armas se valió para una empresa tan importante, y qué fué lo que hizo para defender y exaltar la gloria de Dios tanto, quanto Luzbel procuraba obscurecerla y deprimirla? ¿De qué otras podia ser sino de aquellas con que únicamente puede la criatura engrandecer á su señor? reconocer su pequeñez, protestar la grandeza de su Criador, y manifestar con una humilde contraposicion de ambas

cuánta es la soberanía y suprema perfección de aquel Dios en cuya comparación son vilísima nada las mas puras inteligencias. Armado de esta fé el entendimiento claro de Miguel, fortalecida su voluntad de los sentimientos mas humildes dirigiéndose á la tropa de los rebeldes, y al partido de los ángeles leales para abatir á aquellos, y confirmar á estos, en aquel lenguaje espiritual que les es propio, les dijo á los primeros: ¿qué locura, ingratisimos é infelices compañeros, os ha hecho concebir una idea sacrilega tan agena de vuestro ser, como injuriosa al de nuestro Dios? ¡Serle semejantes y aspirar á su trono! ¿Pues qué? ¿esa pura naturaleza de que os precias, esa hermosura, esos dones, tantas virtudes y gracias que os han adornado no os estan señalando la mano que os los dió? ¿no son el vínculo de vuestra dependencia, una marca de vuestra deuda y un sello del divino dominio impreso en vuestro mismo ser, que os enseña que nadie puede ser como Dios? *¿Quis ut Deus?* Ahora tres instantes toda esa hermosura era menos que la tierra y el cielo; nada eráis, y ¿queréis compararos al Dios de las eternidades, principio sin principio, fin sin término, que es lo que siempre fué, que será eternamente lo que es, y que exig-

tiendo en todos tiempos sin mudanza es solo el que es? *¿Quis ut Deus?* Si os evanescen vuestra sabiduria, rastread si podeis los secretos aun de los ángeles inferiores, mientras que este Dios sabio conociendo lo que es, como lo que no tiene ser, registrando sin fatiga la infinita esfera de lo posible tiene presente á sus ojos nuestros mas reservados arcanos. Si os gloriais del poder que os ha concedido ¿cuán escaso es y cuán limitado? volved la consideracion á esa vasta máquina de cielos y tierra que dentro de poco tiempo va á salir de sus divinas manos. Los astros, las aguas, todas las varias especies de los reinos mineral, vegetal, animal; el hombre mismo no le costará mas que decir hágase. Criad si podeis vosotros el insecto mas despreciable, la flor mas pequeña. El si quiere criará en solo un punto gerarquias infinitas de especies mas nobles que nosotros: ¿y queréis ser como Dios? *¿Quis ut Deus?* y ¿apeteceis su semejanza con el sacrilego pesar de no poder arribar á ella? Yo por el contrario, Dios mio, mi sumo bien, solo quisiera ser mas infinitamente de lo que soy por servir á vuestra gloria, por tener mas títulos que me obligaran al agradecimiento, y para protestar humildemente que cuan grande

fuese, nada era comparado con vos: *¿Quis ut Deus?*

Este momentáneo discurso del humilde arcángel que, á manera de un rayo que con su estruendo y voracidad pasma, entorpece y reduce á cenizas á los que hierre, hizo que atónitos y vergonzosamente confundidos los ingratos ángeles se precipitaran á las horribidas cárceles en donde gimen y gemirán para siempre; fué donde gimen y gemirán para siempre; fué por el contrario para los ángeles fieles como una luz apacible y hermosa. Su entendimiento se ilustró con los conocimientos vivos de la fé, su voluntad se enriqueció con los inapreciables tesoros de humildad, de agradecimiento y de amor á Dios, y exclamando todos, á egemplo de Miguel, resonaron los cielos con aquel dulce cántico de la gloria divina: *¿Quién como Dios? ¿Quis ut Deus?* A mí, señores, cuando me he puesto á contemplar á solas los efectos de este glorioso triunfo, alguna vez me ha parecido que llegó ya aquel día suspirado en que desatada mi alma de las prisiones de la carne es conducida por mi amabilísimo ángel custodio á la morada de los bienaventurados; y que llevándome por algunos palacios riquísimos por su materia, mas puros y resplandecientes que el oro y el sol, precio-

sísimos por las brillantes piedras que los adornan: me introduce finalmente hasta el alcázar en donde tiene Dios su trono; y que cuando mas absorto, y como anegado en aquel océano de luces no sé á donde primero aplicar la vista, oigo que me dicen: *¿Ves esa corte magnífica de hermosísimos príncipes que asisten humildemente postrados al rededor del divino solio? ¿los ves distribuidos en tres gerarquias y nueve coros unos superiores á otros, sin que la multitud cause confusion, ni engendre envidia la diferencia de los grados? Pues todo esto se debe en gran parte á Miguel. Aquellos serafines que cubriendo el rostro y los pies vuelan y cantan incesantemente santo, santo, santo abrasados en amor divino, á Miguel deben sus incendios. ¿Ves los querubines llenos de luz y sabiduría? pues á Miguel la deben. Aquellos son los tronos que absortos en contemplar á Dios sirven de escabel á sus pies: aquellas las dominaciones á quienes se confia el gobierno del mundo: esotras las virtudes por cuyo medio se obran los milagros, Miguel fué quien sostuvo la fidelidad con que merecieron estos empleos. Mira ácia aquella parte las potestades que refrenan los demonios; al otro lado los principados que presiden á los reynos y las provincias; reconoce*

alli á los arcángeles que asisten á los prela- dos de la iglesia; aquel coro sin número le componen los ángeles que custodiamos á los hombres. ¿Te admira, te sorprende esta república de reyes? Pues toda la conser- vó Miguel con su humildad: él fué su gefe, él es su príncipe: acaso si Miguel no hubiera con tanta firmeza hecho frente á Luzbel, verías desierta esta corte, vacias esas sillas, y estos cánticos de alabanza con que los nueve coros glorifican á Dios se hubieran convertido en gemidos y blas- femias horrendas con que á semejanza de Lucifer le injuriarian. Levanta ya los ojos y mira superior á todos al grande Miguel, póstrate, reconócele como á custodio y de- fensor de la divina gloria. Príncipe amabi- lísimo ¡y ha llegado ya el dia que cara á cara te vea claramente! ¡y:::

Pero adonde me arrebatá, señores, una piadosa imaginacion: aun no ha llega- do este dia felicisimo: aun es preciso sus- pirar y gemir entre la esperanza y el tem- or de ¿cual será mi suerte? contentémo- nos por ahora con solo considerar lo que (¡oh, y así sea!) veremos algun dia, esto es: la dignacion de un Dios que, siendo independiente, y no necesitando de ageno auxilio, quiso valerse de Miguel, y fiarle la custodia y la defensa de su gloria. Con

razon un discreto orador italiano al con- templatle anunciando las grandezas y per- fecciones de Dios, y sosteniendo con su predicacion á los ángeles fieles le llamó apóstol del empireo. ¿Y qué mucho que los hombres inventen estos y otros muchos títulos para su alabanza, si el mismo Dios en recompensa de su heroico mérito le dá en las divinas escrituras los magníficos re- nombres de ángel del semblante divino, espíritu suyo y aliento de su boca? Y á la verdad bastaba para premio de la fide- lidad de este grande arcángel la honrosa eleccion que Dios hizo de él para tanta empresa: en ella el triunfar era sobrada re- compensa de haber vencido; pero el Se- ñor, largo siempre en remunerar, quiso que este ángel custodio de su honra adqui- riera humillándose, lo que Luzbel sacri- legamente deseaba sin poder alcanzarlo.

Una de las semejanzas que éste apetecia era la primacia de gobierno y la presiden- cia sobre las criaturas todas, especialmen- te entre los hombres. Esta prerogativa, verdaderamente divina, en cierto modo la comunicó Dios á Miguel haciéndole el egecutor de sus mas grandes obras, y fiando á su custodia el cumplimiento de los sobe- ranos designios de que se forma el gran ne- gocio de la glorificacion de los hombres.

Ellos eran los que habian de llenar las sillas que Lucifer y los suyos dejaron desiertas; y aquel que los arrojó de ellas debia ser tambien quien, para restaurar completamente la gloria del Señor, se encomendara de colocar á los hijos de Adan en los asientos que perdieron los rebeldes ángeles. A la manera que los soberanos de la tierra suelen depositar sus confianzas en un ministro sabio, activo, prudente y fiel, por cuyas manos dirigen y despachan sus resoluciones y providencias; Dios, que no necesita de ageno ministerio, por solo un efecto de su amor á Miguel, quiso que fuese el fiel egecutor de sus misericordiosos consejos. Si haceis una ligera revista de todas las edades del mundo, y de los diferentes estados de la ley del Señor y de los de la iglesia; apenas hallareis obra alguna de aquellas en que ha manifestado Dios singularmente su poder, su sabiduria y su amor de que él no haya sido el glorioso instrumento. Porque ¿qué portento ó qué beneficio se obró en aquel pueblo en quien los milagros por comunes casi habian perdido su admiracion sino por mano de nuestro arcángel? Apariciones de Dios á Moyses: tablas de la ley escritas con su divino dedo: egércitos enemigos destruidos: Israel ya libertado de los

egipcios con muerte de todos sus primogénitos, ya conducido por el desierto con luces, con sombras, con alimentos prodigiosos: todo esto (y mucho mas que no sería facil referir) se hizo por ministerio de Miguel, á quien por tanto la iglesia de la sinagoga reconocia por su principe tutelar y patrono.

A no ser esta una materia tan vulgarizada y sabida, yo os haria ahora recorrer la felicísima edad de la ley de gracia, y os mostraria como, desde sus venturosas cunas en la encarnacion del hijo de Dios hasta el último terrible dia de los tiempos, Miguel interviene en los misterios mas sagrados. Protege al pueblo cristiano, preside á los intereses de la iglesia, y cuida de su exaltacion. Solo con haberlos insinuado estais vosotros haciendo tierna memoria de los adorables sucesos de la vida del hombre Dios, y representándoos á Miguel, ya anunciando á los pastores su feliz nacimiento: ya asistiendo á Maria en su virginal parto, y acompañándola en la cueva humilde de Belen: ya consolándola y sirviéndole en su huida á Egipto: ya confortando á Jesucristo entre las mortales agonias y sudores del Huerto. Pero no omitamos el testimonio mas espreso de ser Miguel el ministro á quien se han fado

los negocios y proteccion de la iglesia y de los cristianos.

En aquella espresiva horrorosa imagen, que trazó San Juan al capitulo doce del Apocalipsis, de un fiero desmesurado dragon que con siete horribles bocas se disponia á devorar el hijo varon que iba á dar á luz una hermosa muger; en este, pues, espantoso monstruo se figura el demonio aspirando á la ruina de los fieles hijos de la iglesia. Pero en el mismo lienzo nos pinta el santo evangelista la batalla sangrienta de Miguel con la bestia enemiga, su victoria y su triunfo. La aplicacion de este profético pasage es tan comun y literal que no necesita explicarse. ¿Cuántas heregias, cuántos cismas, cuántas persecuciones ha vomitado contra la iglesia santa por su inmundada boca el dragon infernal? ¿Cuántos escándalos, cuántos vicios, cuántos desórdenes figurados en sus diez cuernos y siete diademas ha escitado en el pueblo cristiano? A todos ha hecho frente Miguel, contra todos ha declarado la guerra, y á esfuerzos de su poderoso brazo ha triunfado la esposa amable de Jesucristo. El habrá de coronar sus triunfos en los últimos tiempos apareciendo en forma visible para oponerse á los fraudulentos designios del Anticristo

para sostener á los cristianos en su fé, y para quitar la vida á aquel terrible perseguidor. ¿Qué mucho que, como el defensor de la iglesia y tutor de sus hijos, el dia del supremo juicio se deje ver sobre un trono formado de blancas resplandecientes nubes precediendo al Unigénito de Dios, y llevando en sus manos aquel sagrado madero instrumento de nuestra redencion, gloriosa insignia de los escogidos, y prenda de la glorificacion del humano linage?

Pero no imaginéis, señores, que estos oficios de Miguel se dirigen solo al comun de la iglesia, y que, como acá entre los hombres los gobernadores atentos á las mas graves urgencias fian de otras manos el cuidado de los pequeños intereses de los particulares, él solo presida á las grandes empresas sin atender á cada uno de nosotros: nada menos; él cuida, él defiende, él asiste á cada hombre como si fuera su particular custodio. Atento á nuestras necesidades ilumina y rige á nuestros ángeles de guarda, por la superioridad de su ser y de su comision; para la mas segura defensa. ¡Ah, si nos fuera permitido verle ante el solio de Dios uno y trino pidiendo gracias de penitencia para el pecador, de aumento para el justo, ofre-

ciendo nuestras oraciones, y presentando nuestras súplicas! Acaso, señores, jamás hemos hecho una seria y debida reflexion sobre este punto, y quizá hasta ahora no hemos tenido la debida confianza en el patrocinio de este arcángel protector, y el correspondiente agradecimiento á sus beneficios. Mas ¡Ah! que cuando mas olvidados de este celestial espíritu, ó gemiamos agoviados de nuestra desgracia, ó nos regocijábamos de nuestra buena suerte, él, aun sin pedirselo nosotros, se compadecia de nuestros males, y cuidaba de nuestra felicidad. Aquel peligro que amenazó á nuestra honra ó vida; aquel riesgo en que íbamos á perder el alma; aquel negocio de que pendia nuestro establecimiento; aquellos infelices momentos en que cargados de culpas nos hubiéramos condenado, si Dios nos hubiera quitado la vida: todos los observó Miguel y en todos debemos á su patrocinio el feliz éxito. Bienhechor singular quien sin el mérito del ruego, y aun sin la recomendacion de la memoria del cliente le protege y le auxilia. Yo no puedo proponeros otro estímulo para obligaros al agradecimiento, ni mas eficaz para escitar nuestra confianza. Sé muy bien, señores, que las comparaciones cuando se trata de la santidad, ó del patrocinio

de los santos siempre son peligrosas; que la verdadera piedad las condena. y que el devoto empeño del orador suele tal vez arrojarle á ciertas alabanzas mas piadosas que sólidas. Pero yo no temo incurrir en este defecto aun cuando avance que el patrocinio de Miguel (si exceptuamos el de la madre de Dios y el de su casto esposo) es el mas poderoso, el mas universal y el de mayor valimiento para con Dios.

No nos detengamos ahora en ponderar la primera calidad que recomienda á un patron que es su grandeza: la de nuestro arcángel no ha menester otra prueba que la que ya he insinuado considerándole custodio, en cierto modo, del mismo Dios por haberlo sido de su gloria: ni menos se puede dudar de su poder, cuando (como discurre San Gregorio) para manifestar Dios que nadie puede lo que él, su Magestad se vale de Miguel siempre que ejecuta algun portento. Su amor á nosotros es á medida de su autoridad, y (me atrevo á decirlo) cuando no nos amara, su propia gloria; su honor le interesarían en proteger á los que persigue su enemigo, y los que ocupando su lugar en el cielo han de hacer mas completo su triunfo. Mas todo esto, señores, es poco; lo mas es el ori-

gen de su patrocinio. A los demas santos, por lo regular, los elige patronos la devocion de los fieles que interponen sus ruegos, y se valen de súplicas para el patrocinio: el de Miguel no tiene otro principio ni otro autor que á Dios mismo. Yo te erigi (palabras que la Iglesia pone en boca del Señor) arcángel Miguel, y te he nombrado príncipe y patrono para que atiendas á la salvacion de los hombres: *Archangele Michael constitui te principem super omnes animas suscipiendas.* Inferid ahora, aquel Señor que cuando elige á sus criaturas para algun destino les da todos los dotes necesarios á su desempeño ¿qué poder, qué autoridad no le habrá concedido? ¿qué pedirá Miguel que le sea negado? ¿y qué no pedirá Miguel para el hombre ya de los bienes espirituales, ó ya de temporales que conduzcan á su eterna felicidad? ¡Oh! si yo fuera tan dichoso que imprimiera en vuestros corazones con estas máximas la devocion mas sólida á nuestro arcángel protector y la confianza mas segura en su patrocinio. ¡Oh! si pudiera discurrir por todo el ámbito del universo y clamar como pregonero del poder de Miguel: Pre-lados de la iglesia, príncipes de la tierra, sabios de todas clases, justos, pecadores, en-

fermos, perseguidos, pobres, atribulados, cualquiera que seais: si deseais el acierto en vuestras empresas, las luces, la gracia, el remedio de vuestros males, venid al solio de Miguel, presentadle vuestras súplicas, manifestadle vuestras necesidades. Pedid, que él puede y quiere remediarlas.

Arzángel gloriosísimo y amabilísimo, recibid estos humildes pero ardientes deseos que hoy ofrezco á vuestros altares, ya que no como recompensa de los beneficios que os debo, como testimonio de mi obligacion y mi gratitud. Recibid los reverentes cultos que os consagra un ministro del Altísimo, que ha depositado siempre en vuestras manos sus destinos, sus esperanzas, su corazon. Y ya que para alabaros dignamente serian necesarios conceptos y expresiones no de hombres, sino de ángeles, esas vírgenes esposas del immaculado cordero os presentan un coro de ángeles por su pureza y su profesion empleado hoy en vuestra alabanza. Estiende sobre todos nosotros tu poderosa y amable diestra: esa diestra que pone en espantosa fuga al demonio, que llena de terror al infierno, y al cielo de júbilo: esa diestra que el mismo Dios ha escogido para defensa de su honor y su gloria.

## DE SAN RAFAEL.

Predicado en el convento de religiosos de San Juan de Dios de la ciudad de Toluca.

*Jacebat multitudo magna languentium: angelus autem Domini descendebat. Joan. cap. 5. vv. 3. 4.*

Si al contemplar la soberana invisible proteccion de los santos ángeles para con los hombres, que nos recuerda la célebre historia de Tobías, hubiera yo en esta mañana de buscar una materia la mas propia para complaceros y llenaros de regocijo, no haria mas que valerme de las mismas palabras con que el glorioso arcángel Rafael exhortaba á los dichosos Tobías: *benedicid, glorificad al Dios del cielo, y confesad á vista de todo el mundo que os ha colmado de sus misericordias. Y á la verdad ¿qué mayor dignacion, qué misericordia mas grande, qué piedad mas soberana de Dios para con el hombre que*

apenas ha nacido cuando le destina para compañero en la vida, para maestro que le illustre, para guia que le encamine, y para protector que le ampare no menos que á uno de aquellos soberanos espíritus felices cortesanos del empireo, y ministros favorecidos suyos? jamas podrá, decia lleno de asombro San Bernardo, conocer el hombre la inefable misericordia de Dios en haberle dado por custodio y compañero perpetuo á un ángel, mientras no llegue á penetrar quien es el hombre, y quien el ángel, y cuanta la distancia entre uno y otro. Porque ¿qué otra cosa es el hombre, por mas que nos deslumbre un falso brillo, que una efimera flor que nace en la mañana y se marchita en la tarde; un ligero polvo violentamente arrebatado por los furiosos vientos de las pasiones; un vaso de corrupcion y miseria; un manantial fecundo de enfermedades; un engañoso zunque lucido fantasma de carne que no reconoce otro principio que el polvo ni otro fin que la asquerosa tierra de un sepulcro? Por el contrario ¿qué cosas son los ángeles? Espíritus soberanos, dice el catecismo, que estan á Dios alabando. Como si dijera: son unos espíritus de naturaleza tan perfecta que ni sienten dolor, ni estan sujetos á enfermedad, ni temen la

muerte; de condicion tan elevada que al rededor del escelso trono del Altisimo estan continuamente ocupados en sus alabanzas: en tan feliz estado que, colmados de gloria y bienaventuranza, dichosos cortesanos del empireo participan no menos que de la misma divina felicidad. ¿Y al hombre (concluye San Bernardo) tan vil y despreciable le has destinado ¡oh Dios amante! un espíritu tan noble y soberano que le acompaña á donde quiera que vá, que le dirija, que le illustre, que le consuele, y, para servirnos de la elocuente frase de David, le conduzca y le lleve en sus propias manos? Esceso por cierto tan singular del amor de Dios para con el hombre, que, á reflejarle seriamente, bastaria á llenarlos de un santo júbilo estimándole en mas que cuantos falsos honores y tesoros precederos puede ofrecer el mundo. Un solo ministro, un consejero fiel, un maestro sabio fueron bastantes á hacer felices é inmortalizar el nombre de aquellos monarcas, que los apreciaban en mas que su mismo imperio. Filipo el Macedonio reputaba por su mayor dicha haber hallado un Aristóteles que dar por maestro al grande Alejandro: Nerón, aquella furia oprobrio del humano nombre, consiguió en los primeros años de su im-

perio la gloria de un príncipe cumplido, mientras siguió las sabias maximas de Burrho y de Séneca; y aun en estos últimos siglos; cuánto contribuyeron á la grandeza de Luis XIII en Francia; de un Fernando el católico, y un Carlos V en España la sabia conducta de los Richelieus y los Gimenez? Y si tanto apreciaron los hombres fiar su conducta á personas ilustradas y sabias, que aunque tales siempre estuvieron sujetos á la fragilidad de su condicion, espuestas á las negras sombras de la ignorancia ¿qué deberemos nosotros pensar de nuestra dicha viéndonos encomendados, amparados y protegidos de unos soberanos espíritus elevadissimos en su ser, interesadissimos en nuestro bien y llenos de sabiduria para alumbrarnos?

Mas entre tantos estrechos lazos de amor y agradecimiento, que cada uno de nosotros en particular tiene para con su ángel custodio, tenemos el día de hoy uno no menos fuerte, si bien mas universal, que á todos en comun nos obliga al reconocimiento mas amoroso á aquel arcángel soberano protector destinado por Dios para la salud de los hombres, guia y conductor seguro de caminantes, substituto y egecutor de la divina misericordia, tutelar especial de la castidad, direlo en una sola

expresion, que lo comprehende todo, al soberano arcángel Rafael. Yo os confieso que al comenzar á contemplar la gloria de Rafael no dejé de atemorizarme tropezando en mil escollos de dificultades para formar este tosco borrón. Consideraba que habia de hablaros de un santo ángel que, teniendo por su mayor gloria el asistir continuamente al trono del Altísimo, no ofrecia mas materia, que aquella feliz bienaventuranza, comun á los otros ángeles, y cuya esplicacion no es concedida á humanos labios. En los demas santos su vida, sus virtudes, sus penitencias, su oracion ofrecen á los oradores abundante materia para un panegirico. Pero un santo arcángel cuya vida totalmente oculta á nuestros ojos es conocer y amar á Dios, cuyos ejercicios purisimos y espirituales no sabemos explicar: ¿con qué palabras, con qué elogios se podia alabar dignamente? Así sin duda se debería discurrir á no gozar el santo arcángel Rafael la singular prerogativa de haber vivido en cierto modo entre los hombres una vida manifiesta en beneficio de ellos mismos. Los otros ángeles viven allá en el cielo una vida puramente espiritual y oculta; Rafael á mas de esta apareció á los ojos humanos de suerte que, ya que no en realidad, pa-

reció á lo menos que vivia una vida humana; esta vida pues de Rafael acá en la tierra empleada toda en beneficio de los hombres será la materia de este breve rato, en el que procuraré mostráros que mereció dignamente Rafael entre los demas ángeles el renombre del ángel amante de los hombres. Por tanto no haré otra cosa que ponerós á la vista con la historia misma de Tobías: la vida del ángel amante.

Y si el ocultarse Rafael bajo las apariencias de hombre en beneficio de estos fué llamado por el mismo santo arcángel con el nombre de Arcano y sacramento del rey supremo: *Etenim sacramentum regis abscondere bonum est*; con cuán justo titulo te manifiestas hoy ¡oh Señor Soberano! á nuestros ojos para solemnizar los cultos de tu favorecido arcángel en el que verdaderamente es el singular Sacramento del Rey de los cielos? Allá tomó Rafael las apariencias de hombre para llenar de felicidad la casa del piadoso Tobías sanándole como médico diestro, sirviendo al joven hijo de conductor en su viage, y siendo el autor de las felices bodas con Sara: acá se oculta todo un Dios bajo las humildes apariencias de un pan sirviéndonos de médico, de viático y de feliz pren-

da de los mas sagrados desposorios del alma con su Rey. Yo ciertamente haria injuria á tu adorable y divina presencia si pretendiendo en ella elogiar á Rafael me valiera de aquellos discursos nuevos y brillantes, de aquella pompa de palabras que, deslumbrando los ojos con un falso esplendor, no dejan en el corazón fondo alguno de luz. Ilústreme, pues, alienteme la soberana luz de tu Magstad sacramentada para no valirme de otros adornos que de aquellos que representan á la verdad en toda su pureza: así lo espero de la intercesion de la mas pura Virgen que fué Reyna hermosa de los ángeles desde que fué anunciada por un arcángel llena de gracia

AVE MARIA.

Una muchedumbre innumerable de enfermos desvalidos que, gimiendo bajo el doloroso peso de sus males, esperan al rededor de una fuente la venida del ángel del Señor, para verse libres y sanos; es en el evangelio presente un lastimoso pero verdadero retrato del miserable estado del mundo. Erase, dice el evangelista San Juan, una fuente ó piscina cuyas aguas movidas en ciertos tiempos por un ángel tenían la maravillosa virtud de sanar el enfermo que en ellas se arrojaba. Por todas partes estaba esta fuente cer-

cada de ansiosos enfermos que aguardaban el dichoso tiempo en que bajaba el ángel: ciegos, tullidos, mancos, leprosos, paralíticos y cuantos, desesperados de humano remedio, no tenían otra esperanza de alivio que la muerte ocurrian á esta fuente á buscar la mas saludable medicina. ¿Y qué otra cosa, señores, es el mundo sino un hospital de toda clase de enfermos á donde entra el hombre á gemir y penar desde el instante mismo en que nace? Nace el hombre, y siendo las tier-  
nas lágrimas y gemidos la primera señal que dá de su vida parece que con ellas comienza á llorar anticipadamente aquel torrente de males á que vá á sujetarse, no solo en el cuerpo, sino aun mucho mas en el alma. Enfermedades, pobreza, deshonoras, hambres, desnudeces son las amargas aguas del anchuroso mar que vá á inundar el estrecho vaso de su cuerpo. No se oyen en esta universal piscina del mundo sino llantos de enfermos, lágrimas de pobres, quejas de deshonrados, lamentos de hambrientos y desnudos; y aun en medio de la mas risueña y dichosa fortuna salen del fondo del corazón unas secretas lágrimas que dan á conocer que los que parecen sanos y afortunados, no son sino los mas adoloridos

enfermos recostados en blandos lechos y cubiertos de flores. Ni son menos los que, enfermos del alma con los mortales achaques de sus pasiones, ni aun para lamentarse tienen vida. ¿Cuántos hay en el mundo ciegos con un amor desordenado, cuántos mancos con la avaricia, cuántos tullidos sin dar un paso á su salvacion, cuántos sordos á las divinas inspiraciones y cuántos al fin paralíticos de muchos años que recostados en el asqueroso lecho de sus culpas no se mueven á arrojar en las saludables aguas de la penitencia? Pero entre tantas miserias y dolencias ¿cual será aquel ángel del Señor á quien se ha de confiar la medicina? Yo sé bien que sí (como juzgan algunos sábios intérpretes) el ángel que allá en la Piscina de Bethesda bajaba á mover sus aguas era el glorioso arcángel Rafael, esto bastaría á convencernos de que en la universal dolencia del mundo él, como medicina de Dios, es un singular protector para el remedio. Pero, dejando ahora aparte esta piadosa opinion, lo que yo intento persuadir es que entre todos los ángeles santos resplandece tanto en Rafael su amor para con los hombres, que en las comunes miserias, que afligen al mundo, debemos confiar mas par-

ticularmente en su universal patrocinio, como que es por antonomasia el ángel amante.

*Punto primero.*

Recorred conmigo brevemente la historia de Tobias y comenzad al mismo tiempo á admirar en ella la vida manifiesta de Rafael entre los hombres. Tobias de la noble tribu de Néphtali, ilustre en su prosapia, rico sobremanera de los bienes de fortuna, honrado de los suyos y tambien de sus enemigos violentamente cual otro Job se vió precipitado de la cumbre de la felicidad al abismo de la mayor miseria. Reducido al estremo de la pobreza, ciego y privado de la luz de sus ojos, perseguido de sus paisanos, motejado é insultado de sus domésticos no tenia ni aun el ligero consuelo de la compasion: veia convertida su abundancia en una escasez summa, y padeciendo en la ceguera la mas sensible enfermedad carecia de la mas necesaria ayuda para solicitar el sustento: los estraños le aborrecian y perseguian, y ni aun dentro de su propia casa tenia el alivio de quejarse, porque eran á sus quejas dolorosos ecos las palabras de mofa y desprecio con que su engañada muger

le atribuía la causa toda de su desgracia. Un hijo jóven, que el cielo le habia dado, no servia sino de hacer mas grave su dolor y su poca edad y esperiencia no le permitian al desgraciado padre enviarle hasta Rágos, ciudad distante, á cobrar una gran suma de plata que allí le debían, último recurso de su miseria. Mas entre tanta confusión y angustia se le presenta repetitivamente un jóven de hermoso rostro, de gallarda disposicion, que en traje de peregrino se ofrece graciosamente á acompañar al jóven Tobias. Yo soy, le dice, Azarias, hijo del grande Ananias, y como fiel criado me ofrezco á servir á tu hijo y á volverle sano y rico á tus ojos. No hay para que ponderar la admiracion y espanto que sorprendió á los dichosos hijo y padre á semejante vista: lo cierto es que la feliz vuelta del jóven á su casa rico y desposado con la hermosa Sara, la salud recobrada del padre anciano, y lo demas que tantas veces habéis oido con admiracion en este mismo puesto confirmaron el dicho del hermoso jóven.

Es muy célebre este pasage sagrado para que alguno ignore que este benéfico peregrino no fué otro que el arcángel Rafael que tomando las aparien-

cias del hombre bajó del cielo á la tierra á servir á Tobias no solo como compañero, sino aun como fiel criado. Y ¿qué ¡Dios poderoso! era de tanto peso el volver á Tobias de su miseria á su antigua felicidad, que ha de bajar para eso desde el escelso trono donde asiste continuamente Rafael, y no de otro modo que bajo el disfraz de un humilde criado? Ciertamente que al poderoso brazo del Señor no le faltaban medios con que sin emplear tantos prodigios restableciera la casa de su siervo Tobias á su primer esplendor. Un Job abatido hasta el extremo, un David arrojado del trono, una Susana calumniada, un Mardoqueo despreciado ¿no tubieron despues al colmo de la dicha por medios que suavemente ordenó la Providencia sin valerse de tantos prodigios? Y ya que esta obra se habia de egecutar por ministerio de un ángel ¿no parece que siendo el ángel custodio aquel á cuya guarda están fiados los pasos todos del hombre, el ángel de guarda de Tobias bastaria á conducirlo felizmente, á ilustrarle y entriquerle? Mas es regla, sabiamente establecida por Dios que siendo los ángeles de inferior gerarquía los que se destinan para los comunes beneficios á los

hombres, los de gerarquía superior no son enviados de Dios sino para las obras de primer orden: ¿pues por qué Rafael, que (si creemos á muchos sabios interpretes) es del supremo grado de los serafines, ha de destinarse para una empresa que podia perfeccionarse por otros ángeles inferiores? Pero que dudamos: el fuego activo del amor todo lo iguala, y el fogoso amor de Rafael para con los hombres sin sugetarse á las comunes leyes le obliga á que en un traje humilde haga ostentacion de su piedad. Si, que cuando se trata de favorecer á los hombres ninguno es mas proporcionado que el ángel amante. Este es, reflexa sólidamente el gran padre San Gregorio, el maravilloso orden de la Providencia, destinar á los ángeles á aquellos ministerios que mas se conforman con la virtud que los caracteriza distinguiéndolos, aun entre los hombres, con ciertos nombres que espican esta misma virtud: por tanto si allí en el principio del mundo se levanta la soberbia de Lucifer encendida en vanos imposibles deseos de igualarse á Dios; si en el fin de los tiempos este mismo ángel soberbio ha de ser vencido en un combate decisivo, siempre se destina esta empresa á aquel arcángel soberano que tenien-

do por caracter la humildad es conocido por el nombre de Miguel. Si el Señor quiere dar á conocer al mundo la fortaleza de su brazo, si descubre á Daníel en el misterioso arcano de las setenta y dos semanas la venida del Mesias, si le revela los fuertes combates y victorias de los Partos y Medos; si por último se ha de anunciar á la mas pura virgen la Encarnacion del que es llamado por antonomasia fuerte ¿quién otro es elegido por Dios que aquel esforzado ángel que resplandeciendo singularmente en la fortaleza toma por eso el nombre de Gabriel? Mas cuando se trata de beneficios y de amor, cuando se ha de ejecutar alguna empresa en que mas resplandece la misericordia, Rafael es el que entre los demas se elige, sin duda, porque en él entre todos brilla y resplandece la misericordia y amor para con los hombres. Por eso con razon es llamado *medicina de Dios*, y por eso tambien la primera vez que se manifestó á Tobias quiso tomar el nombre de Azarias, que segun el sentir de Beda y otros significa misericordia y beneficio amoroso de Dios. Logre pues Miguel en el renombre de humilde la gloria de haber domado la orgullosa cerviz del soberbio Luzbel;

resplandezca Gabriel con el título de ángel fuerte; pero señálese entre todos Rafael con las dulces insignias del amor calificándose del ángel amante.

Mas aun todavia no hemos acabado de desenvolver el misterio de amor que encierra la aparente vida de Rafael entre los hombres. Seria cansar vuestra atencion el querer hacer un resumen de las innumerables veces que los ángeles santos han aparecido á los hombres enviados del Señor. Cuantas veces en la antigua ley queria Dios ó revelar sus ocultos misterios ó encomendar á sus escogidos empresas útiles á los destinos de su Providencia; siempre se valia del ministerio de los ángeles santos: así lo hizo con Daniel y Ezequiel, así con Isaias y Jeremias, así con Abraham y Jacob, con Gedeon y Moyses, y finalmente con otros innumerables á quienes aparecieron los ángeles santos, ó ya representando al mismo Dios, ó ya en calidad de ministros enviados suyos. Pero no hallaréis en tan frecuentes repetidas apariciones una sola en que los ángeles tomaran la semejanza de hombre para vivir largo tiempo entre los hombres, sustentándose, conversando y viviendo al parecer como uno de ellos.

Apenas cumplan con el fin de su ministerio, luego que ó revelaban el misterio para que eran enviados, ó intimaban á los patriarcas y profetas los órdenes del Todopoderoso; luego desaparecian de sus ojos dejando aquella apariencia de cuerpo que solo les habia servido para hacerse visibles. Solo Rafael por espacio de muchos dias oculta la excelencia de su ser viviendo al parecer una vida de hombre. El baja, no ya rodeado de lucidos esplendores ni revestido de brillantes luces; no le acompañan, como allá al ángel en el Sinaí, el horrisono estruendo de rayos y relámpagos que descubran su ser; y la calidad de ministro del Omnipotente; antes bien disimulando la tribu, la patria y el nombre humano como criado fiel sirve á Tobías, y como hombre se sustenta, al parecer, conversa y vive entre los hombres.

Yo, señores, no puedo menos que admirarme al contemplar á Rafael viviendo tan de asiento entre los hombres para conducir á Tobías y sanar á su ciego padre, cuando por otra parte se me representa la libertad del pueblo escogido llena de maravillas y prodigios fiada á la conducta de un hombre sin que los ángeles, que repetidas veces se le aparecen para iluminarle, tomen de asiento la visible pro-

teccion de la empresa. Y á la verdad esta accion de libertar al pueblo escogido de un penoso y largo cautiverio conduciéndole por entre desiertos valles, y escarpados montes hasta la tierra de promision fué sin duda el ensayo del divino poder, el geroglífico mas cumplido de la redencion del linage humano y la mas célebre y ruidosa empresa que vió el mundo. Si alguna se habia de fiar á la proteccion de los ángeles, parece que ésta por su importancia, su dificultad y grandeza pedia que bajando del cielo lucidas tropas de soberanos espiritus, ellos hubieran sido los egecutores de tan altos designios. Pero nada menos: Moysés por mas que lleno de temor pondere ya su poca elocuencia, ya el poder de sus enemigos, ya la dificultad de la accion, él, esforzado por un ángel, vá á llenar el mundo con el famoso titulo de capitán y libertador del pueblo de Dios. Y que cuando para dar fin á las miserias de todo el pueblo amado se destina un hombre, para la felicidad de un hombre particular ¿ha de bajar un arcángel supremo, ocultando su ser y tomando las viles apariencias de un humilde criado? Yo bien sé, señores, que en estos puntos es preciso venerar aquellos altos impenetrables designios del Altísimo

y confesar que de las obras del Señor jamas sabrá dar razon el limitado y grosero entendimiento del hombre. Pero, si nos es licito valernos de piadosas conjeturas para sondear en algun modo el abismo de los divinos secretos, quanto hasta aqui hemos discurrido ¿no es manifesto indicio de que Dios, con maravilla nunca vista, quiere que este ministro suyo sirva á un hombre en calidad de criado, para que todos conozcan que en Rafael tienen un ángel singularmente amante de los hombres? Si Rafael hubiera bajado del cielo revestido de todo aquel esplendor que diera á conocer su dignidad, ó ya para repulgar al poderoso egército de Faraón entre las aguas, ó para obrar con el pueblo alguno de aquellos estupendos milagros que en su favor se egecutaron, podríamos creer que la misma grandeza de la obra pedia un ministerio tan elevado para su egecucion. Pero bajar para un beneficio que tantas veces han egecutado otros ángeles inferiores, y no de otro modo que bajo las mas humildes apariencias ¿no es argumento claro de que Dios quiere darnos á conocer que no era otro el motivo de su venida que mostrar quanto amaba á los hombres este ángel egecutor de sus misericordias? No quisiera que lo que os

voy á decir se calificara mas por aguda ingeniosidad que por piadoso y sólido discurso; ni pretendo que la obra en que Dios mostró los quilates de su amor se juzgue que tiene alguna cabal semejanza. Pero si hay alguna proporcion entre la luz y la sombra, y si muchas veces un muerto é inanimado retrato merece de algun modo compararse á su original; comparad, señores, á Dios amante en su Encarnacion con Rafael amante cuando se oculta. La mayor demostracion que ha hecho Dios de su amor para con el hombre fué llegar á humillarse en tanto grado, que ocultándose y anonadándose bajo el tosco velo de nuestra carne, escondiera todo el esplendor de su divinidad hecho hombre mortal y pasible. Entonces fué cuando, con asombro de los cielos, se vió á Dios unir en si los extremos mas distantes: entonces cuando dió á conocer que sus delicias todas eran estar con los hombres. Anhela siempre el amor á la semejanza y la igualdad; y por eso quiso mostrar Dios que el suyo no se saciaba con hacer al hombre participante de su divinidad, si él mismo, uniéndose con el hombre, no se hacia tambien partícipe en algun modo de sus defectos é imperfecciones. Pasad ahora del original al retrato, de

Cristo á Rafael, y vereis á este arcángel soberano que abrasado tambien en amor de los hombres, deseoso siempre de favorecerles, ya que no puede serlo en la realidad, quiere á lo menos parecer hombre. Dios quiso y pudo con su infinito poder hacerse verdadero hombre, Rafael no puede tanto; pero el amor siempre ingenioso halló industria para que ocultando su ser y naturaleza de ángel tomara las apariencias de hombre. El anda, él conversa, él se sustenta al parecer como hombre sirviendo humildemente á Tobias en calidad de criado, y ya que su limitado poder no alcanza á hacerse hombre por los hombres, encubre el esplendor de su angelica soberania encubriéndose bajo la tosca esterilidad de un joven peregrino. No hay pues que maravillarse si un sabio intérprete no duda afirmar: que esta accion de Rafael fué una sombra de la Encarnacion del verbo divino, y que Rafael amante fué simbolo y figura de Jesucristo: *Misticè per Rafaelem intelligi potest Dominus noster Jesus Christus qui dicitur magni concilii Angelus.* Los otros santos ángeles guardan, protegen y defienden á los hombres, pero siempre como ángeles; Rafael para calificarse del ángel amante toma la semejanza del hombre, y á impul-

Los de un amor siempre solícito es autor de los mas apreciables bienes. Y ved aquí otra circunstancia que realiza sobre manera el amor de Rafael. No es un amor estéril que se contenga en los estrechos límites de uno ú otro beneficio, sino un amor fecundo y universal que, á manera de un océano sin fondo, derrama sobre nosotros las saludables aguas de todos los bienes.

*Punto segundo.*

En los demas ángeles y santos ha establecido la Providencia una sabia economía que, dividiendo entre ellos los oficios de su misericordia para con los hombres, cada cual tiene su particular carácter en que resplandecé su patrocinio. Así que, segun el comun sentir de los padres de la iglesia, á cada hombre, á cada ciudad, y aun á cada especie de los mismos irracionales é insensibles se les ha destinado un ángel custodio, cuyo cuidado se emplea solamente en aquello de que se le ha encomendado. La misma sabia distribución se admira en los demas santos, siendo unos particulares patronos para la salud, otros para el honor, para el remedio de la pobreza otros; otros, en fin, para aumentar á nuestro comun

enemigo el demonio. Pero discurreid, señores, por todos aquellos bienes que son capaces de hacernos felices, recorred cuantos males afligen al hombre en este miserable destierro, y vereis que el amor de Rafael, sin limitarse su proteccion, se estiende á todos. ¿Qué mal, qué adversidad, qué desgracia hay de la que el pronto socorro de Rafael no nos liberte? Se ve reducido Tobías al extremo de la pobreza, Rafael toma á su cargo cobrar de Gabelo la gruesa suma de diez talentos de plata; y siendo prudente consejero de las bodas del jóven con Sara, le grangea una riquísima herencia. Llorá el anciano padre con lágrimas irremediables la irreparable y mas sensible enfermedad de la ceguera; Rafael, cual diestro médico, descubre en las entrañas de un pez la mas eficaz medicina. Gime la honesta Sara, llora la pública deshonra con que el vulgo la calumnia divulgando que ella, á mas de estéril, ha sido la cruel homicida de sus siete infelices maridos; Rafael la restituye á su antiguo honor descubriendo, en los felices desposorios que celebra con Tobías, que la honesta Sara no era ni cruel ni estéril. El impuro espíritu de Asmodeo, verdadero autor de la muerte de aquellos siete esposos, se arma igualmente

te contra Tobias; Rafael le arroja, le conduce al desierto, y libra á aquella casa del infernal enemigo. Mas para que me canso y fatigo vuestra atencion: enfermedades, pobreza, deshonras, vicios, demonios todo haye al nombre de Rafael, porque su honroso patrocinio le ha hecho universal protector de las riquezas, del honor, de la castidad, de las demas virtudes.

Mas acaso direis, que quanto hasta aqui hemos discurrido del amor de Rafael solo lo experimentó la dichosa casa de Tobias, y que vosotros no os juzgais tan felices que os prometais tan semejante proteccion. Pero bien ¿cuáles pensais que fueron los méritos que á Tobias le granjearon tanta dicha, sino un medio el mas facil y comun á todos, y que á todos nos hará igualmente participes del mismo bien? Tus limosnas (le decia el ángel Rafael á Tobias) tus copiosas limosnas, tu piedad para con los pobres, tu misericordia con los desvalidos te ha merecido tanta dicha. ¡O maravillosa virtud de la limosna, dice esponiendo este lugar el gran padre San Agustin, que merece tener por siervo y protector á un arcángel tan grande! Yo, señores, al llegar á este punto, conozco, que aqui donde he concluido mi

oracion deberia comenzar de nuevo, demostrándoos que jamas seremos dignos de la piedad con que Rafael se caracteriza el angel amante sino le imitamos en su misericordia con los pobres. Sino temjera añadir á lo mal pulido y desaliñado de mis discursos el penoso fastidio de lo largo y prolijo hoy, quitándole de la boca á Rafael sus mismas palabras, os demostraria el mérito y la necesidad de la limosna. Yo os haria ver que las leyes todas, la natural, la escrita y la de gracia estan llenas de espesimos preceptos que obligan á la limosna; al punto os presentaria las ricas promesas de que á cada página abundan los libros sagrados en favor de los piadosos y limosneros, y por el contrario las maldiciones, las amenazas, los castigos fulminados contra los que avaramente crueles cierran su mano á la piedad. Vendrian á mi favor clamando San Crisóstomo, San Agustin, San Anselmo, San Gregorio, San Gerónimo, y, en una palabra, los padres y doctores todos.

¿Mas para qué era menester tanto? oiriais al mismo Cristo mandar con espresas palabras: *dad limosna á los pobres, dad á los pobres quanto os sobra*. Busque en hora buena la industriosa avaricia del siglo opiniones falsas para escusarse, alegue:

se cuanto se quiera que la familia es crecida, que los tiempos estan adversos, que los comercios estan perdidos, que apenas se alcanza para mantener el esplendor de la casa y el lustre de la familia: ¿qué importa si á vista de una muger que carga sobre sí en el atavío de joyas y galas un mayorazgo, si á vista de un hombre que disipa en el lujo y la ostentacion un caudal, el interior, testigo de la propia conciencia, nos está desengañando de que sobra para los banquetes y los saraos, que sobra para el juego y las galas, que sobra para un número inútil de criados, que sobra para los cobtejos y las disoluciones: y (¡O Dios inmortal!) solo para los pobres no sobra? Sean, señores, en hora buena crecidos los gastos con que, como soéis decir, se agota y se desangra todo el caudal; pero ¿no sabéis que el diestro médico cuando un joven acometido de un violento flujo de sangre arroja tanta, que parece que no le ha quedado alguna en las venas, al punto le receta una sangría, y la sangre que artificiosamente sale por otro conducto restituye la que el flujo violento desperdiciaba? Sangrad, si: sangrad vuestras bolsas con limosnas copiosas, que ellas en lugar de disminuir el caudal servirán de aumentarle. Aquí, aquí en es-

ta casa, y este hospital de misericordia, tenéis abundante materia para derramar vuestras piedades: Dios ha vinculado, piadosos ciudadanos de Toluca, el remedio de tanto pobre desvalido en vuestra piedad: podia el Señor por otros medios socorrerles; pero, por dicha vuestra, quiere que vosotras seais los instrumentos de su misericordia.

Y ¿no lo habeis reflexado en el evangelio del día? En aquella piscina de Bethesda, que no quiere decir otra cosa que una casa ú hospital de misericordia, yacia sin remedio un paralítico de treinta y tres años; y preguntado por Jesucristo ¿cuál era la causa de que allí, donde por ministerio del ángel que bajaba del cielo todos salian sanos, el solo tantos años hubiera estado arrojado sin remedio? respondió el paralítico en esta sentida queja: Yo, Señor, no he sanado porque no tengo hombre: *Domine, hominem non habeo*: ¡Rara disculpa! Si el remedio lo daba el ángel que bajaba del cielo á mover las aguas ¿por qué atribuye el paralítico la falta de su salud á no tener hombre? Señores, porque el ángel movia, pero el paralítico necesitaba de hombre que le llevase desde su pobre lecho hasta la fuente saludable. ¿Qué importa, pues, que

haya ángeles que muevan las aguas, si no hay hombres que conduzcan á los paralíticos? ¿Qué importa que en la fuente ó probática piscina de este hospital haya innumerables religiosos que en calidad de ángeles asisten á los enfermos, si faltan hombres que con sus socorros los habiliten? *Hominem non habeo*. Claman tantos pobres vuestros compatriotas y paisanos, tantos forasteros sin arrimo, tantos llagados é impedidos: no tenemos hombre. Sus llagas, su desnudez, su desabrigo son otras tantas lastimosas bocas por donde gritan adoloridos: gemimos, lloramos, sufrimos á vista de la fuente saludable rodeada de ángeles; ¡pero nos falta hombre que nos ayude con el socorro preciso para el abrigo, el sustento y la medicina! *Hominem non habeo*. Claman las mudas paredes de este templo y esta casa, ¡no tenemos hombre que acuda á los precisos gastos que demandan el culto divino y la subsistencia de sus moradores! *Hominem non habeo!* No tenemos hombre! claman por último á pesar del silencio y pudor religioso los fieles imitadores de Rafael. Lleguen, pues, vuelvo á decir á vuestros oídos, ó piadosos ciudadanos de Toluca, envueltas en ayes y lamentos estas tristes voces que os obliguen á abrir vuestras

manos con copiosas limosnas, como corresponde á la magnanimidad y nobleza de vuestros espíritus, y á la cristiandad de vuestra profesion: ellas os grangearán como á Tobias el amor y proteccion del ángel amante Rafael, y ellas en la tierra os harán semejantes á los ángeles que cuidan de los hombres.

Y vosotros religiosos hijos de aquel abrasado patriarca, que mereció por su amor á los hombres el renombre de Padre de los pobres, perfeccionad en hora buena con vuestra vida un retrato de aquellos dos modelos del amor de los hombres Rafael y Juan. Felices que en esta austera recoleccion anheláis á unir los ejercicios de piedad y misericordia con los de la contemplacion y retiro deseosos de restablecer el primitivo fervor y espíritu de vuestra regla: ellos harán que si allá el mundo admiró á un ángel que pareció hombre por amor de los hombres; admire ahora en vosotros unos hombres que parecen ángeles en el amor, en la piedad y misericordia, virtudes en que el mismo Dios ha hecho resplandecer su mayor gloria.

## SERMON PRIMERO

## DE SAN PEDRO.

Predicado en el templo de la Santísima Trinidad de Méjico en que está fundada la venerable congregacion de dicho santo Apostol.

*Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam. Matth. cap. 16. v. 18.*

Ardua empresa es con la fuerza sola de las voces hacer levantar hasta un grado justo las ideas de cosas verdaderamente grandes: mas difícil y aun casi imposible acertar con ellas á esplicar debidamente los portentos de la gracia, aquellos principalmente cuya noticia se nos ha hecho familiar desde nuestros tiernos años; por que faltándonos el estímulo de la novedad, que escite la atencion, casi no acertamos á formar otras ideas que las débiles y oscuras á que nos acostumbramos desde la niñez. Asi nos pasa con las glorias del digno objeto de estos reverentes

cultos. Apenas, por nuestra dicha, comenzamos á abrir los ojos á la luz de la razon cuando recibimos la doctrina santa de Jesucristo, y con ella tambien como inseparable la noticia de la alta santidad, dignidad y poder del glorioso apostol San Pedro: nos criamos y crecemos con ella, apreciable felicidad al paso que lamentable la desgracia de la debilidad del corazon y entendimiento humano, que antes se deja robar las atenciones de lo raro de un cometa que de las superiores tanto mas admirables luces del sol. Por eso, pues, querria yo, señores, volveros por este rato á aquellos felices tiempos santificados con la presencia del Salvador, para que presentes al soberano coloquio, que nos refiere el evangelio de Jesucristo con sus discipulos, oyerais la primera vez de boca del mismo Pedro las glorias del Salvador, y de boca del Salvador las de Pedro. Hacedos desde luego presentes á aquel santo venerable congreso, escuchad á Jesus que pregunta á sus apóstoles ¿qué juicio forman los hombres del hijo del hombre; y luego, cual es el que forman ellos mismos? Sin detenerse responden ellos á la primera: que unos dicen que es Juan Bautista, otros que Elias, otros que Jeremias, ú otro de los profetas. Mas á la se-

gunda Pedro solo es el que responde, adelantándose á todos los demas: tú eres Cristo hijo de Dios vivo: *Tu es Christus Filius Dei vivi*. Estas mismas palabras que habeis oído tantas veces, y que salidas de mis labios las acabais de escuchar tan sin mocion ¿cuál y cuán grande no la causarían en vosotros si presente aquí el santo apóstol llegasen á vuestros oídos animadas de su fervoroso espíritu? ¿Cuál si hoy como entonces fuera la primera vez, que corrido por Pedro el velo á los misterios, y disipadas las sombras de las antiguas profecias: fuese, digo, la primera vez, que llegase á vuestra noticia la soberana é incomprehensible exaltacion de la naturaleza humana hasta el alto solio de la deidad? Esto es: que el hijo natural de Dios, la segunda persona de la augustísima Trinidad, como explica nuestro conciliar catecismo, se hizo verdadero hombre en las entrañas de la Virgen Maria, que por obra del Espíritu Santo, y sin alguna de varon tomó el Verbo Divino á la santa humanidad de Jesucristo por medio de una real y verdadera union hipostática, ó de persona, de manera que haciendo Dios y el hombre una sola persona, Dios es hombre, y el hombre es Dios siendo á un tiem-

po Jesucristo Dios y hombre verdadero. Sin duda que estáticos, y como arrebatados fuera de vosotros á un pais de luses inaccesibles ignorado hasta entonces, contemplariais absortos por una parte la suma dignacion del Todopoderoso, que ofendido por el hombre criatura ingrata, á quien á pesar de la limitacion de su polvo habia ennoblecido desde su origen con el sello de la deidad, quiso con todo reparar en él con ventajas las quebras de su primera culpa: por otra admirariais su infinita sabiduria que para males sin medida supo hallar un remedio de infinita eficacia: por otra su poder que alcanzó á anonadar en cierto modo lo infinito, y sublimar la nada hasta lo sumo uniendo en una sola persona dos extremos infinitamente distantes, Dios y hombre. En una palabra: con aquella confesion quedariais instruidos de tan altos misterios, que su soberana doctrina bastaria á haceros formar una idea justa del alto grado de magisterio á que la Providencia destinaba á nuestro santo apóstol.

Mas al escuchar de los puros labios del Salvador quien es Pedro en aquellas sencillas pero magnificas palabras: *Tu es Petrus et super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam*: tú eres Pedro y sobre

esta piedra edificaré mi iglesia; entonces si que formaríais el debido concepto, y hallaría en Pedro vuestra admiración otra no esperada inesplicable é incompreensible exaltación de la humana naturaleza. Dios sobre toda espectación y concepto criado se unió al hijo del hombre sin ser capaz de la mas leve mancha, y le puso á su diestra; y este hombre Dios, queriendo derramar sobre el resto de los demas hombres inficionados con la culpa el inmenso mar de sus misericordias, puso á su diestra á Pedro uniéndole y asemejándole así de un modo singular no comun á los demas santos. Esto os procuraré demostrar haciendooos ver en Pedro: una imagen viva y copia fiel de Jesucristo aun en los privilegios que al Salvador le fueron como característicos y propios: para conseguirlo ayudadme á pedir las luces de la gracia. AVE MARIA.

*Punto primero.*

La omnipotente mano del Altísimo, que allá desde la eternidad quiso benéfica con el hombre hacerle sus delicias y digno objeto de su amor, le ennobleció desde su origen en el principio de los siglos con su imagen y semejanza. Sacó del

oscuro caos de la nada el resto de las criaturas, que con hermosa variedad componen el universo: del abismo insondable de sus perfecciones se derivaron á todas y cada una ciertos destellos, que con prodigiosa consonancia publican sus glorias: en todas resplandece su poder, en todas reluce su admirable sabiduría. Pero con todo no hay en cada una sino meros vestigios y sombras del ser divino y sus infinitas perfecciones. El hombre si que, compuesto de alma y cuerpo uniendo las dos naturalezas intelectual y corpórea, contiene la vida y ser de entre ambas y reúne en sí, para ser imagen y semejanza de Dios, todos aquellos rasgos y sombras del ser divino, que se miran repartidos en las diversas criaturas de una y otra. ¡Alta Providencia con que el Señor que había dispuesto edificar al hombre, quiso también edificar en él á toda la naturaleza!

Esta sabia economía y altos destinos de la Providencia en la creación del universo imitó en cierta manera nuestro Salvador en la grande obra del establecimiento de la iglesia elevando entre todos los hombres al glorioso Pedro, y constituyéndole su vicario, ó para decirlo con voces del Salvador, haciéndole piedra fundamental de este místico edificio. Vino

Jesucristo á obrar la reconciliacion del hombre con Dios, y reparar las quiebras de la primera culpa, y como por esta se habia desfigurado, ó casi borrado en el hombre la imagen de Dios, convino que su reparacion se obrase por medio de otra nueva semejanza y conformidad de los hombres con Jesucristo, la cual renovará en ellos la imagen del Altísimo desnudándolos del hombre viejo y vistiéndolos del nuevo. Por esto vino Jesucristo como egemplar, derramó sobre los hombres con sobrecabundancia sus gracias, los hizo partícipes de sus virtudes, y, á proporcion de la correspondencia de cada cual, en estos se vé retratada la mansedumbre, en aquellos la misericordia, en los otros el celo santo, y así de las demas virtudes de Jesucristo. Pero en Pedro, á quien habia destinado para maestro de todo el resto de los demas hombres; en Pedro, á quien constituyó cabeza de la iglesia, á quien eligió pastor de su grei, reunió las virtudes y gracias de todos para que en él formasen su mas cabal y parecida imagen; no de otra suerte que el Altísimo en la creacion del universo reunió el ser de todas las criaturas en el hombre para hacerlo á su imagen y semejanza.

¿Ni cómo hubiera sido San Pedro

digno maestro del resto de los hombres sino poseyese todas y cada una de las virtudes en el mas alto grado para su mas eficaz ensenanza con el egemplo? ¿cómo digna cabeza de este cuerpo místico de la iglesia si no se derivase y descendiese de él al resto de los miembros la vida de todos y peculiar virtud de cada uno? ¿cómo piedra fundamental sobre que se levantase el monte de toda santidad, el místico edificio de todas las virtudes si no las contuviera y reuniera todas en sí para poderlas sustentar? No hay duda, como el hombre es un compendio de la naturaleza en quien se hallan como abreviadas las criaturas todas, así Pedro es un epilogo de todas las virtudes. Facil seria convencerlos de esta verdad conduciéndolos de una en otra virtud; observándolas todas en este santo apóstol. Su prontitud en seguir á Jesucristo con un generoso desprendimiento y renuncia de todas las cosas: su valor é intrepidez para emprender lo mas árduo sin que le amedrente el odio, multitud y esforzado poder de sus enemigos: su constancia en medio de los trabajos y persecuciones, que sin turbar la serenidad de aquel corazón invencible toma tranquilo el sueño en las mismas cárceles á vista de los horrores de la muerte:

su infatigable zelo en publicar la resurreccion y té de Jesucristo no solo en Jerusalem y sus vecinos pueblos; sino tambien en las distantes ciudades de Antioquia, Alexandria y Roma; en Asia, Africa y Europa en que personalmente plantó y cultivó la religion viendo cuantos obstáculos oponian el poder todo y potestades del inferno: su humildad profunda: su caridad ardiente: su: ¿pero á donde voy? si para referir cada una de las innumerables excelentes virtudes que adornaron á Pedro y formaron en él una singular imagen, y una parecida copia de Jesucristo ni alcanza el tiempo ni son bastantes las voces. Cada una de ellas pedía muy largo y ponderado elogio; por que cada una se halla tan cultivada y practicada de Pedro que pareciendo formar su caracter, no le forma en realidad sino aquel maravilloso conjunto de todas que le hacen, como á Jesucristo, egemplar de toda perfeccion sin sombra alguna de vicio, como convenia á la piedra fundamental de la iglesia.

Porque aunque aparezca Pedro vano y presuntuoso cuando, sin atender á las voces del Salvador, ofrece morir antes que negarle, y no escandalizarse aunque todos se escandalicen; aun que parezca des-

cuidado en el huerto cuando duerme; débil en la casa del Pontifice cuando niega: todas estas culpas fueron de Simon que supo repararlas con imponderables ventajas la virtud de Pedro. Después que las lavó con las lágrimas de una pronta penitencia, y que ellas mismas le dieron motivo para la mas profunda humillacion, fué cuando Jesucristo fundó sobre él su iglesia exaltándole á ser cabeza y pastor de su grey. Antes eran grandes, si, las virtudes de Pedro, le habia distinguido el Salvador entre todos los apóstoles: él habia hecho el primero aquella gloriosa confesion de la divinidad de Jesucristo espluciendo en pocas palabras abierta y claramente los mas altos misterios de la humillacion de Dios y exaltacion del hombre; para esto habia alcanzado una soberana, divina ilustracion derivada inmediatamente del padre de las luces bastante á hacerle bienaventurado aun en la tierra: *Beatus es Simon Barjona, quia caro et sanguis non revelavit tibi*; le habia Jesucristo mudado el nombre para denotar la interior mutacion y renovacion que habia obrado en Pedro. Pero con todo aun quedaban en él reliquias del hombre viejo: habia de pecar, y preveia su caída la infinita sabiduria de Jesucristo; no tenia

Pedro todavía el perfecto lleno de las virtudes; y por eso, aunque el Señor le ofreció fundar sobre él su iglesia y entregarle las llaves del reino de los cielos, reservó la ejecución y cumplimiento de esta promesa para otra ocasión, para otro tiempo.

Llegó este por último cuando después de su gloriosa resurrección se apareció Jesucristo tercera vez en las orillas del mar de Tiberíades á los apóstoles que siguiendo á Pedro se hallaban pescando allí con él. Entonces fue el feliz y claro día, en que obrando el Salvador el gran prodigio de la milagrosa pesca, que nos refiere el evangelista san Juan al capítulo veinte y uno, como preludio de la grande obra que iba á ejecutar; entonces fué, digo, cuando haciendo por tres veces prueba de las virtudes y santidad de Pedro en su amor *¿Petre amas me?* y hallándolas radicadas todas en una caridad no solo ardiente sino excelente y superior á la de los demás apóstoles *¿Petre diligi me plus hi?* y animadas todas de aquel divino fuego con que vino á abrasar la tierra para purificarla de todo vicio, le entregó (como á quien se había ya desnudado enteramente del hombre viejo, y vestido del nuevo, copiando en sí perfectamente á Jesucristo) las llaves prometidas para el gobierno de

su iglesia, y le sublimó y exaltó á piedra fundamental de ella uniéndole á sí de un modo singular é incomprehensible, que hiciérase á Pedro comunes con el poder los títulos y dictados mas característicos y propios de Jesucristo.

*Punto segundo.*

Es cierto que en la renovación que el Salvador vino á obrar en nosotros, no solo se repara aquella primera imagen de la deidad con que fué ennoblecida nuestra naturaleza; sino que se mejora desnudándonos del hombre viejo, y vistiéndonos del nuevo; que es el mismo Jesucristo; y no solo se forma en nosotros la imagen de Dios, sino que se obra una union inefable con Jesucristo. Volved los ojos á ese adorable augusto sacramento en que el Salvador se nos ministra en vianda y bebida para que comiendo su cuerpo y bebiendo su sangre, bajo las especies de pan y vino, estemos todos en su Magestad, y su Magestad en nosotros; pero ¿cómo? Por un modo espiritual é incomprehensible en que estando el Señor todo en todos los que dignamente le reciben, todavía se comunica por grados á unos mas que á otros, según la disposición y mérito.

tos de cada uno, haciendo partícipes á estos de mayores y mas singulares gracias y dones que á los otros á proporcion que es mayor y mas íntima su union con ellos. Medid ahora si podeis por esta regla el grado á que llevo la union de nuestro glorioso apóstol y padre San Pedro con Jesucristo. Vino este Señor al mundo obrando aquellos grandes misterios, que no cabiendo aun en la comprension de los mas altos serafines fueron y serán por toda la eternidad el asombro de los ángeles. Todos ellos, y quanto egecutó el Salvador, se enderezaron á la grande obra del establecimiento de la iglesia plantada con sus sudores y regada con su sangre, y cuando por tantos titulos esta misma iglesia es tan propia de Jesucristo, los mayores que sobre ella pudo tener y le concedió su padre fueron los de cabeza, juez y pastor (1): *Ipsum dedit caput super omnem ecclesiam* (2): *Dedit ei pater iudicium facere* (3): *Ego sum pastor bonus*, y con estos mismos ennobleció y distinguió el Salvador á nuestro santo apóstol uniéndole de manera consigo que con toda verdad sea y se diga cabeza, juez y pastor de la iglesia universal.

(1) Ad Ephesios cap. 1. v. 22. (2) Joan. 11.

Le hizo cabeza haciéndole piedra fundamental de su iglesia, porque así como sobre la piedra fundamental de un edificio estriba y se sostiene toda su grandeza, y como de la cabeza descende y se comunica la vida á todos los miembros y por ella se rigen sus movimientos; así sobre san Pedro como sobre primera piedra de la iglesia se habia de levantar y sostener la virtud de todos los hombres, y de él, como cabeza, habian de recibir la vida de la gracia, el alimento de la doctrina y toda la espiritual direccion y regla de su creencia y operaciones. Le hizo juez dándole las llaves del reino de los cielos: *tibi dabo claves regni caelorum*: las llaves de aquellas puertas que estuvieron cerradas á los mortales por tantos siglos, hasta que el mismo Dios hombre (porque menor poder no bastaba) se dignó abrirlas la primera vez dejándolas despues en las manos de nuestro santo apóstol, que, constituido universal recto juez de los hombres, las pudiese abrir á los dignos y cerrar á los indignos, con tan soberano poder que aun pronunciadas sus sentencias acá en la tierra, fuesen firmes é inviolables allá en el cielo. Le hizo pastor encomendándole su grey sin limitacion de tiempo ni otra alguna: no estos ó aquellos corderillos: en

particular, no estas á aquellas ovejas; sino todos cuantos corderos y ovejas tienen la marca de Jesucristo son los encomendados á Pedro; *paste oves meas, paste agnos meas*: de manera que Pedro, á distincion de los demas pastores que Dios puso para el gobierno de su iglesia, es como Jesucristo pastor universal de cuantos fueron antes, son y serán los que en lo futuro compongan la iglesia universal.

Tanto pudo la singular maravillosa union de Pedro con Jesucristo; porque sin ella ¿podriamos acaso entender en alguna manera la estension de su pastoral ministerio á los tiempos posteriores en la continua sucesion de la doctrina con que el primero de todos confeso y publicó la fé de Jesucristo? ¿Sin esa union de Pedro con Jesucristo, que fué la obra primera en la mente del Altísimo, y á que se enlazaron y preordinaron cuantas obró su mano poderosa desde el principio de los tiempos, ¿cómo podriamos adelantar ó retroceder á tantos siglos precedentes la autoridad, jurisdiccion y gobierno de Pedro en los preeminentes titulos de cabeza, juez y pastor con que le ennoblecó Jesucristo? Todas estas glorias y preeminencias se contienen y comprehenden á mirar en solo el magnifico elogio de piedra

fundamental de la iglesia. Esta se forma y compone no tan solo de los fieles de la ley de gracia, sino tambien de todos cuantos desde la creacion del universo florecieron en las leyes natural y escrita, reunidos todos en Jesucristo, que no sin misterio vino en el medio de los siglos como centro y término de reunion de todos los santos colocándose en medio de ellos como piedra fundamental de la iglesia, y comunicando á Pedro esta gloria en tal forma; que sea una misma piedra fundamental con Jesucristo, porque, como enseña el apóstol de las gentes, el fundamento de este místico edificio es uno y ninguno puede poner otro fundamento que el que está ya puesto que es Jesucristo (1): *fundamentum aliud nemo potest ponere præter id quod positum est quod est Christus Jesus*. Pues si Jesucristo es el fundamento de la iglesia, y no se puede poner otro; siendo Pedro tambien fundamento de ella, como el mismo Salvador nos lo enseñó, es preciso confesar que por medio de una union inefable y singular fué exaltado á ser el mismo fundamento, y no otro, con Jesucristo, figurando en cierta manera la exaltacion del hijo del hombre

(1) Ad Corinth. 1. cap. 3. v. 11.

que por medio de la union hipostática es un mismo Dios, y no otro, con su eterno Padre. Ya no es de admirar aquella alta sabiduría, aquella imponderable eficacia con que Pedro, un pobre pescador, un hombre sin letras, confundia la sabiduría del siglo, y convertia á millares los hombres á la fé de Jesucristo, haciéndoles creibles y preceptibles aquellos altos misterios que los ángeles vieron con asombro, y para los hombres eran escándalo ó locura; ya no es de extrañar aquella milagrosa virtud que se difundia de Pedro, y derramaba sanidad por todas partes comunicándola hasta la vacia sombra de su cuerpo, á cuyo aereo contacto se obraba la espantosa curacion de los enfermos; ya no aquel poder divino con que castigó á Ananias y su muger la maliciosa reserva de parte del precio en que habian vendido su posesion quedando muertos á sus pies al oír la voz de Pedro, á la manera que del hijo de hombre está profetizado que con solo el aliento de su boca destruirá la bestia horrible, esto es, al anticristo en el fin de los siglos; porque toda esta alta sabiduría, esa milagrosa virtud de sanidad, ese divino poder son de Jesucristo, del hombre Dios trasladados á San Pedro con las llaves y pastoral ministerio. Siendo lo

cual así seria muy de extrañar la tibieza de nuestros cultos, el descuido y pereza para la imitacion, la falta de consideracion y memoria de los beneficios recibidos, y de confianza para alcanzar otros muchos.

Pero ¿quien, santo padre mio, quien haciendo un sério recuerdo de vuestros trabajos y fatigas en la grande obra de la estension de la fé de Jesucristo por todo el orbe para la comun reparacion del género humano, no se hará todo amor por el reconocimiento? ¿quien al contemplar en vos, que fuisteis alguna vez hombre pecador manchado con la culpa original como nosotros, y tocado del mortal veneno de las culpas actuales, la poderosa eficacia de la gracia que alejando de vos toda sombra de vicio os transformó en viva imagen y copia fiel de Jesucristo, en egemplar vivo de toda santidad y virtud; no se hará todo aliento para la imitacion? ¿Quién al consideraros centro de toda santidad, cimiento de toda virtud, y cabeza del cuerpo místico de todos los santos no se hará todo respeto para la veneracion? ¿Quién al ver la maravillosa exaltacion de la naturaleza humana que obró en vos el Altísimo uniéndoos por un medio maravilloso con el hombre Dios, poniéndoos á su diestra, y comunicándoos los mas escelen-

tes títulos de piedra fundamental, cabeza, juez y pastor, no se llenara al paso que de admiración tambien de regocijo y confianza para buscar en vos como en piedra el apoyo: como en cabeza la vida: como en juez al tiempo mismo que padre la misericordia y perdon: como en maestro y pastor la doctrina y direccion? Si, santo mio, estamos altamente persuadidos que allá desde los eternos descansos á la diestra del hombre Dios atendeis á vuestras ovejas, vive allí, y os anima como á buen pastor el cuidado y solicitud de ellas: en esta confianza nos ponemos bajo vuestra proteccion, é imploramos rendidos vuestra pastoral direccion seguros de que seremos con ella conducidos á los saludables deliciosos eternos pastos de la gloria.

## SERMON SEGUNDO

## DE SAN PEDRO.

Predicado en la Santísima Trinidad  
el dia 3 de julio de 1768.

*Beatus es Simon Barjona..... tu es Petrus.*  
Matth. c. 16.

La mas gloriosa contienda que vieron los siglos entre Dios y el hombre, en que se interesaban no menos que la revelacion del misterio mas soberano, y la promesa de la suprema dignidad, sobre que habia de levantarse la iglesia santa, es la que en el presente evangelio caracteriza singularmente la heroica grandeza de la cabeza visible de la iglesia, príncipe de los apóstoles, y primer vicario de Jesucristo sobre la tierra nuestro padre San Pedro. De una parte bañado Pedro de una luz soberana dando el mas ilustre y espreso testimonio de la divinidad de Jesucristo solamente conocido hasta entonces bajo el oscuro velo de las sombras y figuras; de la

otra el mismo Jesucristo tomando á su cargo el alabar la fé de Pedro, y remunerar su mérito con el honor y cargo mas glorioso, formaron una ilustre contienda en que, victorioso Jesucristo, logró Pedro en elogio de su fé y recompensa de su mérito la mas augusta y soberana dignidad. En este combate de entrambas partes tan glorioso, no sé si admire mas las singulares virtudes que en Pedro elogia Jesucristo ó la suprema dignidad con que le honró. A la verdad que al considerar á este glorioso apóstol elevado al soberano trono de la iglesia, revestido de un imperio tan grande, arrebatados de admiracion se ocupan todas nuestras ideas en contemplarle en la cumbre del honor, y sorprendidos de la gloria de su dignidad no nos empleamos en descubrir aquellas virtudes con que en el estado de una vida privada se preparaba Pedro á tanta grandeza. Pero el mismo Jesucristo, que en el presente dia hizo el mas acabado panegirico de su apóstol, nos ha enseñado, que no se puede formar el debido concepto de cuán grande se ostenta Pedro colocado en el trono soberano de la iglesia sin hacer ántes recuerdo de las excelentes virtudes con que en una vida privada se preparaba Simón á aquella dignidad, que desempeñó Pedro tan gloriosamente. Por eso

el maestro soberano primero hace el elogio de Simón canonizándole de bienaventurado: *Beatus es Simón*, y despues, llamándole con el misterioso nombre de piedra, le constituye fundamento estable de su iglesia: *tu es Petrus*. Dos cláusulas breves; pero que contienen la idea mas cabal del que distinguiéndose entre los demas apóstoles santos habia de ser el héroe de la santidad y de la iglesia. Habló de aquella heroicidad cristiana, hermoso conjunto de todas las virtudes, de aquella santa grandeza de ánimo pronta á emprender las obras mas difíciles y gloriosas para la comun utilidad, enlâce misterioso de los dones interiores que hermosean al alma con las acciones mas ilustres, en que al mismo tiempo es igualmente grande en su propia santidad, que en el glorioso desempeño de los soberanos fines que se le han confiado. Y veis aqui, señores, el órden, que siguiendo las mismas palabras de Jesucristo, me he propuesto seguir en alabanza de nuestro glorioso apóstol. El como príncipe y cabeza de la iglesia debia en el fondo de su alma poseer las virtudes mas grandes; para mostrar en aquellas brillantes y magnificas empresas á que se destinaba un heroismo completo de santidad. El habia primero de trabajar incesantemente

en su propia santificación, para hacer mas gloriosos los trabajos que iba á emplear en el establecimiento de la iglesia y comun santificación de los fieles. El por último debia distinguirse entre los demas apóstoles en la santidad, para campear despues heroico principe y cabeza de todos ellos. Estos son, señores, los dos grados de santidad á que reduzco el heroismo de San Pedro. Heroicas virtudes de Simon para su privada santificación. Heroicas virtudes de Pedro en el establecimiento de la iglesia para la comun santificación de los fieles. La misma sencillez y solidez del asunto, no otro que el del mismo Jesucristo en alabanza de Pedro; el objeto soberano de él, no menos que el fundamento, la cabeza, el padre de la iglesia santa, ofrecen las ideas mas grandes, y las imágenes mas magníficas. Yo ciertamente al considerar que entro en una materia en que todo es grande, todo soberano, todo ilustre, temeria manchar su dignidad con los toscos borrones de mis palabras; si la maestra de los apóstoles, ciclo hermoso de la iglesia santa y heroica reyna de ella, no alentara mi tibieza en un asunto tan de su agrado con los socorros de su gracia.

AVE MARIA.

*Beatus es et*

La iglesia santa, esposa amada de Jesucristo, centro de su amor y sus dones; la iglesia; ilustre junta, en que unidas con el estrecho nudo de la fé las gentes mas diversas en costumbres, las mas distantes en sus países, y las mas distintas en sus ritos habian de congregarse en un cuerpo: la iglesia, obra la mas admirable de la subiduria y amor de Jesucristo, es la demostracion mas sólida de los dos grados heroicos de santidad de Simon Pedro. El soberano maestro, que iba á formar en este glorioso apóstol el héroe de su iglesia, distinguiéndole del resto de sus discipulos como principe y cabeza de todos ellos, atendió singularmente en Simon á aquellas relevantes virtudes que le hicieran capaz de sostener el inmenso peso de la soberana dignidad que le confiaba. No fueron á la verdad ó lo ilustre de su cuna, ó la estension de sus luces, ó una profunda penetracion de los negocios politicos los dones que entre los demas apóstoles caracterizaban á Pedro; pero tampoco eran estas disposiciones de la carne y la sangre las que habian de tener parte en una eleccion todo divina. La iglesia, vuelvo á decir, que, según

la breve esplicacion del catecismo, no es otra cosa que la congregacion de los fieles regida por Cristo y el Papa su vicario: congregacion que comprende á los fieles todos justos y pecadores; congregacion de que están infelizmente escluidos los idólatras, los hereges, los cismáticos, se mantiene firme con el nudo estrecho de la fé, y logra sus aumentos en el amor infinito con que Jesucristo cuida y vela sobre ella; por eso estas eran tambien las heroicas virtudes con que se preparaba Simon, y á que atendia Cristo al constituirle piedra fundamental de su iglesia. El, como oráculo soberano que habia de tener sugeto á sus decisiones el mundo todo en los puntos inefables de la fé, debia estar ilustrado con una fé firme, sublime y superior á la de los otros discipulos: el, que iba á regir la iglesia recién nacida aun y á sostener inmensos trabajos, persecuciones, cárceles y á ostentar en las primeras conquistas del evangelio las mas heroicas acciones alimentadas con la caridad y amor de Jesucristo, debia tambien poseer en un grado singular esta divina virtud. Estas fueron desde luego las dos soberanas virtudes fé y caridad que hicieron el carácter de la santidad de Simon, y con las que, se pre-

paró al soberano trono que ocupó Pedro.

Y puesto que en la firme fé que caracterizó á Simon Pedro hemos de descubrir los singulares quilates con que se aventajó á los otros apóstoles: seame por ahora permitido pasar en silencio aquellas otras acciones, aunque grandes, que fueron comunes á los demas. Haber prontamente rendidose á la vocacion de la fé cuando Jesucristo les llamó para sí; renunciar, sino ricos tesoros de oro y plata, las esperanzas todas y los lazos mas estrechos de la naturaleza; recibir con humildad de la boca de Jesucristo sus celestiales doctrinas; comenzar á esparcirlas y anunciarlas, apenas se le comunicaron, fueron en la realidad ejercicios excelentes de la fé de Pedro; pero fueron comunes á Andrés, fueron comunes á Juan y Santiago, fueronlo á Matias y á los demas apóstoles. Busquemos su singular carácter y puesto que un solo rasgo ilustre suele á veces demostrar sensiblemente la heroicidad, pesemos con atencion el mérito de la fé de Pedro en la gloriosa confesion que hemos oido en el evangelio.

Habian espuesto los apóstoles en la célebre cuestion, que les propuso Jesucristo, del juicio que los hombres se habian formado de su persona los diversos

pareceren en que se dividian. Unos le colocaban en la clase de los profetas, otros le igualaban á Elias, otros á Juan Bautista y todos no tenían sino ideas muy limitadas y muy ajenas de su ser. Pero luego que el soberano maestro, volviéndose á sus apóstoles, pretende saber su propio sentimiento, tomando Pedro la palabra á la frente de todos, y ya como su maestro y cabeza: tú eres Señor, le dijo, el hijo natural y verdadero de Dios vivió: *tu es Christus filius Dei vivi*. ¡Qué testimonio tan ilustre, tan firme y tan interesante á la iglesia! El es la sincera confesion del soberano misterio, principio y fundamento de nuestra religion: él ha resonado gloriosamente en los mäs distantes países: él ha sido escudo firme de los mártires entre las espadas, entre las fieras, entre las llamas; él despues de tantos siglos ha servido á la iglesia como apoyo firme de su creencia. Yo, al leer los distinguidos elogios que los padres dan á la fé de Pedro, pienso que nuestra misma fidelidad nos impide en cierto modo alcanzar el particular mérito de esta fé sin igual. Nacidos, por beneficio inestimable del amor divino, en el seno de la iglesia católica, criados á los pechos de la fé y la devocion, alimentados de una santa

educacion casi al mismo tiempo ilustraron nuestro entendimiento, aun muy débil, los primeros crepúsculos de la razon y las soberanas luces de la fé de la divinidad de Jesucristo. Este artículo fundamental de nuestra creencia sonaba aun desde las cunas dulcemente en nuestros tiernos oidos; esto pronunciaban balbucientes aun nuestras lenguas; esto oimos en el retiro de nuestras casas, entre el ruido de las calles y plazas, en las exhortaciones de los templos; la fé de los mártires, la sabiduria de los doctores, las decisiones de la iglesia casi no dejan libertad á nuestro entendimiento para creerle, y á nuestra lengua para confesarse. Y fueron estas las circunstancias en que dió Pedro tan claro y tan ilustre testimonio de la divinidad de Jesucristo: ¡oh! Que sin tener parte alguna ni la educacion, ni la crianza de los hombres, ni lo que veia, ni lo que oia, sin tener parte estos inefables testimonios que se nos entran por los sentidos, al golpe de aquella luz soberana que del seno del padre de las luces bajo á llenar su entendimiento, hizo el primero aquella gloriosa confesion que hemos oido. ¡Qué grandeza, señores, ser el primero que despues de cuatro mil y mas años descubre al mundo con las mas

claras expresiones un misterio que los mas ilustrados profetas no habian conocido sino por sombras: un misterio en cuya creencia, segun el testimonio de Jesucristo, se cifra la felicidad de la vida eterna *hec est vita seterna*, y confesarle en medio de la oscuridad y sombras del judaismo sin egemplo, sin socorro y sin mas testimonio que el del cielo! Si volvia los ojos á las escrituras santas del viejo testamento, no hallaba sino símbolos y geroglíficos de este misterio cubiertos de enláticas sombras; si atendia á lo que antes de él habian dicho Juan Bautista y Natanael, eran aun testimonios en que parecia confundirse Jesucristo con los demas justos hijos solo adoptivos de Dios; si á las obras mismas de Jesucristo, estan, aunque tan admirables, no descubrian aun todo el fondo de la divinidad á aquellos ojos carnales. ¿Qué torrente, pues, de luces celestiales inundaria la alma de Pedro para que, superior á cuantos le habian precedido, y sin aquellos socorros que han tenido despues los fieles, confesara el primero de todos tan abiertamente un artículo, apoyo de nuestra religion y fundamento característico de nuestra fé? Sin duda que al ilustrarse de este modo su entendimiento descubriría en

aquella luz soberana, que se le comunicaba, aquellos inescrutables secretos de la divinidad y la Trinidad sobre que habia dentro de poco tiempo de ser sagrado oráculo y dar las mas respetables decisiones. Sin duda tambien que no podia Simon distinguirse mas señaladamente entre los demas apóstoles y disponerse para cabeza de una iglesia que tiene por fundamento la fé, que con una fé tan firme, tan espresa, tan gloriosa, que sin tener otro origen que la revelacion del padre celestial levanto á Pedro por boca del mismo Jesucristo al heroico grado de bienaventurado: *Beatus es Simon Barjona &c.*

Mas cuando así ilustrado el ánimo de Simon con una heroica fé comenzaba á ostentar la incontrastable firmeza sobre que habia de sostenerse la creencia de los fieles, al mismo tiempo en la ardiente fragua de su amor forjaba aquellas armas poderosas con que armado su corazon habia de conducir hasta el fin, á pesar de los mas poderosos enemigos, la heroica empresa á que se le destinaba. Aquellas dominantes victoriosas pasiones que precipitando al hombre á los mas peligrosos riesgos le grangean un triunfo criminal, la ambicion, la vanagloria, el orgullo y la soberbia, origen prin-

cipal de aquellas ruidosas acciones con que á los ojos del mundo se han merecido los hombres el título de héroes; estas pasiones, digo, no tenían parte alguna en el empleo soberano á que se disponía Simón. Solo el amor y un amor ardiente, activo sin medida podia ser el móvil que rigiera una empresa como el establecimiento de la iglesia santa que alimentada con el amor de Jesucristo no ofrecia sino trabajos, persecuciones, deshonras y afrentas. A la verdad que seria necesaria una lengua de fuego que en vez de palabras se explicara en rayos para ponderar dignamente el activo fogoso amor en que se abrasaba Pedro. Su corazón nacido al parecer para amar no tenia otros movimientos que los de amor. Su celo el mas activo, su valor intrépido, la impetuosa fogosidad de su indole no eran sino centellas que despedia el ardiente fuego que le abrasaba el pecho. Este amor tan heroico, tan sin semejanza empleado solamente en Jesucristo hizo que en todas ocasiones, señalándose Pedro entre sus coapostoles, atrópellando riesgos, venciendo peligros se diera á conocer por el discípulo mas amante. Porque ¿qué otro móvil, qué otro principio tuvieron todas aquellas demostracio-

nes en que se distinguió Pedro para con Jesucristo que un amor tierno, un amor sólido, un amor sin limites? ¿Qué mueve á Pedro á que cuando escandalizados algunos discípulos de la celestial doctrina de Jesucristo se retiran infielmente, él, contentiendo á los demas por su ejemplo, asegura que jamas se separará de su maestro? Su tierno amor. ¿Qué le obliga á significarle á Jesucristo en el Tabor el deseo de permanecer allí eternamente gozando de su vista? Su amor. ¿Qué peso le arroja violentamente por dos veces al mar en busca de Jesus? el de su amor. ¿Qué celo le inspira aquella santa curiosidad la noche de la cena de saber quién era el traidor desleal discípulo para tomar venganza de él? el de su amor. ¿Qué ardiente impetu le da valor en el huerto para presentarse armado de un cuchillo él solo contra una muchedumbre atrevida de soldados sin temor de la muerte? el de su amor. Mas qué ¿esta misma noche no nos presenta una negra sombra que oscurece la gloria toda de Pedro, un borron que desluce su amor en la repetida infidelidad con que por tres veces negó á su maestro? No, señores, dice el Padre S. Agustín: padeció, es verdad, este fogoso sol de amor su eclipse; pero un eclipse que

sirvió á que, disipadas con una amarga y  
 sólida penitencia las sombras de su culpa,  
 brillara su amor aun mas lucido que antes:  
 un eclipse que, dando ocasion á aquellas  
 tres gloriosísimas confesiones de amor, so-  
 lo parece oscureció el sol de su caridad  
 para que despues campeara mas lucido. A  
 la verdad, dice este gran Padre de la igle-  
 sia, el Señor que cual oficiosa abeja, que  
 saca el mas dulce y sabroso jugo de aque-  
 llas mismas flores de que chupa la araña  
 un mortal veneno: el Señor, que de los  
 mismos males toma ocasion para ostentar  
 su grandeza en beneficio nuestro, permiti-  
 tió que el que habia de ser héroe soberano  
 de su iglesia, depósito de aquel poder,  
 que de un solo golpe rompe las mas fuer-  
 tes ataduras de los vicios, aprendiera hu-  
 mildemente en su caída la fragil condicion  
 de los hombres. Mas, aun dejando aparte  
 esta reflexa tan oportuna, yo no sé qué  
 condicion es la de las almas grandes, y de  
 los espiritus generosos, que aun en las  
 mismas caídas descubren en cierto modo  
 el fondo de su grandeza. Por lo que toca  
 á Pedro yo me atrevo á decir que aun en  
 su mismo pecado dió cierta demostracion  
 de que no obraba, de que no se movia  
 sino por aquel fuego de amor de que es-  
 taba poseído. Porque ¿qué otra cosa fué,

que su amor á Jesucristo viciado, yo lo  
 confieso, con una ciega presuncion y con-  
 fianza, el que le hace prorumpir en aque-  
 llas ardientes expresiones de que el solo  
 sin temer la muerte seguiria á su maestro,  
 aunque los otros le desampararan? Y en  
 efecto, él sigue á Jesucristo, él se entra  
 intrépido hasta la casa misma de Caifás,  
 triste ocasion á la verdad de su caída,  
 efecto de una temeridad mal aconsejada;  
 pero señal tambien de un amor sin seme-  
 jante que en alguna ocasion no se dejó  
 regir por la prudencia. Y á vista de un  
 amor grande aun en sus mismos descarríos  
 ¿quién admirará ya que diese á Jesucristo  
 una demostracion tal cual no leemos se-  
 mejante en lo restante de su santa vida?  
 Bien sabido es el singular estudio con que  
 queriendo apartar este maestro divino de  
 sus apóstoles toda ocasion de emulacion,  
 madre fecunda de las discordias, cuantas  
 veces se ofrecia hablar de preferencia en-  
 tre ellos, tantas se explicaba en unos tér-  
 minos generales, misteriosos sin dar á al-  
 guno la primacia, ni lugar á division. Si  
 se habla de la mayoría en el reyno de los  
 cielos, dice generalmente que ésta será  
 prenda de quien tuviere mayor caridad.  
 Si reconoce en sus discípulos un apetito  
 desordenado de preferencia entre los de-

mas, les anuncia que el que mas se humillare sirviendo á los demas, ese será el mayor. Si los hijos del Cebedeo pretenden por medio de su madre las dos primeras sillas, tratándolos de ignorantes, asegura que el determinar la preferencia está reservado á su Padre; mas cuando se trata del amor, entonces si que claramente les da á conocer las ventajas de Pedro, entonces sin recelar que el conceder á Pedro la preferencia fuera ocasion de division, cuando sus mismos apóstoles estaban firmemente convencidos de los excesos del amor de Pedro, no duda decir la mayoría. Simon, hijo de Juan, le pregunta en presencia de los demas, ¿me amas mas que estos otros? y como si no bastara una pregunta en que manifestaba cuan cierto estaba del amor de Simon, por segunda y tercera vez le pregunta si le ama. ¡O amor todo luego! ¡O amor sin medida! ¡O amor heroico! tan superior á todo elogio que formaste acompañado de una firme fe en Simon el héroe de la santidad.

Hasta aqui, señores, no he hecho sino bosquejar confusamente; mejor diré, no he hecho sino deslucir con toscos borrones el primer grado de la santidad de Simon con que dignamente se preparaba á aquel trono sublime en que mostrará al

mundo Pedro en el establecimiento de la iglesia, y bien universal su heroicidad. ¿Mas quién podrá ni aun referir sencillamente las heroicas acciones con que, en la vasta empresa que iba á desempeñar, se ostentó igualmente zeloso en el bien de la iglesia, que lo fué en su propia santificación? Seria necesario poner como en un mapa presentes á la vista desde el oriente hasta el occidente, desde el septentrion al medio dia cuántas villas, cuántas ciudades, cuántas provincias, cuántos reynos componen la vasta extension del orbe; seria preciso recordarnos de cuantas gentes y naciones diversas en costumbres, en traques, en idiomas, en religion habitan este nuestro mundo, cuyos nombres aun ignoramos; seria forzoso recorrer los antiguos monumentos de la historia de la iglesia, y en ellas las persecuciones, los cismas, los errores, las poderosas armas que han hecho frente, y disputado á Pedro y á su iglesia el imperio. Si, que no eran otros los términos de sus conquistas que los del mundo todo, no eran menos los vasallos que habia de sujetar á su dominio, que los hombres todos, ni eran menos formidables los enemigos que tenia que combatir que poderosos emperadores, heresiarcas astutos, sabios alucinados, judios incréd-

dulos, idólatras pertinaces, direlo en breve: los hombres todos, que armados de sus pasiones reusaban sujetar su cerviz al yugo de una ley, que á sangre y fuego venia á publicar cruda guerra. En esta empresa rodeada de invencibles dificultades, cercada por todas partes de poderosos enemigos ¿qué virtudes, qué esfuerzos tan heroicos no era preciso emplear para desempeñarla dignamente? Ciertamente que siendo ella superior á cuanto puede concebir la mas atrevida imaginacion sugerida de una ambicion sin límites; solo el Todopoderoso, que la habia ideado, podia, á esfuerzos de su amor y sabiduria, conducirla felizmente hasta el fin. Pero tambien es cierto que Jesucristo eligió á Pedro para tan alto fin. Como el corazon reparte á todo el cuerpo la sangre que le anima, como la cabeza ministra á todos los miembros los vitales espíritus que sirven á sus funciones y movimientos, y para valernos de la misma semejanza de Jesucristo, como el fundamento sostiene toda la inmensa y hermosa fábrica del edificio; así Pedro como piedra firme, como invencible fundamento habia de mantener estable el hermoso y dilatado edificio de la iglesia santa debiéndose como á feliz principio á Pedro cuantas virtudes,

cuantos dotes mantienen y hermosean á la misma iglesia. Discurrid, señores, por las incomparables soberanas virtudes de que se compone la fábrica de este místico espiritual edificio, é inferid de ellas la heroica santidad del fundamento en quien se afirman, y á quien en cierto modo se deben todas esas virtudes. Esta inmensa fábrica, que penetra con sus altas torres hasta el mismo cielo, y dilata su ámbito por todo el universo, tiene por pavimento la fé de todos los católicos; le sirve de vasa la constante firmeza de los primeros apóstoles; por columnas la sabiduria de los doctores, la invicta paciencia de los mártires animada de la esperanza forma las sólidas paredes, que enlazadas con el vinculo de la fé son resguardo invencible á los asaltos enemigos; la pureza de las vírgenes, el retiro de los solitarios, la sangrienta penitencia de los confesores sirven de finos esquisitos relieves, que por todas partes la hermosean; la caridad, en fin, de los justos es el techo que coronando este edificio dá á conocer en sus preciosos lucidos esmaltes la suma perfeccion de la obra. Y bien, penetrad un poco á registrar el sólido cimiento á quien debe esta obra su firmeza, sobre que se mantiene su hermosura. Pedro es, dice el

mismo Jesucristo, *tu es Petrus et super hanc petram edificabo ecclesiam meam.* Este es el fundamento que fortalece á los católicos en su fé, que sostiene á los apóstoles en su ministerio, que, como espone San Agustín, ilustra á los doctores en su sabiduría, que anima á los mártires en sus persecuciones, que á las vírgenes, á las anacoretas, á los confesores, á los justos todos fortalece en el retiro, en la castidad en la penitencia, en la caridad: *Petra dicitur eo quod tamquam saxum immobile totius operis christianitatis compagem molemque detineat.*

Hasta aquí toda esta semejanza, tomada del mismo elogio de Jesucristo, no es otra cosa que una idea muy general de las heroicas acciones de Pedro en el establecimiento de la iglesia. Mas ¡oh! si queremos descender en particular á lo que egecuta, á lo que dispone, á lo que emprende cuando comienza á poner por obra este designio. El como destinado por Dios, como pastor, como doctor, como juez, como pontífice, siempre activo ocurriendo á todo, disponiendo de todo, ya segun la predicacion de Jeremías arranca y destruye, ya disipa y confunde, ya planta y fabrica: *constitui te super gentes, et regna ut evellas, et destruas, et disperdas, et dissi-*

*pes, et adifices, et plantes.* Era preciso que en tan vasto designio no hubiera cosa que no emprendiera, no hubiera virtud que no egecutara. ¿Era preciso comenzar á establecer la recién nacida iglesia por la predicacion? Vedle en medio de las varias naciones juntas en Jerusalem, sin temer amenazas ni castigos, reprender severamente á los judios, y vedle predicar el primero en público el evangelio á los judios, el primero á los gentiles con tanta fuerza, con tanta energia que en pocos dias convierte mas de ocho mil personas. ¿Era necesario comenzar por los milagros á admirar á los pueblos convenciéndolos que eran ministros del Todopoderoso? él hace el primer milagro, dice San Ambrosio, en testimonio de la fé dando á vista de un numeroso pueblo pies á un tullido; él con sola su sombra ayunta los males, y aun los mismos demonios. ¿Son necesarios castigos severos? ved por una sacrilega mentira muertos á sus pies repentinamente á Ananias y á Safira. ¿Es necesario juntar concilio en que se decidan algunas controversias? El le junta en Jerusalem, y Pablo, doctor de las gentes, ocurre á él como oráculo, dice San Gregorio. ¿Es forzoso caminar infatigable apostol por varios países á plantar en

unos y á confirmar y fortificar en otros la santa fé? El entra en el Ponto y en la Galacia, él pasa á la Capadocia, él penetra á la Asia, él corre la Bitinia, él entra en la Africa, él establece la primera iglesia en Antioquia ¿Es conveniente fundar particulares iglesias en el mundo, y repartir por todo él obreros evangélicos? El los destina á la Italia, á la Sicilia, á la Francia, á la España, á la Africa; digámoslo en breve, á todas las cuatro partes del mundo. ¡Heroicidad nunca oída! ¡Un hombre solo cargado de tan difíciles y tan varios ministerios, un hombre solo ocupado en tan diferentes empleos en que era preciso estar revestido ya de una constancia invencible, ya de una fina prudencia, ya de una suave dulzura, ya de una severa integridad, ya de una sabiduría toda luz, ya de una caridad toda fuego! Pero qué hay que admirar, todas resplandecen en Pedro, y adornado de todas conduce felizmente la mas difícil y grande empresa como héroe soberano de la santidad y de la iglesia; mas aun despues de todo faltábale aun á Pedro el esfuerzo mas heroico, faltábale aun la accion mas difícil y peligrosa; pero no menos necesaria al establecimiento de la iglesia. Este era el elegir asiento á su trono: iglesia en que

colocarse como oráculo cuyas decisiones obedecieran todos, y cabeza desde donde repartiéra á las demas iglesias el espíritu de su doctrina. Roma, oid señores, y admiraos: Roma es la que elige y destina Pedro para lugar y asiento de su trono. Roma, entonces altiva, señora y cabeza del orbe, centro de la grandeza y la idolatría: Roma tenazmente celosa de su libertad, que dando leyes á las otras naciones era esclava no menos de sus vicios, que de los ciegos errores de todas: Roma, poderosa corte de los emperadores y entonces regida del exceso de la crueldad y de la fiereza, sangrienta furia nacida para perseguir el cristianismo en Claudio y Neron, es en la que Pedro trata y dispone colocar la silla de la religion. Y ¿qué digisteis entonces vosotros soberbios muros nunca vencidos? ¿qué digisteis, templos erigidos en honor de la impiedad, y de las mentirosas deidades, al ver á un pobre pescador sin armados egércitos, sin defensa que va á sujetar vuestro orgullo, á estirpar vuestra antigua religion, á humillar vuestra soberanía, y á conseguir sujetándoos en una sola victoria el triunfo mas completo de todo el mundo? Roma, ó dichosa tú, mas feliz ahora en ser vencida que lo has sido en tus victoriosas

conquistas, mas grande cuando vas á humillarte, que en haber sujetado á tus armas las naciones, feliz, dice el gran pontífice San Leon, que en una paz cristiana vas á conseguir mayores triunfos, que en las sangrientas guerras viendo estenderte el poder de Pedro aun mas allá de donde habia llegado el de tus emperadores. Asi fué, en efecto, entra Pedro y triunfa, entra y vence viéndose con universal asombro Roma, asiento de la idolatria, coconvertida en el de la santidad; la capital del mundo infiel, en la capital del mundo cristiano, y sobre las ruinas de las falsas deidades erigidos los cultos inmortales del Dios verdadero. ¿Y qué otra cosa le faltaba á Pedro despues de concluido tan gloriosamente su heroico ministerio que consagrar con su sangre su trono, é imitando á Jesucristo concluir desde una cruz su triunfo, y comenzar el primero en la cruz despues de Cristo á practicar aquella santa abnegacion que habia de ser el espíritu de su iglesia?

Murió, en fin, Pedro; mal dije, pasó despues de increíbles tormentos, de trabajos gloriosos, de heroicas acciones á gozar en la triunfante iglesia el premio del establecimiento de la militante. Mas qué acabarán con la mortal vida de Pedro sus heroicas

acciones en beneficio de la iglesia? Concluyó con la muerte su alta empresa? no: dice otro Pedro, obispo de Ravena, solicitando á Eutiches para su conversion: vive aun Pedro, preside en el trono de su iglesia, y animando y sosteniendo siempre á sus sucesores cuida y protege á los herederos de su fé, segun la espresion de San Ireneo: *Quoniam beatus Petrus, qui in propria sede et vivit et presidet, prestat quarentibus fidei veritates, nos in omnibus ut confidimus administrationis sue protegit, et tuetur heredes.* Mueren los demas hombres, y dejando impreso en sus obras el fatal sello de su mortalidad acaban con la muerte sus empresas: Pedro, que ya desde las primeras de su heroico ministerio veia que el imperio de la iglesia habia en todos los siglos, en todas las edades de ser acometido vigorosamente por impios heresiarcas, que escoltados del poder del infierno habian de assaltar en sus mismas trincheras la santa fé en todos los siglos, como invencible fundamento ha sostenido en sus gloriosos sucesores otros tantos invictos defensores de la iglesia. Mas de doscientos gefes armados del error, de la astucia, de la impiedad ha vomitado el infierno contra la iglesia; viene siempre esta santa nave en el alto mar de las per-

secuciones combatida de reelos vientos, agitada por las mas funestas tempestades. Vióse, dice San Gerónimo, en tiempo de Arrio tan dominante el error, que el orbe casi todo lloraba sobre si viendose discípulo de su secta. Donato, Eutiches, Nestorio, Sergio, Pelagio, Lutero, Calvino: ¿qué me detengo? innumerables otros monstruos de la impiedad no han dejado piedra por mover para desquiciar este edificio; mas despues de persecuciones crueles, de heregias, de cismas subsiste aun gloriosa, y mantenida sobre la heroica fé de Pedro triunfa de las huestes infernales: *portæ inferi non prevalebunt adversus eam*. La misma voracidad é inconstancia de los tiempos que, como un rápido torrente, ha arrebatao en pos de sí los mas poderosos imperios, no ha servido sino de hacer mas glorioso el imperio de la iglesia firme aun despues de tantos siglos. En el espacio corto de pocos siglos se vió nacer en Belo y acabar en Baltasar el imperio de los asirios. Nació en Ciro, y acabó en Dario el de los persas. Comenzó en Alejandro, y murió en Tigranes el de los griegos. La altiva república de Roma, que parecia tener en cada uno de sus templos un espejo de su inmortalidad, murió finalmentez mas la iglesia de Jesucristo.

ro mantenida sobre la fé y la heroica santidad de Pedro burlandó la inconstancia de los tiempos, triunfando victoriosa del poder del infierno vivió, vive aun, y vivirá hasta el fin de los siglos: *portæ inferi non prevalebunt &c.*

Giman ahora en las profundas cavernas del abismo; confundanse Lutero y Calvino al ver en la gloriosa sucesion de diez y ocho siglos siempre firme, siempre floreciente, victoriosa siempre la iglesia de Jesucristo contra el poder, contra el error, contra la astucia. Vean en esto el argumento mas poderoso de la santidad de la iglesia católica, y argumento tambien de la heroica grandeza de Pedro, esas infelices victimas del error, piedras verdaderamente reprobadas por el supremo Autor. Pero felices nosotros, místicas piedras de este edificio, miembros de este glorioso cuerpo que lo gramos en un héroe tan grande como Pedro el fundamento que nos sostiene, y la cabeza que nos anima. Felices vosotros singularmente los que, bajo la juiciosa y madura conducta de la cabeza que os preside, sois ilustres miembros de esta venerable y respetuosa congregacion. Dichosos que, teniendo por glorioso timbre el misterioso nombre de Pedro en

sus cultos, colocada bajo su proteccion os declara por dos titulos, por fieles y por congregantes, hijos de este glorioso apostol. Felices que, hijos de su glorioso espíritu, tenéis por principal instituto el de la caridad, virtud la mas característica de la santidad de nuestro príncipe. Haria ciertamente injuria á vuestra piedad, vuestro celo, vuestro caritativo fervor si quisiera elogiar con palabras las virtudes que patentes á los ojos de todos son otros tantos pregoneros de vuestra alabanza, y pues que en el solo nombre de congregantes de San Pedro tenéis el elogio mas cumplido; no me resta otra cosa que unie mis votos y súplicas con los vuestros, y presentarlos hasta los pies del escelso trono de gloria, que en la triunfante iglesia ocupa el príncipe de los apóstoles. Tu fe, padre amantísimo, la mas singular, tu ardiente caridad con que aun en el estado de una vida privada te ostentaste heroicamente santo, tus heroicas acciones en el desempeño de la dignidad de cabeza suprema y piedra fundamental de la iglesia nos aseguran en tu proteccion las mayores felicidades. La iglesia santa con tu glorioso sucesor que la rige, la monarquía de España con el católico Monarca que la gobierna, los cuerpos todos

religiosos y políticos esperan con razon de tus santos influjos una fe floreciente, y un fuego ardiente de caridad. Haz que experimentemos todo aquel poder universal con que sujetó el Señor á tu imperio la tierra, el mar, y aun los mismos abismos. Haz que esas misteriosas llaves que tienes por divisa nos abran en la tierra por la puerta de la caridad los tesoros de la gracia, y al fin nos conduzcan miembros afortunados de la iglesia militante á gozar en la triunfante los premios de una eterna gloria: *ad quam &c.*

SERMON  
DE SAN ESTEBAN.

*Stephanus plenus gratia et fortitudine. Actor. cap. 6.*

Razon era que despues de haber celebrado ayer con jubilos y regocijos en el nacimiento de un Dios niño los primeros fundamentos de la religion, celebraramos hoy en el martirio del glorioso Esteban el primero mas visible triunfo de la religion ya fundada. Ayer por la primera vez se deja ver la gracia de nuestro Salvador y capitan brillando entre las pasas; y hoy entre piedras sangrientas da el primer glorioso testimonio de haber triunfado de la muerte un soldado: ayer en las primeras cunas de un Dios hombre celebran á competencia el cielo y la tierra el gran precio á que viene el Hijo del Padre á adquirírnos la gracia; hoy, á pesar de la inhumana crueldad de los hombres en la tierra, publica el cielo, abriendo sus senos, cuan glorioso ha sido en el

primer martirio el triunfo de la gracia. Y veis aqui (siguiendo el bello pensamiento del santo obispo de Raspe Fulgencio) la mas propia materia que forma el panegirico del glorioso proto-martir de Jesus: San Esteban: un hombre que lleno del Espiritu Santo y de la gracia en su ministerio, su predicacion y su muerte, da el mas ilustre testimonio del poder soberano de la gracia del Salvador. Esta joya, señores, de inestimable precio, esta preciosa margarita por cuyo logro dió el mercader divino el rico tesoro de su sangre, esta prenda don del espíritu del Padre, este divino ser es el que, á pesar de las ideas de carne y sangre que nos ofuscan, debe ser el blanco de nuestros deseos. ¿Y qué mucho si levantando nuestra humana naturaleza hasta la alta cumbre de la divinidad nos hará como otros tantos dioses ó hijos del Altísimo? Es la gracia, declara el santo concilio de Trento, un divino ser impreso en el alma que borrando en ella la fea mancha de la culpa la ilustra, la hermosa y la coavierte en una copia viva de la divinidad. Acomodado á esta católica doctrina, gracia (dice el catecismo) es un sér divino que nos hace ser hijos de Dios y herederos de su gloria: un ser por el cual el alma, superior á

cuanto poseen por naturaleza los serafines, mas encumbrados, endiosada y deificada, como dice el doctor de las escuelas Santo Tomas, se coloca en un grado divino no siendo por participacion y semejanza lo que es Dios por naturaleza. No de otra manera que las groseras materias del bronce y del papel cuando se hallan grabadas é impresas con el real sello, se conducen y depositan reverentemente y sin dejar de ser lo que son en sí, por estar selladas con la imagen ó nombre real exigen de nosotros las mas obsequiosas sumisiones: así el alma que recibe la gracia, sin dejar de ser criatura, sellada con el mismo Espiritu Santo recibe una forma divina hecha viva imagen del Criador, y una figura de su bondad y santidad: *in quo credentes signati estis Spiritu promissionis Sancto*. Es limitada, pero tiene impreso el sello de la Omnipotencia: es ignorante, pero está sellada con la divina sabiduría: es criatura y sujeta á vivas pasiones, pero señalada con la santidad de Dios tiene impreso con la misma divina mano el sello del Espiritu Santo. De aquí, con asombro y espanto de la misma naturaleza, superiores á sí mismos los apóstoles, los mártires, los confesores, las santas vírgenes con desprecio

del mundo y sus placeres, sordos á los atractivos de la sangre, burlándose de la misma muerte han dado testimonio de los victoriosos triunfos y soberana virtud de la gracia. Pero ¿para qué es buscar otro testimonio si en el glorioso protomártir Esteban tenemos el día de hoy un ejemplo el mas ilustre de este triunfo? Canonizado por el mismo Espiritu Santo de lleno de su gracia por tres veces, lo que quizá no se lee de otro santo alguno, él mismo nos declara esta abundancia. Lleno de la fe y del espíritu del Señor en su ministerio: *elegerunt Stephanum virum plenum fide et Spiritu Sancto*. Lleno de gracia y fortaleza en su predicacion: *Stephanus plenus gratia et fortitudine faciebat signa et prodigia multa in plebe*. Lleno al fin en su sangrienta muerte: *cum autem esset plenus Spiritu Sancto intendens in caelum vidit gloriam Dei*. Derramando Dios siempre á manos llenas la gracia sobre su siervo le toma por instrumento para los triunfos de esta gracia. Triunfa del mundo en su ministerio de los hombres en su predicacion: de sí mismo en su muerte.

Estos triunfos gloriosos de la gracia en Esteban serán la materia de su elogio, si antes la que sobre todos los justos por

ser madre de Dios fué llena de toda gracia da esfuerzo á mis palabras y me ilustra: ayúdame á pedirselo saludándola con el ángel. AVE MARIA.

Gozaba la iglesia santa en sus primeros dichosísimos tiempos de aquel espíritu de union y desinterés entre sus hijos que, haciendo casi comunes los bienes y facultades de todos, representaba verdadera la soñada felicidad de la edad de oro. Parecía que una misma alma los animaba á todos, y conociéndose apenas la division en las facultades corrían los fieles animados de un santo celo á presentar sus bienes á los apóstoles, quienes se empleaban en socorrer con la mas justa economía las necesidades de los otros. Era necesario sobre todo el desvelo en proveer al débil sexo de las mugeres, especialmente en el estado de viudez en que, ya sin apoyo y entregadas á la piedad y devocion de su retiro, demandaban mayor socorro. Pero los apóstoles santos, á quienes llamaba su ministerio para llevar á los mas ocultos y retirados climas el nombre y la religion del Salvador, era preciso se desentendiesen de tan penoso empleo. Por otra parte el espíritu de cisma y division dominante entre los griegos pronosticaban ya desde entonces los funestos sucesos que habian de

traer algun dia. Las viudas de los griegos comenzaron á murmurar que abatiendolas á los mas humildes ministerios se veian despreciadas en los socorros y limosnas. La menor queja aun infundada era un inminente riesgo para una iglesia reciente y casi en sus cunas. Eligieronse por tanto siete varones de la fé mas pura á quienes, consagrados primeramente diaconos, se les encomendó este ministerio. Señalóse entre todos el joven Esteban, y ya desde luego se le presentaron en el espacioso campo de un cargo peligrosísimo los dos mas forzados enemigos, y defensores acerrimos del corrompido mundo: quiero decir, las dos mas terribles pasiones que le sostienen. Y ¡ó qué asaltos! ó ¡qué sangrientos combates se le preparan á Esteban para hacer mas glorioso su triunfo, ó el triunfo de la gracia por su medio!

*Punto primero.*

El interés, pasion la mas grosera, pero la mas universal cuyo sutil veneno sabe burlarse de los antidotos mas eficaces de un corazon arreglado: el interés, exerebre que gira la engañosa máquina del mundo; punto á donde van á parar las líneas todas de las pasiones acomete á Esteban

con el mas terrible empeño. Un corazon desinteresado que sabe huir de las riquezas, y preservarse de su contagio, es canenizado por el mismo Espiritu Santo de feliz verdaderamente y digno del mas sobresaliente elogio: *Beatus vir qui post aurum non abiit. Quis est hic et laudavimus eum?* No obstante los siglos todos de la iglesia nos ofrecen, despues de los apóstoles santos, varones egemplares que siguiendo las máximas de Jesucristo despreciaron generosamente las riquezas. Y aun en medio de la mas risueña y rica fortuna han sabido los siervos del Salvador egercitar el arte divino de separar el corazon de aquellos bienes en cuya posesion los detenia, ó el estado ó el nacimiento ó el puesto. Pero no eran solo, señores, los poderosos atracrivos del interes los que preparaban á Estéban el mas peligroso combate. Despojarse de los bienes para despreciarlos, es huir del enemigo: usar con arreglo y justicia de los que la fortuna ó la industria ha adquirido dando á la piedad los restos que ella exige, no demanda sino un espiritu libre de intereses; pero ¿cuán diferente, cuán cercado por todas partes de escollos peligrosísimos fué el ministerio de Estéban? Distribuidor económico de los bienes comunes; árbi-

tro por otra parte para retenerlos y convertirlos en usos propios; espuesto por otra á yerros funestos aun en las mismas piadosas distribuciones, necesitaba Estéban no solo de un desinterés noble, sino aun mas de una prudencia astuta, de un juicio libre y de un ánimo superior á las murmuraciones y quejas á que están sujetos tales empleos. El era el objeto de la espectacion y severa censura de todos: pobres y ricos, hombres y mugeres, misericordiosos y necesitados, todos, todos eran severísimos jueces del ministerio de Estéban observando vigilantes su empleo y á todos era deudor este prudente diacono. Los ricos deseando que las limosnas se distribuyesen á su grado; los pobres ansiosos de socorro, estimando cada uno su propia necesidad por mayor queriendo ser preferidos á los demas, unos y otros hacian sobremanera difícil una conducta diestra para satisfacer á todos. ¿Pero que no puede la gracia? ¿ó qué triunfos no consiguen los corazones que ella rige? Estéban no solo manifiesta un noble y cristiano desinterés, sino que prudente, poniendo en uso las máximas de la mas fina política y de la caridad, á todos satisface; y el inquieto y delicado espíritu de las mugeres griegas, apagado del todo aquel

primer fuego de division, halla en la conducta de Estéban un freno á sus murmuraciones. ¿Y qué mancha podrían descubrir en este ilustre diácono que sin distincion de sexo ni personas abrazando á todos en el seno comun de la misericordia, sin reconocer cosa suya todo lo distribuye, pesa en la balanza de la mas justa razon las miserias del pobre, corre solícito por todos los barrios, inquiere, solicita, busca y como padre comun de todos todos bendicen sus manos bienhechoras? ¡Raro milagro de la gracia! y mas raro si reflexamos que no es solo el interes, sino aun otro enemigo mas temible, esto es, el placer y el delcete, el que tiene que vencer Estéban en su ministerio.

Inútil seria querer hacer aqui una viva pintura de los encantos de esta pasion, y mas cuando no habiendo lugar á la fuga es preciso combatir cara á cara con un tan poderoso enemigo. Huyen los mas inocentes á los oscuros fincones de un claustro, á las espantosas soledades de una gruta, y alli mismo suelen no juzgarse bastantemente seguros de los sobresaltos de esta traidora pasion. Caen los cedros mas encumbrados del Libano al dulce y engañoso soplo del placer; y las mas fieles memorias nos acuerdan cada día que

ni á los justos Davides, ni á los sabios Salomones sirvieron de defensa en la ocasion su sabiduria y su piedad. Volved ahora los ojos á Estéban, y vedle en medio del fuego sin quemarse: obligado por su ministerio á tratar frecuentemente con un sexo tanto mas temible quanto mas débil, empeñado en las ocasiones mas delicadas y peligrosas no puede defenderse, ni por el retiro, ni por la aspereza del trato. No es este un hombre á quien la madurez de la edad y la esperiencia de las canas sirvan de barrera para este fuego nocivo: jóven, dice el gran Padre San Agustin, en el verdor mas floreciente de su juventud, á quien su mismo ministerio precisa á la dulzura en el trato, á la asabilidad en el semblante, á la suavidad en las palabras. ¿Qué circunstancias tan funestas para un continuo trato con el otro sexo! Añadid á esto, segun el testimonio del mismo Padre, la hermosura rara de Estéban, aquel suave dominio que las dádivas aun las misericordiosas establecen sobre los corazones, y no podreis dejar de concluir, que esto es uno de aquellos gloriosos triunfos de la gracia que como arrebatando la admiracion, apenas pueden proponerse por modelo. Toda la eminente santidad de un Bautista busca entre las

fieras en un desierto asilo contra las dulces traiciones del placer mundano: el austero y fogoso espíritu de Elías busca para conservar su candor las soledades ásperas de los montes; y para testimonio de nuestra fragilidad ni las canas, ni la virtud, ni el horroroso silencio de las selvas libertaron de afrontosas caídas á un Jacobo, á un Victoriano, un Ptolemeo y un Macario. Pero Estéban no huyendo, sino teniendo siempre presente, tratando familiarmente con este peligroso enemigo; no en las espantosas grutas del Egipto, ó la Nitria, sino en medio de la espléndida y corrompida Judea; no en el invierno sino en la primavera de su edad conserva sin mancha su pureza. ¿Qué mucho ya que dejándose ver en su semblante aquel hermoso candor de su espíritu pareciera un ángel aun á sus enemigos mismos: *Viderunt faciem ejus tanquam angeli?* Triunfó tanto mas glorioso quanto que teniendo menos de aquel brillo extraordinario, que aun en las obras y empresas santas suele hacerse admitir del mismo mundo, tiene por tanto mas quilates de heroicidad. Yo no juzgo mas dignas de admiracion las ruidosas victorias de la gracia que se dejaron ver del mundo todo contra el esfuerzo de las armas y el poder en el pu-

blico ministerio del apostolado, que las que en un empleo económico en el recinto de Jerusalem consigue contra dos enemigos domésticos, el interes y el placer, nuestro ilustre diácono.

Nos asombra, y con razon, ver á los apóstoles santos correr con ánimo intrépido los helados países del norte, y los ardientes climas de la Libia: hacerse entender y sujetar al yugo santo de Jesucristo al bárbaro lapon y el escita, y al indio inculto y rudo: que como depositarios de la omnipotencia sujetan á su voz los elementos, olvidada muchas veces la naturaleza de sus constantes leyes. Y cuando estos ruidosos prodigios nos sorprenden, nos arrebatan; contemplemos con indiferencia á Estéban que, hollando bajo sus pies la fuerza poderosa del interes, y los suaves hechizos de la carne, ataca al mundo en sus mas fuertes trincheras, y consigue una completa victoria de sus dos mas poderosos defensores? Estos son sin duda los prodigios que en los hechos santos de los apóstoles se nos advierte obraba Estéban en su ministerio: *faciebat signa et prodigia multa in plebe*. Dar vida á los muertos, vista á los ciegos, oído á los sordos, sanidad á los enfermos son, sí, prodigios raros, triunfos de la gracia;

pero satisfacer á todos en la universal distribución de los bienes; tener en sus manos las riquezas de todos sin que el negro fumo del interes manche su corazon; tratar familiar, dulce y suavemente con el otro sexo conservando siempre una pureza de ángel, es un milagro de primer orden: es un triunfo cumplido del engañoso mundo, y por el que el Padre de las escrituras San Gerónimo no duda afirmar, que Estéban fué igual á los apóstoles en la gracia, aunque inferior en el ministerio.

*Segundo punto.*

¿Pero qué faltó á Estéban para que, aunque inferior en su primer ministerio á los apóstoles, pueda compararseles como otro apóstol en su predicación? De hecho, no contento Dios con haber tomado á Estéban por glorioso instrumento para que por su medio triunfara la gracia del mundo, quiso tambien que lleno de su espíritu triunfara en su predicacion de la incredulidad obstinada de los hombres: *et non poterant resistere sapientie et spiritui qui loquebatur.* ¿Y podria menos que ser el mismo espíritu del Señor el que hablaba en Estéban? ¿podia menos de estar lleno de una gracia triunfadora

de la humana obstinacion, cuando preparaba Dios á Estéban para predicar y confundir á los hombres mas endurecidos, á los enemigos mas implacables del evangelio? No son los sabios que tiene que vencer espertos gentiles en quienes halló siempre mas docilidad la luz de nuestra religion: no bárbaros silvestres é incultos en quienes, á pesar de su fiereza é ignorancia, echó la gracia del Salvador profundas raices. No, señores, los judios á quienes su misma instruccion en la ley y los libros sagrados haciéndolos mas soberbios, hacia tambien, segun un juicioso escritor, mas difícil su conversion: estos son los enemigos con quienes va á combatir Estéban. Jerusalem, que aun conservaba fresca sobre sus calles sacrilegas la inocente sangre del Salvador; Jerusalem, asiento de la obstinacion y rebeldia, escuela universal de los judios, y centro de sus sinagogas, iba á ser el temible teatro de las disputas de Estéban. Aqui tenian los doctores sus asambleas, aqui daban lecciones, se ganaban discipulos, y el pueblo, ciego adorador de sus maximas, enfurecido contra la nueva religion de Jesucristo no habia aun apagado su sed con la sangre que acababa de derramar. Y ¿qué podrá esperar Estéban de unos hombres á quie-

nes ni la misma sabiduría divina, ni las voces aunque mudas de sus milagros, ni tantas palabras tantas veces predicadas por su misma boca llegaron por último á convencer?

Pero nada puede detener el impetuoso curso de la gracia triunfadora que obra en Estéban. Se presenta en medio de todos este jóven apóstol, y ya suave como un cristalino arroyo que difundiéndose por el campo todo lo riega, ya fuerte como un rayo fulminante que todo lo abrasa, enseña, amenaza, promete y los confunde. Corazones indóciles y rebeldes, les dice, homicidas y traidores á la sangre de vuestro Dios; hasta cuándo os haréis sordos al espíritu del Señor? Y á esta divina exhortacion de Estéban ya suave é insinuante, ya vehemente y llena de terror; qué responden aquellos doctores maestros del error, que tantas veces, interpretando siniestramente las sagradas letras ó con sentidos equívocos ó con preguntas que ocultaban el veneno mas nocivo, se oponian atrevidamente á la infalible doctrina del Salvador? ¿Revolverán los libros sagrados, opondrán á Estéban sus testimonios mal interpretados, alegrarán sus tradiciones y preceptos? Nada menos: pues sin poder resistir al impetuoso tot-

rente que sale de su boca todos enmudecen, todos callan: unos convertidos, otros mas obstinados: unos riudiéndose á la verdad, otros oponiendo blasfemias atroces; pero todos al fin convencidos son despojo glorioso de su triunfo. Triunfó Estéban, como Pedro en Roma del gentilismo, él en Jerusalem del judaismo todo. A Pedro se reserva la cabeza del mundo y la maestra de la idolatría para que sujetándola, en ella sujete á todo el orbe: Estéban, aunque inferior en el ministerio, combate en Jerusalem, escuela universal y doctora del judaismo, las sectas todas de los judíos universalmente repartidas. El celo de Estéban aunque encerrado en Jerusalem triunfa desde allí, y se estiende á las tres partes del mundo descubierto hasta entonces: *Et in omnem terram*, pudiéramos decir, *exiit sonus ejus*. Armóse contra Estéban la Europa en los libertinos de Roma; la Asia en los de la Siliicia ó Caramania; la Africa en los de Alejandria y Cirene. En una sola victoria triunfa de todos, y en una sola ciudad confunde á todo el judaismo. Yo bien sé que el suceso no fué igualmente feliz y glorioso: los confundió á todos Estéban, su silencio y su rabia era un testimonio nada equívoco de estar convencidos; pero

no todos abrazaron la verdad y se sujetaron; antes bien, como suele ser propio de la mentira confundida hacerse insolente, vengativa y rabiosa, aquellos impíos que no podían disputar á Estéban el triunfo de la razon, enfurecidos y ciegos armándose de piedras concuerrieron á consumir los triunfos de la gracia con la sangrienta muerte de nuestro diácono. Permite Dios que la malicia de los hombres sirva de instrumento á su gloria, y Estéban, que hasta aquí en su ministerio y en su predicacion habla triunfado del mundo y de los hombres, triunfa por último de sí mismo en su muerte: *cum autem esset plenus gratie intendens in caelum vidit gloriam Dei.*

Punto tercero.

No me permite el tiempo detenerme en demostrar que la verdad mas heroica es el perdón de los enemigos, que interesándose en esto, mas que en otra cosa, la carne y la sangre, son los mas poderosos enemigos, no el mundo y sus atractivos, no los hombres y su poder, sus promesas ó amenazas; sino el mismo corazón del hombre. El mundo mismo, las falsas máximas colocadas sacrilegamente en la clase del pñador, la artificiosa máscara con

que cada día se cubre la venganza y el odio bajo el exterior del honor nos estan persuadiendo lo que claman cada día los mundanos: que el mas heroico vencimiento de sí mismo, que la virtud mas difícil y, según las ideas carnales, casi imposible es el sincero amor del enemigo. Ved pues, señores, hasta donde elevó á Estéban la gracia del Señor. Transportados sus enemigos de un bárbaro furor arrastrándole fuera de Jerusalem comienzan á descargar sobre su cuerpo un torrente de piedras: no hay piedra que no logre el golpe, ni hay golpe que no hiera cruelmente. ¡Y qué no pueda yo presentaros ahora en una sangrienta, pero hermosa pintura á Estéban cargado de furiosos golpes, oprimido de la muchedumbre de las piedras; pero ¡qué serenidad en su semblante! ¡qué intrépida magestad en sus movimientos! ¡qué tranquilidad en su corazón! Mas poderosa la gracia en sostenerle, que la muerte misma en agraviarle, se postra de rodillas y levantando los ojos al cielo ¡O Señor! dice, *dignate perdonar este delito; y reciba tu misericordia en tu seno á mis perseguidores.*

Admiren unos cuanto quieran la prerogativa de Estéban en haber sido el primero que derramando su sangre por la

religion siguió las sangrientas huellas del Salvador. Ponderen otros la calidad de su muerte: alábase en hora buena como primer modelo de los mártires despues de Jesucristo; pero admiremos sobre todo que á vista de sus enemigos en el mismo horror de la persecucion, con la muerte mas cruel á los ojos es su primer cuidado pedir y rogar por sus bárbaros homicidas. Parece que asombrado el cielo de tan gloriosos triunfos abre sus senos para que los bienaventurados sean testigos de tanta gloria! Pero ¿qué mucho? si el mismo Jesucristo en pie y en calidad de combatiente se deja ver de Estéban con todo el aparato y esplendor de su gloria para animarle. Mundo cobarde y perezoso que reputas estos heroicos sacrificios por repugnantes á la naturaleza, que juzgas estos vencimientos por esfuerzos quiméricos, por empresas bellas y grandes en la idea; pero imposibles en la egecucion ¿qué tendrás ya que oponer á vista de Estéban triunfante de si mismo? Habias visto al Hijo de Dios pendiente de una cruz rogando por sus enemigos; pero en su misma divinidad pretendias hallar escusa á tu cobardía, y reputar su egemplo superior á nuestra imitacion: *multum est te imitari Dominum Jesum*, dice el

grande Agustino; pero ya te presento en Estéban un egemplo de un puro hombre: *attende Stephanum conseruum tuum*. Estéban entre los horrores de la muerte perdona á sus enemigos; y tú ¿no te alientas á perdonar la menor injuria? *attende Stephanum conseruum tuum*. Estéban perseguido, deshonrado abraza con amor á sus mismos verdugos; y tú lleno de resentimiento colocas entre las máximas del honor la venganza de un leve desprecio: *attende Stephanum conseruum tuum*.

Pero ¿para qué intento confundir unas máximas sacrilegas desterradas de todo corazon piadoso, ni qué podrian mis palabras á vista del egemplo que un Dios niño quiso darnos desde sus cunas, cuando en su nacimiento vino á establecer la mas concorde caridad, y la paz mas tranquila? Allá, Señor, desde Jerusalem á Belen, de la muerte de Estéban á tu nacimiento, de una imagen sangrienta á la mas dulce representacion que manifiesta un pesebre, vuelvo por último mi atencion: allí, donde con celestial armonia anuncian los ángeles al mundo la mas dichosa paz; allí tenemos todos de que prometernos sin temor las mayores dichas. Allí los príncipes soberanos á cuya direccion has confiado la iglesia y el esta-

do; allí los ministros de cuya instrucción y prudencia depende la justicia y la íntegra administración del erario; allí los cuerpos todos respetables, ya consagrados al Señor en el santuario, ya empleados en conservar la armonía y política regularidad de los ciudadanos; allí hallan todos en la risa y dulzura benéfica de tu tierno semblante anuncios los más seguros de la tranquilidad, la alegría y la felicidad más cumplida. Bien puedo yo con tan segura prenda atreverme á anunciar á todos el tiempo más feliz, pues que tú mismo nos vienes á prometer la eternidad más dichosa de gloria.

## SERMON

## DE SANTO TOMAS

DE AQUINO.

Predicado en la iglesia de religiosos Dominicos de Méjico en la solemne fiesta con que celebra á dicho Santo en su día la real y pontificia universidad.

*Qui fecerit et docuerit hic magnus vocabitur in regno calorum. Matth. c. 5. v. 19.*

A estas dos relevantes y angustas calidades de la santidad de la vida y de la sabiduría de la doctrina vinculó Jesucristo el carácter de grandeza con que habían de señalarse entre los hombres los apóstoles y doctores de la iglesia santa. El soberano maestro, que para explicar sus misterios y facilitar la inteligencia de las verdades más sublimes se servía frecuentemente de parábolas y semejanzas, se valió en esta ocasión de las más ajustadas

comparaciones para dar á conocer el preciso ministerio y cargo de un doctor santo. La luz y la sal, la una que resplandece ácia afuera, é ilustra en sus brillos á esfuerzos del continuo movimiento con que se agita y se consume en sí misma; la otra que, siendo en sí amarga y llena de acrimonia, ya preserva á los cuerpos de corrupcion, y ya suaviza y sazona los alimentos, fueron la semejanza mas cabal con que manifestó el mérito de un sabio que para iluminar á los otros consume en sí mismo todo lo terreno y grosero de los afectos, y que, reservando para sí toda la amargura de mortificacion cristiana, comunica á los demas la suavidad de su doctrina. Esta conformidad de acciones santas y palabras sabias: esta maravillosa práctica, que hace servir á la propia santificacion los medios de la sabiduria, es la que finalmente forma la verdadera grandeza de un hombre á los divinos ojos: *Qui fecerit et docuerit hic magnus vocabitur.* No podia darse, señores, una idea mas justa de la sólida grandeza de un doctor sagrado, ni yo podria buscar materia mas oportuna para daros á conocer el singular caracter de aquel ángel santo, de aquel sabio-doctor de la iglesia, luz de las escuelas, nuevo padre de la religion, santo

Tomas de Aquino. Permittedme, ya que tantas veces habeis oido los altos elogios que desde este sagrado puesto se han tributado á su sabiduria, que yo me esfuerce hoy á descubrirlos el uso que hizo Tomas de esta misma sabiduria para su propia santificacion y gloria de la iglesia.

Resuenan, y con razon, y los templos y las academias del orbe cristiano en las alabanzas de la sabiduria de Tomas, han llegado los ecos de su doctrina hasta los mas ocultos y bárbaros rincones de la tierra, y aun en los lábios balbucientes de los tiernos niños suenan como una misma cosa los nombres de sábio y de Tomas de Aquino; pero no sé como sorprendidos y absortos al golpe de tanta luz, ocupados en admirarle sábio, casi nos olvidamos de elogiarle santo. Discurrámos, pues, sin separar uno de otro, sobre estos dos gloriosos titulos que resplandecieron inseparables en Tomas grangeando en ellos el nombre de grande y llenando el alto elogio de Jesucristo, y contemplemos como unió en sí con el modo mas raro estas dos prendas, haciendo á su sabiduria y á las letras la materia y el egercicio de su santidad, y dejando en ella á la iglesia un seguro apoyo y una nueva defensa de la religion. Doble carác-

ter de un sábio santo que le elevó á una grandeza singular entre los demas santos y doctores de la iglesia. Veréis, pues, en Tomas un santo grande á los ojos de Dios por la santidad de su sabiduria; y un sábio grande á los ojos de los hombres por la utilidad de su misma sabiduria. Verdad sencilla, pero que descubre de suerte la gloria que caracteriza á nuestro santo, que, sin mendigar para su luz el estudiado adorno de las palabras, ni el artificioso aliño de la elocuencia, se sostiene por su misma magestad y grandeza. Yo no me prometo elogiarle segun su mérito; pero, cuando no consiga otra cosa, el discurso todo de mi oracion, os dará á conocer quanto es Tomas superior á todos los elogios. La Virgen, madre de la santidad y sabiduria, á cuya cordial y tierna devocion debió nuestro santo su grandeza, me inspire discursos y palabras dignas de su siervo. AVE MARIA. La hermosa variedad con que en la iglesia de Jesucristo han florecido los santos adornados de diferentes dones y gracias, los diversos institutos y métodos de vida que han formado en cada uno un particular carácter que los distingue de los demas, es un irrefragable testimonio, de que no hay á los ojos de Dios

otra grandeza que la de la santidad, á la cual aspiraban todos aunque por diversos rumbos y sendas. Es la iglesia, dice el apóstol de las gentes, un misterioso cuerpo compuesto de diferentes miembros desiguales en dignidad, distintos por su empleo, varios en su destino; pero que animados de un mismo espíritu, todos se encaminan á un mismo fin trabajando en su propia santificacion. En esta variedad de empleos y de institutos, en tanta diferencia de vocaciones y destinos, no menos que en los distintos usos y oficios de las partes de un cuerpo dirigidos á conservar la vida, resplandeció siempre la mas concorde armonia, con que anhelaban los santos todos á la mejor vida del alma: fin para cuyo logro dirigian de suerte sus afectos y sus obras, que aun de las acciones mas comunes se valian como medios para llegar á la santidad. Tal era, señores, el glorioso empeño de Tomas cuando su inclinacion y sus talentos, su profesion y aun la misma Providencia divina le llamaban á la ocupacion de las letras para elevarle por su medio á una santidad extraordinaria y singular. Pero no imaginéis, sorprendidos á la primera idea que os presenta un santo extraordinario y raro, que habéis de oir de mi,

ó sangrientas asperezas y mortificaciones de un penitente austero, ó la penosa contemplacion y rigoroso retiro de un solitario, ó los sudores, los viages, las conquistas, los prodigios de un apóstol; ni aquellas difíciles y ruidosas victorias de unas pasiones vivas y ardientes que tanto se admiran en el resto de los santos. No váis á ver en Tomas un santo grande con la pluma y los libros, y un hombre que ha llegado á la santidad mas heroica leyendo y escribiendo.

Hablo, pues, de un santo grande á los divinos ojos: y por tanto ¿qué haria yo en traerlos á la memoria la nobleza de su nacimiento, y el lustre de su sangre, ó con presentaros en su genealogia un tronco siempre frondoso y fértil por sus ilustres ramas y por su real origen? esplendor vano y mentiroso en el divino acatamiento. Hablo de una santidad singular y casi nueva; y asi es preciso pasar en silencio aquellos primeros pasos, llamádos mejor altos vuelos con que, á pesar de los mas dulces atractivos de la carne y la sangre, superior á las crueles violencias y persecuciones de sus padres y hermanos, de los suyos y los estraños, se remontó por último y refugio en el cielo de la religion de Domingo. Virtu-

des grandes, y por decirlo en breve, noble agregado y conjunto de las mayores virtudes; pero que fueron comunes á otros muchos santos. Contemplémosle, pues, cuando ya seguro en el claustro, concluidos sus primeros estudios, formó el mayor, el mas difícil, el mas glorioso designio de reducir á una breve suma la soberana ciencia de la teologia, y de explicar los misterios todos y verdades de nuestra religion con un método y orden ya inventado en su tiempo, pero no perfeccionado. Descubria allá á lo lejos á San Juan Damasceno, y al sábio Lombardo aspirando á la misma empresa; pero que no hicieron sino enseñar el camino, mas no allanarle. Veia que Alejandro de Ales, Guillermo de Auvergne, su maestro Alberto y otros muchos que lo habian precedido, ó no habian comprendido en toda su estension esta vasta idea, ó habian progresado en los peligrosos escollos de la oscuridad, de la confusion ó de una nimia sutileza. Emrende, pues, Tomas un rumbo casi nuevo, un designio el mas vasto, un método el mas difícil de ejecutar. Tratábase de explicar con claridad, con precision, con nervio misterios incomprendibles y sobre toda inteligencia, de aclarar dificultades de todos los siglos

y disputas que habian puesto en arma á la iglesia toda: puntos para cuya esplicacion no habian bastado bibliotecas enteras. Era para esto necesario ya remontarse hasta los más ocultos senos de la divinidad, y registrar en ellos humildemente sus inescrutables consejos, sus misterios, y ya abatirse á especular lo más escondido de la tierra y del abismo; era preciso entrarse á descubrir los fondos más profundos del corazón humano, y allí conocer sus inclinaciones y movimientos, los varios resortes de las pasiones, y el origen y calidad de todas las virtudes y los vicios; era forzoso ó como diestro pintor que copia para la hermosura de un rostro las perfecciones todas que halla divididas en muchos, ó como solícita abeja que estrae de diferentes flores diversos jugos para fabricar la dulce miel. ¿Pero para qué son egemplos estraños? Era necesario unir en sí como sal misteriosa, según el bello pensamiento de San Hilario, las calidades y prendas de los demás padres de la iglesia, sábios elementos del mundo racional y cristiano; la elocuencia del Crisostomo, la solidez de un Gregorio, la sutileza de Agustin, la dulzura de Bernardo, la magestad de Atanasio, la hermosura de Ambrosio, la exac-

titud, gravedad é ingenio de todos: todo era preciso que le correspondiera y que reuniera en sí los diferentes caracteres de aquellos maestros de la religion, el que iba á formar un compendio sabio, ó una suma de todos.

*Punto primero.*

No os parezca, señores, que olvidándome de lo que os propuse al principio, pretenda hacer el elogio de la sabiduria de Tomas sin acordarme de su santidad. Yo he bosquejado este tosco y grosero diseño de su sabio designio para que descubrais en él lo difícil, austero y amargo de su trabajo, y en esa dificultad y aspereza todo el mérito de su rara virtud. ¡Y cuánto fué el trabajo y cuan difícil! Aprender de memoria la escritura santa, leer una y muchas veces los innumerables gruesos volúmenes de padres y doctores, los escritos de los filósofos y autores profanos, escribir sin descanso día y noche, dictar más de una vez á una hora misma diversas materias á tres ó cuatro amanuenses. Esto es un solo rasgo del continuo afán é infatigable desvelo de su estudio; pero era también la difícil materia de su santidad. Cuando con-

sideramos á Tomas dia y noche con la pluma y los libros, leyendo y escribiendo, parece que sus tareas eran solo una honesta ocupacion de sábio literato é in-  
 fatigable. Pero quien penetrára el fondo de su espíritu y conociera el uso y destino de sus afanes, no hallaria en ellos sino un egercicio continuo de las mas heróicas virtudes. Oracion, mortificacion, fé viva, esperanza firme, caridad ardiente, todo esto es el estudio de Tomas: ocupado siempre en una alta y profunda contemplacion de las verdades eternas. Si estudia los inescrutables arcanos de la divinidad, se arrebatava y enciende en el amor mas tierno y abrasado de sus perfecciones: si trata de las virtudes, absorto y como encantado de su hermosura, no queria saber mas de ellas, sino para adquirirlas mas facilmente: si disputa sobre los vicios, comprehendiendo su entendimiento lo que su voluntad ignora, lleno de horror ácia ellos se sujeta á la nota de ignorante, por no incurrir en la mas leve falta. Nada os digo que no sea un hecho constante, calificado por el testimonio de su vida que fué una serie continua de oracion pura y elevada, de raptos violentos en que ya arrebatado como Pablo en un éstasis de tres dias des-

cubre misterios que no alcanza á escribirlos: y ya transportado é inmóvil, como sino tuviera espíritu mas que para amar y entender, llegó tal vez al escribir de la augusta Trinidad á no sentir el fuego de una luz que le abrasaba y consumia la mano. ¿Y qué mucho que, como el confesó ingenuamente, toda su sabiduria se la debiera á la oracion? ¿Y qué hay que admirar que en este estado, ni el trato con los hombres, ni la muchedumbre de graves negocios, ni aun las precisas funciones de la vida interrumpieran su oracion ó retardaran sus estudios? ¿Quién le hubiera visto puesto á la mesa con el santo Luis Rey de Francia de manera que ni el brillo de la magestad, ni la inusitada concurrencia, ni las circunstancias todas del convite, estrañas y nuevas, impiden ó distraen su espíritu siempre fijo en una oracion sábia ó en un estudio santo? ¿Quién creyera al ver á Tomas al lado de un soberano respetable que, como si ignorara donde estaba, y que hacia, enagenado y absorto en una verdad católica contra los maniqueos, fijos los ojos en el cielo, levantara repentinamente la mano, y dando un golpe sobre la real mesa prorumpiera: *A esta razon si que no podrá responder el maniqueo?* ¿Y qué nombre

¿dais, señores, á este estudio de Tomas?  
 ¿es estudio ú oracion? ¿escribe artículos ó  
 disputas, ó egercita heróicas virtudes?  
 ¿son estas ocupaciones de un sabio litera-  
 to, ó egercicios de un sabio contempla-  
 tivo? Todo es: porque en Tomas las tareas  
 de las ciencias no son sino materia de su  
 santidad. Su vida á la primera vista no  
 parece sino una vida común, y nada tie-  
 ne de maravilloso y extraordinario; pero  
 en el fondo fué tan rara y singular que  
 aun aquellas acciones, que nada presentan  
 á la primera vista de heroico y admirable,  
 eran en él virtudes sublimes y escelentes.  
 Llegó, señores, Tomas á poner en prác-  
 tica perfectamente aquel portentoso secre-  
 to de la gracia que uniendo en las virtu-  
 des calidades al parecer opuestas, aun las  
 obras ordinarias, y las comunes acciones  
 de la vida y del empleo convierte en me-  
 dios de la mas perfecta santidad. Quando  
 parece Tomas un sabio que camina por las  
 sendas de una vida laboriosa y honesta,  
 pero común, es un santo que en cada ac-  
 cion se eleva y se remonta á la mas alta  
 cumbre de las virtudes. Sus alimentos son  
 comunes, pero tan abstinentes aun quando  
 come que, transportado su espíritu, como  
 si estuviera desprendido de los sentidos, ig-  
 noran el gusto y el apetito el ligero socorro

de la naturaleza. Ilustra las universidades  
 de Paris y de Roma; de Bolonia y de  
 Nápoles; las dignidades le buscan y pre-  
 tenden; los mayores prelados se hacen un  
 honor de tratarle; pero Tomas es tan hu-  
 milde en medio de las honras, que jamas  
 asalta á su espíritu el mas ligero movi-  
 miento de vanagloria. Convence, repre-  
 hende, disputa, ya con la misma voz, y  
 ya con la pluma; pero siempre tan manso  
 que no conoce ni el semblante de la ira.  
 Vive entre los hombres, conversa y tra-  
 ta con el mundo; pero tan casto y puro  
 que llegó á no sentir los estímulos de la  
 carne. Es prudente y astuto; pero tan sin-  
 cero que su sinceridad en otro cualesque-  
 ra se podria equivocar con una estúpida  
 ignorancia.

Bien conozco que á vista de esto cree-  
 rá alguno que la santidad de Tomas fué  
 mas efecto de haberle dotado el cielo de  
 una alma feliz y libre de pasiones, que  
 del mérito de su trabajo, y que sus virtu-  
 des fueron triunfos insignes, pero sin el  
 afán de la lucha; victorias ilustres, pero  
 sin contrario. Mas ¿qué, señores, esta al-  
 ma feliz no caminaba por el pais de las  
 ciencias rodeado de la envidia y la emula-  
 cion, asaltado siempre de la ambicion,  
 del orgullo y de las mas sangrientas cen-

curas? No tuvo que vencer estas formidables pasiones que, disfrazadas con el lucido traje del celo, de la crítica y del honor, introducen el vicio á cubierto de las ciencias; pero que todas estuvieron holladas á los pies de Tomas sin corromper jamas su corazon? Así es que este grande hombre, con quien parece habian nacido las virtudes, escogió para si el trabajo mas difícil, el rumbo mas penoso, sin aspirar, no digo á aquellos lisonjeros bienes con que el mundo brinda á una ambiciosa sabiduría; pero ni aun al inocente gusto y satisfacción de las mismas ciencias. Aquí, señores, si la incomparable santidad de Tomas no me obligara á insinuar ligeramente mucho sin detenerme en nada; si la heroicidad de sus virtudes no aventajara la elocuencia mas viva, era la ocasion mas oportuna de ponderaros lo elevado de su mérito en el áspero y amargo sacrificio que hizo á Dios de su entendimiento y sabiduría. Si este gran sabio dotado de ingenio tan sublime que jamas hizo cosa que no entendiese, de memoria tan excelente que nunca olvidó lo que aprendia, instruido de tantas ciencias, lleno de las noticias de las facultades mas raras sin dejarse llevar de la hermosura, ni de la amenidad, sin buscar en lo que escribe

para endulzar el trabajo, ni la erudicion, ni la elocuencia, ni el adorno, satisfacción dulce é inocente que aun los padres, y doctores santos gustaban en medio de sus tareas, se aplica á un método espinoso al paso que útil, y á una vida no menos provechosa que severa y llena de ásperas dificultades. Todo le sobra á Tomas: erudicion, elocuencia, gracia, amenidad; pero como en la sal comun estan ocultos, y como embotados para la universal utilidad los dos mas hermosos elementos fuego y agua; ó como sabe el arte de los mas nobles materiales alambicar amargas sales para el comun provecho: así Tomas renuncia cuanto podia suavizar sus afanes, para extraer un jugo ¡cuán útil al mundo! pero para él ¡cuán áspero y amargo! Que no pueda yo representaros al vivo aquella dura y violenta sujecion de su espíritu siempre fijo en objetos en que se pierde aun la imaginacion, consumiéndose en reflexas profundas y abstractas, en delicadísimas abstracciones; esforzándose ya en hacer inteligibles aun al vulgo ignorante misterios de que no es licito hablar al hombre, ya en explicar con comparaciones vulgares lo incomprehensible, ya en dar en cierta manera cuerpo y claridad á seres espirituales y casi incomprehensi-

bles, ¡oh y cuántas veces fatigado su espíritu atenuado y casi exhausto al paso que vencía unas dificultades tropezaba en otras! Llega á buscar la verdad en las sagradas letras, y la encuentra cubierta de misteriosas sombras; tastreá en los santos padres la luz, y tal vez sólo descubre esplicaciones oportunas para los sabios; revuelve los filósofos, y no percibe sino oscuridades. De la lección pasa á la oración, y ahora ya lee, ya toma la pluma y ya borra lo que ha escrito; ya levanta á Dios el corazón, ya vuelve a consumirse en reflexas; todo es esfuerzos penosos para penetrar verdades tan sutiles que se desvanecen y confunden cuando parece que se tocan; todo congójas para esplicar misterios que se oscurecen con la misma esplicación. ¿Y puede haber, señores, sacrificio mas austero, mortificación mas dura y violenta? ¿Para qué es ya buscar en Tomas sangrientas penitencias, exteriores rigurosas austeridades, victorias difíciles de pasiones? Este interior violento sacrificio de su entendimiento me admira mas que cuantas asperezas y rigores han asombrado al mundo en los penitentes y solitarios; estas, dejádmelo decir así, eran amargas penitencias del espíritu. Este era el singular camino por donde el sabio Tomas se

engrandecía á los ojos de Dios, tan ageno de su grandeza que cuando su sabiduría le habia elevado á una escelsa santidad, él se anonadaba tanto que juzgaba sus obras despreciables ó indignas de la pública luz. Así pensaba de sí mismo este sabio santo; pero no lo quería así aquel Señor que le habia inspirado el celestial y soberano método de la teología en el que habia de inmortalizar su nombre y engrandecerle en la memoria de los hombres, destinándole Dios ya desde entonces para nuevo Padre de la iglesia, apoyo de la religion, y segura defensa de sus enemigos. Tales eran los amorosos designios de la alta providencia de Dios ácia su iglesia siempre solícita y desvelada en defenderla, ya suscitando gloriosos protectores de la religion al tiempo mismo que vomitaba el infierno monstruos perseguidores de la pura fé; ó ya preparándole anticipadamente sus defensas. A la manera de un diestro y prudente general que cauto y advertido, no solo defiende una plaza sitiada al tiempo del asalto, sino aun antes previene reparos, asegura los puentes, abre fosos, levanta trincheras, se provee de viveres para la defensa: Dios no solo va enviando á su iglesia esforzados héroes que la sostengan en los tristes

momentos de los insultos de la heregía, sino que aun le ha prevenido con anticipacion illustres defensores.

*Punto segundo.*

Doce siglos y medio habian pasado hasta que vino Tomas al mundo, en que la iglesia santa, esta formidabile torre de David, de cuyos fuertes é invencibles muros penden y cuelgan las poderosas armas de la religion, se habia defendido y arruinado con ellas á sus enemigos. La autoridad infalible de la palabra de Dios, la tradicion santa, las decisiones del Vicario de Jesucristo y de los concilios, el comun consentimiento de los doctores, la historia y sus monumentos habian sido otras tantas invictas armas de que se sirvieron con la mayor gloria sus defensores: todos desde el martir Ignacio hasta el último de los padres Bernardo. Llegó por último el siglo diez y seis, tan funesto para la religion como para la iglesia, en que abortó el abismo otra nueva clase de enemigos cuya astucia y malignidad, ya que no burló el poder de estas armas, pretendió desarmar á la iglesia, y hacer inútiles sus golpes. Allá en un rincon de Alemania y de una oscura raza de Noyon

salieron Lutero y Calvino, é inventando no sé que ridiculo misterio de espíritu privado para interpretar la escritura burlan la autoridad de la palabra de Dios, condenan las santas tradiciones y detestan con improperios y calumnias los oráculos del Vaticano. Brotan despues á cada paso de las frias regiones del norte hijos y sucesores dignos de tales maestros, que aventajándolos en el error y la impiedad ni respetan la autoridad de los concilios, ni se sujetan al juicio de los padres cargando á sus decisiones y á sus escritos de dicitrios abominables. Levántase y se propaga mas que nunca en nuestros dias, á cubierto del hermoso pretexto de desengañar al mundo, una secta de criticos orgullosos y de hinchados filósofos ciegos adoradores de su razon que, sin reconocer otra ley que una osada critica y una engañosa filosofia, sin tener mas maestro que su capricho ni venerar á otro Dios que sus pasiones, creyéndose sabios á fuerza de dudarlo todo llegaron al exceso de negar profecias, revelaciones, milagros, y cuanto escede la limitada esfera de la carne, ó á dudar de todo con irrisión. ¡Dios inmortal! ¿y habrá de quedar desarmada y espuesta á los asaltos y las irrisiones de unos enemigos astutos la inespugnable

fortaleza de la iglesia? La palabra escrita del Señor, la tradición, las resoluciones del Vicario de Jesucristo y de sus concilios ¿no serán ya sino unos golpes vanos, un escudo sin fuerza y un apoyo débil? No, señores, no; preparó ya Dios anticipadamente á Tomas inspirándole un método sabio, un arte singular de manejar estas mismas defensas contra la incredulidad y orgullo de una razon sin ley ni freno. Tomas perfeccionó y dió la última mano á aquel maravilloso enlace; á aquella armonia singular entre la fé y la razon en que manifestándose la fuerza toda de la divina autoridad, sirviera un raziocinio sensato de declarar su poder. El llamó á la filosofia y á la luz natural, aquellas dos esclavas y siervas de la verdad eterna, al alcázar de la fé, para ilustrar y defender aun á los mas rudos é ignorantes: *Mittit ancillas suas ut vocarent ab arcem. Si quis est parvulus veniat ad me, et insipientibus locuta est.* Huirán sus enemigos hasta la débil fortaleza de la razon y de una engañosa ciencia; pero la iglesia, auxiliada de Tomas, los atacará en sus trincheras, y valiéndose de sus mismas armas, al abrigo de la razon que tanto jactan, la palabra de Dios, oculta entre figuras y sombras, les dará con todo el brillo de su luz en los

ojos. La tradicion les manifestará su origen santo, y su pura y no interrumpida propagacion; los oráculos del sucesor de Pedro y de la iglesia se dejarán ver desprendidos del seno de la infalible sabiduria para caer como rayos abrasadores sobre sus infelices cabezas. Era necesario mas tiempo del que me permiten las circunstancias de esta sagrada ceremonia, era forzoso elocuencia mas viva, espresiones mas enérgicas que las mías para hacerlos ver cómo manejo Tomas esta nueva arma, esta nueva defensa que preparaba Dios á su iglesia contra unos enemigos obstinados y ciegos, que mientras mas se glorian de seguir la razon menos la reconocen. ¡Qué claridad en todas sus obras: qué fuerza de razones para hacer perceptibles los misterios: qué peso, qué vigor para rendir al mas osado á la autoridad del pontífice y los concilios: qué energia para sostener el juicio de los padres: qué critica en todo tan juiciosa é imparcial: qué anatomia tan celestial de las virtudes y las pasiones! Todo parece allí efecto de una razon despierta y de una cuerda filosofia, y todo está apoyado en la fé, todo lo disputa para aclararlo, todo lo prueba y todo lo convence. Direlo en dos palabras: cuando parece que se sirve de la razon para con-

vencer la fé, no hace sino sujetar á la fé la razon.

Pero ¿para qué me detengo en groseras descripciones de lo que vosotros sabéis, cuando á vista de todos están sus admirables escritos, y cuando el feliz suceso con que la iglesia se ha servido de ellos contra sus enemigos es el argumento mas poderoso de esta verdad? ¡Maravillosa industria de la Providencia! ¡pero gloria inmortal de Tomas haber dejado una arma que ella sola rebate y confunde todos los errores! Porque cuando los padres de la iglesia apenas tuvieron sino una especie de enemigos á que combatir, Tomas á todos hace frente, á todos acomete, de todos triunfa, á todos vence cuantos le precedieron y cuantos despues se han levantado. Idolátras, ateístas, judíos, maniqueos, arrianos, donatistas, pelagianos, luteranos, calvinistas, jansenistas: tantos otros monstruos, que mi memoria se cansa de numerar, y mi voz se horroriza de referir, nacidos para infestar la iglesia, postrados, humillados, confundidos con su doctrina son glorioso trofeo de sus pies. Vengan ahora los falsos apóstoles del norte, vengan los insolentes criticos, fautores de un impio septisimo, que se atreven á dudar de todo,

y, como si se consolaran con horrendas sátiras de los daños que les causa Tomas, clamen y voceen que su método es inútil, que no son sus disputas sino especulaciones cavilosas; remitannos con una astuta hipocresía á las fuentes sagradas de la escritura, de los concilios, de los antiguos padres, que ellos turban y envenenan: ¿y acaso conseguirán desacreditar y desterrar un método, cuyo uso sólido y juicioso descubre sus ilusiones, y confunde su pretendida reforma hija de la corrupción del espíritu? Censuren estas que llaman agudezas vanas y frívolos entretenimientos de jóvenes; la iglesia las autoriza, los sabios las veneran, su confusión misma, el odio que los agita y despedaza:: ¿Pero á dónde me arrebatara un justo celo, ni qué sirven ágras declamaciones contra impios libertinos? Dejémoslos blasfemar lo que ignoran, y admiremos entretanto nosotros cuánto ha engrandecido Dios, y cómo ha hecho universal la gloria de Tomas.

Porque ¿quién, señores, podrá discurrir que una breve suma, propuesta por un humilde religioso, podía de ser como el arsenal de donas en la sucesion de los siglos se sacaran las formidables armas para proteccion de la iglesia? Si

cuando Tomas, lleno de humildad y desconfianza de sus luces, escribía sus opúsculos; si cuando trabajaba su suma, tan penetrado de humildes sentimientos, que solo la destinaba para la instruccion de niños y principiantes, le hubiera Dios revelado los altos designios que sobre ella formaba; ¿cuál hubiera sido su sorpresa? ¿cuánto su asombro si por medio de un ángel le hubiera descubierto? esta suma: Tomas, será en lo venidero el apoyo de la religion, ella servirá de oráculo en los concilios, ella decidirá sus dudas, ella será el asombro de los sabios: venerándola todas las academias católicas, los ilustres doctores de las escuelas, casi todos, á competencia harán un punto de honor el traer tus juicios á su partido, y consagrarán tus sentencias en axiomas: en ella, como sal provechosa que á todos los manjares da diverso sabor, hallarán los niños instruccion clara, los jóvenes instruidos verdades sublimes, los sabios misterios y secretos soberanos, y todos un compendio de misterios. Si, señores: tanto como esto ha demostrado Dios en la serie de los siglos engendrando en la memoria de los hombres, ¿que no aspiró sino á ser grande en los divinos ojos. Parece que el Señor quiso ponerle en Tomas á un

tiempo mismo que un objeto que admirásemos, un asombro y un modelo para la imitacion. La sabiduria de Tomas y su grandeza suspenden y arrebatan; pero son inimitables: mas su santidad, los medios que elige para su santificacion son la leccion mas útil para todos. No disimulemos esta verdad: no sé cómo nos lisonjamos de suerte al oír la vida de los santos, que busca nuestra tibieza disculpa para no imitarlos adonde se nos presentan los motivos mas poderosos de seguirlos. Y es que nos imaginamos la virtud como un fantasma espantoso, creyendo que la verdadera santidad consiste en ciertas prácticas extraordinarias, en rigores y austeridades impracticables, y en una vida fuera de todo lo comun. Mas no es así: cumplir cada uno exactamente con el destino, el empleo, las obligaciones del estado en que le puso la Providencia: ved el punto todo de una sólida santidad, y lo que practicó Tomas en su vida. El príncipe rodeado del esplendor de la púrpura, el ministro en el gabinete, el soldado entre el ruidoso estrépito de la campaña, la muger en el cuidado y ocupaciones de su casa, el humilde artifice en su oficina pueden facilmente hacer servir sus empleos á la propia santificacion. Tomas con la plu-

ma y los libros escribiendo y leyendo supo, y pudo llegar á la mas alta piedad, hallando en la carrera peligrosa y difícil de las ciencias los medios mas oportunos para engrandecerse á los ojos de Dios. Vivía Tomas entre los dulces peligros con que el mundo amenaza á una sabiduría honrada y admirada, y resplandeció en su empleo como una hermosa estrella de la mañana rodeada de las espesas nieblas del siglo: *quasi stella matutina in medio nebulae*: brilló como un arco lucido que aparece en el ayre en medio de las lluvias: *quasi arcus refulgens in medio nebulae*: dilató por el orbe cristiano sus luces como una luna llena ó como un sol en medio de la carrera: *quasi luna plena, quasi sol refulgens*: lució como vaso esmaltado con las mas preciosas piedras: *quasi vas auti solidi omni lapide pretioso*: estendió, difundió hasta nosotros su sabiduría, como exalan las rosas su fragancia en los hermosos días de la primavera; como difunde su suave olor el incienso escogido; como desencuella entre las selvas el ciprés encumbreado; como estiende sus ramas fértiles la oliva: *Quasi flos rosarum in diebus vernis, quasi thus redolens, quasi olivæ pulullans et cipressus*: magnificas imágenes y elocuentes expresiones del divino Espiritu cabal

retrato de un Tomas destinado de Dios para ilustrar y sostener la iglesia: *suffulsiit domum, et corroboravit templum.*

Tomas sabio, Tomas santo, grande á los ojos de Dios, y en la memoria de los hombres, goza ya en hora buena el soberano premio de la gloria que mereciste por tu santa sabiduría, y recibe desde el escelso trono que ocupas en el cielo los honores, las palmas, los laureles que la iglesia santa, reconocida á tus servicios, consagra á tus sabias manos y á tus gloriosas sienes. Esta iglesia, que tanto has defendido con tus escritos, libra y asegura en tu proteccion el asilo en sus calamidades y turbaciones. Los sabios cuerpos que te veneran por sabio y protector, confiesan deber á tu patrocinio su sabiduría, su decoro. Todo el pueblo cristiano venera en ti un modelo de santidad, y en tus ruegos un seguro medio de alcanzarla. Así, señores, lo debemos con razon esperar de aquel santo sabio que habiéndose hecho grande á los ojos de Dios por su santidad, grande en la memoria de los hombres por su sabiduría, será eternamente grande por su gloria en el reyno de los cielos: *Qui fecerit et docuerit hic magnus vocabitur in regno caelorum.*

SERMON  
DE SAN ELÍGIO

Predicado en la catedral  
de Méjico.

*Euge serve bone et fidelis, quia in pauca  
suisi fidelis supra multa te constituam.  
Matth. cap. 25. v. 21.*

La economía prudente y sabia con que Dios elige á los hombres para diferentes destinos, y les distribuye á proporcion sus dones es la importante doctrina con que en el presente evangelio condena Jesucristo nuestras infundadas y frivolas escusas para no servirle fielmente. Portase Dios, segun la esposicion literal de los santos padres Gregorio y Ambrosio, como un cuidadoso padre de familias que repartiendo entre sus criados los varios oficios de la casa, da á cada uno las facultades necesarias para el desempeño. Y si bien en esta distribucion á unos tocan bienes de una clase, á otros de otra; á es-

tos mas, y menos á aquellos, siempre proporciona los talentos á los cargos, y los cargos á las personas. De suerte que ni la calidad del empleo, ni la cantidad de los dones, sino sola la fidelidad es la que gradúa los servicios, no siendo el mejor criado el que tiene mejor destino, ni aquel á quien se confia mayor caudal; sino el que mejor y mas fielmente administra y usa del suyo. Verdad no menos sencilla que provechosa; de cuya afectada ignorancia nacen en el mundo cristiano dos desórdenes lamentables al par que comunes. Juzgan unos que servirian facilmente á Dios en el estado que no tienen, y alimentándose con vanas imaginaciones de las virtudes que podrian ejercitar en otros destinos, no se aplican á practicar las que corresponden al suyo. Figúrase el pobre que hallaria en las riquezas los medios mas oportunos para ser santo, mientras que el rico envidia el desembarazo de cuidados, la robusta complexion, y otras proporciones del pobre para la virtud; el que lleva una vida activa cree que en el retiro y tranquilidad de la contemplacion encontraria mas fáciles y llanos los rumbos para el cielo, y el destinado á la vida contemplativa se pinta entre los afanes y sagradas fatigas

de una virtud ocupada en bien de los próximos mas heroico y menos difícil el servicio de Dios. El soltero se imagina santo, con las gracias de un matrimonio que enfrenan la pasión mas rebelde, y el casado suspira por la libertad del celibato que solo tiene que atender a su salvacion.

Otros, por el contrario, bien hallados con un destino que se conforma á sus inclinaciones, sirven á Dios en apariencia, pero con una especie de vivacidad y apego á sus ejercicios que pasa á ser pasión. Como el genio nunca renuncia del todo sus derechos, el gusto arregla sus virtudes reusando y aun condenando las que él no canoniza. El vivo ardiente se halla bien con un celo impetuoso, y califica de indolencia ó condescendiente cobardía la prudente moderación y dulzura: el suave, y naturalmente pacífico, contento con el retiro y con una humildad de temperamento, censura como altaneras orgullosas las empresas activas. Unos descontentos con el servicio que Dios les pide querrán el ageno: otros, prevenidos á favor de su destino, miran con horror los demas aquellos mas parece que aspiran á que Dios les sirva, que á servirle ellos: estos sirven fielmente mas que á Dios á sus inclinaciones. Criados infieles unos y otros,

los primeros por lo que no hacen, y por lo que hacen los segundos. Solo merecen ante Dios el título de siervos y de fieles servidores los que sin consultar á su genio y su gusto, sin atender á lo próspero ó adverso, oscuro, ó brillante del estado ó empleo llegan al servicio que Dios les impone prontos á alterar cualquier otro. Tal fue, señores, aquel varon incomparable, patron ilustre del noble arte de platería, honor del estado y la iglesia, el santo Eligio. Hombre en quien no es fácil decidir si se mostró mas admirable la Providencia, conlaciéndole por estranos rumbos á empleos los mas disimulos, ó en sostenerle para que la variedad de condiciones no alterara ó disminuyera su fidelidad. Siervo que, pronto á desempeñar todo género de servicio, unió en si tan diferentes caracteres, que la elocuencia mas artificiosa jamas podrá reducir á una simple idea el elogio de sus virtudes. Si le considerais dedicado al humilde noble ejercicio de platero, os parecerá el siervo de cinco talentos en los que (á juicio del Gregario) se simboliza la ciencia cristiana de obras exteriores: si sobre la cumbre del valimiento y del obispado, creereis ver en él aquel otro siervo de dos talentos dotado de las ciencias sublimes, y obrando

maravillas en favor de los hombres. Por tanto si la fidelidad de cada uno de aquellos se hizo tan recomendable en lo poco, discurriré del mérito de Eligio, porque reuniendo en sí ambas especies de talentos y de fidelidad se calificó por un siervo fiel en lo mucho. Dadme vuestra atención, y antes ayudadme á implorar el socorro de la que honrándose con el renombre de criada del Señor ha merecido ser llamada por antonomasia la virgen fiel.

AVE MARIA.

Casi á cada paso tropieza la fidelidad del hombre en los caminos del divino servicio entre los riesgos de su orgullo y de su inconstancia. Esta le hace molesto y fastidioso un tenor uniforme de vida, y suspirando continuamente por la suerte agena ve con horror las obligaciones de la suya. Aquel le representa como una esclavitud dura cualquiera ocupacion de que él no ha sido autor. Si se mira en un estado en que no tuvo parte su inclinacion, ó su solicitud exige del diferente servicio reputa por imposible, ó por estremamente árduo llevar un yugo que él por su mano no se impuso. La uniformidad le fastidia, la mudanza involuntaria irrita su soberbia: siempre infiel, sea uno ó sean varios, sea poco ó mucho el servicio que

le impone su dueño. Venturosas aquellas almas privilegiadas que sin consultar sino á la voluntad del Señor, indiferentes á toda suerte, no menos fieles entre la oscuridad y el polvo de una humilde condicion, que entre el brillo y las honras del mas alto empleo llevan como grabado profundamente en el corazon aquel orden que daba Dios á Jeremias: *Ad omnia que mittam te iis.* Bello carácter de un siervo que no limita su fidelidad á lo poco, y con que se señaló Eligio desde los primeros pasos de su vida. Aun no habia nacido cuando ya le anunciaba el cielo con aquella especie de prodigios que suelen prevenir la admiracion de los grandes sucesos. O fuese vision, ó misterioso sueño, le pareció á su madre que una agulla descendiendo sobre ella giraba respetuosamente tres veces al rededor de su vientre. Sea que esto simbolizara la sublimidad de espíritu ó los tres diferentes estados que fielmente habia de llenar el hijo que iba á nacer, de aqui tomaron ocasion sus padres para ponerle el nombre de Eligio ó Eloy: esto es, el escogido de Dios. No es extraño que prevenidos de este concepto se esmeráran en dar al niño la educacion mas arreglada procurando sembrar en su corazon tierno las semillas de la virtud. Pero

si es de admirar que despues de haber aplicado su padre á Eligio por algun tiempo al estudio de las letras, repentinamente se hiciese abandonar éste para que aprendiera el noble arte de la platería. Las altas esperanzas que por los anuncios del cielo habian concebido sus padres de este joven, su ingenio, su viveza, su penetración y aptitud para las ciencias, que le proporcionaban grandes progresos por este rumbo, parece que califican de imprudente su resolución. Pero llegará el día en que la Providencia, que muy de ante mano prepara sus fines, y hace servir á ellos los medios al parecer menos conducentes; llegará el día en que manifieste cuánto importaba al estado y á la iglesia un Eligio estudiante convertido en platero. El entretanto dócil y fiel á la voluntad de sus padres, en quien reconoce al mismo Dios, dedica todos sus talentos á la platería, y hace ver que no menos las aulas que una tienda ó un obrador son terrenos fértiles de virtudes. No, no necesita retirarse al horror de las grutas, á la oscura soledad de un claustro para buscar por medio de la continua contemplación y de penitencias crueles á Dios: allí, allí mismo le halla en su gracia. Ya dibuja, ya forja, ya vacie ó ya cíncele; el la-

piz, el martillo y el cincel le sirven de instrumento no menos de su propio trabajo, que de labrarse por medio de ellos una rica corona de heroicas virtudes. Ingenuo y sincero en lo que propone, fiel y puntual en lo que promete, arreglado á su arte para trabajar con primor y delicadeza, á la justicia para ajustar los precios; humano, pero celoso sobre la conducta de sus dependientes, observante de las leyes comunes á todo cristiano: veis hay en Eligio lo que se necesita para ser un platero hombre de bien y lo que basta para ser un platero santo. Cuando arento el hombre á las peculiares obligaciones de su estado y empleo observa sus menotes ápices; cuando puestas las manos en la tierra, y en el cielo los ojos, ó ya dedicado al comercio, ó á cultivar la tierra, ya velando sobre la educación de los hijos, ó ya entre el tumulto de los negocios no se busque á sí mismo, sino á la voluntad de su Señor, ¿ó cómo entonces las sendas más escabrosas y cercadas de peligros se le convierten en caminos anchos y abiertos que llevan al templo de la santidad! El mundo á pesar de sus errados juicios, y por mas que en el diccionario de ciertos impios suenen como cosas distintas hombre de bien y cristiano; el mundo mismo que jamas ha llegado á

persuadirse que pueda ser fiel en su estado, y á los hombres el que no es fiel á Dios, daba á favor de Eligio el mas relevante testimonio de esta verdad venerándole con el nombre del religioso secular. Mas al paso que no aspiraba sino á hacer servir su habilidad é industria á su propia santificación, se iba, sin pensarlo, fabricando los escalones por donde subir á la cumbre del honor y el poder.

Y ¿quién, señores, imaginára que un platero por su fidelidad y buena fé en trabajar dos esquisitas piezas con los metales y piedras que se le habian dado para una y sola, habia de merecer la privanza y validamiento de un grande monarca? Pero solo puede estrañarle quien no conoce cuánto importa, aun para los adelantamientos temporales, cumplir fielmente con las obligaciones del estado ú oficio, ¿y quién no reflexiona que aun respecto de los bienes caducos suele el Señor levantar á grandes cosas á los siervos que le son fieles en las pequeñas? En efecto, si la impensada elevacion de Eligio hubiera sido uno de aquellos sucesos que llamamos monstruosos abortos de la fortuna, ó en que suelen tener parte los artificios, la lisonja ó el poder de una proteccion antojadiza debia temerse con razon que al nuevo válido, ó

le faltaran los talentos proporcionados á su empleo, ó la fidelidad para usar de ellos. Porque ¿qué puede prometerse el hombre cuando con sus temerarias peticiones y solicitudes injustas turba y trastorna el órden todo y economia de la casa de Dios? Quiero decir: si la ambicion ó el interes de un violento deseo de engrandecer la familia, si la ansia de satisfacer nuestras pasiones son las que nos llevan á abrazar el estado, ó solicitar el empleo, á seguir un partido ¿no es esto que los criados se tomen á su antojo el oficio, sin que el Señor elija y señale los ministerios? Es verdad que la mano todopoderosa reparte los talentos, y su amable providencia sostiene y ayuda la fidelidad de sus siervos; pero esto es cuando sea, poco ó mucho, grande ó pequeño el cargo, puede el Señor decir: *non vos me elegistis; sed ego elegi vos.* Por eso Eligio, cuyo nombre no era un vano sonido impuesto por la vanidad ó por el acaso, en calidad de elegido por Dios llegó á desempeñar con la mas exacta fidelidad un empleo tan difícil. Ni su amor al retiro, ni su genio nada conforme á los artificios y politica de una corte, ni su poca práctica en los negocios de estado le impidieron para ser un excelente ministro. ¿Y en donde direis, con razon, aprendió

este hombre criado en un rincón humilde, que ha consumido sus mejores años en los conocimientos y práctica de la platería? ¿en dónde aprendió el arte arduísimo de dar leyes á los pueblos, de arreglar los intereses de las potencias, y de gobernar á su arbitrio los corazones de los reyes? En donde sino en aquella escuela de la fidelidad ¿de dónde salieron sino desde el manejo del cayado y de la honda para empuñar el baston y el cetro los varones mas esclarecidos del pueblo amado? Si: todo lo puede un criado que no consultando para obrar sino la voluntad de su Señor, se hace en cierto modo digno de que deposite en sus manos caudales inmensos.

Yo solo pudiera esponeros el uso fiel que hizo de los suyos Eligio, si fuera capaz de representaros aquella admirable destreza con que él sabia combinar y exercitar dotes y oficios tan irreconciliables. Agradable á un tiempo á Dios, y á los hombres con una mano sostiene el trono, y con otra el santuario. Tres monarcas le aman con una especie de apasionada ternura, que rara vez se conforma con la magestad, sin que jamas se asomara en sus labios la menor palabra de adulacion: él habla sin acobardarse en presencia de los reyes de la ley del Señor, y Clodoveo

le escucha como oráculo: Dagoberto le respeta, y con las lecciones que de él recibe reforma su vida: Clovis, como encantado de sus dulces palabras y elocuentes discursos, apenas puede separarse de su compañía. Tan pronto le vereis para visitar con lucido, pero modesto aparato, las cortes empleado en utilísimas embajadas; como para fundar con sus desvelos y caudal la celeste abadia de Solisnac, el monasterio de mas de doscientas religiosas de San Marcial, y la parroquia de San Pablo: no menos revestido de gravedades cuando dicta providencias y firma ordenanzas para el gobierno político de la Francia; como reverente y humilde cuando derrama su corazon entre lágrimas y suspiros á los pies de Dios crucificado, tan activas sus manos para repartir beneficios y limosnas, como cruelmente diestras en destrozár su cuerpo con rigorosas penitencias. No hubo en Eligio talento ocioso, ni hizo de ellos otro uso sino para servir á la gloria de su Señor tanto que, como si reputara un delito conservar escondido, ó inútil aquel don de la industria de su arte en que habia gastado la juventud, no se dignaba emplear las pocas horas que hurtaba á otros trabajos en el de la fabrica y labor de alhajas

¡y piezas de oro y plata casi todas dedicadas al culto de Dios y de sus santos. ¡O qué espectáculo tan agradable al cielo, tan admirable y raro á los ojos de los hombres, un ministro de estado, el oráculo de la Francia, las delicias de sus reyes entre el humo y hollin de una fragua sirviendo á Dios á los golpes de un martillo por no tener sepultado el talento de sus industriosas manos! Días verdaderamente dorados de cristianismo en que los gabinetes políticos eran un taller en donde se fabricaban, y de donde salian adornos preciosos y ricos para los templos y altares.

Me parece, señores, que en este fiel empleo de aquellos cinco talentos que denotan la ciencia de las cosas exteriores: esto es, que en la aplicacion á promover el esterior adorno de la casa del Señor se ensayaba sin saberlo Eligio para aquel mas sublime ejercicio á que le destinaba el cielo de cuidar del espiritual ornato de la iglesia. Y ¿qué transformacion tan extraordinaria es la que va á hacer Dios de este su fiel siervo? San Acacio, obispo de Noyon y Tornay, ha muerto, el clero y pueblo de aquella diócesi piden con instancia á Eligio para su pastor y prelado; pero él, que por espacio de cincuenta años ha corrido por unas sendas tan dis-

tantes de las que llevan al sacerdocio sumo, ruega, llora, suspira, y con una humilde resistencia huye su cabeza de las sacrosantas infulsas de la mitra. Al fin, pasados los primeros esfuerzos de su insigno humildad; conoce que Dios es quien le llama, y persuadido á que el criado no debe tener otro oficio que el que le señala su señor acepta el obispado. ¿Os acordais, señores, de aquellos primeros pasos que dió el joven Eligio en la carrera de las divinas letras, pasos por tantos años interrumpidos, y que hasta ahora habian parecido inútiles para las diferentes condiciones de su vida? Pues reconocead ahora la suave fuerza de aquella Providencia que sabe unir para sus fines los principios con los extremos: *attingit á fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter*. Llego ya el tiempo en que emplee Eligio ventajosamente en servicio de su Señor aquel primer talento. Corto pareceria sin duda el de una pasajeta instruccion en los primeros principios de las ciencias para ser el maestro que enseñe, que corrija, y que con la luz de su doctrina destierre las siniestras del error. Pero ¿cuándo acabaremos de persuadirnos á que para cumplir con las obligaciones del estado ó destino á que Dios nos lla-

ta, jamas nos faltan proporciones, sino la fidelidad en usar de ellas? Inífeles á los talentos que Dios os ha confiado ¿de qué os quejais si los disipais prodigamente en perjuicio y agravio del sumo soberano Dueño? ¿Qué de horas al día gastais en visitas inútiles, en ociosas conversaciones, en pasatiempos, en hacer nada, que podiais dedicar á la leccion y meditacion de las verdades santas? ¿Cuánto se sacrifica al juego, al gusto de una dama antojadiza, á ridiculos gastos que verdaderamente se hurtan á la propia familia, y á los pobres de Jesucristo? Qué de aflicciones, y trabajos, qué amarguras y penas en todo estado, talentos preciosos que disipa nuestra impaciencia, y con que ganaríamos un tesoro de méritos por medio del sufrimiento humilde? ¿Para qué disculparnos con infundadas quejas? En el comercio del cielo ningun caudal es bastante puesto en manos inífeles, y ninguno corto si le maneja un siervo vigilante y fiel. Por corto que se creyera el de las ciencias que adornaban á Eligio, su constante fidelidad atrajo sobre si tales, y tan copiosas luces, que lleno con asombro los altísimos fines del obispado. Si escribe, parece por su ingeniosa solidez y copia de doctrina un Agustín. Si reforma la disciplina,

parece por su celo y severidad un Ambrosio; si predica, si enseña, si visita su diócesis en todo parece un apóstol. Decidlo vosotros pueblos de la Celandia y Brabante, cantones de Gante y de Courti, que viéndole regar vuestro suelo con sus sudores, y desterrar la idolatria con su predicacion le venerasteis por un nuevo apóstol. Decidlo, sabios criticos, qué erudicion, qué sutileza, qué nervio no reconocisteis en uno de los escritos de Eligio, cuando por mucho tiempo le reputasteis parto del sublime Agustín. ¿Y qué dirian aquellos rebeldes que, conjurados contra él por los edictos y exortaciones, con que declamó contra los bailes inhonestos y otras diversiones gentílicas, espermentaron lo fuerte y dulce de su celo primero en el castigo, y últimamente en el perdon? ¿Y nosotros siervos perezosos, é inífeles! ¿qué diremos, ó qué escusa nos resta convencidos á la vista de este egemplar de que no es el estado, ó el empleo el que hace santo al hombre, sino el uso de los talentos, que Dios distribuye á todos á proporcion, el que santifica las condiciones y los cargos? Estudio de las letras, industria, manejo de negocios, ministerios sagrados: todo puede servir igualmente á nuestra propia santificacion.

Eligió estudiante, platero, cortesano, obispo, en todo fué grande á los ojos de Dios porque fué fiel en todo.

Gózate en hora buena, siervo fidelísimo, y cíñe tus inmortales sienes con la vistosa y rica corona que te labró tu fidelidad entretejida de tan diferentes laureles. Gózate por siglos sin fin, y estiende ácia todo el mundo cristiano tu poderosa protección desde aquel alto asiento á que te levantó por tu fidelidad en lo mucho, el soberano Padre de familias Rey de la gloria.

## SERMON

## DE SAN BERNARDO,

Predicado en su iglesia el dia 21 de Agosto de 1768.

*Eccet nos reliquimus omnia: et sequebimur super sedes duodecim. Matthæi cap. 19.*

Aquella potestad soberana que en el evangelio presente promete Jesucristo á los que con intrépida resolución, renunciando á los placeres, á las riquezas y á los honores que ofrece el mundo, han seguido sin reserva el estrecho camino de la cruz; es una de aquellas verdades mas importantes de nuestra religion, que sirviendo de dulce aliento al justo en las penosas sendas de la virtud, es rayo que aterra y atemoriza al pecador en medio de los mas deliciosos placeres. El mundo engañoso siempre en sus medidas acostumbrado á discurrir de la felicidad de los hombres por aquellas doradas apariencias que deslumbran los ojos carnales; pintando con los colores mas tristes y som-

brios la perfeccion evangelica, y el total desasimiento de los placeres y riquezas nos representa á los varones apostolicos en aquel estado, en que renunciando á todo lo terreno se niegan á las bellas esperanzas del siglo, reducidos á una vida triste, melancólica, despreciable y sin honor. Pero el soberano maestro, cuyos juicios no estan sugetos al error, quiso convencer de falsa esta perniciosa máxima en la magnífica promesa que hace á Pedro, y á todos los varones apostolicos de aquel honor sublime con que ha de honrarlos en el dia del juicio universal: sentándolos á su lado como compañeros y participantes de su poder, constituyéndolos jueces soberanos de los hombres. En el dia de la resurreccion de nuestros cuerpos, decia Jesucristo á San Pedro, que solicitaba saber qué premio tendrian por haber dejado todas las cosas por su amor; en el dia de la resurreccion, quando el hijo del hombre lleno de magestad vendrá á juzgar á los mortales, os sentaréis tambien vosotros en calidad de jueces á proferir sentencia sobre los hombres todos. Y cuándo llegará este dia tan glorioso para los justos y tan temible á los pecadores? Cuándo vendrá nuestro Señor Jesucristo á juzgar los vivos y los

muerτος? El dia del juicio vendrá, responde el catecismo, con gran gloria y magestad á juzgarnos y á dar á cada uno conforme á sus obras, á los buenos vida perdurable, y á los malos pena y muerte eterna. ¡Qué desengaño, señores, qué verdad tan terrible! Llegará por último el tiempo en que, corriéndose el velo á nuestras conciencias, se descubran aquellas feas manchas, aquellos torpes hechos que nos gloriamos haber tenido hasta ahora ocultos. El dia último de los tiempos, dia grande del Señor, se oirán en el gran teatro del mundo envueltas en tristes gemidos las voces de un tardo desengaño, con que confesarán los mundanos que los deleites, las posesiones, los honores en que colocaron en un tiempo su felicidad, no han sido sino instrumentos de una eterna infelicidad, colmada de deshonra, de dolores y de pobreza. Sí, levantarán los ojos y verán sobre las alas de los vientos ó sobre vistosas nubes presidir magestuosamente á aquel gran juicio y proferir contra ellos la sentencia á aquellos que ó en el retiro de un monasterio, ó en medio de la corrupcion del siglo, renunciando á los deleites y placeres, despojando su corazon del amor de las riquezas, aparecian á sus ojos como

hombres infelices, sin honor, espíritus, según el lenguaje del mundo, apocados y tétricos que no saben gozar de los placeres de la vida. Mas estos mismos ahora como jueces soberanos triunfan gozosos conociendo que una pobreza temporal se les recompensa con eterna riqueza, una mortificación pasajera con un torrente de delicias y el desprecio del mundo con una inmortal gloria. Tanto como esto, señores, es lo que ha reservado nuestro amante Dios á los apostólicos varones, y entre ellos al apóstol de la vida monástica, firme columna de la iglesia, apoyó de la religion, restaurador de la disciplina eclesiástica, el grande abad de Clarabal, Bernardo.

A la verdad que si esta soberana investidura de jueces es el honor con que en el dia del juicio universal se han de distinguir todos aquellos que imitaron á los primeros apóstoles, que han renunciado por Jesucristo los intereses todos, y los lazos del mundo: es singularmente debida al gran padre San Bernardo que, á mas de haberse despojado de las esperanzas todas del siglo, supo unir á la contemplacion del retiro la accion servorosa del apostolado. Mas aun en esta maravillosa alianza de la contemplacion

monástica con la accion apostólica halló otra cosa mas singular, y es que ó ya estuviera Bernardo lejos del ruido del mundo en la soledad del retiro ocupado solo en Dios, ó ya se dejara ver en medio de las cortes mas brillantes de la Europa como árbitro entre las diferencias de los principes y potentados; siempre con el carácter de apóstol logró un soberano dominio sobre los corazones. Este dulce imperio de Bernardo sobre las voluntades, esta suave fuerza con que supo atraerse á si aun en el retiro del claustro á los hombres fué como un gage anticipado á aquella superioridad, con que resplandecerán los apóstoles como jueces del universo en el dia del juicio final. Los demas renunciando al mundo lograrán en aquel dia ser sus jueces; Bernardo aun antes de este dia ser su victorioso triunfador: los demas huyen del mundo por seguir á Dios; Bernardo hoyendo de los hombres hace que los mismos hombres le sigan. Este dominio, pues, estas victorias, que resplandecieron siempre en las acciones de Bernardo, serán la materia de este breve rato en el que os haré ver, que el dulce imperio de Bernardo sobre los corazones de los hombres fué el carácter que le constituyó apóstol

victorioso del mundo en el retiro del claustró, y en el bullicio de la corte. Ciertamente que una gloria tan singular pedía como de justicia para su elogio la adorable presencia de aquel Señor, que oculto bajo las apariencias de un pan comun sirvió de arma poderosa á Bernardo para aquellas victoriosas conquistas con que supo triunfar de los mas rebeldes corazones. Dos veces interrumpido el tremendo sacrificio de la misa se dejó ver Bernardo con el sagrado cuerpo de Cristo en las manos, la una para triunfar del obstinado corazón del príncipe Guillermo, la otra para arrojar de una infeliz muger el infernal espíritu que la poseía. Y si tanta parte tuvo en las victorias de Bernardo Jesucristo Sacramentado, sea su adorable presencia en este dia la que honrando á su siervo sirva de aliento á mis palabras ilustrándome por intercesion de Maria Santísima con un rayo de su gracia. Ayúdame á pedirselo saludándola con el ángel. AVE MARIA.

*Ecce nos &c. M. ubi sup.*

Es el corazón del hombre (S. S. S.) símbolo de la voluntad y noble oficina de sus afectos, la plaza mas fortificada

de este pequeño animado mundo y la firme ciudadela de donde proviniendo todo el poder de su defensa es su triunfo ó su vencimiento quien decide de una completa victoria. Los ocultos resortes y movimientos porque se rige, superiores á nuestro conocimiento, las tropas de afectos que á cada instante le rodean, su nativa volubilidad é inconstancia son otros tantos firmes muros que le defienden. Hablemos sin figura, bien sabéis cuan difícilmente se conquista y se vence un corazón á que abraza sinceramente una total renuncia de sí mismo siguiendo cuanto tiene de áspero á la carne la perfeccion evangélica y sugetando sus luces á la sencilla representacion de la verdad. Las pasiones siempre en continua guerra, los perversos ejemplos, los encantos de los placeres, el incienso de los honores, los particulares intereses hacen que cuando se piensa haber ganado para Dios un corazón, no haya sido sino una aparente tregua de que con mas rigor vuelven reforzadas las pasiones á egercer su dominio. Por eso frecuentemente en la escritura santa se nos propone como propio de un Dios infinitamente sábio y poderoso el descubrir los fondos del corazón y el triunfar de ellos sugetando-

los á abrazar unas heroicas resoluciones. Esta gloriosa prerogativa, que en parte ha comunicado el Señor á sus apóstoles, fue el singular carácter de Bernardo, ó ya que en el retiro de un monasterio se ostentara apóstol del instituto monástico, ó ya que en el ruido del siglo apareciera en los negocios mas grandes árbitro de los corazones. Mas no penséis que este dulce imperio con que en lo mas escondido y áspero de un claustro supo triunfar Bernardo victorioso de los hombres, fuera solamente efecto de aquellos dotes naturales que tanto nos encantan, y que arrastran ácia quien los posee las voluntades. Yo bien sé que adornado Bernardo de los dones de la naturaleza, colmado de bienes de fortuna, tenía en ellos cuanto podia desear para llevarse tras sí los corazones haciéndose un lugar distinguido entre los hombres. La nobleza de su cuna, la gallardía y hermosura del cuerpo, una imaginacion viva y penetrante, la afabilidad y dulzura de sus tratos desde sus primeros años le granjearan el amor de cuantos le trataban. Pero Bernardo, que conocia que en medio de la corrupcion del siglo no suelen servir estos dones sino para unos triunfos criminales, lamentán-

dose al ver que la hermosura, las luces del ingenio, los honores, las riquezas se convierten en instrumentos ya para tender lazos á la honestidad, ya para servirse mas facilmente de ellos para dar suelta rienda á las pasiones, determinó negarse á todos los alhagos de la naturaleza y la fortuna. Huyó de aquellos triunfos con que el mundo le convidaba, conociendo que no son otra cosa que una aparente victoria en que el que vence es cautivo y esclavo de sus mismas pasiones. Deja su casa, su familia, las esperanzas todas sepultándose en el retiro de la mortificada y austera religion del Cister.

Veis aqui, señores, el primer paso de la vida contemplativa de Bernardo; pero veis tambien su primer triunfo, y como en el modo mas raro comienza á arrastrarse tras sí, y hacerse dueño de los corazones retirándose de ellos. Lo que apenas se leerá de santo alguno en la historia eclesiástica de tantos siglos; luego que Bernardo se retiró al sagrado del Cister, treinta de sus amigos, sus seis hermanos, su padre mismo, no pudiendo resistirse á aquel dulce atractivo del nuevo monge, se ofrecieron á Dios en el mismo monasterio, comenzando á triunfar Bernardo

por aquellos que suelen ser los domésticos; pero los mas temibles enemigos de tan santa resolucion. No sé al considerar atentamente este como ensayo del imperioso poder de Bernardo si sea mayor el regocijo que se escita á vista de tan piadoso espectáculo, ó la admiracion de ver como dispensadas aquellas ordinarias y comunes leyes que ha establecido el Señor para los que en apostólica constancia se entregan sin reserva á su servicio. Por una parte ¿quién no se llena de júbilo al ver que los amigos, los hermanos y el padre; que una familia florida de jóvenes, cuyas ideas no suelen ser otras que levantar por las mas ricas y nobles alianzas el esplendor de las casas, y un padre y unos hermanos que abusando por lo comun de su autoridad y amor suelen presentar mil fingidos obstáculos, mil aparentes inconvenientes á los hijos que emprenden renunciar al siglo en una religion: ¿quién, digo, no se pasma de júbilo al ver á estos mismos siguiendo el exemplo de un hijo y hermano componer una religiosa familia? ¿Al ver un padre anciano sugetarse, obedecer, oír con humildad las lecciones é instrucciones de su hijo reconociendo por padre en Jesucristo á aquel mismo á quien él habia dado el ser y la vida? ¿y quién no se llena

de admiracion cuando sabe que el mismo Dios no admite á ser su discipulo sino al que desatado de los lazos de la carne está sin ellos mas libre para una santa abnegacion? Romped, dice Jesucristo en el presente evangelio á sus apóstoles, romped los fuertes nudos de la sangre, dejad padre, madre y hermanos, porque de otra manera no podreis ser discipulos míos: *Qui non reliquerit &c.* Mas ¿ó que estas leyes sagradas parece estar dispensadas cuando se trata de un discipulo cuyo caracter fué triunfar de los corazones y atraérselos á sí cuando se retiraba de ellos! Dejó, es verdad, Bernardo su casa, sus hermanos, su padre; pero aquel dulce imperio de que estaba adornado, aquel suave atractivo de las voluntades hizo que á un mismo tiempo tuviera el mérito de dejarlos en apartarse de ellos, y la gloria de tenerlos ganándolos para Jesucristo. Así, señores, á cada paso de Bernardo corresponde un triunfo: cuanto mas deja, tanto mas conquista, y como vencedor glorioso del mundo parece que solo se retira de él para ganarle á Dios.

Al considerar que aun apenas era discipulo en la vida contemplativa y retirada, y ya soberano maestro enseñaba y conquistaba para Dios á sus mismos

allegados; no hay que admirar que fueran despues tantas sus victorias, quando consumado en ella llegó á ser como el restaurador y el apóstol de la profesion monástica, que afirma el piadoso autor de su vida, que en su semblante se dejaba ver aquel imperio, aquella autoridad que tenia sobre los corazones: *Terror quiddam, et authoritas supra hominem in facie ejus vixitabat.* Mas ¿de qué medios se vale este apóstol del retiro, este restaurador glorioso de la profesion religiosa para estas victoriosas conquistas? ¿Acaso recorriendo el mundo como apóstol infatigable, visitando los reynos, registrando las provincias predica á los pueblos, los instruye, les dá á conocer con la luz de su doctrina los engaños del siglo, y las incomparables ventajas de quien sirve á Dios negándose á sí mismo entregado á la mortificacion y el retiro? Nada menos; antes bien quanto hace Bernardo no presentaba á unos corazones corrompidos con las pasiones sino motivos de aterrarlos, y que ofrecian á su débil vista un método de vida imposible á las flacas fuerzas de los hombres. Seguid, señores, brevemente á Bernardo quando pasando de la casa del Cister á Clarabal sacó de allí como la ter-

cera religiosa colonia para ser padre y fundador del mas illustre monasterio. Clarabal, antiguo refugio de malhechores, se geto á la intemperie de un aire frío y nocivo; Clarabal fundacion estrecha sin fondos, y aun por su mismo retiro proporcionado á recibir los piadosos socorros de algunos fieles; Clarabal, profanado antes con robos, con muertes, con todo género de iniquidades, cuya sola sombría y horrorosa situacion atemorizaba á los hombres; es el lugar adonde vá Bernardo á establecerse para triunfar desde allí y atraer á sí como á lugar de delicias y gozos las voluntades de innumerables hombres. En este lugar pobre, retirado, horroroso, colocado Bernardo, repitiéndose así continuamente aquellas palabras ¿á qué has venido Bernardo? ¿Bernardo ad quid venisti? ¡Qué austeridad, buen Dios! ¡Qué mortificacion! ¡Qué humildad! ¡Qué oracion! Dirélo en una palabra. ¿Qué virtud hubo propia de un religioso que no resplandeciera en él como singular y característica suya? Sin duda que quando considerando una por una sus virtudes cada cual nos parece que es la que en él mas brilla, y volviendo á todas todas nos parecen su propio carácter; es preciso confesar que ya desde en-

entonces preparaba Dios en este apóstol del  
 retiro un completo modelo de todas aque-  
 llas virtudes religiosas que en la sucesion  
 de los siglos habian de dar al mundo  
 tantos y tan diferentes institutos religio-  
 sos sostenidos en las virtudes propias de  
 sus santos fundadores. ¿Habia un Domini-  
 go de Guzman, luz de la iglesia santa, de  
 resplandecer en la predicacion evangélica  
 como martillo de la heregia, y como fun-  
 dador de la devocion de Maria? Pues es-  
 tas dos virtudes parecian ya desde en-  
 tonces las principales en Bernardo. La dul-  
 zura, la eficacia, el peso de sus razones,  
 la fuerza de su predicacion le han gran-  
 geado el renombre de doctor melifluo. Ma-  
 ria Santísima ¿qué esto solo pedia  
 de justicia una oracion separada? Maria  
 Santísima era el centro de sus amores,  
 sólo su nombre era para él un torrente  
 que le inundaba el corazon, sus prer-  
 rogativas eran materia de su oracion con-  
 tinua, y no podia acordarse de Maria aun  
 desde tierno niño sin bañarse en copio-  
 sas y tiernas lágrimas: la devocion en  
 fin á Maria le ha merecido entre los fie-  
 les el titulo de doctor Mariano. ¿Habia  
 Francisco de Asis, serafin en carne, de asom-  
 brar al orbe con aquel abismo de humil-  
 dad, con aquella humillacion prodigiosa

que le merecieron tan distinguidos fa-  
 vores del cielo? ¿Pues qué otra cosa  
 mostró Bernardo en sus obras y pala-  
 bras que una humildad tan sincera que,  
 anonadado siempre en sí mismo, ni los  
 honores, ni los milagros, ni la ciencia,  
 ni aquel mudo testigo de su propia con-  
 ciencia, que nunca le acusó de culpa gra-  
 ve, fueron bastantes á hacerle conocer lo  
 que era; antes bien de este motivo se  
 valia para vituperarse así mismo? Cogen  
 á buscarle los reyes y principes hasta los  
 horrores de Clarabal, le visita en su po-  
 bre celda la suprema cabeza de la igle-  
 sia, se difunde por todo el universo el  
 buen olor de su santidad: pues ¿oid en-  
 tretanto á Bernardo y sombras. Ojalá,  
 reperia, estuviera tan abatido en el ju-  
 cio de los hombres por los innumerables  
 vicios con que verdaderamente estoy man-  
 chado, como me veo injustamente exalta-  
 do por las virtudes que falsamente me atri-  
 buyen. ¿Qué otra cosa soy yo, empleado en  
 tan diversos ministerios, sino una ridicula  
 quimera del siglo en que vivo? ¿Ni qué  
 otra cosa parezo cuando no soy, ni verda-  
 deramente religioso, ni cortesano, ni soli-  
 tario, qué un monstruo compuesto de di-  
 versos estados? *Clamat ad vos monstruosa  
 vita mea.* Aprended en estas palabras de

Bernardo, espíritus altivos y orgullosos el mérito de aquella humildad divina en que los varones santos en medio de heroicas virtudes se reputan por delincuentes y pecadores. Aprended un arte, tan contrario al vuestro, de ser malos para sí, los que para todos son buenos; mientras vosotros, sepulcros de corrupción y abominación, no sufrís de vuestro prójimo la mas leve injuria, cuando olvidados de las máximas de Jesucristo no sabeis perdonar la menor ofensa, cuando la menor falta vuestra que se publique es para vuestros corazones agudo puñal de dolor: Bernardo santo; Bernardo sabio; Bernardo honrado; Bernardo, justamente reputado por monstruo de santidad, se reputa, se juzga, y el mismo se quiere dar á conocer por monstruo de iniquidad y quimera ridícula de su siglo: *Clamas ad vos monstruosa vita mea.* ¿Y quién de este modo pudo servir de modelo de humildad al serafín Francisco, que mucho que en las demas virtudes propias de los otros institutos religiosos resplandeciera tanto que pudiera servir de egemplar, á un Ignacio de Loyola contemplativo anhelando continuamente por la gloria de Dios, á un Pedro de Alcántara penitente, á un Juan de Dios caritativo? Dígalo su oracion

continua, sus éstasis casi cuotidianos, tanto que despues de un año no sabia si el techo del noviciado era de bóveda ó de madera: díganlo aquellas dulcísimas y suavísimas espresiones con que siempre habla de Jesus y de Maria, y mas que todo sus mismas obras lo digan que aunque llenas de sabiduria, de dulzura, de erudicion; no tuvo para ellas Bernardo otro maestro que la oracion y la soledad, y un espíritu todo en Dios. ¿Qué mucho que olvidado de la carne, aborreciendo el preciso sustento y el sueño necesario, enemigo irreconciliable de su cuerpo llegara con las sangrientas disciplinas, con los crueles silicios, con los austeros ayunos á estragarse de suerte que en alguna ocasion sin conocerlo bebió aceite por agua? Con razon el sumo pontífice Alejandro III, escribiendo á los obispos acerca de su canonizacion, no dudó afirmar que crucificado continuamente, muerto para el mundo logró en su interior mortificacion el mérito de los mártires santos: *Ita mundum sibi, et se mundo crucifixum rediit ut confidamus eum martirum merita obtinere sanctorum.* Con razon tambien al ver aquella caridad industriosa, aquella sagaz prudencia con que no aspirando á otra cosa que á la gloria de

Dios y al bien de las almas, siendo con los labradores sencillo, con los cortesanos político, con los letrados sutil, con los ricos grosero, podemos decir se hizo como otro Pablo todo para todos: *Omnibus omnia factus*. Y que decís ¿no es preciso confesar, que el que así desde su retiro hizo tan características suyas las virtudes todas de los religiosos institutos, fue en el retiro mismo apóstol de la vida monástica?

Mas ya veo que, aunque asombrados á tan lucido golpe, esperáis con ansia oír aquellos triunfos gloriosos con que os propuse á Bernardo victorioso en el claustro de los corazones de los hombres. Yo os confieso, señores, que, engolfado el discurso en este vasto océano de santidad sin hallar nunca fondo, cada accion de Bernardo me arrebuta, olvidandome que me restan aun mayores y mas gloriosas. Mas ¿qué os podré decir de sus triunfos, que no quede siempre inferior á su grandeza sin haber podido ni aun bosquejarlos toscamente? Yo os digera que casi cuantos iban á visitarle al monasterio, rindiéndose á la primera vista de Bernardo, sin poder huir aquel como dulce hechizo que brillaba en su semblante y en sus palabras, deseaban quedarse

en su compañía dejando el siglo por la religion, y os haria ver á innumerables jóvenes cortesanos, entre ellos á un Enyique, hermano del Rey de Francia, sabios instruidos, áulicos políticos que llegando á Clataval, ó ya por diversion ó para tratar algunos otros negocios, fueron á vista de Bernardo despojos de su victorioso celo consagrándose á Dios en la religion. Mas esto es poco: yo os diria, que en breve tiempo fundó ciento y sesenta monasterios tan numerosamente poblados que solo en el de Clataval habitaban setecientos y setenta religiosos. Mas aun no es esto todo, porque á la verdad era tanta la autoridad magestuosa que brillaba en su semblante, tanta la imperiosa dulzura de sus palabras, tal el poderoso atractivo de sus obras, tanto, dejádmelo decir, aquel como encanto con que Bernardo se arrebatava trás si los corazones, que de él en cierto modo podemos decir lo que del mismo Jesucristo admiraba el gran padre San Gerónimo: resplandecia, dice, en aquel humano semblante tal esplendor de magestad, que á sola su primera vista se ganaba todas las voluntades: *certe fulgor ipse et majestas que humana facie relucebat, ex primo ad se videntes trahere poterat aspectu*. No huye

con tanto temor un débil desarmado del poderoso enemigo que le persigue, como huyen á retirarse de Bernardo los hombres procurando no ponerse en presencia de aquel que ciertamente sabian habia de ganarles el corazon, escondian las madres á sus hijos, las mugeres á sus maridos, los amigos á sus amigos impidiéndoles que llegaran á tratar con Bernardo, porque sabian que ciertamente habian de seguirle. De este modo, señores, desde el retiro de su claustro, y desde la lobreguez horrorosa de Clarabal triunfa cual glorioso apóstol de la vida monástica, como luciente antorcha que el mismo ocultarla descubre su brillante esplendor, ó como finísimo imán que aunque retirado atrae así con suave violencia el mas rebelde acero. Y si de este modo ejerció Bernardo un tan poderoso imperio sobre los corazones cuando sepultado en una estrecha celda solo parecia vivir para Dios en la soledad ¿cuáles serian sus triunfos cuando presentado en el gran teatro del mundo se le ofrecia el campo mas dilatado? Si así se ostentó apóstol de la vida religiosa en el retiro: ¿cómo no campearia apóstol de la disciplina eclesiástica en medio del siglo?

Ya sabéis que con ocasion de aquel

peligroso cisma escitado por Pedro León el año de 1130, que cual tempestuoso diluvio amenazaba el naufragio mas triste á la iglesia santa, dispuso Dios sacar á Bernardo de Clarabal al mundo colocando aquella luz, antes puesta en un rincón obscuro, en el mismo candelero de la iglesia. Ya habéis oido en este mismo lugar que fecunda fué esta sola empresa de Bernardo de acciones gloriosas y brillantes. El que antes amante de la soledad, ya apóstol infatigable camina á la Francia, á la Italia, á la Alemania, á la Inglaterra; visita las costas mas lucidas y grandes; pasa tres veces los nevados Alpes, y en estas empresas apostólicas, como si él fuera dueño absoluto de los corazones, los reyes, los principes, los eclesiásticos, los seglares, los nobles, los plebeyos: todos se rinden á sus decisiones, y á sus palabras. ¿Se celebran concilios? él asiste, ¿se trata de los negocios políticos de Rogelio, de Lothario, de Enrique, soberanos principes de Inglaterra, de Alemania, de Sicilia? El es el árbitro. ¿Se forman respetables juntas de obispos? él las preside; todo el mundo parece que obedece á Bernardo. Yo me veo precisado á no cansar vuestra atencion deteniéndome en ponderar como tres sumos

pontífices Honorio, Inocencio y Engenio le fian los negocios mas interesantes como dos cristianísimos reyes de Francia le encomiendan la decision de los mas graves puntos del reyno; como dos principes de Borgofia recurren á él como á su asilo: como pacifica la Guiena, la Sicilia, la Italia: como la santa silla le constituye legado universal en todo el orbe cristiano. Estas acciones tan singulares y gloriosas han arrebatado siempre la atencion de los oradores que han sido muchas veces materia de vuestro pasmo y admiracion; pero qué deberemos pensar del dulce imperio con que Bernardo manda á los corazones al verle presentarse en el concilio de Campés para apaciguar el funesto cisma que habia levantado Pedro de Leon y declarar á Inocencio por verdadero y sumo pontifice de la iglesia? El negocio era el mas interesante á la misma iglesia, tratábase no menos que de que conociera el mundo todo quien era su verdadero pastor, su padre y el vicario de Jesucristo. Aguardaban los soberanos la decision del punto, los fieles clamaban al Señor porque en tan oscura noche alumbrara á su iglesia: por todas partes se hacian oracion, ruegos, penitencias envueltas en lágrimas y suspiros.

Los venerables obispos, los sábios preladados, los doctores veian casi anegarse la nave de San Pedro en tan desecha tempestad. ¿Y quién unirá los ánimos tan altamente separados y discordes? ¿Qué autoridad será la que divididos de una y otra parte los ánimos de los principes pacifique los imperios, contenga el furor de las armas y obligue á tantos corazones á que abracen un mismo partido? Mas ¿quién lo creeria? se presenta Bernardo en aquella respetable junta: es decir, un pobre religioso vestido de un saco despreciable, un sacerdote humilde cuya autoridad toda se limitaba á las estrecheces de un monasterio, y á su vista todos callan, todos se suspenden, y todos en fin convienen que Bernardo es el ángel de paz enviado por el Señor para cortar de un golpe aquella funesta cadena de discordia. Habló en fin Bernardo; pero con qué humildad! con qué sibi-duria! con qué dulzura! y á la voz de su decision como si fuera el mas soberano oráculo se estingue el cisma, se sujetan todos y es reconocido universalmente Inocencio por vicario de Jesucristo. Yo no hallo á la verdad otro elogio mas proporcionado á esta accion tan singular que el que, en la historia eclesiásti-

ca de diez y ocho siglos, habiendo sido tantos los colosos varones á cuyo celo de- be la iglesia santa el fervor de su disciplina, de ningun otro se sabe que ha- ya sido adornado del Señor con tanta au- toridad, con tanto imperio como fué este apóstol ilustre de la disciplina eclesiásti- ca, á quien como á los apóstoles santos parece constituyó el Señor como prínci- pe triunfador sobre toda la tierra: *consti- tues eos principes super omnem terram.*

Ya no debemos admirarnos que quien así sujeta á su voz las voluntades como firme apoyo de la iglesia, sugetará tam- bien á la luz de su doctrina los enten- dimientos rebeldes confundiéndonos, con- venciéndonos y lo que es mas, hacién- dolos abrazar la verdad. Pedro de Abela- rdo, célebre maestro en París, agudo en sus disputas, instruido en la erudicion y bellas letras, ingenioso, penetrante y vivo: Henrico de Tolosa, hábil, astuto, que por sus discursos sutiles se habia eri- gido en maestro del Langüedoc: Gilber- to Porretano, entregado á las especulacio- nes filosóficas, estos tres temibles gefes de errores que amenazaban una heregia dominante, fueron otros tres enemigos poderosos, á quienes no solo confundió, sino que convenciéndonos atajó aquel mor-

tal cáncer que de su pestifera doctrina se iba introduciendo en el cuerpo de la iglesia. Viérais, señores, á Bernardo ya en el concilio de Sena contra Abelardo, ya en el de Rems contra Gilberto, ya en la Gascuña contra Henrico, ya orador activo declamando, ya filósofo agudo dis- putando, ya teólogo consumado explican- do las cuestiones mas soberanas de la Tri- nidad en presencia de los preladatos mas sábios y respetables. Y como, preguntemos, *quomodo hic literas sciet cum non didicerit!* ¿Adónde aprendió Bernardo tanta ciencia? Acaso el que nunca frecuentó las univer- sidades y las escuelas, retirado casi des- de sus primeros años á un claustro, tan ocupado siempre, tan cargado de nego- cios tan diversos, ¿acaso aprendió tanta ciencia entre las sombrías encinas ó en- tre los horrorosos bosques de Clarabal? Así lo solia él decir como burlándose: aunque es verdad que solo en aquella sabia escuela de la contemplacion, que hace doctos á los mas rudos, aprendió Bernardo tanta cien- cia, que como sus escritos admirables muestran llegó á unir y juntar cuanto separado resplandece en los doctores san- tos de la iglesia. La sutileza de Agustin, la suavidad de Ambrosio, la solidez de Gregorio, la profundidad de Gerónimo,

la elocuencia de un Juan Crisóstomo, ¿no los vemos aun brillar en sus obras? Si trata de la Trinidad augustísima, parece que habla un Hilario profundo; si explica el don inestimable de la gracia, parece que se oye á Agustino; si escribe sobre el sagrado misterio de la Encarnación, parece que toma la pluma Cirilo Alejandrino.

¡O asombro, ó prodigio de santidad! ¡ó apóstol contemplativo, apóstol activo, que en el retiro y en el siglo, triunfando de los corazones, sujetando los entendimientos, se ha dado á conocer á la iglesia por apóstol de la vida monástica y de la disciplina eclesiástica! Este es, señores, un rudo diseño de aquel dulce imperio de Bernardo sobre los corazones, carácter y premio de sus incomparables triunfos que arrebatan toda nuestra admiración, y que al mismo tiempo debían encender nuestro corazón, y alentarle á la imitación de sus virtudes. Este ha sido siempre el espíritu de la iglesia en los panegiricos y solemnidades de los santos, escitar con su memoria á la imitación de sus virtudes, como que no hay modo mas sólido, decia el gran padre San Agustín, de celebrar á los santos que imitarlos: en vano se fatigarían los ministros

del evangelio, y en vano con un culgo vacío, y sin alma se emplearían los fieles en solemnizar aquellas virtudes que allá en el fondo de su corazón no les merecen el menor aprecio. Yo bien veo que este imperio de Bernardo, este colmo de honor, á que llegó desde su mortal vida, es uno de aquellos dones singulares que no suele el Señor dispensar sino á pocos para los inescrutables designios de su providencia. Mas que ¿el mismo no nos ministra la mas útil doctrina, no confunde aquellas perniciosas ideas con que nos presentamos la virtud y la perfeccion evangélica como el estado mas triste y despreciable? Hablemos sin rebozo ¿qué otra cosa nos impide negarnos totalmente á los deleites y los placeres, qué otra cosa nos tiene el corazón fuertemente arralgado á las riquezas, qué otra cosa nos tiene en continuo desvelo, en solicitud de las honras mundanas que este falso concepto que tenemos de la virtud? Creemos que desde luego que demos de mano á los deleites, que apartemos nuestro corazón del afecto de las riquezas, que despreciemos el falso honor del mundo: creemos que todo ha de ser tristeza, todo amargura y que reducidos á una vil miseria y deshonor seremos el blanco de los des-

precios. Mas ¡ó máximas engañosas efecto de que aun no hemos gustado en la escuela de la virtud los sólidos deleites, las verdaderas honras que ella ofrece! Digalo Bernardo, quien nunca llegó á gustar el dorado vaso de los venenosos placeres del siglo, lleno en medio de la mas austera penitencia de consuelo, de gozo, de delicias que le inundaban el corazon. Digalo el mismo despojado de todos sus bienes, pero colmado al mismo tiempo del cielo tan abundantemente, que pudo fundar tantos y tan crecidos monasterios. Digalo por último el mismo despreciando las honras del siglo, rehusando las dignidades mas honrosas de la iglesia, elevado por eso mismo al mas alto grado de honor. Si, señores, la virtud es dulce, es suave, es abundante, es honrada; pero á quien con una total renuncia se entrega á ella, á quien, siguiendo sus ensangrentadas huellas, desnuda el corazon de todo afecto de la tierra. Pero queres colocar en un mismo altar á Dios y al mundo, vivir muy satisfechos con ciertos egercicios extraordinarios de devocion mientras que por otra parte, embriagado el corazon de los placeres de la tierra, se emplea lo mas precioso del tiempo en diversiones peligrosas, en conversaciones inúti-

les, en bailes, en espectáculos, en detestables correspondencias es fabricarse engañosamente un evangelio acomodado á nuestro apetito. ¿Para qué pues clamar, que la virtud es amarga, que el camino del cielo es espinoso: para qué aquellas pinturas tan tristes y horrorosas que se hacen de la vida devota, si esto no es otra cosa que efecto de unos corazones que, queriendo concordar el evangelio con el mundo, solo les parece amarga la virtud, porque solo quieren ser virtuosos á medias? Ojalá la virtud de Bernardo siempre triunfadora nos convenza de esta importante máxima, que solo hay gozo, honra y felicidad en el seguimiento de Jesucristo, y siendo esta una de sus gloriosas victorias lleve como encadenados en el triunfal carro de sus conquistas nuestros apetitos y falsas máximas. Bastaría solo volver los ojos á este religioso coro de vírgenes que, sin retraerlas ni la debilidad del sexo, ni los lazos de la sangre, ni los placeres y encantos del siglo, renunciando á todo por Jesucristo han arrostrado como Bernardo heroicamente todas aquellas prácticas de la perfeccion evangélica que, si á la primera vista son espigas agudas para las almas entregadas á Dios, son para estas religiosas virge-

cc:

nes espinas; pero no que hieren y lastiman, sino que las resguardan lirios fragantes para tejer una hermosa guirnalda de su divino esposo. Gloria grande tener por padre y por modelo al que apóstol del instituto religioso pudo ser modelo de los mas santos fundadores. Pero ¿ó que estrecha obligacion de seguirle conociendo que no imitará el dulce espíritu de Bernardo lleno de delicias y honras del cielo, quien no imitare el espíritu de Bernardo mortificado y muerto totalmente para el mundo! Y si esta preciosa muerte fué la que despues de mas de ocho siglos te conserva aun inmortal en los cultos de la santa iglesia, y en la tierna memoria de los hombres, recibe en hora buena, apóstol triunfador, los obsequios con que esta muy noble y muy leal ciudad de Méjico confiesa agradecida cuanto debe á los felices influjos de tu patronato. A la verdad que si en los años inmediatos han llorado las mas provincias de Europa oprimidas de la esterilidad las escaseces de los frutos, secundo origen de todos los males: debe Méjico celebrar en su abundancia la mano poderosa del que fertilizando sus campos ha desterrado con la copia de ellos las desgracias de todas. Recibe pues su agradecida memoria, y pues

fuiste en carne mortal apóstol triunfador de los corazones, triunfa ahora desde el cielo de los nuestros, y añade á los inmortales laureles que coronan tus sienes el de vernos por medio tuyo triunfantes y victoriosos en la gloria.

UNIVERSIDAD

JANIL

UNIVERSIDAD NOMA DE NUEVO LEÓN

RAL DE BIBLIOTECAS

®

## DE SAN FRANCISCO,

Predicado en las Capuchinas de  
Mégico el día 4 de Octubre.

*Dirige à me quia mitis sum, et humilis corde.*  
Matthai cap. 11.

La gloria de la cruz de Jesucristo, misterio el mas oculto à los soberbios, prudentes y sábios del siglo, es aquella importantísima verdad que en el evangelio presente confiesa el hijo de Dios haber sido revelada y descubierta à los mas depreciables y humildes. Abrirse el camino à una imaginada grandeza por medio de los honores, aspirar al esplendor y gloria por las floridas sendas de las riquezas y el aprecio de los demas, anhelar al descanso estableciendo una vida regalada y deliciosa son aquellas grandes lecciones que en el dorado libro del mundo estudian incessantemente los hombres. Pero la verdadera sabiduria del hijo de Dios, que venia con su vida à confundir las erradas máximas de los mortales, y à presentarles

en si mismo anonadado, pobre, humilde, la imágen de la sólida felicidad, quiso enseñarnos con su egeemplo y con sus palabras una doctrina la mas sublime al paso que la menos practicada de los hombres. Casi cuantas cláusulas contiene el capitulo once de San Mateo no respiran otra cosa que esta que à los ojos del mundo es aparente necedad y contradiccion en que quiso nuestro Salvador establecer la mas sublime grandeza bajo la mas profunda humildad. Ellas nos proponen engañados à los sábios del siglo, é ilustrados à los pequeños. Ellas vinculan la grandeza à la pequeñez, el descanso al trabajo, el sosiego à la mortificacion, y en una palabra, nos prescriben que nos conformemos con Jesucristo humilde y anonadado: *dirige à me quia mitis sum et humilis corde.* Pero por mas que nuestras rebeldes pasiones ofusquen el entendimiento para conocer esa verdad, no es ella, señores, otra cosa que una forzosa consecuencia de toda la vida del Salvador del mundo, y una doctrina de su cruz que obliga à todos sin distincion. El Señor, que por infinitos medios pudiera habernos libertado de la infame servidumbre del pecado, juzgó el mas oportuno el de anonadarse, humillarse y morir pendiente en

una cruz, y por qué preguntáremos admirados? ¿por qué escogió muerte de cruz? porque quanto era mas ignominiosa y penosa fué mas meritoriosa y gloriosa. Si, señores, la gloria toda de un cristiano está ligada á la cruz, su mérito está vinculado á la ignominia y la mortificación, y es obligacion indispensable de todo cristiano crucificar su carne y sus apetitos para que su vida no sea otra cosa que una imagen de la vida penosa de Jesucristo, dice el apostol á los Corintios: *Semper mortificationem Iesu in corpore nostro circumferentes ut et vita Iesu manifestetur in corporibus nostris.* Y bien, cuando embriagados de los placeres del mundo nos imaginamos que en medio de los deleites y los gustos, anhelando, como solemos decir, no á otra que á una vida desastrada, vivimos aun muy satisfechos de llegar á participar la gloria de Jesucristo ¿no somos nosotros mismos infelices testigos de que la gloria de la cruz es una verdad escondida á los prudentes del siglo? *abconditi hęc a sapientibus.* Este es á la verdad el grande misterio que vino á manifestar la sabiduria del padre á los humildes y pequeños, esta es aquella aparente contradiccion que los amadores del mundo miran como bageza

de espíritu é insensata novedad: ésta últimamente la gloria de la cruz que con la práctica de una vida crucificada llegó á conseguir el gran padre San Francisco de Asis cuya memoria celebramos.

No podia ciertamente hallarse mas cumplido elogio á la portentosa santidad de Francisco, anhelando siempre á conformar su vida con la de Jesucristo, que esta admirable semejanza con el hijo de Dios anonadado y humilde, á que el mismo Señor convida en su evangelio: *discite á me quia mitis sum et humilis corde.* Pero quando por una parte ponemos los ojos en Francisco todo empleado en humillarse, y anonadarse á semejanza de Jesus; por otra parte vemos á Dios colmando á Francisco en medio de la humillacion y los desprecios de honores y glorias semejantes á las de su mismo hijo, es preciso confesar que Francisco humillándose, Dios engrandeciéndole formaron en la vida de este gran padre una imagen de Jesucristo. Véis pues en esto solo lo que formó el ilustre carácter de nuestro santo, y lo que con razón nos le hace admirar como uno de aquellos portentos de la divina mano que mas han ilustrado la iglesia santa. Yo bien sé que todos cuantos santos han seguido las ensangrentadas huellas de Jesus

han llegado por la senda de la humildad á montar á la cumbre de la sólida gloria; pero lo que hallo singular en Francisco ó ya consideremos las acciones con que se humilla, ó ya las gracias con que Dios le engrandece es que unas y otras tienen un carácter el mas semejante á las humillaciones y glorias de Cristo, y por tanto su vida no parece otra cosa que una viva imagen de Jesus acabada por Dios y por Francisco. Tu adorable presencia, Señor, bajo las mas humildes apariencias con la que nos alientas continuamente, no ya solo á asemejarnos, sino á trasformarnos en ti, es un convite amorosísimo en que nos exhortas á la humildad: *discite à me &c.* En la Encarnacion ocultasteis tu divinidad, en este sacramento escondes á los sentidos aun la sacrosanta humanidad, tanto que con razon puede ésto llamarse el sacramento de la humildad. No dudo pues que esfuerces mi débil espíritu para la alabanza de tu humilde siervo Francisco á ruegos de aquella virgen madre cuya humildad fué el feliz principio de toda su grandeza y de aquella excelente prerrogativa por la que la saludamos llena de gracia. AVE MARIA.

*Discite à me &c.*

No es tanta la irreconciliable enemistad que tienen entre si las luces y las sombras que no haya sabido valerse de ellas industriosamente el arte uniéndolas amigablemente para hacer sus obras mas hermosas y perfectas. El noble arte de la pintura, invento prodigioso del ingenio con que ambiciosos los hombres de la inmortalidad han querido conservar aunque en muertas imágenes por largos siglos la memoria de los seres caducos, y poner á la vista lo mas remoto y mas distante, ha hallado el medio de dar alguna vida á sus animadas obras, sirviéndose de oscuros sombríos que mezclados con los mas lucidos colores hagan la imagen mas parecida, mas natural y mas conforme á la original. Los colores mas vivos y lucidos sino se les dieran estas sombras no serian otra cosa que una luz sin representación. Las sombras sin la luz de los colores no harian sino un borron confuso, desordenado é inútil para la semejanza; en esta industria pues ingeniosa del arte que ha sabido unir lo mas opuesto tenemos un bosquejo, bien que muy tosco y rudo, de lo que la sabiduria infinita de Jesus ha ejecutado en persona

uniendo la humillacion con la gloria para ponernos á la vista el egemplar que debiamos seguir: *discite á amé &c.* El Señor, dice el grande apóstol de las gentes, se humilló, se abatió, se anonadó á sí mismo obscureciendo en cierto modo su grandeza, y por eso el padre de las luces le exultó sobre todo lo criado elevándole á la gloria mas soberana: *Christus exinavit semetipsum propter quod et Deus exaltabit illum.* En vano se cansaban los engañados ojos de los judios queriendo hallar en este Mesias soberano una gloria toda mundana, un esplendor perecedero sin querer descubrir en él las sombras de una profunda humillacion; y en vano tambien ofuscados los ojos de los gentiles con la obscura vida de Jesus despreciado y pobre se escandalizaban necios no queriendo descubrir el lucido golpe de su gloria: engañábanse unos y otros no alcanzando á percibir esta maravillosa union, esta concordia de humildad y grandeza en que consiste la gloria toda de la cruz.

Volved ahora los ojos al gran Francisco, reconoced brevemente aquella vida crucificada con Jesus, y hallaréis la mas viva imágen de esta gloria hecha por Dios y por Francisco; Francisco para perfeccionarla en sí tomó á su cargo las sombras de

la humillacion: Dios las luces de su exaltacion; pero unas y otras las mas semejantes á las de Jesucristo. No permiten los cortos limites de una oracion referir, ni de paso, las heroicas virtudes de Francisco con que mortificado en el espíritu y en la carne procuró formar en sí esta imágen de la vida de Cristo: reduzcamos por tanto toda esta semejanza á aquellas dos virtudes pobreza y humildad, que fueron como el fundamento y el carácter de la anonadacion del hombre Dios, y que siendo tambien las principales de este gran patriarca le condugeron á poder decir con verdad que se aniquiló y se anonadó *exinanivit semetipsum.* Parece que el cielo, que en el nacimiento de otros varones santos ha glorificado y honrado sus cunas, ya con brillantes luces, ya con otros prodigios, felices anuncios de su futura santidad, no halló para Francisco otro pronóstico mas oportuno que el conducir á su madre á un establo despreciable para que allí entre humildes pajas sin donde reclinar la cabeza recibiera Francisco las primicias de una vida la mas abatida y la mas pobre. Sin duda que como Francisco no podía elegir el lugar de su nacimiento, que atendiendo á la calidad de su familia debería ser ac-

rogado, tomó el cielo á su cargo asemejarle con un prodigio aun desde las cunas al hijo de Dios aun en aquel estado en que no estaba en su eleccion esta semejanza. Pero á mi en lugar de sorprenderme este portento, pienso que no sería el mas glorioso á Francisco si él á imitacion de Cristo, que sin otra necesidad que su voluntad sola se abatió, no hubiera elegido voluntariamente esta pobreza. Mas esta noble virtud que habia nacido en él, crecia tambien con él en tanto grado que no bastaron á hacersela odiosa todos aquellos poderosos atractivos que en una juventud lozana arrastran el corazon á los bienes de la tierra. Socorrer continuamente á los pobres, llegar á permutar con ellos sus vestidos preciosos por andrajos viles é inmundos, besar sus llagas, comer con ellos sin que le retrageran ni las persuasiones de los parientes, ni el lustre de su familia, ni las reprehensiones y severos castigos de su padre eran los primeros ensayos de Francisco en la pobreza. No sufría el engañado corazon de su padre estos que imaginaba horrores que afeaban el lustre de su casa; y viendo inútiles cuantos medios tentaba para apartar á su hijo de esta, que él llamaba vida despreciable é infame, por

consentimiento de entrambos se presentaban ante el obispo para hacer Francisco una solemne renuncia de sus bienes. O cómo esta sola accion ofrece las mas sólidas reflexas dando á conocer una pobreza que no tiene semejanza, sino con la pobreza del Redentor del mundo! A la verdad que si atendemos, ó ya á las divinas lecciones que el Salvador del mundo daba á sus discipulos para la práctica de esta virtud, ó ya á la práctica de los mismos apóstoles, vemos que la perfeccion de ella consiste en un despojo de todo lo superfluo, en un despojo del corazon de todo lo temporal que solo se contenta con lo necesario á los precisos usos de la vida. Vosotros lo sabeis, decia el apóstol San Pablo á los de Efeso, que no he apetecido los agenos tesoros de oro y plata, y que el trabajo de mis manos me ha proveido de lo necesario, contento y satisfecho, decia en otro, con cubrir este cuerpo y alimentarle. Y aun el mismo Jesucristo prescribiendo á sus discipulos las máximas de esta virtud no les prohibe tener una túnica con que encubrirse, y un pan con que alimentarse; y qué cosa aun de estas necesarias reservó para sí Francisco cuando presentándosele al obispo, y despojándose aun de la túnica interior des-

quido se vuelve á su padre, y renunciando solemnemente todos sus derechos se despoja aun del título de hijo para poder llamar á Dios con mas confianza padre? Esto si que excede todas las leyes comunes, y que solo en Jesucristo tiene egemplar. Dios manda que se aparte el corazón de todo lo terreno conservando lo necesario, y Francisco se desnuda aun de aquel mas necesario abrigo, que no les falta ni á los mas fieros brutos, ni á las plantas mas despreciables. Dios manda que despues de todo afecto de carne y sangre dejen su casa, su familia, sus padres; pero sin renunciar el título de hijos de aquellos á quienes debian el sér: Francisco no contento con romper aquellos mas amables lazos con que le ató la naturaleza, gustoso renuncia á los legitimos derechos de hijo, y sin reservar ni aun un lienzo con que cubrirse no quiere conservar cosa suya en la tierra. Celoso imitador de la pobreza del Dios hombre que nacido de una madre virgen no tuvo otro padre que el celestial, ya que él segun las leyes establecidas habia debido el sér á un padre de la tierra, con una solemne renuncia de los derechos de hijo, se despoja de todo para no llamar á otro padre que al Señor de los cielos.

Desnudo de este modo Francisco de cuanto podia tener suyo en el siglo no aspiraba á otra cosa que á la pobreza; la pobreza era sus delicias, el no poseer cosa alguna era su anhelo, y con una santa envidia de no ser menos pobre que otro alguno se avergonzaba si veia alguno mas despreciable que él. No nos conserva la historia de los mas remotos tiempos en los hombres mas ardentemente codiciosos de las riquezas sed tan insaciable de poseer, como era en Francisco inestinguible el fogoso deseo de no poseer. Si como neciamente deliraban los Platónicos tuvieran las virtudes un ser corporeo perceptible á los sentidos: ¿qué otro cuerpo podia ser mas proporcionado á hacer visible la virtud de la pobreza, ni qué otro espíritu mas apto á animarla que el espíritu y cuerpo de Francisco? Si que, como le saludaban aquellas doncellas que en cierta ocasion le aparecieron, Francisco no era solamente pobre, sino la misma pobreza; por eso si yo hubiera con algun sensible geroglífico de poner á la vista una imagen de esta virtud divina, no hiciera sino representaros á Francisco vestido de un sayal humilde y tosco que teniendo bajo sus pies un mundo se levantara en alto en ademan de quien no

anhela sino el cielo. Yo le pondria las manos llenas de ricos y abundantes tesoros que se derramaban liberalmente en beneficio de los necesitados no reservando para si ni aun lo mas preciso. Yo últimamente le pondria á esta imágen por epigrafe aquellas palabras que rebosando dulzura pronunciaba frecuentemente Francisco: *Deus meus et omnia*: Dios mio y todas las cosas. ¿Y quién en esta imágen, no menos espresiva de Francisco que de la pobreza misma, no descubriria todos los quilates, todos los grados de esta singular virtud? ¿Quién no veria en ella una práctica la mas conforme y la mas semejante á la de Jesucristo? Ella nos trae á la memoria las acciones mas nobles de la vida pobre de este patriarca y haria acordar que si nace Francisco, nace como Jesus en un establo desnudo y sin abrigo entre humildes pajas; que si vive, vive como el Salvador sin otras posesiones, sin otros haberes que los que le franqueaba la providencia de su padre celestial: que si muere en fin, á imitacion de Cristo muere desnudo de todas sus vestiduras en un duro leño: se desnudó tambien aun de la túnica, y postrado en el suelo pide á sus hermanos de limosna un pobre hábito, que le sirva despues de mortaja.

Mas despues de toda esta renuncia, este despego de todos los bienes tan uniuersal, tan heroico no es sino un informe cuerpo de la virtud de Francisco y que no le haria imágen de Jesucristo anonadado á no estar animado con el espíritu de una humildad tan profunda. Bien sabéis que apenas hay otra virtud que mas se equivoque con la miseria ó la bageza que esta de la pobreza. Estar despojado de bienes por necesidad y miseria de su estado es desdicha de una condicion infeliz; contentarse con unos cortos haberes no mas que porque se considera la imposibilidad de atesorar suele ser natural industria del amor propio; no desear las riquezas, ya porque ellas son un veneno que facilmente inficiona el corazon, ya porque Jesucristo tenia prometida la mayor abundancia á los pobres de espíritu, es la virtud con que han resplandecido uniuersalmente los varones santos; pero no querer tener cosa propia, porque de todo nos juzgamos indignos, reputarse en su propia estimacion por tan vil y despreciable que no merezca ni aun aquellos bienes comunes de que gozan los brutos es la alma de esta virtud, y el enlace hermoso que la une á la humildad.

Al comenzar á hablar de la humildad

de Francisco; qué cosa os podré decir que no hayáis oído repetir muchas veces del debido nombre de humilde con que por antonomasia le distingue la Iglesia de los demás santos? Toda la vida exterior de Francisco no fué otra cosa que una serie de humillaciones y de desprecios, toda su vida interior un ardentísimo deseo de ser despreciado: no se saciaba con ser reputado tan vil como otros para los honores, anhelaba él por los oprobios, por las irrisiones tanto que no estaba contento sino era reputado en el juicio de los demás, como en el suyo, por el mas vil gusano de los hombres. Esto le hace allá en los principios de su vida llenarse de júbilo al verse tratado por sus paisanos como loco, apedreado públicamente y mojado de la hez del pueblo: este concepto le hace llevar con alegría las cárceles, las prisiones, los golpes con que su padre le trataba como á mentecato. Esto le retrajo de subir al sublime grado de sacerdote y reusar el título que el sumo Pontífice Inocencio III le daba de predicador de la penitencia. Pero no sea que sorprendidos de esta prodigiosa humillacion olvidemos descubrir todo su fondo; busquemos su principal carácter en que se hizo mas semejante y parecida á la humildad

del hombre Dios. Esta humildad de Jesucristo, decia el apóstol San Pablo, misterio de la sabiduría escondido á los mortales; esta humildad que arrebató admiradas de asombros á las mas sublimes inteligencias, fué aquel abatimiento con que quiso el hijo de Dios anudándose á nuestra mortal carne esconder bajo el tosco velo de nuestra naturaleza todo el esplendor de su divinidad. La sabiduría increada del padre eterno, inmortal, inmutable, santa por esencia se humilla de tal suerte que no apareciendo á los sentidos sino bajo la forma de siervo, *exinanuit semetipsum formam servi accipiens*, fuera en su modo de padecer reputado como malhechor: *cum sceleratis reputatus est*. Así que todo el carácter de ésta, en la frase de San Pablo, humilde anonadacion fué que todo un Dios immaculado y santo llegara á parecer como hombre pecador y delincuente. Pasad ahora, cuanto permite la infinita distancia de Dios á la criatura, á la humildad de San Francisco, y hallareis una, aunque imperfecta, pero cuanto cabe en un puro hombre espresiva semejanza con la de Jesucristo. Sería necesario, para medir hasta adonde se abatió Francisco en el humilde concepto con que se juzgaba por un gran pecador, levantar la consideracion

hasta aquel alto grado adonde encumbrió su santidad. Seria preciso comenzar desde el primer grado que forma el soberano trono de sus virtudes: desde la mortificación, digo, y ver el ayuno tan perpetuo, las disciplinas sangrientas, las desnudeces, los helados tanques de nieve, las espinosas zarzas á que se arrojó alguna vez; pasaríamos despues al otro grado de su oracion á verle quasi en un continuo éstasis; favorecido de frecuentes apariciones de Jesus y Maria. De ahí á la fé la mas viva, á la esperanza la mas firme, y al llegar por último á remontar á la cumbre de este trono á la caridad, ¿qué lengua podrá explicar sus ardores? Ardia en su corazon un encendido volcan de ardor; y no pudiéndose contener dentro del pecho, como si buscara por donde respirar, le abrasaba de modo el semblante que fué causa á que desde su mortal vida le llamaran el serafin en carne mortal. ¿O si pudieran hablar las paredes de la pequeña iglesia de Porciuncula en donde empleaba Francisco frecuentemente las noches postrado ante Jesus crucificado bañado en copiosas lágrimas! ¿Qué éstasis, qué dulces coloquios de amor, qué extraordinarios favores del cielo no nos referirian que la humildad de Francisco

tuvo siempre ocultos? Pero despues de verse así Francisco remontado á tan alta cumbre de santidad, ¿á dónde no le sumergia su humildad profunda? Si, *cum sceleratis reputatus est*. Sugetábase obediente á los inferiores, pedía á sus súbditos consejo en sus resoluciones, predicaba muchas veces en público las que él llamaba faltas y ¡o asombro! llegó á decir que era el mayor de todos los pecadores del mundo. Y que ¿ignoraba Francisco que su vida aun desde sus primeros años habia sido inocente? ¿se le ocultaban las heroicas virtudes que egercitaba, los dones con que el cielo lo favorecia? ¿ó con un error grosero se imaginaba vicios que no tenia? Nada menos, antes bien de sus mismas virtudes tomaba ocasion para humillarse. A la verdad, decia, que si Dios le hubiera hecho al hombre mas vicioso las mercedes que á mí, le seria mas fiel y mas agradecido que yo. ¡O sabia industria de la humildad! ¡o arte prodigioso de convertir en motivos de abatirse la misma exaltacion! Mas que mucho que así ocultara Francisco su santidad, si halló modo su humildad de ocultar en alguna manera y abatir el mismo ser de hombre que habia recibido de la naturaleza. A imitacion del hijo de Dios

que, siendo Dios verdadero, quiso ser y tratar con los hombres como uno de ellos: Francisco ya que no podia ocultarse uniendo á otra naturaleza inferior, quiso á lo menos equivocarse y ser comparado á las mas viles criaturas: esto le hacia tratar y llamar á su cuerpo con el nombre de jumento, y no hay entre las criaturas todas ninguna vil y despreciable con quien no quisiera equivocarse Francisco, á los brutos, á las aves, á los peces, al fuego, al agua llamaba con el nombre de hermanos procurando de esta manera abatir su mismo ser, é igualarse á las mas despreciables criaturas á quienes era superior por naturaleza. Y ¿qué al ver que así Francisco hombre por naturaleza y santo por la gracia se regu- la por un gran pecador, y quiere parecer menos que hombre, no podremos decir que como una viva imagen de Jesucristo humillado se anonadó á si mismo *exanimavit semetipsum*? Despojóse de todo, pobre en su nacimiento, pobre en su muerte como Cristo y artífice industrioso en la imagen que procuraba formar en sí de Jesus las mismas luces de la santidad, el noble ser de su naturaleza los ocultó de modo con las sombras de su humildad, que bastaron á hacerle una hu-

millada imagen del Salvador: *ut et vija Jesu manifestetur in corporibus nostris*. Mas al paso que Francisco convierte en sombras de humildad las luces de su exaltacion, Dios sábilmente benévolo convierte de nuevo estas mismas sombras en la mas brillante grandeza elevándole por aquel mismo rumbo por donde él procuraba abatirse.

Aquí, señores, debería comenzar mi oracion, y recorriendo de nuevo desde la cuna hasta el sepulcro de Francisco ponerlos á la vista las que hasta ahora os han parecido sombras de abatimiento como las mas brillantes luces con que Dios exalta y engrandecia, y daba la última perfeccion á esta imagen. Bastaria dar una ojeada á la historia de la vida de este humilde patriarca para que al punto como en tropa se presentaran á millares los prodigios. Profecias ilustres, coloquios frecuentes con Jesucristo, imperio casi universal sobre las criaturas, honores no ya de los príncipes católicos, sino aun de los mismos infieles fueron tan repetidos en Francisco que parece perdian algo de maravillosos por muy comunes. Pero como en las imágenes muertas siendo los colores comunes cada una tiene en la disposicion y orden de sus partes lo que la distingue de las

deyas y lo que la hace conforme á su original; así en Francisco á mas de estas luces comunes á los otros santos hallo un brillante carácter de grandeza, que singularmente le distingue como imágen la mas viva de la exaltacion de Jesucristo. Bien sabéis que la gloria de la cruz de Jesus, que esta exaltacion maravillosa con que en premio de su humillacion le engrandeció el padre celestial consistió principalmente en que valiéndose el Señor de las ignominias, de los tormentos, de la pobreza para el establecimiento de la religion catolica, hubiera ésta por unos medios tan contrarios á la carne y á la sangre propagándose, difundidose por todo el orbe, y haciendo parcioneras suyas á las naciones se gloriaran éstas de las humillaciones del Salvador. Esto puntualmente era lo que el eterno padre prometia mucho antes á su unigénito como rica herencia de su cruz, y posesion dichosa que le engrandeciera: *Postula á me*, decia por boca de David, *postula á me et dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terra.* Y á la verdad ¿qué mayor grandeza, qué mayor argumento de la gloriosa divinidad de un Dios crucificado que ver doce apóstoles, hombres sin luces, sin riquezas, pobres,

despreciados caminar por el mundo todo llevando por insignia una cruz, antes afrentosa, persuadiendo á la pobreza, á la humildad, á la abnegacion publicando cruda guerra á los deleites, á los placeres, convidando á las catastas, á las parrillas, á las espadas, á la muerte; ¿qué mayor argumento, digo, que ver una religion que tiene por fundamento la pobreza y la humildad propagarse por unos medios tan contrarios á la carne y á la sangre hasta llegar la insignia de la cruz á brillar sobre las testas coronadas de los soberanos, y á hacer alarde del nombre de Cristo los sábios, los prudentes, los potentados del siglo sujeta su cerviz á un yugo al parecer tan pesado? Si, si, glorificó de este modo el Señor á su hijo unigénito anonadado y humillado, y á pesar de la idolatria y de la ceguedad de las pasiones se ha predicado en las naciones que reynó Cristo y triunfó desde un leño pobre y despreciable: *discite á me tr.*

Pasad ahora, señores, del original á la imágen de Cristo, á Francisco, y cotrajendo religion con religion, medios con medios, propagacion con propagacion admirad el brazo omnipotente de Dios que quiso hacer á un puro hombre participante de la mas característica gloria de su

naigénito. Reducido Francisco al estremo de la pobreza, despreciable á los ojos del mundo; ilustrado soberanamente del cielo, determina restablecer en la iglesia el casi sofocado espíritu del cristianismo predicando por todas partes la abnegacion de sí mismo, la renuncia de todos los bienes, y la mortificacion de las pasiones. Y ¿de qué poderosos armados egércitos se valdrá para publicar una guerra tan difícil y en que tenia por enemigo al mundo todo? Doce compañeros sin esplendor, sin poder, sin armas son los nuevos apóstoles que por todas partes reparte para tan alta empresa. Y ¿de qué atractivos, de qué máximas usa para ganarse unos ánimos que ciertamente sabía habian de aterrorizarse á solo el nombre de penitencia que predicaban? Abre el sagrado libro de los evangelios y reduciendo todo el espíritu de él á estas tres breves máximas: id, les dice, y predicad con vuestra vida y vuestra doctrina: que el que quisiere ser perfecto venda sus bienes y los dé á los pobres; que no posea ni oro, ni plata, ni bienes, ni dos vestidos, ni báculo ni calzado: que se nioguen en fin á sí mismos cargando la pesada cruz de la mortificacion. Mas ¿de qué fondos provee á una sociedad, que habiendo de recorrer el

mundo se espone á extinguirse desde sus primeros alientos si le falta aun con que subsistir? Un sayal tosco y humilde, una espesa prohibicion de ser señores de bien alguno, sin otro fondo que la caridad de los fieles son los tesoros de su fundacion. O ¿qué de este modo será preciso que su misma indigencia y miseria no permita los progresos de esta recién nacida religion, antes bien se verá sofocada desde sus cunas. Su mortificacion, su austeridad retraerá, atemorizará de suerte á los hombres que no habrá quien la siga. La piedad de los hombres habrá al fin de resistirse de su primitiva caridad sin concurrir con las copiosas limosnas necesarias á su conservacion. Mas ¡ó errados juicios de la humana prudencia! ¡ó máximas engañosas cuando es el brazo omnipotente el que dirige las empresas! Comienza este nuevo instituto á admirar las naciones y dentro de breve tiempo vió el mundo mas de sesenta monasterios erigidos, tan dulcemente atraídos los hombres de una regla tan áspera que llegó á ver Francisco aun viviendo mas de sesenta mil religiosos hijos de su regla. La Europa, la Asia, la Africa dieron en breve testimonio de cuanto apreciaban los frutos del instituto de Francisco. La Amé-

rica: ¿ó que nosotros felices habitantes de este país, somos testigos de los gloriosos trabajos de los hijos de Francisco que bajo la protección de las católicas armas de nuestro soberano fueron los ardientes caritativos apóstoles que con su sudor y sangre regaron la idólatra tierra que ha dado después tan sazonados frutos á Jesucristo! ¿Hubo acaso estado, hubo sexo, hubo calidad que desdenándose de la pobreza, de la áspera mortificación de su instituto no se alistara gustosa bajo las banderas de Francisco? Reyes, Emperadores, Princesas ilustres vistieron sus hombros acostumbrados á la real púrpura del humilde hábito de nuestro santo. La misma silla de San Pedro se ha dignado de gobernarse por un Nicolao IV, un Alejandro V, un Sisto IV, un Sisto V que pasaron de las estrechuras de una celda á honrar los palacios del Vaticano. ¿Pero qué caso vuestra atención? como la religion sagrada de Jesucristo tiene por caracter la universalidad estando patente su entrada á toda clase de personas, así Francisco no contento con haber dejado á los hombres el sábio método de una humillacion religiosa, dió á la santa virgen Clara reglas para que las mas delicadas y tiernas vírgenes pro-

fesaran el mismo instituto; pero no paró aquí su celo, quiso acomodar sabiamente su regla á todo estado, y conociendo que aun en el siglo en la santa union del matrimonio debe haber medios para la perfeccion, dió á todos una forma de vida conforme á su estado para que computieran esta órden tercera que florece fragante en el mundo cristiano, y que ha hecho tanto honor á la iglesia. Con razon esclama aquí admirado el gran Buenaventura, que la gloria de la benignidad del Salvador del mundo apareció segunda vez en la tierra en la humilde persona de Francisco propagando este gran patriarca una religion que teniendo por instituto el espíritu de la religion católica, por primeros apóstoles á hombres despreciables á los ojos del mundo, por medios el abatimiento y la pobreza ha extendido sus términos hasta donde ha visto gloriosamente dilatarse su imperio Jesucristo. Yo no temeria al considerar el torrente de impiedad que casi se veia anegar el mundo en el siglo XI, la corrupcion de costumbres, el desarreglo de las pasiones; no temeria, digo, parecer arrojado, si llamara á Francisco segundo Salvador del mundo, que restauró á la primitiva pureza de la religion por los mis-

más medios de humildad y pobreza, por los que la fundó Jesucristo. ¿Pero que tendó ser arrojado? ¿fue otra cosa lo que quiso significar el cielo en la misteriosa vision que tuvo el sumo pontífice Inocencio III en que se le representó Francisco sosteniendo sobre sus espaldas el templo Lateranense ya titubeando y en ademán de que amenazaba su última ruina? ¿Fue otra cosa el misterio que encubria aquella pequeña palma representada al mismo Inocencio que poco á poco se elevaba dilatando sus ojas, que los gloriosos méritos de Francisco y sus hijos en beneficio de la iglesia? ¡O que ya casi no abarcan las bibliotecas, ya gimen las prensas cansadas de dar á luz los servicios de los Antonios, los Buenaventuras, los Luises de Tolosa y los Bernardinos de Sena, los escritos incomparables de mas de ciento y ochenta doctores, los: : pero basta que hago injuria á las incomparables glorias de Francisco, y sus hijos queriendo tan de paso elogiar con incoitas voces las acciones que tienen por testigo á todo el universo. Que me resta, pues, sino concluir con el apóstol: *altissima paupertas eorum abundavit in divitiis simplicitatis eorum*: la pobreza, la humildad de Francisco, sombras con que él procuraba formar la

imágen de Jesucristo humillado, las súpo Dios convertir en brillantes luces de riqueza y de exaltacion para hacer semejante al Salvador glorificado á él que lo habia sido de su humillacion.

Mas véis aqui, señores, que cuando para gloria de Francisco procurando poner á la vista en su persona una imágen viva de Jesucristo vuelvo los ojos á esa misma imágen corejando la vida de la mayor parte de los cristianos, no veo en ella sino casi borrado y obscurecido el retrato del Salvador. La mortificación, la humildad, la renuncia del amor propio son, no como suele pensarse obra de supererogacion, sino indispensable carácter del cristiano. ¿Y son estos los rasgos, es esta la práctica de nuestra vida? ¿Seguimos al Salvador por aquella senda estrecha y espinosa por donde él con pasos sangrientos se abrió camino hasta la gloria? Hallad, señores, en todo el evangelio una sola palabra que favorezca esta vida deliciosa, que prometa los gozos del cielo á esta hambre insaciable de riquezas, que santifique estos galanteos licenciosos, que pueda asegurar la conciencia á los que viven segun el espíritu del mundo, á los que solo pretenden, como ellos mismos se esplican, go-

za de la vida; hallad solo una cláusula que no respire mortificación y entonces yo os confesaré, que erró Francisco y que vosotros por un opuesto rumbo perfeccionais en vosotros mismos la imagen de Jesus. Mas ¡ah! qué por el contrario todas las acciones de este gran patriarca son otros tantos mudos testigos que condenan nuestra conducta, otras tantas lecciones sabias que nos enseñan el camino que debemos seguir. Y si á todos los estados, á todas las personas sirve la vida de Francisco de utilísima doctrina, son singularmente los sacerdotes los que en él deben aprender la pureza, mas que angélica, que demanda su ministerio. Vos, señor, que en el día presente tenéis la dicha incomparable de ofrecer la primera vez al Padre eterno el incruento sacrificio de su hijo inmaculado, vos que en el día de hoy con envidioso asombro los angeles haceis bajar del cielo á vuestras manos aquel Señor á cuyos pies sirven de asiento los serafines, aprended en el humilde Francisco, rehusando el recibie el sagrado orden de presbítero, la vida inmaculada á que os obliga vuestra dignidad soberana. Francisco aun despues que recibe del cielo aquellas cinco llagas, cinco preciosos dones

de su pureza, tiembla, se estremece, y por fin no se atreve á consagrarse sacerdote. Francisco repite muchas veces que puesto entre un sacerdote y un santo del cielo primero besaria la mano reverentemente al sacerdote que al mismo santo. Reflexad pues en esto, que si la reverencia, el honor, el respeto con que os deben tratar los hombres debe ser comparable á el con que se trata á los santos, vos á vos mismo os debéis ya tratar como á superior á los hombres. Hasta aquí fuisteis hombre, desde el día medianero entre los hombres y Dios debe respirar vuestra vida mucho de divina. Ofreced pues por mano de Francisco esta hostia de pacificación, y únanse para el bien de los fieles con vuestras súplicas las oraciones de este castísimo coro, de estas fragantes azucenas entre quienes se apacienta, y tiene sus delicias el cordero inmaculado. Gozáos en hora buena, vírgenes religiosas, de tener por padre y por modelo al que en su vida no tuvo otro egemplar que Jesucristo: trabajad tambien vosotros en el duro taller de la mortificación á formar en vosotros con los instrumentos de la pobreza y la humildad la imagen de vuestro amado esposo. Que si el mundo engañado deslumbra nuestros

ojos con el falso brillo de los placeres; Cristo desde la cruz nos asegura que no hay senda mas segura para los sólidos deleites que la de la penitencia, y que la pobreza abre el camino á riquezas inmensas: que las penas y la humildad son escalon seguro para el trono de la gloria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE

de los Sermones que contiene este primer tomo.

<i>De la Santísima Trinidad.....</i>	7
<i>Del Nacimiento de Jesucristo.....</i>	33
<i>De Jesus niño perdido y hallado en el templo.....</i>	61
<i>De la entrada de Jesucristo en Jerusalen.....</i>	85
<i>De la sangre de Jesucristo.....</i>	96
<i>Del Señor de la humildad y pa- ciencia, ó del Ecce Homo.....</i>	117
<i>De la Concepcion de la Virgen...</i>	146
<i>De su Natividad.....</i>	170
<i>De su Asuncion al cielo.....</i>	194
<i>De San Miguel.....</i>	213
<i>De San Rafael.....</i>	234
<i>Primero de San Pedro.....</i>	262
<i>Segundo de San Pedro.....</i>	281
<i>De San Estéban.....</i>	310

438

<i>De Santo Tomás de Aquino.....</i>	351
<i>De San Eligio ó Eloy.....</i>	358
<i>De San Bernardo.....</i>	375
<i>De San Francisco.....</i>	406



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

